

Miguel Bonasso

Lo que no dije en *Recuerdo de la muerte*

Sudamericana

A la memoria de Silvia Estela Pérez, mi mujer durante más de treinta años, la madre de mis hijos Federico y Flavia, la compañera fuerte y dulce de los años de clandestinidad y exilio. Por muchas razones, entre otras porque su talentoso aporte como editora resultó decisivo a la hora de darle forma a Recuerdo de la muerte.

A Camilo, mi tercer hijo, que nació cuando escribía los tramos finales de este libro. Con la esperanza de que a él y a su generación les toque una vida mejor, a contramano de lo que aquí se cuenta.

- Cubierta
- Portada
- I. El topo y otras intoxicaciones
- II. La ESMA, metáfora de la Argentina
- III. Massera se confiesa con Wornat, Hadad y Longobardi
- IV. Cristina y Bulgheroni, el empresario del 601
- V. El difícil tema de la traición
- VI. Las actas montoneras (inéditas hasta ahora)
- VII. El caso Thelma Jara
- VIII. De asesino del 601 a empresario K
- IX. Editorial Atlántida, cómplice de la ESMA
- X. Las mentiras del general Milani
- XI. Durmiendo con el enemigo
- XII. La ESMA S.A.
- XIII. La caza del Tigre
- XIV. La madre y el General-Espía (y, de yapa, la oda al cerdo de Blaquier)
- XV. El Criptoestado me espía y me hackea
- XVI. La Federal tiene un cuerpo secreto creado por Onganía
- XVII. El agente Galimberti
- XVIII. El escrache del Station Chief de la CIA
- XIX. El Topo me salva la vida
- XX. Bielsa y el misterio del sótano perdido
- XXI. Historia del Sueco (primera parte). Picana para un bebé
- XXII. “El Ejército los mató a todos” (entre la tragedia y la farsa)
- XXIII. El silencio de los inocentes
- XXIV. Historia del Sueco (segunda parte). Los diez mil pasaportes
- XXV. La saga de los Donda
- XXVI. La goma K
- XXVII. Coroneles provocadores, gendarmes y proxenetas
- XXVIII. Sobre prófugos y tumbas
- XXIX. La “omertá” naval (el caso Vildoza I)
- XXX. “La mentira es lo peor que nos han hecho”
- XXXI. La “protección” naval (el caso Vildoza II)
- XXXII. Godoy: el antecesor de Milani
- XXXIII. Historia del Sueco (tercera parte). La Disney landia del terror
- Epílogo (por ahora)
- Créditos

I

EL TOPO Y OTRAS INTOXICACIONES

Parece un personaje de John Le Carré, pero no lo es. Sin embargo, es un espía que llegó del frío. A estas comarcas bonaerenses. A este suburbio peronista de casas con techo a dos aguas, de tejas rojas, laceradas por muchas lluvias. Escucha muy bien, pero utiliza su disfonía transitoria para que su voz no llegue a ningún grabador oculto.

—Son de la CIA... —dice— siguen siendo de la CIA.

Con Paloma, mi colaboradora de siempre, le llevamos unas masitas secas que observa pero no prueba.

Hace catorce años este hombre extremadamente delgado, envejecido, que parece a punto de extinguirse en la hondura del sillón raído, me salvó la vida. Vino a mi casa para alertarme sobre un atentado que estaban organizando dos militares carapintadas. Uno de ellos muy bien preparado y dispuesto para matar.

—Lo van a disfrazar de incidente callejero —me dijo entonces—. Y el tipo que me lo contó... —bajó la voz y se pegó a mi oído— es un marino. “Ideológicamente estoy en la vereda de enfrente”, me dijo el marino, “pero no me hace feliz que lo bajen como un pajarito”.

Le doy las gracias nuevamente, en este vidrioso presente de 2014, y su mirada se ilumina fugazmente.

Se interrumpe la charla. Ingresaba una anciana robusta, modestamente vestida, que sonríe con amabilidad y observa con desconfianza. Se sienta, con agobio de rodillas, junto al espía que me salvó. Tiene un rostro redondo e inocultablemente eslavo que acentúa el clima *Smiley* de toda la escena. Paloma simula que no ha escuchado para que el Topo repita:

—¿Stiusso es de la CIA...?

El Topo asiente sin palabras.

Releo lo que escribí a comienzos de los ochenta en un departamento decadente de la ciudad de México, que en sus tiempos de esplendor supo alojar a Hugo del Carril:

Se sacó la capucha que le habían puesto los militares uruguayos y su mirada los fue recorriendo lentamente, como en un *travelling* cinematográfico: el primero que vio era alto, gordo, con esa gordura fuerte de los levantadores de pesas. La cara enorme y colorada anticipaba reacciones violentas. Los labios denunciaban sensualidad y grosería. Tenía el cabello abundante y entrecano. Parecía el mayor de los cuatro.

Abro en el presente la carpeta Número 5 que reza: “Prefecto Héctor Febres (a) Selva. Muerte”.

En la ESMA (Escuela Superior de Mecánica de la Armada), donde reinaban el Tigre Acosta, el Puma Perrén, el Pingüino Scheller, la Jirafa Damario, la Rata Pernías, el Halcón Savio, el León Paso o el Cuervo Astiz, Febres era Selva porque reunía a “todos los animales juntos”.

En México dicen que sólo los guajolotes mueren en la víspera. En la Argentina, en cambio, son los represores quienes mueren un día antes de ser juzgados.

Lo encontraron cadáver el lunes 10 de diciembre de 2007 en el confortable “camarote” que ocupaba como “detenido” en la Prefectura Naval de Tigre. Tenía 65 años y había muerto súbitamente, cuatro días antes de que se conociera el veredicto del Tribunal Oral N° 5, que lo juzgaba solamente por cuatro casos de secuestros y torturas. A él, nada menos, que había participado en cientos de “chupes”, “quiebres” y era el que se ocupaba personalmente de sacarles los bebés a las subversivas apenas parían, en aquel altillo apestoso de la ESMA, que habían bautizado con macabra ironía “la Maternidad Sardá”.

Era de la Prefectura, sí, gordo y plebeyo, pero se jactaba de haber secuestrado más subversivos que los oficialitos de Marina, esos cajetillas que se soñaban nacidos para darle órdenes.

Ya los pondría a parir si se presentaba la ocasión.

Por alguna razón había sido tratado por la Prefectura a cuerpo de rey: una celda de más de cuarenta metros cuadrados con baño privado en suite, computadora con Internet, aire acondicionado, heladera, televisor, confortables sillones para recibir a los colegas que iban a jugar a las cartas los sábados a la noche y una llave de la “celda” para salir a caminar por la terraza o jugar al tenis con otros prefectos en actividad. La “Fuerza” era tan considerada con el “prisionero” que le había puesto a un oficial como chofer de su esposa y le había cedido el lujoso Casino de Oficiales para que pudiera celebrar el bautismo de su nieto. Como premio, tal vez, por haber arrebatado a tanto bebé de padres

ateos y terroristas.

El robo de niños, precisamente, había sido el cargo principal por el cual había sido procesado en 1998 y estaban por sentenciarlo nueve años después, justo el día en que Cristina Fernández de Kirchner asumiría la Presidencia. El lunes 10 de diciembre de 2007.

Esa mañana, a las diez y media, extrañados de que no hubiera bajado a desayunar, sus amigables carceleros entraron en la habitación y lo encontraron muerto.

De inmediato, los querellantes, entre los que se contaban víctimas de Selva y miembros del Espacio Justicia Ya, exigieron una autopsia. El resultado provocó escalofríos: había fallecido por ingerir cianuro.

Otros datos, algunos escabrosos y unos cuantos bastante ingenuos, fueron difundidos por el periodismo local. Raúl Kollman reveló en el diario oficialista *Página/12* que la investigación judicial tropezaba con los “misterios” habituales en la criminalística criolla: la total alteración de la escena del crimen; la aparición de un vaso con agua y sin huellas digitales, que no había sido registrado en la primera filmación de la propia prefectura pero sí estaba presente cuando acudió la justicia; restos de un pastel de almendras en el estómago del cadáver (como para recordar ese viejo “gusto a almendras amargas”, que en realidad se vincula literariamente con el arsénico); la desaparición temporal de la computadora del difunto; la ausencia de notas aclaratorias típicas de los suicidios y el supuesto hallazgo de semen en el recto del represor, que podía ser propio o ajeno.

Las sospechas de homicidio comenzaron a crecer entre los denunciantes. Pero también en el juzgado y en la propia familia de Febres.

La última cena del genocida había sido con el prefecto Ángel Mario Volpi, uno de sus colaboradores más estrechos en la ESM A. ¿Amado discípulo o Judas enviado por el poder en la sombra?

La causa, en manos de la jueza Sandra Arroyo Salgado, no ha prosperado, como no ha prosperado ninguna investigación criminal en el Río de la Plata desde el envenenamiento de Mariano Moreno. A pesar (todo hay que decirlo) de que la doctora Salgado tiene estrechas relaciones con la SI (Secretaría de Inteligencia) y su esposo Alberto Nisman es el famoso fiscal del caso AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina).

Cierro la carpeta. No hay que sobresaltarse demasiado: los asesinos siguen entre nosotros.

Imagino el gesto escéptico de algún lector: “No hay que exagerar”.

¿No? El 25 de febrero de 2008, otro ladrón de bebés aparecía con un balazo en la sien y una pistola 9 milímetros en la mano, tirado en el césped de un hotel de la Fuerza Aérea en la localidad cordobesa de Ascochinga. Aunque durante la dictadura operó en Santa Fe y en Paraná, el ex teniente coronel Paul Alberto Navone también tuvo que ver con la saga de Funes relatada por el “Pelado” Jaime Dri en *Recuerdo de la muerte*.

A Navone se lo acusaba de haber comandado el traslado ilegal de Raquel Negro —compañera de Tulio Valenzuela— al Hospital Militar de Paraná. Allí la legendaria “María” había dado a luz a dos mellizos antes de ser escamoteada para siempre.

Como suele suceder, sin averiguar demasiado, las fuentes de siempre adelantaron que “se trataría de un suicidio”. Según algunos testimonios, el teniente coronel, devenido propietario del restaurante Puesto Roca, solía correr todas las mañanas por el parque del hotel aeronáutico. Se rumoreaba que abastecía a turistas extranjeros que iban de caza, con un material que nada tenía que ver con la pólvora: una sustancia blanca y onerosa que los gringos embutían en los cartuchos de escopeta.

Cuando Myriam Galizzi, la jueza federal de Paraná, lo citó para indagarlo sobre el destino de los hijos mellizos de Raquel Negro, sus abogados argumentaron que no podía presentarse porque los médicos le habían recomendado “reposo absoluto”. Luego ya no fue necesario ningún otro certificado que no fuera el de defunción.

II

LA ESMA, METÁFORA DE LA ARGENTINA

Salimos del banco, y Olivia lo ve. El tipo se aparta de nuestro camino, pero se queda de guardia junto a una casa. Esperando, con una pierna apoyada en la pared como en la caricatura de los guapos. Mi joven mujer mexicana, que tiene una antena especial, me advierte por lo bajo del peligro. ¿Tal vez nos quiere asaltar? Llegamos hasta la camioneta, estacionada a unos veinte metros. Veo el papel de inmediato; algún desconocido lo ha insertado en la ventanilla del acompañante. Antes de arrancarlo, alcanzo a leer lo que *alguien* ha escrito con marcador negro:

ZAFASTE DE LA ESMA HIJO DE PUTA
CUIDATE

Ese *alguien* debe ser el tipejo que recién nos llamó la atención. Es más bien bajo, de pelo corto y canoso. Sin bigote. Va vestido con un pantalón y un suéter verdes. Me ve y escucha mis puteadas dirigidas a un enemigo que no da la cara. Es, seguramente, lo que estaba esperando, porque abandona su puesto de vigilancia y empieza a caminar, sin prisa, en sentido contrario.

Es la mañana del 27 de enero de 2012. A casi treinta años de haber publicado mi libro sobre la ESMA, cuando el cañón de los fusiles genocidas aún estaba caliente y la democracia tiritaba en pañales. Todavía sin Conadep (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y sin *Nunca más*.

El odio en este país ha durado mucho más que los buenos modales.

“Lo que no dije en *Recuerdo de la muerte*” es un título equívoco. Un guiño al lector que sugiere la práctica tan extendida entre nosotros del escamoteo y la autocensura. Puede que me haya ocurrido algo de eso en los ochenta. Consciente o inconscientemente. Incluso como “espíritu de época”, por la inmediatez de la militancia extrema de la que veníamos en aquel momento. Ya lo iremos descubriendo. Sin embargo, no estoy seguro de que sea lo más importante. La mayor parte de “lo que no dije” era lo que no podía o no quería imaginar en diciembre de 1983. La continuidad de los parques, que diría Julio Cortázar. El hábito inveterado de un país que no avanza ni retrocede, sino que se revuelca sobre sí mismo.

Por eso, ahora me parece más útil tratar de probar que la ESMA es una metáfora de la Argentina. Que su perversidad hace tanto al llamado “ser nacional” como el tango o el dulce de leche.

Nada, ni las obvias remembranzas de los nazis o los franquistas (con sus robos de chicos y sus obispos cómplices), alcanza a restarle un ápice de su argentinismo al infierno que la dictadura montó en la Avenida del Libertador, a vista y paciencia de los honrados burgueses de la muy civilizada Santa María del Buen Ayre.

No son afirmaciones: son datos que se han ido acumulando hasta la saciedad en estas tres décadas. La ruta de los dineros negros de la dictadura confirma la exactitud de la sentencia de Rodolfo Walsh: “Se empieza reprimiendo por supuestos ideales y se termina asesinando por dinero. La represión y la corrupción pueden andar separadas unos meses, pero siempre acaban por juntarse”.

La teoría de los dos demonios fue inventada por Ernesto Sabato para otorgarle cierta pátina dostoievskiana a dos decretos simétricos de Raúl Alfonsín: uno que enjuiciaba a las juntas militares y otro, a las conducciones guerrilleras. De un tiempo a esta parte ha sido remozada por personajes como Ceferino Reato o Juan Bautista Yofre. Su principal defecto es que presenta a todos los que no fueron *abiertamente* guerrilleros o represores como víctimas inocentes y los sitúa a ellos mismos como “observadores” imparciales y jueces de los diablos en pugna. No existe tal imparcialidad: Reato fue jefe de prensa de Esteban Caselli en el Vaticano y no podía ignorar que su jefe directo era uno de los personajes más corruptos del gobierno menemista y uno de los eslabones que vinculan al peronismo con la logia mafiosa Propaganda Dos. Con tal vara alta entre los seguidores del “Titiritero” Licio Gelli, que en el tercer milenio llegó a senador por el partido de Berlusconi, a pesar de ser argentino.

Tampoco es inocente Juan Bautista “Tata” Yofre, que estuvo vinculado con la CIA en Centroamérica y fue el primer jefe de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado) en el gobierno de Carlos Saúl Menem, nombrando como altos

funcionarios a genocidas como el coronel Pascual Guerrieri (el “Señor Jorge” de Funes) y otros asesinos seriales que van siendo condenados por la justicia, con un ritmo lento y en causas deliberadamente fragmentadas en distintos tribunales, por cierto.

No creo, desde luego, en la inocencia de esa pretendida mayoría silenciosa que apoyó el golpe más sangriento de la historia argentina, especuló con la tablita cambiaria de Martínez de Hoz y militó con fervor el “deme dos” en los *shoppings* de Miami.

En mayo de 1984 hacía diez años que no lo veía. Diez años que incluían la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y el terrorismo militar. Luis María Castellanos había trabajado conmigo en el diario *Noticias*, clausurado en agosto de 1974 por el “Brujo” José López Rega. Era bajo, de anteojos, retacón y sombrío. Pero no tenía ninguna señal externa, como el dedo torcido de aquella serie televisiva, *Los Invasores*. Ahora han pasado otros treinta años y muchas cosas se me han borrado, pero sigo evocando aquel fondo de alarma que me quedó después del encuentro que Jaime Dri y yo sostuvimos con Castellanos en el bosque de Chapultepec.

Concederle la entrevista fue un error casi inevitable en dos exiliados pésimamente informados y necesitados de hacer llegar sus posiciones al país idealizado en el destierro que no era, claro, el de las metamorfosis kafkianas. *Recuerdo de la muerte* se había publicado en abril de 1984, en medio del silencio casi total de la prensa argentina, sólo quebrado por una nota previa a la salida del libro en la revista *Humor*. Mérito indiscutible del ya fallecido Andrés Cascioli, gran dibujante político y un ser humano entrañable.

Es probable, no lo recuerdo con precisión, que haya sido la oficina de prensa de la editorial la que nos envió a Castellanos y al fotógrafo Ricardo Alfieri (h) para una entrevista en *La Semana*, la revista de Editorial Perfil dirigida por Samuel “Chiche” Gelblung, que había comandado *Gente* en los años más negros de la dictadura. La entrevista con Dri fue publicada in extenso, en dos entregas, la primera de las cuales fue tapa, con la foto del Pelado en primer plano y el título: “Galtieri tomó Malvinas con el plan de Massera y Montoneros”. Era una distorsión total de lo que Jaime efectivamente había revelado: algunos pocos montoneros prisioneros de la ESMA integraban un grupo llamado “el Staff”, que simulaba un apoyo político a los marinos para sobrevivir. Esos sobrevivientes, a quienes el ex almirante Emilio Eduardo Massera llamaba con tétrica ironía “mis asesores por izquierda”, habían pergeñado bajo coacción un plan para recuperar las islas, en una corta invasión, a la que seguiría de inmediato la retirada y una negociación en la ONU (Organización de las Naciones Unidas). Era una idea temeraria y seguramente destinada al fracaso, pero parecía políticamente más justificada que la guerra total con Chile a la que se aprestaba en aquellos días la dictadura militar. El título a lo Gelblung pretendía confirmar una “primicia” publicada por *La Semana* en marzo de aquel mismo año: un supuesto “plan Massera-Montoneros, destinado a conceder un segmento incalculable de poder al ex comandante de la Armada”.

En rigor de verdad, ese plan era un invento total. No hubo ningún acuerdo entre Firmenich y Massera y es absolutamente falso que se hayan reunido en secreto, como lo dijeron tantos testigos interesados en embarrar la cancha, entre los que descuella el doble agente Rodolfo Galimberti, quien sí tuvo una relación estrecha con el Comandante Cero.

Nada de eso era tan claro en aquella primavera mexicana de 1984. Lo cual no excusa el error que tanto Dri como yo cometimos en aquel momento, saltándonos un dato clave: Luis María Castellanos ya había sido denunciado como periodista ligado a la ESMA por Ana María Martí, Sara Solarz de Osatinski y Alicia Milia de Pirles, las tres sobrevivientes que en 1979 rindieron un decisivo testimonio ante la Asamblea Nacional de Francia.

Ahora, treinta años más tarde, encuentro en los archivos que la sobreviviente Miriam Lewin también lo denunció en el Juicio a las Juntas de 1985 como uno de los periodistas que respondían orgánicamente al Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada.

¿Qué significaba ser “un periodista de la ESMA”? : hacerse cómplice de una serie de delitos que no prescriben porque son crímenes de lesa humanidad.

El 15 de diciembre de 1977, cuando Jaime Dri fue baleado, secuestrado y torturado por las Fuerzas Conjuntas del Uruguay, en el marco del Plan Cóndor, ignoraba la magnitud del operativo que tuvo por blanco a montoneros y no montoneros, como el famoso pianista internacional Miguel Ángel Estrella, que pagó con la tortura y tres años de cárcel su amistad con el “Oveja” Carlos Augusto Valladares, quien sí era guerrillero y se suicidó con una pastilla de cianuro cuando estaban por atraparlo en el Aeropuerto de Carrasco.

El Pelado sabía que un mes antes, a mediados de noviembre, había caído en la aduana de Colonia del Sacramento, Oscar “Sordo” De Gregorio, un oficial superior de Montoneros, al que le habían encontrado un revólver dentro de un termo. Pero ignoraba lo que había desatado esa caída: la colaboración y también la competencia entre los servicios navales de los dos países para quedarse con un trofeo de semejante valor, así como la puja interna entre los dos grupos de tareas más activos y siniestros de la Argentina: el GT 33/2 de la Marina de Guerra y el Batallón 601 del Ejército. Los dos servicios de Inteligencia que habían actuado (y actuarían) con más desenfado en el exterior: desde París hasta México DF, desde Centroamérica hasta Oriente Medio.

Tardaría años en conocer algunos datos fundamentales de aquella operación binacional que puso fin al intento de la conducción montonera de rearmar su secretaría política cerca “del territorio” para reinstalarla luego dentro del país, cuando llegara el anhelado momento de la “contraofensiva”.

Ignoraba que la ESM A había destacado en Montevideo a un selecto grupo de represores, encabezado por el jefe de Inteligencia del GT 33/2, el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta (a) Tigre, Santiago o Aníbal, e integrado por el teniente de navío Raúl Enrique Scheller (a) Mariano o Pingüino, el mayor de ejército Julio César Coronel (a) Maco, el prefecto Héctor Febres (a) Selva o Daniel y el oficial del Servicio Penitenciario, Carlos Orlando Generoso (a) Fragote. Junto con ellos viajaron algunos prisioneros: Martín Gras, el Chacho de *Recuerdo de la muerte*, que en democracia sería funcionario público en los gobiernos de Menem, De la Rúa, Duhalde y Kirchner. Actualmente es responsable del Plan Federal y Capacitación en Derechos Humanos del Ministerio de Justicia de la Nación. Con Chacho viajaron Alberto Gironde (Mateo), el Alioscha que idealizaba Jaime en su relato; el activo colaborador de los marinos Miguel Ángel Lauletta, que respondía al premonitorio sobrenombre de “Caín”, y Juan Gasparini, que en democracia alcanzó fama como periodista. En aquella circunstancia sobrecogedora de 1977 se presentó ante Dri —deshecho por la tortura que le habían aplicado los militares uruguayos— y le dijo con voz inexpresiva: “Yo era montonero... me conocían como Gabriel... este... era oficial primero”.

Hace poco, el 30 de septiembre de 2010, Gasparini declaró ante el Tribunal Oral Federal N° 5 en la megacausa ESM A:

Formaba parte de la filosofía tratar de ablandar a un detenido, mostrándole que había detenidos vivos, hacer creer la supuesta benevolencia de la represión para con las personas que eran secuestradas. A mí me mostraron ante detenidos que eran secuestrados en la ESM A...

En aquel momento inquisitorial, en que lo colgaban durante horas de una roldana en el techo del “Castillo” o lo ahogaban en el tanque hediondo del submarino, Dri ni siquiera sabía que el “Sopa” Alejandro Barry, su jefe directo y el sexto hombre en la jerarquía del Partido Montonero, había sido abatido a balazos poco después de que les volcaran la Mehari en la que se alejaban de Montevideo.

Menos aún que la compañera de Barry, Susana Mata (a la que Dri le decía “la Pelada”), se había tomado la pastilla cuando los represores irrumpieron en la casa clandestina que la compañera del Sordo De Gregorio (Rosario Quiroga) habitaba con sus tres pequeñas hijitas en el balneario Lagomar. Susana, desesperada por la ausencia del Sopita, se había “levantado” de su propia casa para buscar información y apoyo en el lugar equivocado. Como no podía ser de otra manera, la Pelada había huido junto con su hija de tres años, Alejandrina. En la vivienda ya se cobijaba María del Huerto Milesi (Chiqui) y su hija María Laura, una beba de cuatro meses. Su compañero Rolando Pisarello (Tito) era torturado junto al Pelado, a Estrella y a todos los que habían sido arrastrados en el operativo, uno de los más devastadores del Plan Cóndor.

Curiosamente, como excepción a lo que hacían con los chicos en la “Maternidad Sardá” de la ESM A, a las cinco niñas que habían perdido a sus padres no las entregaron a ningún apropiador, sino a sus abuelos. Tal vez porque entre los secuestrados estaba Alejandro Barry, cuyo padre era colega de José Alfredo Martínez de Hoz en la Facultad de Derecho.

Pero durante algunas horas terribles, decisivas, retuvieron secuestrada a la “Peladita” Alejandrina Barry, en lo que llamaban una operación de “acción psicológica” y era un grave delito.

Delito que hoy analiza la justicia federal y en el que podrían ser imputados como cómplices el dueño de Editorial Atlántida, el ya fallecido Aníbal Vigil, y los directores y jefes de redacción de *Gente* (Samuel Gelblug), *Somos* (Héctor Horacio D’Amico y Jorge de Luján Gutiérrez) y *Para Ti* (Agustín Botinelli y Lucrecia Gordillo).

La historia perversa de una pequeña “abandonada” en Uruguay por sus padres, “delincuentes terroristas”, como propaganda negra para ir justificando el plan general del robo de niños.

III

MASSERA SE CONFIESA CON WORNAT, HADAD Y LONGOBARDI

Dormía cuando los catorce comandos del Grupo Halcón llegaron frente al portón de la calle Rocha Blaquier 1502, en la zona de quintas de La Reja. Eran las cinco y media de la mañana. Había estado haciendo zapping en el lecho matrimonial hasta las cuatro. Esa noche no había ido al burdel, a sacarse fotos con las chicas, como solía. Tal vez pensó que no había nada como la vida sana, en familia.

La explosión en el portón los hizo saltar de la cama. El espía de cara alargada y mirada zorruna que se llamaba Pedro Tomás Viale, pero todos conocían como el Lauchón, manoteó la Glock calibre 40 que tenía en la mesa de luz y se levantó en calzoncillos, gritando:

—¡Tengo chapa! ¡Tengo chapa! ¡Soy de la SIDE!

La respuesta fue el estruendo imparable de la balacera.

El Lauchón le quitó el seguro a la Glock y se agazapó hacia el pasillo que daba al baño en suite.

Su mujer, María Denis, aullaba que no los mataran, pero más tiros perforaban las paredes, reventaban los vidrios y llenaban los cuartos con el olor de la pólvora y la Lubrilina.

Cesaron los disparos y los gritos. Escuchó una puteada aislada: uno de los policías había sido herido en un pie, la única parte de su anatomía que no estaba acorazada.

María Denis, una tucumana que llevaba cuarenta años casada con el espía, venía presintiendo que iba a finalizar así: con cuatro tiros en el cuero antes de cumplir los sesenta. Sabía, desde mucho tiempo atrás, que vivían en el filo de la navaja, pero confiaba en los contactos “de alto nivel” de su marido, que según él decía no le iban a soltar la mano por fiera que viniera la movida.

Los negros hombres de acero la llevaron al baño, donde el Lauchón yacía boca abajo, sangrando como un chancho sobre los mosaicos.

Un detalle la estremeció: tenía las muñecas esposadas sobre la espalda. ¿Para qué se esposa a un muerto en combate? se preguntó y no encontró la respuesta. Tampoco le mostraron la orden de allanamiento hasta bien entrada la mañana. La firmaba el juez federal Juan Manuel Culotta, de Tres de Febrero, y se basaba en escuchas telefónicas que sindicaban al espía de la Secretaría de Inteligencia como propietario de una cocina de cocaína en Moreno y protector de una banda de narcos.

La muerte del Lauchón, ocurrida en fecha patria (9 de julio de 2013), distaba mucho de ser un hecho aislado: en esa madrugada el grupo de elite de la Policía Bonaerense había producido dieciocho allanamientos, incluyendo uno en la casa de Luciano Viale, de 33 años, hijo mayor del Lauchón. “En casa los policías me cagaron a palos y me afanaron 70 mil mangos, ropa y rieles de pesca”, declaró el joven Viale, sospechoso de integrar el aparato delictivo de su padre. El finado no era ciertamente un humanista, llevaba muchos años en el espionaje y en los delitos que suelen acompañar a tantos espías y policías: la trata de personas y el tráfico de drogas.

Lorena Martins, hija del exitoso proxeneta Raúl Martins (otro agente de la Secretaría de Inteligencia), había acusado a Viale de ser el encargado de eliminarla si continuaba denunciando a su padre.

Pero el Lauchón tenía fuertes apoyos políticos, como Martins, que era hombre de Antonio Horacio Stiusso (a) Stiles, el poderoso director general de Operaciones que había hecho carrera en la Secretaría de Inteligencia desde los tiempos en que se llamaba SIDE y era una pieza maestra en la represión clandestina de la dictadura militar. El currículum del abogado de la familia Viale también dice mucho sobre los apoyos espurios de esos personajes: se trata de Santiago Blanco Bermúdez, que también defiende a Stiles, a Casinos Buenos Aires S.A. y a conocidos genocidas.

Argentina no es una democracia escandinava, ciertamente, pero exagera para el otro lado: a la sociedad no parece importarles mucho que funcionarios que integran una Secretaría dependiente de la Presidencia de la Nación se dediquen a la trata y el tráfico de estupefacientes. Pocos ligan la creciente inseguridad en calles, casas o autobuses, con el crimen organizado y protegido desde arriba.

La organización La Alameda, liderada por el actual diputado porteño Gustavo Vera, interpretó de inmediato la ejecución del Lauchón como el inicio de una guerra entre espías que se ha desatado dentro de la propia Secretaría pero cuya onda expansiva alcanza a otras esferas, incluida la inteligencia militar, en manos —siempre— del jefe del Ejército, el inquietante teniente general César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani.

Lo de Uruguay salió un poco de la norma, porque me subieron a un avión militar, estas personas, debe haber

sido a comienzos de la tarde un día de diciembre de 1977, llegamos ya de noche a Uruguay, a Montevideo y nos subieron a autos de civil y viajamos alrededor de media hora hasta un lugar, probablemente era una base militar. Allí nos bajaron vestidos de civil, no tenía esposas ni nada, estaba rodeado de militares, y entramos en una especie de hangar, y fue fantasmagórico lo que vi, nunca en mi vida vi una cosa así, había... Eran techos altos, había prisioneros colgados por sogas, desnudos, maniatados a la espalda y atados por esa sogá, colgados del techo y esos prisioneros no estaban en contacto con el piso, o sea que estaban en una situación de tortura permanente por la obligación, digamos, de someter el cuerpo a esa posición. Había dentro de ese enorme hangar, digo hangar por la envergadura del galpón ése, había unas oficinas y ahí me condujeron y apareció un señor vestido de civil, que se identificó por los hechos y por la forma de conducirse como que era el jefe de la represión uruguaya, se presentó como Lino Gavazzo [se refiere al teniente coronel uruguayo José Nino Gavazzo, jefe del Departamento III de Defensa] y ahí dijo que trajeran a algunos prisioneros argentinos. Yo me acuerdo del pianista Miguel Ángel Estrella, porque era una persona conocida públicamente, y de Jaime Feliciano Dri, que fue un militante político, que había sido secuestrado, creo que días después de Estrella y, finalmente él, después de este incidente que estoy relatando, junto con otra detenida que se llamaba (Rosario) Quiroga fueron trasladados de Uruguay a la ESMA, pero bueno el incidente de esa noche era que, bueno, Gavazzo les preguntaba por qué estaban en Uruguay y ellos no respondían nada. Daban a entender, digamos, que ese diálogo ya había tenido lugar. Bueno, acá están estos detenidos de la Argentina, yo estaba ahí, me mostraron, y la escena se terminó, para mí era una cosa medio extraña, no entendía que era lo que estaba pasando. Gavazzo dijo que se llevaran de vuelta a esos detenidos y a mí me llevaron a un hotel en la ciudad, donde me alojaron en piezas separadas a las de [el teniente de navío Raúl Enrique] Scheller y [el mayor Julio César] Coronel. Dormimos esa noche ahí, me habrán anotado con una identidad falsa o no sé, no tengo ni idea, pero era un hotel, no era una dependencia militar, y al día siguiente volvimos en un avión de línea, creo que era de la empresa de línea uruguaya. Volvimos, en la parte militar de aeropuerto había un auto que nos estaba esperando, o varios autos no me acuerdo, y nos llevaron de vuelta a la ESMA. [Testimonio presentado el 20 de septiembre de 2010 por el sobreviviente Juan Gasparini ante el TOF N° 5 en la causa 1.270 y acumuladas.]

En julio y agosto de 1995 al penado-indultado Emilio Eduardo Massera se le dio por “confesarse” con algunos periodistas y aludió reiteradas veces a *Recuerdo de la muerte* y a mí. La primera vez fue en una extensa entrevista con Olga Wornat para la revista *Gente*, donde el Negro, o Cero como lo llamaban sus secuaces en los sótanos de la ESMA, puso de fondo un nocturno de Chopin.

He vuelto a leer estos libros dolorosamente. *Recuerdo de la muerte* es uno de ellos. Pero es nada más que una novela. Una ficción hecha en base al relato de un colaborador de la ESMA. Escribe bien Bonasso. Ojalá lo pudiera contratar para que escriba para mí.

Aunque me encontraba fuera del país, no demoró mi respuesta en *Página/12*:

[...] quiere trivializar lo que el libro cuenta, al decir que es nada más que una novela. Farandulizarlo al estilo contemporáneo. Denigrarlo al presentarlo como el relato de “un colaborador” de la ESMA, sin decir que ese *colaborador*, Jaime Dri, se escapó del campo de concentración y lo denunció en París, junto a François Mitterrand, en septiembre de 1978. Que Dri y yo fuimos, en 1979, a buscarlo al hotel Villamagna de Madrid para someterlo a un careo frente a los periodistas y que él, valiente como Astiz, no se atrevió a enfrentarnos.

Agregué:

Lo del contrato es un acto fallido que desnuda la concepción mercenaria de nuestro oficio que tiene Massera. Y algo más perverso: si pudiera intentaría “contratarme” de la misma manera que lo hizo con aquel grupo de sobrevivientes de la Pecera, a los que chantajeó con la posibilidad de morir, si no actuaban como “asesores” de su proyecto político personal.

Se ve que no le gustó porque pocos días después, el lunes 7 de agosto de 1995, en una megaentrevista de dos horas que le hicieron Daniel Hadad y Marcelo Longobardi en *América 2*, el penado-indultado Massera volvió a la carga,

agregando una infamia que lo pinta de cuerpo entero:

Massera: —Tengo un caso de un hombre que trabajó para la Marina, que es Dri, que Bonasso lo hace el héroe de *Recuerdos de la muerte* (sic). Leí todo el libro de Bonasso, como leo otros.

Hadad: —¿Niega que haya existido ese ejemplo?

Massera: —Un día, en un viaje que yo hago a Nicaragua, invitado oficialmente por el gobierno de USA [United States of America]... quería que apoyáramos a [el dictador Anastasio] Somoza, [el líder panameño Omar] Torrijos me invita a pasar por Panamá y me lleva a una isla muy bonita, la isla Contadora. Allí aparece Torrijos y me pide por un montonero que él sabía que trabajaba para la Marina, que es el señor Dri. Hace una referencia a la relación de él con la mujer de Dri de índole privada que no quiero decir en la televisión. Pregunto y Dri trabajaba para la Marina. Llevaba y traía partes. Trabajaba como [Ricardo René] Haidar, como trabajaban todos. Después resulta que son todos inocentes. Entonces Dri ha tejido una novela con Bonasso. No es como dice Bonasso que con mi afán mercantilista quiero contratarlo, porque disiento totalmente con la posición de él. Pero Bonasso es otro montonero y él también desapareció.

Por suerte, como bien lo sabe el cobarde que me puso la amenaza anónima en la camioneta, no desaparecí. Es probable que Cero estuviera ya un poco *gagá* en el 95.

Lo que el genocida ignoraba es que la verdad siempre acaba por revelarse. Varios años después de aquellas entrevistas se fueron desclasificando documentos del Departamento de Estado norteamericano, de la Dirección de Seguridad de México y de los servicios militares del Uruguay que corroboraron el relato de Dri sobre su fuga hasta en el más mínimo detalle.

Las mentiras y bajezas de Cero son típicas de los oficiales de Inteligencia. Massera, que fue formado en la Escuela de las Américas, fue segundo del SIN (Servicio de Informaciones Navales) en la década de 1960 y operó clandestinamente en la última dictadura.

Su insinuación de que él mismo había liberado a Jaime Dri a pedido de Torrijos porque éste había tenido relaciones íntimas con Olimpia, su esposa panameña, lo pinta de cuerpo entero. Le contesté en otra nota titulada “Los orines del verdugo” y desde Londres —por satélite— en el programa de Mariano Grondona.

Les avisé de la infamia a Jaime y a Olimpia, quienes enviaron desde Panamá una nota de gran altura en la que le exigían al genocida que, en vez de “responder con ataques a la honra y dignidad de las mujeres, la memoria de otros jefes de Estado respetados por la comunidad internacional”, entregase —junto con sus colegas de la Junta— “la lista de los desaparecidos”.

Dos casualidades marcan una tendencia, por eso me especializo en concatenar casualidades: diez años antes de que Massera segregara la calumnia contra los Dri, insulté a Rodolfo Galimberti por deslizar la misma tesis del genocida, que llamaba “colaboradores de la Marina” a prisioneros desaparecidos para siempre como el héroe de Trelew, Ricardo René Haidar.

Fue durante una larga noche de 1985, en un Vips de México, donde el Loco intentó sobornarme con un sueldo de cinco mil dólares mensuales para dirigir la revista de su grupo en la Argentina (*Jotapé*) y yo lo rechacé violentamente, agregando una profecía que no tenía gracia porque ya se había cumplido:

—Si seguís así vas a terminar con una credencial de la SIDE en el bolsillo.

IV

CRISTINA Y BULGHERONI, EL EMPRESARIO DEL 601

La guardia presidencial de Olivos se asoma con respeto al hombre de traje negro y traba de oro en la corbata, que espera en su auto la autorización para avanzar hacia el pabellón donde aguarda la Doctora. No lleva chofer ni custodia, pero no importa: el oficial de guardia observa el rostro afilado, cerúleo y ojeroso del visitante y recuerda algo, no mucho, de su historia que haría palidecer de envidia a la serie *Dinastía*. Sabe que Carlos Bulgheroni es un *poronga*, un capo de la industria petrolera, que tiene la fortuna de un jeque árabe y que la Jefa lo espera, en el acristalado despacho que da al jardín, para hablar a solas, fuera de protocolo.

Son las siete de la tarde del lunes 2 de diciembre de 2013. Dos días después, Bulgheroni visitará nuevamente a la Presidenta en compañía de un socio aún más importante que él: Li Fanrong, titular de la compañía China National Off Shore Oil Company (CNOOC), que en 2010 pagó 3.100 millones de dólares para quedarse con la mitad de la empresa Bidas, de los hermanos Carlos y Alejandro Bulgheroni. Juntos, chinos y argentinos le compraron a British Petroleum el 60 por ciento de las acciones de Pan American Energy (PAE) en la módica suma de 7.059 millones de dólares.

Mientras el auto se acerca al pabellón versallesco donde dialogará con Cristina Fernández de Kirchner, Bulgheroni va midiendo los puntos de contacto y los posibles tropiezos debidos al carácter poco previsible de la interlocutora. La intimidación presidencial no lo emociona ni lo intimida. Ha estado en Olivos demasiadas veces. Con el dictador militar Jorge Rafael Videla; con el otro dictador castrense Reinaldo Bignone; con el presidente radical Raúl Alfonsín, para quien organizó el grupo de los “Capitanes de Industria”; con el caudillo peronista Carlos Saúl Menem (en cuya primera campaña electoral de 1989 cooperó con medio millón de dólares); con el otro radical, Fernando de la Rúa y con los otros peronistas Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner.

No teme, calcula. Este ítalo-argentino de 69 años está acostumbrado a lidiar con gente pesada de verdad, como el “Venerable” Licio Gelli de la logia mafiosa Propaganda Due. O los talibanes con los que negoció el gasoducto afgano. O el linfoma que casi se lo come a los 24 años. O los diez generales argentinos, que pasaron de fusilar clandestinamente a toda una generación militante a sentarse en el directorio de Bidas. Para algo tiene una lujosa residencia en Roma y acaba de comprarse otra mansión en Washington por 7 millones de dólares. Alguien que se define a sí mismo como “un cortesano del poder de turno” tiene que saber recibir. Forma parte del cortejo al poder: la exposición del poder propio.

Mientras su hermano Alejandro mantiene un bajo perfil para conducir la operación cotidiana de la empresa familiar, él maneja la estrategia política. Pero no sólo en el plano casero sino a nivel mundial.

El hombre de negro ha sido condecorado por el rey Juan Carlos de España y por el Presidente de Italia e integra como consejero foros europeos y norteamericanos del máximo nivel, como el CSIS (Center for Strategic Studies) de Washington DC.

La suma de tantos honores se traduce en 5.500 millones de dólares, contabilizados por la revista *Forbes* para incluir a los Bulgheroni entre los individuos más ricos de la Tierra.

El cortesano inclina la cabeza ante la reina, que viste una fina blusa de encaje blanco y le devuelve la reverencia con su sonrisa más fotogénica.

Recuerda otra Cristina, de cinco años atrás, cuando aún vivía Néstor y ella se estrenaba como Presidenta. Entonces las dos administraciones del matrimonio le parecían las más “duras” y más “impenetrables” con que se había topado en cincuenta años de pisar las alfombras rojas.

Así se lo comentó al embajador norteamericano de aquella época, Earl Anthony Wayne, quien lo informaría al Departamento de Estado en un cable fechado el 4 de febrero de 2008 a las 17:08, según se develaría años después, cuando Julian Assange destapó en WikiLeaks cientos de miles de cables de la diplomacia secreta norteamericana. Bulgheroni —que había visitado al embajador para ponerlo al tanto sobre las importantes reservas petroleras de Cerro Dragón— le confió que trataría de cambiar las cosas y de persuadir a la Presidenta para que le adjudicara la importancia debida a la visita que realizaría meses más tarde al evento anual del Council of the Americas. El Council, como lo sabían ambos, era territorio de David Rockefeller. El espacio donde el Big Dad y los inversionistas podían tomar examen a los gobiernos latinoamericanos. Y a partir del cual podían surgir los más beneficiosos negocios y negociados.

Ahora, en cambio, las cosas han cambiado; el cortesano juega sobre seguro, en los últimos años, Cristina ha

establecido una relación estrecha y amable con el Council of the Americas. Bidas es socio de YPF en la explotación de *shale gas* y *shale oil* en Vaca Muerta, y Big Dad está satisfecho con los dos.

Más importante aún: cuando la Presidenta visitó oficialmente China en 2010 aprobó la compra del cincuenta por ciento de las acciones de Bidas en Pan American Energy, lo que instaló a los chinos en el atractivo yacimiento de Cerro Dragón, en territorio de las provincias de Chubut y Santa Cruz.

Cuarenta y ocho horas más tarde de la reunión a solas entre el petrolero y la Presidenta, se produce el encuentro oficial, protocolar: Bulgheroni y Li Fanrong, el capo de CNOOC, se reúnen con Cristina en la Casa Rosada.

Entre otros funcionarios, están presentes el jefe de Gabinete, Jorge Capitanich, y el ministro de Economía, Axel Kicillof. Simpático el muchacho y me habían dicho que era medio bolchevique. Por mí, si no quiere ponerse corbata, que no se la ponga. No soy una persona frívola y superficial: yo me fijo en otras cosas. Por eso, cuando asumió, declaré a la prensa que su designación “me pareció excelente”, “ayudó a destrabar el problema del precio del gas” y “puso una cuota de realismo muy positiva para enfrentar esta nueva etapa”.

Se toman las fotos de rigor, parecen todos muy felices. Sin embargo, el escándalo acecha. No es bueno acercarse tanto a los norteamericanos y a los chinos y olvidarse de los británicos. Pueden hacer lío.

Quienes no dicen ni dirán una sola palabra sobre esta *liaison dangereuse*, entre un gobierno que exalta a los militantes de los años setenta y hace negocios con quienes ayudaron a exterminarlos, son los intelectuales, los periodistas, los dirigentes de organismos humanitarios que —supuestamente— tendrían como objetivo ayudar a la memoria colectiva y, en cambio, se dedican a santificar a Cristina.

No hay peligro, por ejemplo, de que uno abra un día el periódico mexicano *La Jornada* y encuentre una nota de su corresponsal en Buenos Aires, Stella Calloni, recordando el vínculo estrecho de Bidas y sus dueños, los Bulgheroni, con el ex general genocida Carlos Guillermo “Pajarito” Suárez Mason. Y mucho menos los siniestros entretelones de la Operación Charlie, que la ahora oficialista Calloni denunciara en el año 2000, cuando aún ejercía el periodismo.

Ocurrió el 21 de noviembre de 1973, después de un extenuante debate parlamentario sobre la Ley de Asociaciones Profesionales. El senador radical Hipólito Solari Yrigoyen llegó al garage de Marcelo T. de Alvear 1276, donde guardaba su Renault 6, sin advertir que lo estaban vigilando. Subió al primer piso, abrió el auto y, cuando lo puso en marcha, estalló. Lo sacaron de las chapas retorcidas con las piernas deshechas, pero con vida.

Raúl Ricardo Alfonsín, que había creado con el herido el Movimiento de Renovación y Cambio de la UCR (Unión Cívica Radical), sospechó que era un mensaje mafioso para él mismo.

Era Presidente de la Nación el teniente general Juan Domingo Perón y vicepresidenta su tercera esposa, María Estela “Isabel” Martínez. Como Perón estaba enfermo, envió a Isabelita y a su secretario y ministro José López Rega a presentar sus respetos al dirigente radical, que estaba gravemente herido pero consciente. Los que habían visto la película *El Padrino*, que se estrenó ese año, recordaron el saludo del mafioso Barzini a Michael Corleone en el entierro del Don.

Una nueva organización terrorista de extrema derecha, desconocida hasta ese momento, se atribuyó la autoría: la Alianza Anticomunista Argentina, que se haría famosa en el país y en el mundo como la Triple A. Muchos sospechaban que estaba dirigida por el Brujo López Rega. Pocos, pero informados, como el autor de la Constitución del 49, Arturo Sampay, la suponían creada y conducida por el propio Perón.

Solari Yrigoyen evocó treinta años después la visita de Isabel, con un dejo de ironía: “No sé si Isabel entendía lo que estaba pasando; me dijo: ‘¡No sé que pretende esta gente! ¿Una Cuba? ¿Un Chile?’. Me hablaba como si el atentado lo hubiera cometido la izquierda”. El Brujo no era, pese a todo, tan ingenuo o tan cínico y guardó silencio. Él sabía muy bien a quién le había dado la orden de poner la bomba.

Dos años después, otro explosivo de la Triple A destrozó la casa del senador en Puerto Madryn, y Solari Yrigoyen volvió a salvar su vida de milagro. En mayo de 1976 el político radical fue secuestrado junto con su correligionario y amigo, el defensor de presos políticos, Mario Amaya. Ambos dirigentes fueron llevados clandestinamente a la Base Aeronaval de Bahía Blanca y luego al centro de detención de la Escuelita y a Villa Floresta, donde fueron brutalmente golpeados y torturados. Finalmente fueron “reconocidos” y encerrados en sendas celdas de castigo (los famosos “chanchos”) en el penal de Rawson.

Amaya fue luego trasladado a la cárcel de Devoto, donde murió el 19 de octubre de 1976, como consecuencia de los tormentos sufridos. A Solari Yrigoyen, sobrino nieto del ex presidente Hipólito Yrigoyen, no se atrevieron a matarlo y lo expulsaron del país.

El periplo tenebroso que transcurrió entre el gobierno “constitucional” de Isabelita Perón y la dictadura de Videla

confirmó el aserto de Rodolfo Walsh en el sentido de que las Tres A eran las Tres Armas.

En 2007, después de cuatro años de conversaciones reservadas entre el gobierno de Chubut, ejercido por el entonces kirchnerista Mario Das Neves, y Carlos Bulgheroni en representación de Pan American Energy, el gobierno provincial envió a la legislatura un proyecto de contrato para explotar el yacimiento Cerro Dragón que, al decir del gobernador, aumentaría reservas y regalías de manera espectacular.

En el medio, el Far West, la grosera violación de la ley: la concesión a PAE se extendería durante cuarenta años. Hasta 2047. Cuando todos estemos convenientemente muertos y los pozos, lamentablemente, secos.

La discusión en el parlamento provincial fue durísima: seis de los nueve diputados radicales terminaron votando el proyecto oficialista, adecuadamente convencidos por el entonces ministro de la Gobernación, Norberto Yahuar, después integrante del gabinete de Cristina Kirchner.

Entonces, los dirigentes Hipólito Solari Yrigoyen y David Patricio Romero, con la representación legal del abogado Gustavo Menna, presentaron un amparo contra el convenio que, como suele ocurrir, fue desestimado por la justicia. En aquella ocasión, Solari Yrigoyen —la primera víctima “oficial” de la Triple A— no pudo hablar concretamente de sobornos, “porque no tenía pruebas”. Habría que esperar siete años hasta que la influyente SEC (Securities and Exchange Commission) dejara trascender que British Petroleum, socia de Bidas en PAE, cuando se aprobó el acuerdo, se había “autodenunciado” en relación con el pago de coimas a los principales funcionarios kirchneristas. “Es un problema entre empresas”, se atajó el sempiterno ministro de Planificación, Julio de Vido. Pero un nuevo y peligroso *affaire* estaba en marcha.

V

EL DIFÍCIL TEMA DE LA TRAICIÓN

Escribí *Recuerdo de la muerte* en el exilio, definitivamente separado de la organización en la que había militado durante diez años, sin bibliografía y con escasas fuentes hemerográficas (confiables) porque todavía estaba la dictadura y nadie se hacía el loco. No tenía por detrás a ninguna fundación que financiara viajes o llamadas de larga distancia. Escribía en la cocina del viejo departamento de Mariano Escobedo, sobre la rústica mesa donde se preparaba y servía la comida a diario. Tampoco contaba con ningún medio de comunicación que me abriera puertas. La columna vertebral fue el minucioso relato de Jaime Dri y su mujer panameña Olimpia Díaz, que me contaron palmo a palmo sus terribles peripecias, entonces dolorosamente cercanas. El Pelado aportó además algunas carpetas muy instructivas, a las que había tenido acceso por su tarea en el servicio de Inteligencia de la Orga, adonde lo enviaron a militar después de su espectacular fuga de la ESMA. Una de ellas era una apasionante radiografía de la Armada, de donde surgían relatos alucinantes, como el de la secta interna de Los Luteranos, a la que pertenecían —entre otros— Massera y el Tigre Acosta. El informe también era interesante por su autoría: lo había escrito un teniente de navío que era un topo de Montoneros en la Armada. Su nombre real había sido cuidadosamente preservado.

Tuve, quiero reiterarlo, una gran lectora y editora: Silvia Estela Pérez, mi compañera durante treinta años y la madre de mis hijos Federico y Flavia, sin cuya apasionada colaboración el libro habría carecido del rigor y la contundencia que lo mantuvieron vivo hasta el presente.

El tiempo y los diversos documentos oficiales de la Argentina y otros países se encargarían de ir confirmando el relato hasta en el más mínimo detalle. Pero hace treinta años la respuesta pública fue el silencio total, que es lo que acostumbra el poder cuando no se le tira con simples adjetivos sino con información incontrastable. Nadie, ni los militares ni los montoneros ni los sobrevivientes, se animó a retrucar públicamente lo que allí se narraba. Ahora, cuando florecen decenas de causas judiciales surgidas directamente del libro, cuesta creer de qué manera hermética fue escamoteado por los que cortan el bacalao. (Voy a tener que acostumbrarme: en 2011 publiqué *El mal. El modelo K y la Barrick Gold. Amos y servidores en el saqueo de la Argentina*, y ninguno de los allí señalados, empezando por la propia presidenta Cristina Fernández de Kirchner, salió a desmentirme.)

Los marinos, por su parte, guardaron un silencio sepulcral, hasta que el Almirante Cero se despertó once años después de la salida y dijo que sólo “era una novela”, como el lector ya lo habrá visto en el Capítulo III.

Hubo, sí, corrientes submarinas. Los dirigentes montoneros Fernando Vaca Narvaja y Roberto Cirilo Perdía me visitaron en México y discutieron —en privado— algunos aspectos de la obra, como lo narré en el epílogo adicional que incorporé en 1994, al cumplirse diez años de la publicación.

A comienzos de 1984, cuando la primera edición aún no estaba impresa, viajamos con Silvia a Francia y a España, cargando las galeradas, para corregirlas y cotejar datos con sobrevivientes de la ESMA exiliados en aquellos países.

Algunos amigos queridos, que también lo eran de Julio Cortázar, nos habían empujado para que lo viéramos y le pidiéramos apoyo para el lanzamiento internacional de *Recuerdo...* Desgraciadamente llegamos tarde: Julio —destruido por la reciente muerte de su mujer Carol Dunlop— estaba soportando una larga agonía.

Tampoco nos fue bien con los sobrevivientes de la ESMA que el Pelado nos había recomendado ver.

El primero fue el aristocrático Alberto Gironde, el “Mateo” de la historia. Con Silvia nos habíamos empapado atravesando la fría lluvia del París invernal hasta llegar a su casa. No nos ofreció ni siquiera un café y deslizó ácidos comentarios sobre la imprudencia de escribir sobre la ESMA sin haber estado allí. Jaime nos lo había pintado con resplandores angélicos, casi como el Alioscha de *Los hermanos Karamazov*, y nos encontramos con alguien severo y desconfiado que recibió el original del libro con notorio disgusto.

Silvia, que no tenía pelos en la lengua, le soltó en el *foyer*:

—Vos no sos Alioscha.

Esa frase, la lectura de los originales o la conciencia de su maltrato lo hicieron cambiar y, para una segunda entrevista, nos invitó a cenar junto a su esposa, también de origen patricio. Nosotros devolvimos atenciones hasta el punto de llevarles un Châteauneuf-du-Pape, que mermó considerablemente nuestro presupuesto parisino.

Mateo había leído el libro y reconocía que, en general, se ajustaba a los hechos que le constaban. Discutió, sin embargo, algunos aspectos de la narración, pero nada estratégico. Sólo pidió algo que entonces era muy razonable y hoy ya no lo es más: que a él y a todos los prisioneros los identificáramos únicamente por sus *noms de guerre*, a lo que accedimos.

Nos despedimos sin imaginar que los originales que le habíamos pasado comenzarían a dar vueltas entre los sesenta

sobrevivientes que Massera había dejado vivir, para demostrar que él ya no mandaba matar y que todos, absolutamente todos los montoneros, colaboraban con la Marina.

En Madrid nos esperaba otra sorpresa desagradable. Fue una discusión en una cocina, al mejor estilo militante. Frente a nosotros Andrés Castillo y Graciela Daleo, dos sobrevivientes de la ESMA a los que respetábamos por varias razones; entre otras, porque el Tigre Acosta había estado a punto de sacarlos del grupo de sobrevivientes y “mandarlos para arriba” como decía de todos los que serían “trasladados” en los vuelos de la muerte.

Yo tenía particular simpatía por Castillo, porque en 1966 había integrado el Operativo Cóndor, junto a mi gran amigo Dardo Cabo: el primer secuestro mundial de un avión para llevarlo a las Malvinas y levantar en las islas la bandera argentina. Además, habíamos militado juntos en el Partido Peronista Auténtico, conducido por Montoneros.

A Graciela no la conocía más que por las referencias de Dri, pero sabía que era una militante dura y honesta.

Me dieron con un caño. Durante un largo rato escuché en silencio sus críticas, que apuntaban, maliciosamente, a sugerir que había convertido la tragedia de tantos en un *thriller* para volverme rico y famoso.

Castillo formuló una crítica tan inverosímil que merece reproducirse: por qué había comentado cómo una simple ducha —la que le permitieron al Pelado Dri tras varios días de tortura— lo había recompuesto anímicamente.

—¿No te das cuenta de que le estás revelando un dato clave al enemigo? —me dijo.

Graciela Daleo, por su parte, cuestionó que imaginara un encuentro amoroso entre Tucho (Tulio Valenzuela) y su compañera María (Raquel Negro), antes de partir con los milicos de la Quinta de Funes a la Operación México. No habían entendido nada, y el interrogatorio empezaba a molestarme.

—Todos pensamos en escaparnos —dijo Castillo, rojo de furia—. El Pelado no fue el único.

—Puede ser... —repliqué—. Pero los libros no se escriben sobre lo que uno piensa, sino sobre lo que uno hace. No digo ustedes, pero hubo otros que podían ir a sus casas y no se escaparon.

Castillo colmó el vaso con una insolencia:

—¿Por qué lo escribiste como novela?

—Por varias razones —contesté ya francamente amoscado—. Entre otras: porque se me salió de las pelotas.

Sé poco sobre lo que ha pasado con los dos en los últimos treinta años. Graciela ha tenido algún gesto muy digno, como ser la única procesada por guerrillera que rechazó judicialmente el indulto de Carlos Menem.

Castillo ha hecho carrera en su gremio de siempre, la Asociación Bancaria, llegando a ser secretario general adjunto. Su inmediato superior, el secretario general a secas, Juan José Zanola, estuvo preso durante dos años en la famosa causa por la mafia de los medicamentos. Actualmente se encuentra en libertad bajo fianza, esperando el juicio oral.

Sin embargo, el disgusto mayor nos aguardaba al llegar a México, cuando la voz suave y cortés de Lilia Ferreyra —la última compañera de Rodolfo Walsh— me advirtió por teléfono:

—Hay mucho disgusto entre los sobrevivientes que leyeron tu libro. El Bichito Gasparini dice que, si lo sacás tal cual están los originales, van a polemizar.

Me calentó el mensaje intimidatorio, enviado a través de una compañera por la que sentía (y siento) real afecto.

—Deciles que los espero encantado. Yo sigo los consejos de Rodolfo: en el libro sólo aparece la punta del iceberg. El 75 por ciento lo tengo sumergido en mis carpetas.

El 16 de febrero último, cuando empezaba a ordenar mis notas para este libro, recibí una serie de e-mails de la colega Olga Wornat, que me trasplantaron inopinadamente al clima de los ochenta, a esas corrientes subterráneas de odio que provocó *Recuerdo de la muerte*. Y, en particular mi presunta herejía de convertir en héroe a Jaime Feliciano Dri. El principal dice así:

Hola Miguel, acá te envió las preguntas que queríamos hacerte con Miriam [Lewin] sobre tu libro *Recuerdo de la muerte*. Queríamos tener unas líneas tuyas, porque mencionamos tu trabajo.

—Cuando el libro salió publicado —y aun con el paso de tantos años— provocó mucha molestia en las sobrevivientes mencionadas en el mismo. Te hablo especialmente de Lucy, Chiche (aunque vos la mencionás como Pelusa), Munu Actis, la Negrita García, Barbarella y aun las que vos no mencionas pero estuvieron en la ESMA. Y todas se refieren a la postura y la manera de mencionarlas en lo que sucedió allí adentro con los marinos, con la relación personal e íntima que algunas mantuvieron con los marinos. Dicen que la misma fue “machista” y nada comprensiva de lo que significa estar secuestrado en un campo como fue la ESMA. Donde todas las perversiones, aun las inimaginables, eran posibles. Como sabés, a partir de la guerra de Bosnia y de lo que sucedió en Ruanda, los abusos sexuales en su más amplia concepción (violación, persecución sexual, relaciones con mujeres en cautiverio) son considerados delitos de lesa humanidad. Por ejemplo, la Negrita García denunció en el juicio de la ESMA al Tigre Acosta, que está siendo juzgado por esto. Y X [omito el nombre que figura en el e-mail] a Febres. Esto último provocó imagine un shock en todas porque nadie

imaginó que X mantuvo relaciones sexuales ¡con Febres! Pero así fue. Algunas se animan y otras por mil razones comprensibles no lo hicieron y quién sabe si lo harán alguna vez.

Nuestra pregunta es si vos, luego de esta resolución de la Corte de La Haya y de tantos años que pasaron de tu libro, seguís pensando lo mismo que en aquel entonces. ¿Mantenés tu postura respecto de las sobrevivientes que mantuvieron relaciones íntimas con los marinos? ¿No creés que es la única opción que tenían? ¿Cómo pensás que podían negarse en esas circunstancias? Y es más te hablo de mujeres que como Lucy, aguantó la tortura y no dijo nada, se quebró cuando mataron a su marido y el Trueno (Antonio Pernías) le trajo a su hija. Solo ahí. Ella declaró en el juicio de la ESMA que “esta relación jamás se hubiera dado en otra circunstancia”. Yo estoy totalmente de acuerdo. ¿Vos qué pensás?

Y la última consulta: ¿para vos, todas y todos son víctimas o hacés una distinción entre los sobrevivientes? Querido Miguel ¡mil gracias! Dame el OK de que recibiste el correo.

Contesté en el mismo día:

Olga, una importante aclaración: “Pelusa” es el único nombre de fantasía que existe en *Recuerdo de la muerte*. Por una razón que niega, precisamente, mi presunto machismo. Proteger una identidad. Así que no den por sentado que Pelusa es tal persona u otra, porque lo voy a desmentir enérgicamente. Lamento que mi respuesta a las otras preguntas deba demorarse hasta que salga mi próximo libro que se titulará *Lo que no dije en Recuerdo de la muerte*. Un cordial saludo. Miguel.

Van ahora las otras respuestas prometidas.

En la Escuela de Mecánica de la Armada, como en muchos otros campos de exterminio, hubo un abanico impresionante de conductas: desde el mayor heroísmo hasta la peor abyección. Cuando escribí el libro —con el apoyo decisivo de Jaime Dri— ya no estábamos en Montoneros, pero manteníamos una concepción de lo que debía ser la conducta militante, acorde con la realidad de aquel momento: la dictadura todavía estaba ahí, casi coexistiendo con la débil democracia que nacía, y era un deber combatirla en todos los frentes.

Por eso fijamos algunas reglas del juego respecto de lo que podíamos publicar o debíamos censurar. Dejando de lado la mención de los héroes bien definidos, como el “Nariz” Horacio Maggio y tantos otros anónimos que fueron a parar al mar o fueron quemados en el campo de juegos de la ESMA, se presentaba el espinoso tema de los sesenta sobrevivientes que Massera llamaba sus “asesores por izquierda”. ¿Eran todos iguales? Surgió entonces el tema del “staff” y el “ministaff”. El grupo de los que en general simulaban colaborar políticamente pero no entregaban compañeros y la pequeña minoría de aquellos y aquellas que salían a cazar a sus antiguos camaradas para hacer méritos ante los represores y asegurarse la supervivencia.

La división —como podrán comprobar Olga, Miriam y el lector— no pasaba por lo que hoy (treinta años después) llamaríamos una cuestión de género sino por una cuestión moral básica, que va más allá de la rigidez de un código revolucionario. Una cosa era el compañero que simulaba colaborar, o colaboraba políticamente sin entregar a nadie, o —quebrado en la tortura— había delatado compañeros e incluso amigos o familiares, y otra el que se había pasado de bando y salía a operar con el enemigo. Ése ya no podía ser considerado una víctima como los otros: había traspasado una frontera decisiva. Las menciones en *Recuerdo...* de la Negrita o Barbarella no pasan porque la primera se viera obligada a tener relaciones sexuales con el Tigre o la segunda llegara a formar una familia con Jorge Radice (fuera de la presión de la ESMA, obviamente). Pasan por sus temibles récords como marcadoras, y así las consigné. Como lo denuncié al “Caín” Miguel Ángel Lauletta, a quien alguna sobreviviente que menciono elogiosamente en *Recuerdo...*, como es “Elena” (Rosario Quiroga), considera una víctima, a pesar de que las chantajeaba a ella y a otras compañeras para que se acostaran con él, si querían salir de la pestilencia del sótano y del peligro constante de ser trasladadas. Y, con esto, ingreso de lleno en la última pregunta. No, no todos ni todas fueron víctimas. Igualar al que mantuvo la dignidad, como Norma Arrostito o el Negro Ricardo, con quien salía a operar con los marinos me parece que destruye toda noción de equidad y nos remite —en clave de tragedia— al certero verso de Discépolo: “En el mismo lodo, todos manoseaos”. Que es precisamente lo que este libro pretende demostrar: equiparar las conductas humanas, mezclando valores y doblez, sólo puede conducirnos a este miserable cambalache en el que estamos sobreviviendo.

VI

LAS ACTAS MONTONERAS (INÉDITAS HASTA AHORA)

Fue una campaña al estilo Goebbels. De manera orgánica y clandestina, directivos de Editorial Atlántida se hicieron cómplices de los marinos de la ESMA y las fuerzas conjuntas del Uruguay en los delitos de secuestro y asesinato de ciudadanos argentinos en Montevideo y sus alrededores, incluyendo la captura de una criatura de tres años, Alejandrina Barry.

Con un guión proporcionado por el Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada y bajo la supervisión directa de los marinos, periodistas y fotógrafos a sueldo de los hermanos Aníbal y Constancio Vígil viajaron al Uruguay para “cubrir” una historia de presunto abandono por parte de padres “desalmados y terroristas”, que publicaron sucesivamente en tres revistas del grupo: *Somos*, *Gente* y *Para Ti*. Lo que se llama, en la jerga del oficio, “una operación”.

Despuntó el semanario *Somos*, el 30 de diciembre de 1977, con una nota anónima de “un enviado especial”, titulada “Los hijos del terror”, en la que todavía ponen en duda la filiación exacta de la nena rubia con cuya foto y la de la Mehari —donde viajaban Dri y el Sopita Barry— ilustran el artículo. “Creen que se llama Alejandra y que tiene casi tres años. Las dudas surgen debido a que la madre —una delincuente subversiva— *se suicidó en su presencia*” (el destacado es mío: ¿de dónde sacó ese dato el anónimo cronista?).

La nena —según *Somos*— ha quedado sola y sin documentos, tras una serie de tiroteos y detenciones con “los miembros de esta célula subversiva” que presuntamente integraban sus padres. Los nombres que se aportan son falsos, excepto el del pianista argentino Miguel Ángel Estrella, al que le agregan los apellidos Ávila Borges y un dato de filiación, inquisitorial y, por si fuera poco, falso: “De 40 años, *homosexual*”.

Ni la muerte salva a las víctimas de la moralina imbécil que cierra la nota: “En consecuencia, Alejandra, inocentemente, por la inconsciencia e irresponsabilidad de sus padres, sigue a disposición del juez militar de instrucción que entiende en este episodio”.

Como la operación no lleva firma, habrá que reproducir parte del staff de *Somos* que tuvo o pudo tener responsabilidad en esta operación clandestina de la ESMA en colaboración con las Fuerzas Conjuntas de la dictadura uruguaya. Ahí va.

Director ejecutivo: Aníbal C. Vígil (descendiente del fundador y comisario político del grupo, estrechamente ligado a la SIDE; ya fallecido). Jefes de redacción: Héctor Horacio D’Amico (actual secretario general del diario *La Nación*) y Jorge de Luján Gutiérrez (presente director de *Gente* y Premio Konex 1997). Secretarios de redacción: Gustavo Landívar (el que manejaba la sección política, actualmente propietario de un multimedio), Néstor Barreiro (llamado “el Taquero” porque solía cubrir la fuente policial; primo político del periodista y militante montonero Enrique “Jarito” Walker, detenido-desaparecido desde 1976; conduce un programa en Radio Mitre de San Rafael) y Julio C. Scaramella (director de prensa de Aeropuertos Argentina 2000).

Cuando salió la segunda nota, la de *Gente*, Alejandrina Barry ya había sido entregada a su abuelo Alejandro Barry. A pesar de lo cual, Gelblung y compañía titularon: “ALEJANDRA ESTÁ SOLA”. La volanta decía: “Esto también es terrorismo”. Sin ninguna certeza de que fuera así, el anónimo articulista tecleó:

Las crónicas dicen escuetamente que las fuerzas del Uruguay abatieron a una célula de la banda Montoneros reunida en una casa del balneario Lagomar, a veinticinco kilómetros de Montevideo, mientras sus miembros planeaban la acción terrorista futura. Hay algunos espantosos detalles: la madre de Alejandra, al verse rodeada, se suicidó con una pastilla de cianuro delante de su hija [...] algo quedará como una acusación. Alejandra sola, sin otro nombre que el nombre que alguien leyó en su medalla, sin más ropa que ese vestido a pintas y sin más juguetes que esa muñeca.

Los responsables de tanta basura: el inevitable Vígil; el subdirector Chiche Gelblung, cuyo lema era “nunca permitas que la realidad te arruine una buena nota”; los prosecretarios Dimas “Mico” Suárez y Alfredo Serra, que sigue siendo

redactor jefe general, y Renée Sallas, que era la periodista favorita del dictador Jorge Rafael Videla y en fechas recientes sigue despuntando el vicio en la revista de Susana Giménez.

Finalmente, el 16 de enero de 1978, *Para Ti*, creada en los años veinte por el fundador de Atlántida, Constancio C. Vigil, para que las mujeres se dedicaran al corte y confección y no se les ocurriera ninguna idea peligrosa, relacionada con el orgasmo o el sufragio, dejó de lado el crochet y la receta de la torta pascualina para cerrar la saga perversa bajo el título “A ellos no les importaba Alejandra”. En la foto, un primer plano de esa Alejandra preciosa, tierna, de pelo escandinavo, a la que solo le quedaba una muñeca porque sus siniestros padres, terroristas y suicidas, la habían abandonado: “Querer morir no es sólo cobardía. También es desamor. Y ese desamor es lo único que le ha quedado a Alejandra. Eso, y su muñeca de trapo”.

Mientras lo canalla circulaba arropado en la cursilería, una maniobra macabra se desplegaba en la realidad: los cuerpos de Susana Beatriz Mata y Juan Alejandro Barry eran enterrados como NN en el cementerio de Montevideo y “después sustraídos, a pesar de los pedidos de la familia para recuperarlos. Ambos permanecen desaparecidos”.

Es una vieja costumbre de los servicios de inteligencia meterse en las tumbas y hasta cortarles las manos a los cadáveres. Costumbre tétrica que engorda al calor de una prensa cómplice.

Atención al staff, estimado lector. Director ejecutivo: Aníbal C. Vigil. Jefes de Redacción: Lucrecia Gordillo y Agustín Botinelli. Secretaria de Redacción: Rosario Mantilla. Prosecretario: Juan C. Araujo. Asesora de la Dirección: Rosario Peralta Ramos. Redactores especiales: Daniel Pliner y Mario Bohoslavsky.

“Alejandra” no es Alejandra, sino Alejandrina Barry, una valiente joven que está demandando a Editorial Atlántida por su manifiesta complicidad con una operación de inteligencia pergeñada, como tantas otras, por el Tigre Acosta. Tampoco está “sola”, tiene el apoyo de una abogada corajuda y tenaz, la luchadora social Myriam Bregman. Con ambas me encontré en la mañana del 10 de febrero de 2011 en Comodoro Py para declarar en la Causa Editorial Atlántida. Algo que hasta ese momento no habían hecho algunos de los sospechosos, como el señor Agustín Botinelli. Habrá que volver sobre esta causa y sobre *Para Ti*, porque la historia se repetiría en septiembre de 1979 con otra víctima del Grupo de Tareas 3/3/2 de la ESMA: la señora Thelma Jara de Cabezas.

Otro delito imprescriptible del que deberá responder Editorial Atlántida, actualmente en manos del monopolio mexicano Televisa.

Sobre el escritorio, el documento secreto: ACTAS DE LA REUNIÓN PLENA DEL CONSEJO SUPERIOR DEL MOVIMIENTO PERONISTA MONTONERO REALIZADA EN ROMA, ITALIA, LOS DÍAS 23, 24, 25 Y 26 DE ENERO DE 1979.

Reparar sus treinta y seis carillas a un espacio, en la Argentina del tercer milenio, me deja un regusto de tristeza y confusión. Las redacté yo mismo, en el estilo espartano y notarial que me habían encomendado en mi carácter de secretario de Prensa, y por eso puedo ver, a través de las aburridas enumeraciones burocráticas, lo que entonces no supe distinguir: la conspiración dentro de la conspiración, la inminente coronación de la tragedia, el asentimiento entusiasta y acrítico de los tripulantes del *Pequod* a la arenga delirante del capitán Ahab.

Al observar la luz de los faros detrás del portón, *il compagno* Francesco Garavaglia bajó el seguro de la 11.25 que pendía de su abultada cintura. No volvió a ponerlo en su sitio hasta que sintió nítidamente que Martinucci, escondido tras el sombrío cerco de ligustro, se adelantaba hasta el portón y lo abría, dando la bienvenida a los recién llegados. Don Francesco musitó: “Compagni?”, a la escueta sombra que lo acompañaba en las tinieblas del porche. La casa era un centro recreativo del Partido Comunista italiano que lo prestaba en solidaridad con la lucha antifascista. El Flaco Suárez, que compartía la guardia desarmado, repitió en castellano:

—Sí, son compañeros. Son casi los últimos. Ahora falta el secretario general.

Pero el secretario general, Mario Eduardo Firmenich, no podía llegar a la inauguración del pleno porque lo habían detenido en el Aeropuerto de Fiumicino. Alguien, de su propia organización, le había jugado una mala pasada, indicándole que entrara con documentos falsos, cuando lo convenido con la policía italiana era que se presentara con su nombre real.

También había quedado entrampado el segundo comandante Fernando Vaca Narvaja, “reemplazante de primera instancia para ausencias eventuales del secretario general, de acuerdo a lo dispuesto por el artículo 56 del Reglamento Interno del Consejo Superior”.

Se resolvió entonces que se iniciaran las deliberaciones bajo la presidencia de don Oscar Bidegain, ex gobernador de la

provincia de Buenos Aires y representante natural de los dirigentes peronistas “históricos” que convergían con los jóvenes miembros del Partido Montonero en el MPM (Movimiento Peronista Montonero).

Había representantes de todas las ramas: Política, Sindical, Femenina, de la Juventud, de Intelectuales, Profesionales y Artistas y Agraria, más los secretarios de organización, prensa y finanzas. Un total de veintitrés miembros plenos. Consejeros que venían del “territorio” y consejeros que estaban por regresar o ingresar en él.

Son las diez de la mañana del lunes 23 de enero de 1979.

Las Actas registran —en su tono neutro— dos hechos realmente significativos:

El cro. [Ricardo] Obregón Cano señala el hecho feliz y auspicioso de la presencia del cro. Dri, que también fue secuestrado de la dictadura y pudo escapar para reintegrarse a la lucha y a este Consejo.

Galimberti, que está a mi lado, tuerce la boca en su clásica mueca desdeñosa y me susurra, señalándome al Pelado: —Mirá bien la cara de ese hombre. Fijate bien. No importa lo que diga: viene del infierno; ya no cree en nada de todo esto.

La cra. Bermann se congratula de la presencia de la cra. Elena Romero (nombre que reserva su verdadera identidad ya que debe regresar al país a cumplir tareas semilegales) en tanto representante de esas madres de Plaza de Mayo, que el enemigo llama “locas” y que han logrado constituirse en uno de los máximos exponentes de la resistencia popular. Pide un homenaje para las Madres de Plaza de Mayo. Se aprueba por unanimidad.

Nos ponemos de pie. El aplauso no acaba nunca. La compañera “Elena Romero”, menudita, morena, criolla, llora y sonríe a la vez. Su presencia nos alienta y nos justifica. Si una representante de las Madres-Coraje está con nosotros, no debemos estar tan equivocados. En medio de la exaltación un presentimiento insidioso se me cuela en los entresijos de la conciencia; la siento vulnerable, quisiera protegerla.

Sigue la sesión, que llegará a ser interminable.

Mientras dentro del hostel los consejeros dan lectura a informes de las ramas y se discute la reforma de los Estatutos del MPM; Firmenich y Vaca Narvaja tratan de resolver el inquietante malentendido que los mantiene inmovilizados en una oficina del Aeropuerto de Fiumicino.

Afuera, en la irreal Roma, Manuel (el teniente de navío Miguel Ángel Benazzi), Halcón, el Chanco y los otros miembros del GT 33/2, que viajaron para atentar contra Dri, han perdido el rastro de la presa y unos días más tarde, al comenzar febrero, abandonarían la cacería.

No es el caso del prefecto Héctor Febres, alias Daniel o Selva, que también se encuentra en Roma, persiguiendo otro objetivo: la mujer menuda y valiente que se hace llamar Elena Romero y es, en realidad, Thelma Jara de Cabezas, una de las primeras Madres de la Plaza, a la que le arrebataron a su hijo adolescente, Gustavo Alejandro, en 1976.

Febres la viene siguiendo desde el Aeropuerto de Ezeiza y viaja en el mismo avión que ella a México. Allí el Gordo Selva registra el encuentro de Thelma con su otro hijo Daniel y su nuera Nora. Los jóvenes militan en las huestes del MPM y frecuentan el local partidario en la calle Alabama 17. El reencuentro familiar es emocionante. Pero algo se huelen y realizan un astuto cambio de auto que desorienta al perseguidor, quien sin embargo no cesa.

Cuando poco después el Gordo Selva confirma que su blanco móvil se apresta a viajar a Italia, reserva asiento en otro vuelo. No quiere perderla de vista, pero tampoco quiere que lo descubran y estropear el operativo. Llama a un número secreto y da el aviso. En Roma se cruza casualmente con un puñado de militantes que luego describirá como “la patota de Firmenich”. Para su fortuna, Jaime Dri, que lo conoce, no integra el grupo.

De su perseguida ni noticias. No le importa: sabe que regresará a Buenos Aires vía México, donde está por celebrarse el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) de Puebla, el magno evento donde el clero subversivo tratará de profundizar las líneas del Concilio Vaticano. Allí viajarán *ellas, esas viejas de mierda*. ¿Qué mejor escenario para armar lío?

Siendo las 10:15 horas del jueves 25 de enero de 1979, se reanuda la sesión. El cro. Bidegain, que viene presidiendo las deliberaciones, anuncia la presencia del cro. secretario general y le transfiere la Presidencia. Asume la Presidencia el cro. Firmenich, quien propone continuar con el tratamiento del reglamento hasta agotar el capítulo referido al Funcionamiento de las Ramas, dejando de lado el de las Secretarías para el final de la reunión a fin de no excluir del temario el Plan de Contraofensiva.

Se aprueba por unanimidad.

Esa noche, Galimberti, a quien han ubicado conmigo en una misma habitación, se sincera y me propone sumarme a un alzamiento contra Firmenich y la Conducción Nacional. Discutimos agriamente. Arranca el cable del teléfono y me explica:

—Estamos pinchados, escuchan todo lo que hablamos.

Llaman a la puerta. Es Juan Gelman. También parece enojado. Le recrimina al Loco:

—¿Y? ¿No querías hablar? Te estoy esperando.

Galimberti asiente y se levanta. Salen. Comienzo a entender por qué Firmenich fue detenido y me han puesto en la habitación de Galimba. Me digo que se viene encima algo grave. Un cisma. Yo tampoco estoy de acuerdo con la mayoría de las cosas que plantea la Conducción Nacional, pero pienso que hay que dar una batalla política y no conspirativa. No hay que combatir la burocracia del aparato con una maniobra aparatista. Sólo la política puede salvarnos. Y, además, el tema de siempre: si nos dividimos, ¿no le haremos el juego al enemigo?

Firmenich habla con un tono escolástico. Aborda la superficie política de esa contraofensiva que ninguno de nosotros sabe bien en qué consistirá:

En el caso argentino están dadas todas las condiciones objetivas para el cambio. Está en juego incluso la propia supervivencia de la Nación. Pero el cambio depende de nosotros. Ni Isabel, ni Lorenzo, ni el militar salvador. Es, en efecto, un rol sacrificado el de la organización política. Si cuida sus intereses y no hace el esfuerzo que el proceso le demanda, puede ser una linda máquina pero no produce nada. Como lo ilustra muy bien el caso del Partido Comunista Argentino. Para el PC la primera ley es la defensa y preservación de su estructura orgánica. Nosotros hemos operado siempre a la inversa: sacrificando fuerza organizada al compás de los elementos objetivos del proceso.

Algunos se preguntarán cómo nos proponemos pasar hoy a la contraofensiva cuando tenemos menos gente que en 1976 en que nos planteábamos la defensiva... No se pasa de una situación a otra sin violencia... La decisión política que enfrentamos es pues: PASAR O NO PASAR A LA CONTRAOFENSIVA...

Al asumir la decisión nos damos cuenta cabal de que rendiremos cuenta ante la posteridad por una cuota de responsabilidad en el proceso nacional cada vez más grande. Que no podremos derivar responsabilidades a otros... En el 73 podíamos decir que Perón tenía casi toda la responsabilidad. Ahora no es así.

Un ejemplo: si esta reunión la hiciéramos dentro de un año en la Argentina y nos mataran a todos, tendríamos la responsabilidad de frustrar el proceso por un error de cálculo; si en cambio dentro de tres años nos siguiéramos reuniendo en Roma, es evidente que no nos matarían a ninguno pero también habríamos frustrado el proceso por una política de autopreservación.

Sabemos que al asumir la decisión podemos pagar con nuestras vidas o, lo que es más grave, con las vidas de otros compañeros los errores que cometamos...

Éstas eran algunas reflexiones que quería plantear antes de entrar en el Plan en sí mismo y ahora me gustaría conocer sus opiniones, las dudas, objeciones o planteos alternativos que puedan existir...

Nadie planteó ninguna alternativa. Hablaron todos los consejeros, analizando las líneas políticas generales del Plan de Contraofensiva, de cuyos posibles ingredientes militares la conducción no dijo una palabra. Se pasó a votar, y el proyecto fue aprobado por unanimidad.

VII

EL CASO THELMA JARA

La entrega no fue en la Plaza de Mayo, donde al comienzo eran tan pocas que los asesinos les decían “las locas”. Y había que estar verdaderamente loco en abril de 1977 para regresar y regresar a la Pirámide, mientras los Falcon verdes se deslizaban como tiburones sobre Rivadavia y sobre Hipólito Yrigoyen, impacientes por despedazar a esas viejas de mierda que se atrevían a desafiar al Poder en sus propias narices. Hasta que las cinco o seis madres que había en abril de 1977 llegaron a reunir trescientas manifestantes frente al Congreso y empezaron a tener apoyos nacionales e internacionales. Entonces, los marinos planearían la maniobra de “inteligencia” y repetirían la Pasión en clave policial: Judas besaría a Nélide para marcarla. Caería la sombra aquel jueves 8 de diciembre de 1977, en la iglesia de la Santa Cruz, cuando se juntaron para afinar el texto de la solicitada “Por una Navidad en paz”, que pretendían publicar en *La Nación* dos días más tarde. Eran unas quince personas, contando a la hermana Alice (Domont), (tan santa, tan divina) y a los pocos hombres que esta vez las habían acompañado.

El muchachito rubio se hizo presente y como siempre preguntó por la Madre con mayúsculas que conseguía mantenerlas unidas y marchando. Se sintió frustrado cuando le dijeron que esa tarde Azucena Villaflor de De Vicenti no había concurrido. Al rato se fue. Un buen chico.

Entonces llegaron doce individuos en cinco autos operativos y secuestraron, con lujo de violencia, a nueve personas que habían participado en la reunión. Entre ellas, a la hermana Alice, a la que arrastraron de los cabellos y metieron en un Falcon. En las sombras, el muchachito rubio iba marcando.

Dos días más tarde, la patota secuestró a la señora de De Vicenti y a otra monja francesa Léonie Duquet, que formaba parte como Alice de las misiones extranjeras que habían trabajado con las Ligas Agrarias en el Chaco. Con ambas en su poder, el Tigre Acosta diseñaría una maniobra publicitaria muy burda, acusando a los Montoneros de su secuestro. La jugada se les daría vuelta, y la Junta Militar tuvo que soportar la protesta de Francia. Pero las Madres habían sufrido un golpe muy fuerte, del que sólo ellas, con su entereza y la fuerza sobrenatural que otorga la lucha por el hijo arrebatado, podían recuperarse.

Habían pasado dos meses desde su escapada clandestina a México y a Roma, de la que aparentemente había salido indemne. Abandonó abrumada el Hospital Español, donde pasaba largas horas: su esposo se moría de un cáncer de pulmón. Gustavo Alejandro seguía desaparecido. Tenía 17 años cuando se lo llevaron.

Iba tan percutida por la atmósfera tóxica de la agonía, tan ensimismada en su desgracia, que no los advirtió.

Súbitamente “empezaron a prenderse luces de todos lados”. Le pareció extraño, pero no le dio importancia y caminó una cuadra hasta la parada del colectivo. Entonces un coche blanco (¿un Falcon?, ¿un Chevy?) retrocedió hasta donde esperaba. Se abrió una portezuela y una mano enguantada se alargó hasta taparle la boca. La arrojaron dentro del auto y en escasos segundos fue esposada y encapuchada. Ahora le tocaba a ella compartir el sacrificio de Gustavo.

Nadie vio nada. En aquella época las calles del país estaban atestadas de ciegos, sordos y mudos. Autistas que a lo sumo desviaban un segundo los ojos del diario que estaban leyendo y luego regresaban impávidos a la lectura.

La cara gorda y colorada del prefecto Febres se tajeó en una mueca de satisfacción. Había algo como pornográfico y gozoso en las capturas. Cada prisionero que “chupaban” constituía una nueva esperanza de indignidad y degradación. La misma que había sufrido el verdugo en el gallinero vertical donde se había formado.

Después de un trayecto que le pareció muy largo, el chofer gruñó una extraña contraseña y los dejaron pasar. La bajaron del coche y caminó unos metros “sobre un terreno liso” para descender después algunos escalones hacia un sótano. La caminata desembocó en un espacio enfermo, donde atronaba “una música estrepitosa”. A través de la trama de la capucha, percibió la luz artificial. La metieron en un cuartucho y la arrojaron sobre un jergón. Se acordó que los tipos le habían arrebatado una mochila donde guardaba una libreta “con teléfonos de México”. No lo sabía aún, pero estaba en el sótano del Casino de Oficiales de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, el centro magnético del Infierno.

Comienza el interrogatorio y la picana eléctrica. Quieren saber con quién se ha visto en Puebla. Y en Roma. Si en Roma hay armas. ¿Quién apoya a esos hijos de puta? Olvidan atarla y ella, para mitigar el shock, se despatarra y sacude brazos y piernas.

Pero ocurre algo totalmente inesperado que secretamente la favorece: la picana no le duele. *Increíblemente no le duele.* Simula el dolor ante la voz joven y perversa que parece llevar adelante el interrogatorio, porque hay varios tipos en

ese lugar. Otra voz quiere saber quién es su responsable en la Orga. Dice que no tiene responsable, que no es militante, que no entiende de esas cosas. La voz no cesa y la picana tampoco. El cerebro le funciona muy rápido, inventa un personaje: José. José es su responsable. La voz quiere saber cómo es José, como viste José. La señora Thelma, que es criolla, sencilla, dulce —pero nada tonta—, traza el identikit del hombre-masa. La voz pregunta cómo se viste José, y la señora le pone un pantalón gris de franela y una campera. Le piden entonces una dirección, un teléfono. Ella fantasea un número y, por una curiosa disciplina, que su cerebro respetará como una computadora, dirá exactamente el mismo número durante varios días.

Se produce entonces una pausa: la hacen subir tres o cuatro pisos volando en la tiniebla. La arrojan sobre un colchón hediondo. La sombra huele espeso y está poblada de quejidos y cucarachas que huyen por los rincones. Aún no lo sabe, pero está en el altílo del Casino de Oficiales: en la temible Capucha donde casi cinco mil desaparecidos esperaron todos los miércoles que una rifa siniestra los señalara con la “L” de la libertad o la “T” de los traslados al abismo marino.

Al menos allí, durante algunas horas, no la acosan. Hasta que de nuevo la bajan volando, la meten en el cuartucho del Sótano y regresa la tortura, con mayor ferocidad. Es obvio que los marinos han llamado al número que les dio Thelma y no hay ningún José. Hay una pausa, un silencio largo que intensifica el terror. Luego una mano le alza violentamente la capucha y la mira. Es un joven delgado, con un mechón que le cae sobre la frente. Se presenta como Marcelo. En las semanas y meses siguientes sabrá que también se hace llamar SÉRPICO y que es el teniente de navío Ricardo Miguel Cavallo, un personaje capital, ligado más tarde a la copia criolla de ODESSA, la organización financiera y de socorros mutuos que inventaron los criminales de las SS hitlerianas para ponerse a salvo de una eventual derrota en la guerra y, de paso, enriquecerse.

SÉRPICO la mira con fingida ternura, la que puede intentar un *freak* total, y con formalidad de cadete naval le pregunta: —¿Por qué nos hacés esto? ¿No sabés que nosotros tenemos quien nos cuente si decís o no la verdad?

Thelma observa de reojo el panorama que se divisa a espaldas del joven torturador: un cuartucho sórdido con paredes de conglomerado, en el que se sigue escuchando un disco interminable de los Kiss, que no ha logrado tapar los aullidos simulados ante la picana. Contesta con una serenidad y un sentido común que exasperan al torturador:

—Y bueno, ustedes querían un dato y yo se los di. Yo les dije que no militaba y no me creyeron. Entonces algo les tenía que decir.

Un rictus que pretende ser sonrisa tuerce la boca mezquina de SÉRPICO, pero es desmentida por la frialdad aterradora de sus ojos acerados. La picana regresa con mayor intensidad. Thelma espía hacia abajo el territorio de su cuerpo martirizado por esos tipos y se dice —y lo repetirá siempre— que no le cuesta aguantar. Los tipos murmuran “es dura” y le siguen dando. Un nuevo personaje, que luego conocerá por su apodo “Espejame”, la amenaza con insólita corrección:

—Señora, yo mato.

Aguenta otras tres sesiones y la suben a un nuevo ámbito desconocido, donde el Gordo Selva le comenta a otro represor.

—A ésta hay que matarla.

No lo sabe, pero el jefe de estos tipos ha decidido lo contrario: va a sobrevivir para una operación de acción psicológica, de gran envergadura y nivel internacional.

Por eso la han subido del Sótano al salón Dorado, el reino del jefe de Inteligencia del Grupo de Tareas, el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta.

El Tigre.

A diferencia de su última víctima, el Tigre Acosta no aguantaba la tortura. Él mismo solía reconocerlo:

—Si a mí me pasaran la picana, no aguento ni medio disco.

El hombre que se llamaba a sí mismo “el Dedo de Dios”, porque su índice marcaba si alguien “se iba para arriba”, “como las monjitas voladoras”, era la expresión más acabada del doble estándar que rige la vida argentina desde la Colonia, con las excepciones de rigor: el robo, la mentira y el crimen para alcanzar el poder y mantenerlo. Quienes se llamaban “caballeros del mar” y frecuentaban el elegante Centro Naval de Córdoba y Florida, constituyeron la mayor asociación ilícita del siglo XX, sólo comparable con los delincuentes internacionales del Batallón 601 del Ejército, que fueron instrumento fiel de la inteligencia norteamericana, aún después del encontronazo de Malvinas y con la División de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, que actuó como la sección operaciones de la CIA en la Argentina, según lo testimoniaron —entre otros— Rodolfo Walsh y el ex agente de la Compañía Philip Agee, en su

libro *Inside the Company*.

“ARGENTINE FEDERAL POLICE. Principal liaison service of the Buenos Aires station and used for telephone-tapping and other Joint operations. Cryptonim: biogenesis.” O sea: “Policía Federal Argentina. Principal servicio de contacto con la estación Buenos Aires de la CIA, usada para pinchar y grabar conversaciones telefónicas y otras operaciones conjuntas. Criptónimo: biogénesis” (Philip Agee, *Inside the Company - CIA DIARY*, Penguin Books, 1975). Esto ya pasaba ocho años antes de que naciera Edward Joseph Snowden.

De niño, el Dedo de Dios despuntaba como lo que llegaría a ser. Después de escrachar al Tigre en Pinamar, en diciembre de 1998, se me acercó en la redacción del diario *Página/12* un calificado testigo de la infancia de Acosta, allá en las décadas del cuarenta y el cincuenta. Su relato era tan elocuente y lineal que costaba creerlo. Por momentos evocaba ciertas páginas sórdidas de Roberto Arlt. Me dijo:

Era un niño salvaje y perverso. Nadie quería jugar con él. En aquella época no le conocí ningún amigo. Él vivía en Saavedra como nosotros y solía dar vueltas en bicicleta, fanfarroneando, atropellando a otros chicos y disfrutando las maldades que hacía. Aunque su madre era una maestra viuda, vivían de manera bastante desahogada en una casa ubicada en Vilela, entre Holmberg y Donado (curiosa premonición del asesinato de Elena Holmberg), que ya no debe existir porque por ahí pasa ahora la autopista. Él era el mayor de tres hermanos y le decían Gales. El segundo era el Chavi, que también es militar, pero de Ejército. Creo que es coronel o algo así y maneja la seguridad del Country Club de Tortuguitas, donde viven varios peces gordos del gobierno menemista y sus infaltables acompañantes de la farándula: putas y chismosos. Y había una chica, Marta Susana, que se casó con un médico y se fue a vivir a Comodoro Rivadavia. Donde sigue. Apartada. Aparentemente sin ningún contacto con ellos. Aunque quién sabe... ¿no? ¿Mire si el Tigre está ahí escondido en Comodoro Rivadavia? [Era en diciembre de 1998, después del escache de Pinamar, y Acosta estaba prófugo en la causa por robo de niños a cargo del juez federal Adolfo Bagnasco.]

Ellos hacían pinta en el barrio diciendo que eran descendientes de Mariano Acosta, el prócer. Yo dejé de verlos cuando los chicos fueron al Liceo Militar. O Naval, habrá sido en el caso del Tigre, me figuro. Pero lo tengo muy presente y cada tanto me llega alguna noticia de su vida por otros vecinos de aquella época. Sé —por ejemplo— que tiene dos hijos grandes, como de veintinueve y treinta, de su primer matrimonio y no me sorprendí cuando vino la democracia y lo denunciaron como represor. A veces, en el barrio, aparecían gatos estrangulados o palomitas muertas con los ojos clavados por alfileres. Y todos sabíamos que había sido Gales.

Pronto pasaría del patíbulo de gatos y palomas al de seres humanos.

Ya en sus tiempos de la Escuela Naval, cuando todavía era un “bípedo”, supo elegir bien a su “padre” entre los cadetes de cuarto año. Su padre pertenecía a la secta interna de “Los Luteranos”, cuyos miembros se reclutaban cada cuatro promociones. Y el padre lo inició en los ritos, imponiéndole respeto ante la diosa hindú de los cuatro brazos: la implacable Kali. Y esa pertenencia a una secta, que recuerda las sociedades secretas de las universidades norteamericanas, le abriría muchas puertas en el futuro, cuando “luteranos” como el contraalmirante Rubén Jacinto Chamorro (alias Delfín) y el almirante Emilio Eduardo Massera (alias Cero o Negro) comandaran la mayor cacería de hombres de la historia argentina contemporánea y convirtieran a la Armada en una organización mafiosa consagrada al robo y el crimen so pretexto de librar una guerra cuasi religiosa en defensa del “Occidente cristiano” contra el “Anticristo marxista”.

Cuando todavía era cadete, Gales oyó hablar de Massera como un líder de su camada. Un tipo piola al que se le permitía que le diera al trago y fuera burrero y mujeriego. Pero, más adelante, a comienzos de los sesenta, ese deslumbramiento ante el personaje cobraría una nueva dimensión cuando Massera fue designado segundo jefe del Servicio de Informaciones Navales y comenzó sus primeros contactos, discretos, con políticos, sindicalistas, terroristas de extrema derecha, prelados y periodistas que le servirían una década más tarde para acceder a la Comisión Política de las Fuerzas Armadas y llamar la atención del líder al que algunos marinos se proponían asesinar en 1972: Juan Domingo Perón.

En el medio estaba el decisivo paso de Cero por la Escuela de las Américas de Panamá, donde se formó la flor y grana de los dictadores castrenses de todo el Continente.

También su ingreso en la masonería mafiosa de la logia Propaganda Dos, cuyo jefe el “Onorevole” Licio Gelli, fue condecorado el 18 de octubre de 1973 por Juan Perón, en su primer acto protocolar, apenas seis días después de asumir su tercera presidencia. Fue Gelli, precisamente, quien le propuso a Perón que nombrase a Massera (futuro miembro de la P2, con el carnet 1755 Código E 18.77) como comandante en jefe de la Armada.

Gales siguió los pasos de su modelo y se convirtió en oficial de Inteligencia, realizando los infaltables cursos con “asesores norteamericanos”, que lo formarían en las técnicas de contrainsurgencia.

Técnicas que comenzarían a ponerse en práctica aún antes del derrocamiento de Isabel Perón, pero que llegarían al paroxismo genocida después del 24 de marzo de 1976, cuando el Comandante Cero acordó con los generales Jorge Rafael Videla y Roberto Viola que la ESM A y el Apostadero Naval serían los centros clave de “reunión de prisioneros” y que, en la jurisdicción de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, los marinos tendrían como misión central la captura y aniquilamiento de los Montoneros.

Desde el inicio, Cero sabía que los mecanismos de espionaje tradicionales —como el SIN— le servirían de poco en la nueva etapa. Era preciso crear Grupos de Tareas específicos, de gran movilidad, que actuaran con reglas clandestinas estrictas, como el uso de nombres de guerra, y supieran aplicar métodos de tortura que les permitieran arrancar información rápidamente. Métodos que les serían enseñados por los máximos expertos del país: los policías de Coordinación Federal. La temible “Coordina” de toda la vida.

De la eficacia en la actuación represiva dependía la influencia que la Marina podría conquistar en la triada militar que conducía el Ejército. Para un ambicioso como Cero equivalía, además, a crear sus propias SS, al margen de la estructura tradicional. Y quedarse con el botín de guerra y los nuevos negocios emergentes.

En agosto de 1979, cuando fue secuestrada la señora de Cabezas, Cero había logrado en gran medida esos objetivos y el Tigre había escalado posiciones hasta pasarles por arriba a muchos superiores jerárquicos, que sólo lo eran en un plano formal.

Ahora había un gran desafío por delante: la “campaña antiargentina” conducida por los subversivos en el exterior estaba dando resultados, y la Argentina de Videla se aprestaba a recibir la incómoda visita de la CIDH (Comisión Interamericana de Derechos Humanos). El Grupo de Tareas podía realizar algunas operaciones de acción psicológica para despistar a los inspectores de la CIDH. Una de ellas tenía como protagonista a la señora Thelma Jara de Cabezas.

VIII

DE ASESINO DEL 601 A EMPRESARIO K

—Me salvé por un pelo —me dijo el “Griego” Horacio Carril, cuando regresó de San Salvador, adonde lo había enviado como cronista de la guerra que libraba el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) contra la extrema derecha del mayor Roberto D’Aubuisson y los “asesores” de la CIA, que habían sembrado el terror con sus escuadrones de la muerte.

Fue a comienzos de los ochenta, y yo era jefe de redacción de la revista mexicana *Crítica Política*, y Carril, que había militado conmigo en la disidencia del MPM, era mi principal reportero.

—Ahí estaba... —dijo el Griego con los ojos todavía saltones por haber visto al diablo en persona—. En el lobby del Camino Real de San Salvador: Freddy Zarattini. ¿Te das cuenta? ¡Freddy!

—...

—Un *killer* al que conozco de los tiempos de Tacuara. Si me llegaba a ver, era boleta. Llamaba a los milicos, y yo no aparecía más.

—Hagamos la denuncia en la revista.

El Griego no era un tipo de asustarse fácilmente. Había pasado de la extrema derecha de Tacuara al peronismo de izquierda, pero no como teórico, precisamente. Zarattini debía ser muy pesado. Carril sabía que el pájaro trabajaba para la SIDE y el Batallón 601 y su revelación, anterior al histórico testimonio del teniente Héctor Francés, nos permitía publicar una de las primeras pruebas concretas sobre el nexo entre las dictaduras militares de Centro y Sudamérica.

Tres décadas más tarde encuentro a Luis Alfredo “Freddy” Zarattini, como prueba concreta del nexo vigente entre genocidas impunes y ciertos adalides del kirchnerismo, como el gobernador de Mendoza, Francisco “Paco” Pérez. Según Clarisa Ercolano, cronista del sitio *plazademayo.com*, Zarattini es el vicepresidente y actual titular de la empresa petrolera Chañares Herrados, a la que Paco Pérez, en junio de 2011 —cuando todavía era ministro de Infraestructura y candidato a suceder al gobernador Celso Jaque—, prorrogó la concesión hasta 2027. La información, que se perdió en el maremagno informativo y en la mala memoria nacional, aportaba otros datos que deberían haber motorizado —de oficio— a la justicia:

La cúpula de la empresa pertenece a una banda de represores que actuaron durante la última dictadura militar. Héctor Lapeyrade, que era el presidente hasta que falleció de un ataque al corazón, fue procesado por encubrimiento agravado por ayudar a profugarse al teniente coronel retirado Julián Oscar Corres (alias Laucha) —quien también murió—, imputado en crímenes de lesa humanidad y procesado por torturador. En tanto, Héctor Corres, que es apoderado de la firma y además abogado de la misma, fue procesado en 1971 por el asesinato de la estudiante y activista marplatense Silvia Filler y por este delito podría volver a ser juzgado en caso de que se lo caratule como de “lesa humanidad”.

En los setenta, Corres integraba el grupo de pistoleros nazis CNU (Concentración Nacional Universitaria), de públicos vínculos con el secretario general de la CGT (Confederación General del Trabajo), José Ignacio Rucci. Pero Freddy, el capo de esta curiosa petrolera, bate todos los récords: está acusado de haber participado en la represión clandestina y en el entrenamiento de represores tanto en la Argentina, como en Guatemala, El Salvador y Honduras. En Guatemala, donde permaneció hasta 1981, lo hizo con otros ex Tacuara devenidos agentes del 601, como Juan Martín Ciga Correa (alias Cristo); todos bajo la cobertura de la petrolera Bidas, de los hermanos Bulgheroni.

También se lo sindicó como participante en el brutal atentado perpetrado el 30 de septiembre de 1974, en Buenos Aires, en el que murieron el general chileno Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert de Prats. El crimen, según Rodolfo Walsh, fue ordenado directamente por Gardener Hathaway, el *Station Chief* de la CIA en la Argentina, y participaron agentes de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), la CIA y la Policía Federal, bajo el sello Triple A.

En su libro *The Condor Years*, John Dinges refiere que el actual titular de Chañares Herrados puso en contacto a los agentes de la DINA, Michael Townley y el chileno Enrique Arancibia Clavel, con Aníbal Gordon, miembro de la SIDE y del 601 y jefe de una de las bandas de asesinos que firmaban como Alianza Anticomunista Argentina. Dinges registra un dato muy creíble por lo folklórico: Freddy y los otros agentes argentinos se habrían robado el dinero que les dio la DINA para perpetrar el atentado, provocando la ira de Townley.

Zarattini, uno de los implicados en el magnicidio que prenunció lo que sería el Plan Cóndor de las dictaduras, zafó en

esa y otras causas. En 1988 fue detenido con un arsenal en su poder y el presidente Menem lo indultó un año después.

Llevado probablemente por su “camarada” Carlos Durich, aterrizó, en septiembre de 1978, en el sótano de la ESMA, para torturar personalmente a otro ex “camarada” de los tiempos de Tacuara que se había “vuelto zurdo”, el “Turco” Jorge Caffatti. “Colaborá, Turco, y te hago zafar”, le susurraba al oído. La tortura tenía un objetivo crematístico: ver si podían hacerse con algunos dólares de un secuestro que el prisionero había perpetrado años atrás en París: el de Luchino Revelli Beaumont, uno de los principales directivos de la Fiat.

Pero no todo es materialismo en Zarattini, también subsiste la ideología nazi. El 2 de octubre de 2012, cuando murió el padre Jorge Grasset, un cura medieval que fue maestro de fascistas, confesor del dictador militar Juan Carlos Onganía y abierto defensor de la tortura en el “combate de la cristiandad contra el comunismo”, el titular de Chañares Herrados puso un aviso fúnebre en el diario *La Nación*, que decía: “Su camarada y amigo Freddy Zarattini, despide igual que siempre con un abrazo en lo alto y una marcha como oración, al soldado de Cristo y custodio de la fe”. Éste es el empresario nacional y popular a quien el gobernador kirchnerista Paco Pérez le ha prorrogado la concesión petrolera hasta 2027.

A fines de 1977, la organización Montoneros estaba muy golpeada, pero conservaba cuadros con años de práctica, buena parte del rescate pagado por los Born, algunos topos infiltrados en las Fuerzas Armadas y de Seguridad, incluyendo la muy gorila Armada y un contacto secreto y mercenario en la propia Casa Rosada, a escasos metros del despacho que usurpaba el dictador Jorge Rafael Videla.

Gracias a este contacto mercenario, la Conducción Nacional pudo hacerse de varias primicias, como el plan paulatino de apertura política que el general de división José Rogelio Villarreal, secretario general de la Presidencia, le presentaría a su jefe en 1979. El plan había sido redactado por el radical cordobés Ricardo Yofre, hermano del futuro jefe de la SIDE menemista, Juan Bautista “Tata” Yofre. Era tan gradualista que nunca se aplicó.

Pero la adquisición más valiosa del espionaje montonero fue la propuesta de prensa y relaciones públicas para la dictadura militar con miras al Mundial 78, elaborada por la agencia norteamericana Burson-Marsteller, que acaba de ser “descubierta” treinta años más tarde en un armario polvoriento de la Cancillería kirchnerista y difundida con bombos y platillos por el diario oficialista *Tiempo Argentino*. Una de las “revelaciones” que cada tanto produce el gobierno K, exhumando como primicias documentos ya conocidos hace treinta años, como el Informe Rattenbach sobre la Guerra de Malvinas.

En 1977, “Carolina Natalia” —el apodo con que se mencionaba a la Conducción Nacional dentro de la organización— puso las 151 carillas del Plan de la BM en manos de los dos secretarios de prensa del MPM: Juan Gelman, con base en Roma y el autor de este libro, que operaba en México. De común acuerdo con Gelman, lo distribuimos a periodistas de confianza en Europa y América Latina, logrando una enorme repercusión.

Manuel Buendía, el columnista mexicano que denunció a la CIA y el narcotráfico y fue asesinado en mayo de 1984 en pleno centro del Distrito Federal, lo publicó el 17 de diciembre de 1977 en su columna diaria en *El Sol de México*, bajo el título: “Cómo maquillar a un gorila”.

En *Interviú* de España (que en aquella época tiraba un millón de ejemplares semanales), Alberto Añasco firmó una extensa nota titulada “Cómo vender un Videla”, donde se transcribía la lista de periodistas de distintos países que la empresa norteamericana consideraba “dispuestos a colaborar con la campaña promocional de la Junta Militar.” Efectivamente, el informe detalla a lo largo de diecisiete páginas las características personales y las ideas políticas de unos cuarenta profesionales de distintos países, dispuestos a realizar “notas positivas” sobre la Argentina militar. Para llegar a esa selección de cronistas mercenarios y al discurso que debían vender, la poderosa agencia norteamericana, vinculada a Young & Rubicam, aseguraba haber realizado unas cuatrocientas entrevistas en ocho países de América, Europa y Asia.

Algunos periodistas tanteados, que no quisieron quedar como coimeros, describieron la naturaleza oculta de dichas “entrevistas”. El mexicano Luis Gutiérrez Esparza escribió en *El Sol* que un personero de la Burson, Robert S. Benjamin, lo sondeó para ver si quería viajar a la Argentina. Gutiérrez Esparza admite que se “mostró interesado”, pero con una condición: “Siempre y cuando se me permitiera entrevistar a Videla y recorrer libremente el país”. “Cuando Benjamin me preguntó si escribiría un reportaje ‘positivo’, respondí: ‘Seré objetivo’.”

Según algunas fuentes, el contrato entre la dictadura y la agencia norteamericana fue por cuatro años y supuso el pago de medio millón de dólares. La información del topo montonero habló de un millón. Alguien se habrá quedado con el vuelto.

En el informe se transparenta la doctrina a instalar:

La cirugía mayor del nuevo gobierno en la detención de la inflación, sus actos atrevidos en el control de los salarios al mismo tiempo que se les permite a los precios hallar sus niveles naturales en una situación de demanda constreñida, sus acciones para lograr una balanza comercial favorable mediante los incentivos a la producción agrícola y a la exportación, todo ello ha reconquistado algo de la confianza de la comunidad empresaria.

Los periodistas reclutados por la Burson-Marsteller viajaron a Buenos Aires y lo pasaron muy bien. Además de los almuerzos y conferencias con empresarios y ejecutivos, los llevaron a visitar la ESMA, para mostrarles que todo lo que decían los subversivos en el exterior eran puras calumnias. Antes habían tomado la precaución de hacer algunas reformas y guardar bajo siete llaves las veinticuatro picanas del sótano.

Dos “informadores” a sueldo de la Marina, el “Bebe” Héctor Agulleiro y el “Bebito” Héctor Sayago, actuaron como *hosts* de un periodista inglés seleccionado por la Burson-Marsteller.

Escortado por sus colegas argentinos y los marinos, el periodista británico recorrió las inocentes instalaciones, asistió a un reconfortante almuerzo en el Casino y a una instructiva charla sobre la “Guerra contra el terrorismo” que dio el Tigre en el salón Dorado.

En 1979, cuando era inminente la visita de la CIDH, la Burson-Marsteller volvió a tallar, creando, imprimiendo y vendiendo, cientos de miles de obleas engomadas con el eslogan: “Los argentinos somos derechos y humanos”, que miles de patriotas pegaron en la luneta trasera de sus autos. Aunque pocos les ganaron en fervor a los taxistas. El eslogan más “nacionalista” de la historia argentina había sido creado por una agencia yanqui.

Pero esto no es cosa del pasado, como podrán pensar algunos lectores. La Burson-Marsteller figura hoy en el quinto lugar en una lista de doscientas cincuenta agencias de publicidad y relaciones públicas de todo el mundo, factura 450 millones de dólares por año y sus clientes son depredadores transnacionales de la talla de Monsanto, que ha esclavizado la producción agrícola argentina con sus semillas transgénicas y envenenado nuestro aire con el cancerígeno glifosato. Por esta y otras razones, la Burson-Marsteller sigue presente en la Argentina (Rivadavia 620, cuarto piso). Aquí trabajaron para Mauricio Macri en 2004 y 2007, pero también coquetean con Cristina Fernández de Kirchner; en su informe *Twiplomacy 2013*, la Burson-Marsteller afirma: “La cuenta oficial de Twitter de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner está entre los diez líderes globales más seguidos en la red de *microblogging*”. La mandataria —según BM— ocupa el puesto número 10 de una “lista encabezada por el presidente de los Estados Unidos, Barack Obama”.

Todo un tema para Ricardo Forster y su orwelliana Secretaría para la Coordinación del Pensamiento Nacional.

Lo más importante, un dato esencial que desmiente reflexiones de varios autores sobre el supuesto conflicto entre Washington y el gobierno castrense: en los setenta, la Burson-Marsteller informó de manera oficial que aceptó a la dictadura militar como cliente *con pleno conocimiento y consentimiento del Departamento de Estado, cuando ya gobernaba James Carter*, aunque los contactos empezaron en el gobierno republicano de Gerald Ford, a través del secretario de Estado, Henry Kissinger, quien autorizó la *Nacht und Nebel* criolla, siempre que no se extendiera hasta generar un escándalo. En junio de 1978, Kissinger se regodeó en el Mundial y hasta visitó al equipo peruano en los vestuarios, antes del sospechoso 6 a 0. Así lo testimonió el famoso delantero Juan Carlos Oblitas.

Es cierto que durante el gobierno del demócrata Carter la relación con la dictadura argentina se tornó ambivalente. En el plano diplomático hubo sanciones contra la Junta y actitudes solidarias con los organismos humanitarios por parte de algunos funcionarios norteamericanos, entre los que sobresale Patricia Derian.

Incluso —esto no se reveló hasta ahora— hubo un encuentro secreto en México entre oficiales del Departamento de Estado y el secretario general de Montoneros, Mario Eduardo Firmenich. Fue un sondeo para calibrar si la organización revolucionaria que tenía más peso político podría aceptar un proceso de pacificación, como los que luego se producirían en Centroamérica. Firmenich, por su parte, quiso saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar el presidente Carter en su política de derechos humanos. No se comprometió a nada e informó del encuentro a los niveles superiores del partido y el MPM.

Pero, por debajo de la superficie, prosiguieron los nexos históricos del inframundo. La inextinguible relación clandestina del complejo militar-industrial con los súbditos del patio trasero, que se ha venido destapando en parte con los cables publicados por WikiLeaks. Como decía un *servicentro* argentino: “Los políticos pasan, pero nosotros

estamos siempre”.

El 7 de agosto de 1979, William H. Hallman, consejero político de la embajada norteamericana en la Argentina, y James Blystone, oficial regional de Seguridad, se encontraron en la sede diplomática con el responsable de la Fuerza de Tareas 7, de la sección “Reunión Central” del Batallón de Inteligencia 601, la denominación interna del Servicio de Informaciones del Ejército, el temible SIE, en cuya sede de Viamonte y Callao estuvo un tiempo secuestrado (y vejado) el cadáver momificado de Eva Perón. El cable, en el que se informa al Departamento de Estado de dicho encuentro, oculta la identidad real de la fuente, respetando su *nom de guerre* Jorge Contreras. Tema de la charla: “Represión del terrorismo y la subversión”.

Contreras sostuvo que su Fuerza de Tareas estaba concentrada en la reunión de información y en el análisis, pero no en las operaciones. Igual que la Fuerza de Tareas 6. Según el hombre de Viamonte y Callao, la tendencia actual era que los agentes que se ocupaban de reunir inteligencia no actuaran a la vez en operaciones, sino que, de acuerdo con la información recolectada, aconsejaran a los operativos el curso de acción a seguir.

Reveló que la Fuerza de Tareas 1 estaba concentrada en la represión del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y la 2, en Montoneros. No informó, en cambio, a qué se dedicaban los agentes de la 3, 4 y 5. Por encima de estas Fuerzas de Tareas se colocaba la unidad “Reunión Central”, que había sido creada al comienzo del golpe militar y subsistía. Estaba integrada por elementos del Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea y la Policía Federal, todos bajo el mando del coronel Alejandro Arias Duval. (Fallecido en mayo de 2012 mientras era juzgado por múltiples crímenes de lesa humanidad.) Pero relativizó la eficacia de este equipo interfuerzas, porque las distintas armas se reservaban los mejores hombres para sus propios servicios de informaciones.

Otro supraorganismo era la sección analítica, dividida a su vez en dos subsecciones. Una dedicada a “chinos” y “rusos”, que espiaba a países comunistas con embajada en la Argentina como Cuba y Corea del Norte, y la subsección dedicada a “troskistas”. La mujer de Contreras estaba a cargo de la 1, y el coronel Peña debía lidiar con los troskos.

Más allá de las descripciones burocráticas, Contreras mintió sin ruborizarse y sin que sus interlocutores lo pusieran en aprietos. Sostuvo, por ejemplo, la vieja fábula de que muchos militantes que figuraban en las listas de desaparecidos en realidad se habían fugado al extranjero. Su interlocutor, el consejero político William Hallman, comenta que esa afirmación combina “de manera muy interesante” con lo que le confió otro militar argentino, el coronel San Román, respecto de muchos que “se salvaron a sí mismos”. Por si fuera poco, Hallman agrega en su informe que poco después del encuentro con el falso Contreras un “colega periodista” (¿?) le comentó que dos personas dadas por desaparecidas habían reaparecido recientemente. Sugestivamente, las reapariciones habían sido reportadas por terceros. Así, amigos del “miembro del ERP Luis López Comendador” habían telefoneado desde París a su novia para decirle que estaba vivo. Otro caso —según el consejero político— era el de un ex montonero, desaparecido hace dos años, que se había comunicado recientemente con su padre, un médico de La Plata. También desde París (al parecer, destino favorito de los falsos desaparecidos). “Otro caso reportado —agrega el informe— es el del hijo de Marcos Tucker [sic], quien también ha dicho que su hijo reapareció vivo en París” (extraño anticipo: el consejero político se refiere al famoso actor Marcos Zucker, cuyo hijo Ricardo “Pato” Zucker sería secuestrado y efectivamente desaparecido un año más tarde por los interlocutores de la embajada, los hombres del 601).

Manipulando los datos para demostrar que el régimen genocida se estaba autocontrolando, Contreras aseguró que el 80 o 90 por ciento de los centros clandestinos de detención, que aún existían el año anterior, se había cerrado. Mintió groseramente respecto de la ESMA: “No ha sido usada como centro de detención hace aproximadamente un año”.

Los casos de Carlos Lordkipanidse, Liliana Marcela Pelegrino, Enrique Fukman y Víctor Basterra, para citar solamente a los más conocidos, demostraban lo contrario. Pero al cínico de Contreras no le entraban balas y hasta les adelantó la maniobra que los servicios estaban por llevar a cabo: “Incluso si otros desaparecidos muy publicitados en 1979 estuvieran vivos; por ejemplo, la señora Thelma Jara de Cabezas... esto no representaría un problema en el presente, para un sistema que supo acomodar grandes números en el pasado”.

Hablando frente a los hombres de Washington con frialdad de burócrata del terror, Contreras sostuvo que ya no asesinaban a todos los prisioneros, aunque fueran inocentes o hubieran colaborado, “lo que antes se hacía porque (la supervivencia) implicaba un riesgo respecto a personal involucrado, locaciones, etcétera”. Ahora, a los menos comprometidos se los dejaba vivir afuera de los centros, sometidos —claro está— a los controles de rigor. “Yo mismo —dijo el represor— ‘trabajo’ con mucha gente que está en sus casas.”

Refiriéndose a la inminente visita de la CIDH, tranquilizó a sus anfitriones asegurándoles que algunos centros habían

sido “remodelados” ante posibles inspecciones y preguntas molestas sobre el uso de ciertos locales. Es imposible bucear en la conciencia de los diplomáticos norteamericanos que escucharon impávidos semejantes aberraciones, dignas de la Alemania nazi que habían combatido en la Segunda Guerra Mundial. Pero es posible adelantar una hipótesis que hoy ciertos “observadores” niegan: si no condenaron colectiva o individualmente a los asesinos, es porque los asesinos eran su hechura.

La realidad imita a la ficción: unos días antes de que llegara la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, los represores de la ESMA trasladaron a los prisioneros que permanecían en el Casino de Oficiales a una isla del Tigre, que se llamaba “El Silencio” y había pertenecido a la revista *Esquiú*, dependiente de la Curia Metropolitana. Fueron llevados en tres grupos. El último era el de los más nuevos, que llegaron encapuchados.

Carlos “Sueco” Lordkipanidse, uno de los prisioneros que estuvo en El Silencio, formuló un intenso alegato en la megacausa ESMA para que la isla fuera inspeccionada por el tribunal. La fiscalía se sumó al pedido del Sueco, quien mostró fotos tomadas durante el cautiverio, que habían abonado la denuncia de los sobrevivientes.

Algunas mostraban la cocina, donde Thelma Jara de Cabezas fue obligada por los marinos a prepararles “el rancho” y ciertas exquisiteces adicionales.

El Gordo Selva, que estuvo a cargo del operativo bajo la supervisión de Sèrpico Cavallo, tenía debilidad por los buñuelos que freía Thelma.

Ella lo recordaba, atorado, enrojecido, reclamando: “¡Quiero más!”.

IX

EDITORIAL ATLÁNTIDA, CÓMPLICE DE LA ESMA

La foto es de 1994, cuando portaba el famoso gato o quinchito que aumentaba su cabeza a proporciones duhaldistas. La sonrisa está a mitad de camino. La banda presidencial cruza el cuerpo escueto, ligeramente deforme, enfundado en un traje negro de dos mil dólares. La dedicatoria reza: “A mi amigo y compañero Héctor Febres, un abrazo con afecto”. Y la firma “Menem. 5/9/94”.

La imagen descansa en el expediente por la muerte indefinida de Selva y tiene un sello al calce: “Nadia Samaha secretaria federal”. O sea la secretaria de la Cámara Federal de Casación Penal, sala número 4.

Demuestra varias cosas: en primer lugar, que el poder político siguió usando asesinos de la dictadura en plena democracia. Todos los presidentes constitucionales lo hicieron. Sin excepción. El Alfonsín del Juicio a las Juntas tuvo en su custodia personal a Raúl Guglielminetti (a) Mayor Guastavino, uno de los más notorios agentes de la SIDE, el 601 y la CIA, famoso secuestrador de empresarios judíos y, de yapa, narcotraficante. Algunos consideraron que fue un error; especialmente, los partidarios de Alfonsín. El error se convirtió en contumacia con el famoso Grupo Alem, que hacía inteligencia paralela durante el primer gobierno constitucional. Pero hay más: durante la gestión del hombre que hablaba de la democracia como el elixir que cura todos los males, el capitán de corbeta Adolfo Miguel Donda Tigel (a) Palito o Gerónimo, fue agregado naval en Brasil. En México, el carnicero de “El Vesubio”, coronel Pedro Alberto Durán Sáenz, fue sostenido por el gobierno en su puesto de agregado militar, a pesar de la protesta generalizada del exilio argentino que, finalmente, logró sacarlo, durante la correcta embajada de Facundo Suárez. Adicionalmente, las leyes de Punto Final y Obediencia Debida borraron con el codo lo que se había escrito con la mano en el trascendente Juicio a las Juntas.

Carlos Saúl Menem llevó la impunidad de los asesinos al paroxismo con el indulto a los genocidas. Además, nutrió con ellos los organismos del Estado. El caso más notorio, aunque no el único, fue el del teniente coronel Pascual Guerrieri (a) Señor Jorge, que sentó plaza en la SIDE con el Tata Yofre y se quedó diez años.

Fernando de la Rúa, cuando fue jefe de Gobierno de Buenos Aires, empleó al coronel retirado Arístides Braccamonte, uno de sus antiguos discípulos en el Liceo Militar, como su asesor castrense. Tuvo que hacerlo renunciar, cuando se revelaron los antecedentes de Braccamonte en la dictadura, junto a genocidas del tamaño de los generales Jorge Olivera Rovere y Carlos Guillermo Suárez Mason. Pero el pecado de Braccamonte también había sido perpetrado en secreto por el propio De la Rúa, cuando conspiraba con Suárez Mason para derribar al gobierno de María Estela Martínez de Perón.

Eduardo Duhalde también tuvo lo suyo. Empezando por el ex agente de la SIDE Juan José Álvarez, cuya labor al frente de la Secretaría de Seguridad fue apoyada reiteradamente por el periodista Horacio Verbitsky y siguiendo por los autores intelectuales y materiales de la masacre de Avellaneda, entre los que destacó por su saña un chacal de la Bonaerense, el comisario Alfredo Fanchiotti, que asesinó personalmente a Maximiliano Kosteki.

Aun Néstor Kirchner, que fue el presidente más comprometido en el juicio y castigo a los culpables del genocidio, cobijó bajo el ala a personajes vinculados con el espionaje de la dictadura, como el capo real de la SIDE, Antonio Stiusso (a) Stiles, más conocido en el gobierno K como “Jaime”.

Cristina Fernández de Kirchner ha ido mucho más lejos, al nombrar a un represor, como es el general César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani, al frente del Ejército.

Pero la enumeración es corta y pálida, la podredumbre que bulle bajo la costra es mucho más amplia y esconde bichos como Zarattini o Rubén Osvaldo Bufano, el espía de la Barrick Gold, protegido durante años por el gobernador de San Juan, José Luis Gioja, y su policía provincial.

La cariñosa dedicatoria de Menem a un asesino y violador serial, como era el prefecto Febres, demuestra otra cosa que no me voy a molestar en probar, porque llenaría páginas con nombres: la inmensa mayoría de los represores militares y policiales que utilizó la dictadura procede de la derecha peronista.

El médico del represor Febres, Víctor Hugo Giuliani, volvió a declarar recientemente en la causa y aportó un dato revelador. Dijo que Selva le mostró una carpeta “que lo ayudaría a deslindar responsabilidades”, agregó que la iba a “usar en el juicio”. “Vas a ver —enfaticó— va a ser una bomba.” Giuliani le preguntó por qué no había hablado antes,

permitiendo que lo colocasen en el nivel “de un Massera o un Acosta” cuando era un subalterno. Febres respondió que no había hablado antes porque suponía que “los juicios se iban a cerrar”, “que no se llegaría tan lejos”, y afirmó rotundamente: “Por eso yo voy a declarar en el juicio. Voy a deslindar mi responsabilidad. Voy a decir todo lo que sé y voy a comprometer a más de uno”.

Recordando las múltiples amenazas que había sufrido, el Gordo Selva le dijo al médico: “Es un seguro de vida”. Giuliani no entendió la metáfora y preguntó: “¿Te vas a asegurar ahora?”. Febres tuvo que explicarle: “No, no, es un seguro de vida, porque si yo hablo...”. Y completó la confesión pasándose el canto de la mano por el cuello.

La nota publicada en la revista *Para Ti*, el 10 de septiembre de 1979, titulada “Habla la madre de un subversivo muerto”, fue un golpe muy duro para todos los que luchábamos, dentro y fuera del país, tratando de mostrar al mundo la índole genocida de la dictadura argentina. Antes de la operación conducida por SÉrpico, las teletipos hervían con noticias sobre la desaparición de Thelma Jara de Cabezas; su hijo Daniel había lanzado una campaña muy efectiva denunciando el secuestro. Julio Cortázar había escrito un artículo muy emotivo, que se publicó en *El País* de Madrid, y Sean McBride, el fundador de Amnesty International, destacó el caso en la asamblea anual del organismo que conducía. Ahora, sorprendentemente, la secuestrada por la dictadura reaparecía para denunciar que se había escapado al Uruguay, huyendo de las “amenazas de muerte de Montoneros”.

Recuerdo la angustia de su hijo Daniel, a quien encontré en México. No podía creer que su madre fuera “una traidora”, pero estaba sacudido por la contundencia de la “confesión”, un obvio montaje de los milicos. “Estoy seguro de que los va a cagar”, me dijo en una de las oficinas del MPM en Alabama 17. “No sé cómo, pero los va a cagar.” Tal vez estaba tan seguro por un dato clave, que no aquilaté debidamente en aquel momento: Thelma sólo habla en la nota de su hijo Gustavo Alejandro, a quien da por muerto —por primera vez— “en un enfrentamiento con fuerzas de seguridad”, pero no menciona nunca al primogénito Daniel. Aunque la revelación de la muerte de Gustavo iba en contra de la doctrina de Madres y Familiares (“con vida los llevaron, con vida los queremos”), no haber mencionado a Daniel es muy significativo y así se lo hizo sentir SÉrpico cuando el periodista y el fotógrafo de *Para Ti* acabaron su repugnante faena. El marino intuyó el porqué de semejante olvido: era un mensaje en clave para el hijo mayor que permanecía en México: “No creas nada de lo que puedan hacerme decir en esta revista. Estoy en manos del enemigo”.

El artículo, firmado por un desconocido Américo Cerriti, que no figuraba en el staff de *Para Ti*, parecía redactado por el cabo Gorosito, y así lo señaló el *Buenos Aires Herald*, el único diario que se atrevía —de vez en cuando— a deslizar comentarios desagradables para los censores de la dictadura.

Algunos tramos confirman la sospecha del *Herald*:

—¿Qué fue lo que dijo McBride?

—Expuso mi caso como el de una “madre secuestrada por el gobierno argentino”. Me indigné. Pude ver con mayor claridad cuáles eran los objetivos de todos estos grupos. Me sentí mal. Usada. Como si jugaran con mis sentimientos.

—¿Cuál es exactamente su situación ahora?

—Pienso que deberé estar mucho tiempo más en el Uruguay. No puedo negar que tengo miedo. Mi objetivo más importante es que estas declaraciones sirvan para que otras madres no se vean expuestas a los mismos errores.

—¿Cuál es el balance que usted hace de todo lo vivido?

—Es un balance bastante doloroso. Todo lo que me ha pasado es triste, y pienso en todos los chicos, como Gustavo, que fueron utilizados por la violencia.

—Pero los que utilizaron a jóvenes como su hijo fueron los mismos a los que usted recurrió para pedir ayuda.

—Yo estaba desesperada. Quería saber dónde estaba mi hijo. Aceptaba cualquier cosa y ayuda que me ofrecieran. Pensé que se me veía como madre, como a un ser humano necesitado de consuelo y aliento. Luego, la realidad fue muy distinta. Nosotras, las madres, y nuestros hijos fuimos utilizados miserablemente. Cuando nos dimos cuenta, fue demasiado tarde.

—¿Qué encontró al final de su búsqueda?

—La decepción.

—Ahora, ¿qué le diría usted a los jóvenes como Gustavo?

—Les diría que este ejemplo tan doloroso que tengo para mostrar les sirva. Que no se dejen llevar por las

influencias políticas de los extremismos que prometen utopías.

—¿Volvió a tener contacto con Amnesty o la Liga?

—No. Mi objetivo era conocer el paradero de mi hijo. Ahora que lo sé, no tengo nada más que hacer allí.

—¿Cómo se enteró de la suerte corrida por su hijo?

—Eso no puedo contestárselo. Sólo puedo decirle que me llegó a través de las Fuerzas Armadas.

—Por último, ¿qué les diría a las madres argentinas?

—Que estén alertas. Que vigilen de cerca a sus hijos. Es la única forma de no tener que pagar el gran precio de la culpa, como yo estoy pagando por haber sido tan ciega, tan torpe.

—¿En quién confía hoy?

—En Dios.

—¿Qué le pide hoy a Dios?

—Que no haya más madres desesperadas ni chicos equivocados.

No pude llegar al revés de la trama hasta septiembre de 2000, cuando me encontré en Buenos Aires con Thelma Jara de Cabezas y su hijo Daniel.

Thelma seguía recordando la mirada metálica de SÉRPICO Cavallo, cuando le susurraba:

—Yo sólo te lo propongo. Vos lo hacés si querés. Acá no se obliga a nadie a hacer lo que no quiere. Pero, si no querés, puntos suspensivos.

Fue una noche en la pecera de la ESMA, donde los peces atrapados por el Grupo de Tareas 3-3/2 cumplían su trabajo esclavo en cubículos transparentes, que habían suscitado la cruel metáfora del acuario.

—Bueno —musitó.

A partir de ese momento ascendió del sótano a la pecera. Un pequeño avance hacia una hipotética supervivencia. Allí convivió con otros dieciséis prisioneros que recortaban diarios, clasificaban las informaciones y las microfilmaban.

Tuvo su cubículo junto a ellos y realizó tareas similares, hasta que empezaron los preparativos para la operación. En esos días, uno de los tipos de Inteligencia le dijo que su esposo había muerto el 23 de mayo.

Juan, el teniente de navío Juan Carlos Rolón, que ya había trabajado con periodistas extranjeros en el Mundial, la obligó a recitar y perfeccionar su “verso”: ella era una madre que se había desengañado de la actitud perversa de los montoneros y los organismos que defendían los derechos humanos. Perseguida por los terroristas, se había refugiado en el Uruguay, donde la ayudaban unos familiares. Allí se había contactado con la Armada, que la protegía.

Para el ensayo general, Rolón armó una entrevista con una periodista desconocida en una oficina de Entel, en pleno centro. Cuando la llevaba al ensayo, el prefecto Febres, le advirtió: “Si te da por correr, te mato”.

La periodista sería lo que fuese y no ignoraba para qué estaba allí, pero el drama personal de esa mujer la superó.

Cuando le preguntó qué hacía ahora, y Thelma le contestó que había hecho “un voto de pobreza para solidarizarse con los pobres”, apagó el grabador y se largó a llorar.

Cuando salieron del edificio de Corrientes y Maipú y caminaron unos metros entre miles de anónimos ciudadanos que no repararon en su presencia, la señora de Cabezas miró los ojos saltones del torturador Rolón y se asomó a su propio abismo: “¿Qué hago aquí junto a estos tipos que asesinaron a mi hijo?”, se dijo.

Un día la sacaron a la Panamericana y le tomaron fotos “producidas”, con un *background* de carteles comerciales uruguayos para fingir que estaba en Montevideo. Luego “la producción” incrementaría el verismo y la llevarían al Uruguay.

Cavallo, que en aquel momento había cambiado el apodo de “SÉRPICO” por el menos obvio de “Marcelo”, la llevó dos veces a la capital uruguaya. Apenas decolaba el avión, el represor se dormía. Tal vez para no tener que enfrentar un incómodo diálogo con su prisionera. Después, se ocupaba de todos los trámites. Ella no sabía lo que era el Plan Cóndor, pero en Carrasco los esperó dos veces un misterioso sujeto vestido de civil que hizo pasar los controles al marino y a la mujer de pañoleta y anteojos oscuros, que viajaba con un pasaporte a nombre de Magdalena Manuela Blanco, confeccionado en el sótano de la ESMA. Las dos veces fueron y regresaron en el día, pero se alojaron en un hotel relativamente bueno que la señora de Cabezas ubicó “cerca de la 18 de Julio y la Municipalidad”. En la primera ocasión debían encontrarse con unos periodistas extranjeros que, finalmente, no llegaron. En el segundo viaje se reunieron, en un departamento provisto por el misterioso uruguayo, con dos marinos del Centro Piloto de París y un periodista del *News World*, el periódico de la Secta Moon, la organización mafiosa que conducía el reverendo coreano Sun Myung Moon (fallecido en 2012) y que hizo del anticomunismo profesional un negocio internacional, no pocas

veces al margen de la ley.

El *News World* publicaría un reportaje, que rebotarían después la agencia Télam y la propia nota en *Para Ti*. Así llegó el Día D. La prisionera salió de la ESMA en un auto manejado por el Ruso, un “chupado” que simulaba ser pariente de Thelma. Otros dos vehículos, cargados de represores y armas, los escoltaban para impedir una impensable venganza de los montoneros. Allí iban el capitán Luis D’Imperio (alias Abdala), ex jefe del SIN y en ese momento a cargo del Grupo de Tareas; Marcelo, Rolón y Julia Sarmiento, una colaboradora de la Marina a la que Thelma temía, porque suponía que había sido su entregadora.

La caravana enfiló por Avenida del Libertador hacia La Pampa y Figueroa Alcorta, donde había una confitería que se llamaba Selquet. El local estaba vacío. La señora de Cabezas y el Ruso se ubicaron en una mesa preestablecida, donde un productor del terror había colocado un micrófono. A espaldas de la prisionera, caía un oportuno cortinado detrás del cual Marcelo se escondería a escuchar, como un villano del teatro isabelino.

Cuando ya estaban todos ubicados en sus puestos, hicieron su aparición un fotógrafo y un periodista de *Para Ti*. Los dos jóvenes y nerviosos.

Al periodista no lo conozco. Al fotógrafo, sí. En los setenta integró el equipo de fotógrafos del diario *Noticias*, que yo dirigí y que clausuró el comisario Alberto Villar en persona.

En 1993, yo proseguía en Londres un destierro que ya se había vuelto voluntario; en una corta visita al país para buscar data sobre Héctor Cámpora (el real, no el ficticio), me encontré con el fotógrafo en Corrientes y Talcahuano. Al comienzo no lo reconocí, pero cuando me recordó que había estado en *Noticias* le di un gran abrazo.

Cuando el tema Thelma Jara de Cabezas llegó a la justicia, gracias a la tenacidad de Alejandrina Barry y su abogada Myriam Bregman, lamenté aquel abrazo: el fotógrafo de *Noticias*, Alberto “Tito” La Penna se había convertido en el fotógrafo de *Para Ti* y de la Escuela de Mecánica de la Armada.

X

LAS MENTIRAS DEL GENERAL MILANI

Mi exilio se demoró más de la cuenta, por culpa de una persecución judicial que se inició en tiempos de la dictadura y siguió en democracia, durante el gobierno de Alfonsín.

A mí y a otra tanda de compañeros nos perseguía un personaje siniestro, vinculado con el Servicio de Informaciones Navales, que muchos años más tarde tendría un oscuro papel en el caso María Marta García Belsunce: el fiscal Juan Martín Romero Victorica, alias El Potro. Amigo —entre otros genocidas— de José Alfredo Martínez de Hoz y socio del agente doble Rodolfo Galimberti en la sucia maniobra de sacarle millones a la familia Graiver para dárselos a la familia Born. Romero Victorica siguió siendo fiscal de Casación hasta bien avanzado el reinado del matrimonio Kirchner, en agosto de 2011, cuando se jubiló para evitar un jury de enjuiciamiento.

—Es un pelotudo —lo rebajó el embajador radical Facundo Suárez cuando llegó a México el pedido de captura, vía Interpol, que Romero Victorica había gestionado en mi contra. Y agregó: —No se preocupe, Miguel, nadie lo va a perseguir a usted. Raúl mismo me lo aseguró y le manda saludos.

Era en 1985, yo presidía la Asociación de Corresponsales Extranjeros y estaba próxima la visita a México de Raúl Alfonsín.

A esa altura también me había hablado el canciller Bernardo Sepúlveda para adelantarme la posición de su país: —Usted es un amigo de México y nadie lo va a tocar. Ya se lo avisamos al ministro Caputo.

Pero no pude regresar hasta marzo de 1988, cuando la justicia me concedió la eximición de prisión, como lo había hecho antes con Juan Gelman. En ambos casos, la presión internacional había jugado un papel para que cesara la persecución y pudiéramos presentarnos ante el tribunal sin ir presos, como había ocurrido antes con el ex gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, el antiguo dirigente de las Ligas Agrarias, Osvaldo Lovey, y el actor Norman Briski. Los dos primeros seguían presos por orden del juez Miguel Pons y en cárceles comunes. La teoría de los dos demonios mostraba una notoria asimetría: Videla y Massera lo pasaban muy bien en su encierro dorado y Leopoldo Fortunato Galtieri había quedado absuelto en el juicio a las Juntas.

El regreso, tras once años de ausencia, fue muy duro. Entendí rápido lo que Silvia, mi mujer desde que éramos dos adolescentes, me había dicho al regresar de un viaje preliminar, al que fue cargada de ilusiones y de amor por Buenos Aires: “No nos quieren allá, Miguel, no te hagas ilusiones. Somos testigos incómodos de un genocidio que toleraron en silencio. No soportan que estemos vivos”.

Una noche, mientras caminábamos hacia el departamento de unos amigos que nos alojaban, me detuve un segundo: del jardín de una vieja casa de barrio salía aquel perfume de jazmín que tanto había añorado en el destierro.

—Te das cuenta... —le dije a mi mujer, que moriría en México poco después— de que nos robaron estos cuatro años.

Al mes, con un sedimento amargo, regresamos al país de exilio que a veces habíamos maldecido y ahora adoptábamos entrañablemente como el lugar que habían elegido nuestros hijos Federico y Flavia. Pero al comienzo de aquel viaje, recién llegado a Buenos Aires, se me hizo largo esperar el primer jueves para lanzarme a Plaza de Mayo a encontrarme con las Madres.

Para el desterrado que regresa, la concreción de las imágenes soñadas es un fenómeno feérico, irreal. Esos pañuelos en la ronda, la cara redonda y luminosa de una Madre que parecía del Interior, llorando. El abrazo apretado con esas mujeres que habían rescatado desde la soledad el honor nacional. Me quebré en mil pedazos.

Entonces apareció, acompañada por otra Madre, más pequeña, delgada y rubia.

Se la veía imponente. Más que en las imágenes del documental de Rodolfo Kuhn y Osvaldo Bayer que había visto en México.

Me saludó gélida y mereció la crítica de Silvia:

—Qué bueno que al menos me saludes ahora, porque estoy con Miguel.

Contestó una disculpa que sonaba más a insolencia. Una reina ofendida porque le piden explicaciones. Luego frunció la boca y supe instantáneamente que venía un sermón.

—No me gusta tu libro. No digo que no sea verdad lo que contás, pero no deberías haberlo contado aunque fuera cierto. Nuestros hijos son perfectos, intocables...

Intenté defenderme, explicarme, pero todo fue en vano. El pañuelo mayor, la que yo más admiraba en la distancia, me trataba como a una rata.

Procurando no cabrearme, le solté una frase que pretendía conmovérla, para acercarla:

—Yo también soy un hijo tuyo. Yo también podía haber desaparecido.

Y le señalé las blancas siluetas que escoltaban la ronda de los jueves.

No mosqueó. Recordé la advertencia de Silvia: decididamente, Hebe me prefería en los abismos atlánticos.

Dos años más tarde, en febrero de 1990, cuando estaba por presentar la edición italiana de *Recuerdo de la muerte*, mi editor, Marco Tropea, me confesó tras dar muchos rodeos para no lastimarme:

—Quería que hiciéramos una presentación con Hebe de Bonafini, que anda por acá, pero la llamé y no hay caso. Me habló de vos casi como si fueras un traidor.

Si mi editor no hubiera sido mi amigo, me habría injuriado gravemente, a mis espaldas y desde su altura de intocable.

Otra vez la encontré en un programa de Mirtha Legrand, en el que su pureza le impidió comer, aunque no sentarse y poner la cara. Cuando salíamos, volvió a la carga con el libro.

Esta vez me calenté:

—Mirá Hebe, cuando vos y yo llevemos décadas viendo crecer las lechugas desde abajo, ese libro seguirá existiendo. Porque siempre habrá un joven que buscará saber cómo fueron las cosas, realmente.

Después hubo encuentros menos ríspidos en la Argentina, Cuba y Venezuela, pero ya nunca más sería para mí la figura idealizada.

En otra ocasión me enfureció mucho una de sus frases:

—Ellos lucharon para que nosotras estuviéramos aquí.

Creo que no, que ni Rodolfo Walsh ni Dardo Cabo lucharon para que ella marchara en Plaza de Mayo.

Pero ni el cabreo ni sus salidas de tono, ni el racismo explícito de aquella frase: “¡Bolitas de mierda, salgan de acá, que esta es nuestra plaza!”, me cegaron nunca con respecto a la lucha heroica que Hebe y las otras Madres, Fundadoras y no Fundadoras, libraron durante años contra la represión del Estado, ya fuera con los militares o con civiles como Fernando de la Rúa, que no vacilaron en tirarles encima los caballos de la policía montada. Es más, ni siquiera su servilismo actual hacia una clase política corrupta y degradada puede anular su pasado heroico. Pero tampoco le puede servir como salvoconducto para hacerse cómplice de una de las maniobras más sucias y entreguistas del gobierno K, junto a un represor como el general Milani y los que, por detrás, mueven los hilos.

Aquellos detenidos que estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio como soldados rasos eran fusilados con uniforme, previa ceremonia. Luego los cuerpos acribillados a balazos, ya en los pozos, eran cubiertos con alquitrán e incinerados.

En los fusilamientos participaban oficiales de todas las unidades del III Cuerpo de Ejército: desde los subtenientes hasta los generales. [...] A raíz de estos crímenes horrendos, existe un verdadero “pacto de sangre” entre la oficialidad del Ejército. Todos están por igual comprometidos con la dictadura. [...] Todos los oficiales

—desde subtenientes recién ingresados hasta generales veteranos— han fusilado a prisioneros inermes, vendados, amordazados, maniatados, torturados.

[Testimonio de Ricardo Lardone, civil adscripto a Inteligencia del Ejército, citado por Eduardo Luis Duhalde, autor de *El Estado terrorista argentino* y secretario de Derechos Humanos de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, fallecido el 3 de abril de 2012.]

En el mismo libro, Duhalde recuerda:

El capitán [Ernesto Guillermo] Barreiro [alias El Nabo], de actuación principal en [el campo de concentración de] La Perla, dijo en alguna ocasión a los ex prisioneros que han suministrado esta información, que “sólo estarán limpios los nuevos subtenientes que salgan el año próximo del Colegio Militar, el resto tiene las manos manchadas de sangre”. Estas expresiones datan de 1976 o principios de 1977.

El teniente general César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani ingresó en el Colegio Militar de la Nación en 1972 y *egresó como subteniente en 1975*. Tanto Barreiro como Milani pertenecían al III Cuerpo de Ejército, comandado por el general Luciano Benjamín Menéndez, reiteradamente juzgado y condenado como uno de los mayores genocidas de la dictadura militar.

Más por competir que por hacer justicia, en 1984, el entonces gobernador de La Rioja, Carlos Saúl Menem, creó la Comisión Provincial de Derechos Humanos, que era la réplica local de la Conadep, establecida por Raúl Alfonsín en

el plano nacional.

Trabajando en condiciones más que precarias, la Comisión riojana logró, sin embargo, reunir testimonios valiosos y concluyentes sobre la acción clandestina de la represión en el territorio provincial.

Treinta años más tarde, Cristina Fernández de Kirchner recibiría los tres tomos del “Informe anual y documentos elaborados”, con una curiosa omisión: la mención de su querido general Milani, que figura en los folios 174 y 175 de la versión original del documento, en manos de los tres poderes de La Rioja.

La reaparición del texto completo obligó al presidente del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), Horacio Verbitsky, a rever su inicial absolución del general espía, para reconocer —a regañadientes— ante el Senado, que el jefe del Ejército mintió reiteradamente en sus declaraciones ante la justicia y los organismos humanitarios.

Milani y Verbitsky habían tenido trato frecuente en el entorno íntimo de Nilda Garré, cuando ella conducía la cartera de Defensa. Cerca de ellos, Fernando Pocino, director de Reunión Interior de la Secretaría de Inteligencia.

El contrapunto entre algunos párrafos salientes del Informe riojano y ciertas respuestas de Milani al CELS es muy elocuente:

LA COMISIÓN

Debemos deplorar no haber encontrado colaboración ni respuestas satisfactorias del Batallón de Ingenieros de Construcciones 141 con asiento en esta ciudad (La Rioja) ni de la Gendarmería Nacional con asiento en Chilecito. Con estos inconvenientes y otros de diverso tipo, hemos derivado a la justicia algunos casos y pudimos arribar a este momento con el Informe Final al que acompañamos de un anexo conteniendo los testimonios recibidos.

EL GENERAL

El Batallón de Ingenieros de Construcciones (141) estaba conformado por la Jefatura, la Plana Mayor, una compañía Comando y Servicios, dos compañías de Ingenieros de Construcciones y una Compañía de Equipos y Mantenimiento de máquinas viales. Contaba, aproximadamente, con 30 oficiales, 200 suboficiales y 600 soldados. Las funciones del Batallón comprendían específicamente: construcción, reparación, mejoramiento y mantenimiento de caminos y sus correspondientes obras.

LA COMISIÓN

Por miedo, el Instituto de Rehabilitación Social (IRS), el Batallón de Ingenieros de Construcciones 141, la Gendarmería con asiento en Chilecito, la Policía de la Provincia y la Delegación de la Policía Federal en La Rioja dejaron de ser Instituciones Públicas con fines honestos, para transformarse, de espaldas a la ley, en mazmorras o centros carcelarios clandestinos (testimonios).

La Rioja conformó el Área 314, con un responsable político y militar que dependía directamente del III Cuerpo, siendo desempeñado tal cargo por el jefe de la Guarnición Militar La Rioja de aquel momento.

Asimismo y como estructura paralela y autónoma, funcionó un Servicio de Inteligencia que también dependía del III Cuerpo, cuyas funciones específicas fueron las de caracterizar políticamente la zona y detectar los grupos o elementos sobre los cuales se accionaría. De esta forma, se conformó un trípode en la actividad represiva: el Servicio de Inteligencia elevaba sus informes al comando del III Cuerpo, desde donde, y en base a los mismos, se implementaba, a través del jefe del Área, la política represiva.

Los procedimientos en particular eran llevados a cabo por Grupos Operacionales, denominados COT (Comandos Operacionales Tácticos), los que estaban a cargo de un responsable, por lo general un oficial del Ejército, que dependía directamente del jefe del Área. En el año 1976, luego del golpe de Estado, la Policía queda subordinada al Área Militar 314, instalándose una radio transmisora en la guardia del Batallón de Ingenieros de Construcciones 141, con igual frecuencia a la policial.

EL GENERAL

En lo que refiere a La Rioja, debo decir que la provincia conservaba una cierta pasividad en la cual los procedimientos militares no eran frecuentes y los oficiales de menor graduación, recién salidos del Colegio Militar, no tenían acceso a la información que manejaban los oficiales de mayor graduación de la unidad. De hecho, en La Rioja al menos, los subtenientes no podíamos acceder a las dependencias donde funcionaban las áreas de Inteligencia y Operaciones del Batallón. Además, desconozco la afirmación que se hace en la introducción de este cuestionario sobre la existencia de un Centro Clandestino de Detención (CCD) en el

interior del Batallón de Ingenieros 141. Puedo afirmar entonces que en los edificios en donde yo desempeñaba mis funciones no funcionó ningún Centro Clandestino de Detención.

Por eso, luego de recuperada la democracia, a muchos jóvenes militares que estuvimos lejos de la represión ilegal nos costó creer y comprender que lo que se decía sobre nuestros superiores, sobre lo que habían organizado y ejecutado a nuestras espaldas, era terriblemente cierto. [...] Una vez concluido el gobierno militar, debo decir que no aporté información alguna porque, como lo dije más arriba, no tuve conocimiento sobre violaciones de derechos humanos.

LA COMISIÓN

Todos los testimonios, que la Comisión Provincial de Derechos Humanos (CPDH) receiptó, contienen directa o indirectamente al “miedo”. Éste acompañó, hasta la hora de la muerte, a los muchos que fueron asesinados y a todos aquellos que fueron secuestrados y desaparecieron. El miedo también entró en las cárceles para escuchar minuto a minuto a los presos del Proceso. [...] En La Rioja funcionó la picana, se castigó con palos, piolas, cadenas, alambres, cinturones de cuero, con los puños, las rodillas y los pies, todo con saña atroz.

El miedo no se erradicó del todo en La Rioja, y cabalga todavía [...]. Hubo también ese otro miedo que pone cobardía en los ruines. Fue el miedo de los cobardes. Aquí en La Rioja no se fusiló luego de juzgar, si causa hubiera, pero se asesinó.

XI

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

El desexilio es peor que el exilio. Sus asechanzas son menos evidentes. El regreso a Ítaca —tantas veces entrevisto en el ensueño— niebla la conciencia de Ulises, en un grado sólo comparable a esa crónica marciana de Bradbury, donde los terrícolas creen estar reencontrándose con sus seres queridos del pasado, cuando son víctimas de una ilusión telepática de los monstruosos extraterrestres. La abuela querida, en cuyo regazo descansaba la cabeza cuando era niño, es en realidad un engendro maligno del espacio, que sólo espera el momento oportuno para deshacerme. El hermano perdido en la infancia es la máscara perfecta de otro parásito abominable que se alimenta de los recuerdos, los sueños y las pérdidas del navegante espacial para esclavizarlo.

El regreso a Ítaca no fue el final de mi odisea personal, sino el comienzo de otra aventura de alto riesgo moral, donde no existía más el peligro de perder la vida a cada instante, pero sí el peligro sutil de ir perdiendo la identidad hasta quedar sumido en la anomia general, en el sentido común de una sociedad sin historia, jerarquía ni valores, que ya ni se sobresalta mientras roba o es robada, mientras viola o es violada, mientras muere o mata por las peores razones. De la peor manera.

Mientras yo estaba afuera, otros siguieron viviendo, de buen o mal grado, en la total grisura de la dictadura militar. Los mejores, resistiendo en una suerte de exilio interno. Los peores, adaptándose o haciéndose cómplices. Digiriendo el pedazo grasiento de asado y solazándose con las astracanas de Olmedo y Porcel, que presagiaban la farandulización de la era menemista. Como esa foto antológica que reúne al Tigre Acosta, a la Bebotá Adriana Brodsky (futura esposa del Tata Yofre), la desnudista Noemí Alan, poniéndose la gorra del genocida y el cómico Rolo Puente, completando el cuadro vivo. Como contracara inseparable de la homilía inquisitorial del provicario castrense, Victorio Bonamín: “El Ejército está expiando la impureza de nuestro país [...]. Los militares han sido purificados en el Jordán de la sangre para ponerse al frente de todo el país”.

Mucho más sutil, la realidad presente, la de este año 2014, despliega el sueño marciano con las luces y los colores de Tecnópolis. Javier Grosman saca sus pinceles posmodernos y la Casa Rosada se tiñe de luces violeta como los puteros de la ruta. El calvario personal del Héctor Oesterheld de carne y hueso que yo conocí, el que perdería su vida y la de sus hijas en los sótanos de Bonamín, en las cuevas de los curas pederastas y los milicos torturadores, queda tapado por Néstor devenido Eternauta; convertido definitivamente en la bóveda del poder que fue librado de todo mal, de toda cuenta numerada, de todo paraíso fiscal. Amén.

El verdadero Eternauta, el que construye y reconstruye el poder, sigue escondido detrás de los cortinados como Polonio o Marcelo, armando lo que vendrá cuando Ella se vaya: fue artífice de la alianza entre Massera y la Guardia de Hierro peronista. Entre la Guardia de Hierro y la Iglesia peronista. El verdadero Eternauta es Chueco y Mazzón. Con zeta, no con “ese”.

Entonces miro a los hijos, a los “nietos de las ideas” (como gustaba decir Discepolín), y descubro que ese Carlitos Mugica, momentáneamente expropiado por la gramática goebbeliana de Tristán Bauer, no es el que pude compartir en tiempos difíciles, tomando un café en El Blasón de Pueyrredón y Las Heras.

Que se arranque la careta de goma y es el Cuervo Larroque.

Primero declaró el fotógrafo Alberto “Tito” La Penna (de 63 años), el 24 de noviembre de 2010. Ya lo había hecho antes, en 1985.

Aparentemente no le aportó gran cosa al Tribunal Oral Federal N° 5 de la Capital Federal, aunque hay detalles para el que sepa pescar.

Eduardo Forte, su jefe en la sección Fotografía de Editorial Atlántida, le había pasado una orden para cubrir una nota en la confitería que entonces se llamaba Selquet, en La Pampa y Figueroa Alcorta. A su vez, la sección Fotografía había recibido la orden de los jefes de redacción de *Para Ti*, Agustín Botinelli y Lucrecia Gordillo. La Penna no sabía a priori de qué se trataba.

Estaba la señora Thelma sentada, al lado de ella había un joven y en frente a ellos había otro joven. Bueno, nos presentamos y cuando va a empezar el reportaje y yo voy a hacer las fotos, la señora me pide que no enfoque a las dos personas que estaban con ella porque uno era su sobrino y el otro era un amigo de su hijo, y que trate que no se vea mucho el lugar. Entonces yo *en esa nota hice un retrato muy ajustado* por el pedido de ella. En la

confitería estábamos sobre el ala que da a la calle La Pampa, no había nadie en ese sector, me acuerdo que *había unos cortinados corridos*, o sea, para que no se viera de la calle hacia adentro. Y en el lugar que daba a la calle Figueroa Alcorta había ocupada una sola mesa con dos o tres personas, estaban más lejos. La señora empieza diciendo que está buscando a su hijo y el reportaje de *Para Ti* titula “Habla la madre de un montonero muerto”. Eso lo vi hace pocas semanas cuando vi el reportaje, porque yo no lo había visto nunca y me llamó la atención porque, cuando hicimos el reportaje, la señora estaba buscando a su hijo y la revista publica (después) como que ella dice que su hijo había muerto en un tiroteo con las FF.AA.

La fiscal Viviana Sánchez le pregunta quién es Américo Cerriti o Cerrutti, que firma al calce del reportaje y La Penna asegura que no conoció a nadie de ese nombre.

V.S.: —¿Recuerda si la nota fue grabada o tomados apuntes?

L.P.: —Fue grabada.

V.S.: —¿Nos puede decir, al menos, de acuerdo a su experiencia, cómo era que se vivía en aquella época, el periodismo cómo vivía lo que estaba ocurriendo?

L.P.: —Creo que como lo vivía la mayoría de la gente, ¿no? No se sabía dónde podía pasar algo. Había que cuidarse muy bien de qué fotografiar y qué no fotografiar.

V.S.: —Y me refiere también, quizá más específicamente, si era común que hubiera una persona que estaba buscando a su hijo.

L.P.: —No, por el tipo de empresa en que yo trabajaba, no. No se cubrían esas notas. Pensábamos... bastante ignorantes de lo que pasaba, de lo que se estaba formando, que era este grupo de madres y demás.

V.S.: —Usted dijo que la nota la vio recién hace pocos días.

L.P.: —Sí.

Al parecer, en treinta y un años, Tito La Penna no había visto nunca la nota y sus propias fotos, aquellos primeros planos que convirtieron una confitería de Núñez en un ignoto lugar de Montevideo, a prueba de montoneros. Luego declaró el ex redactor Alberto Joaquín Escola, (61 años), devenido empleado inmobiliario. Fue el 10 de diciembre de 2010 en los tribunales de Comodoro Py.

Yo en ese momento era cronista de la revista *Para Ti* de Editorial Atlántida. Normalmente, todas las semanas, de redactores para abajo, proponíamos un sumario de temas interesantes para la edición de la semana siguiente. Esta nota en particular se armó con el camino inverso, fue una nota que propuso la dirección de la revista. De la dirección bajaron línea para que se efectuara, me eligieron a mí y a un fotógrafo, y me dijo que íbamos a entrevistar a la madre de un guerrillero muerto que quería aconsejar a otras madres para que sus hijos no siguieran ese camino. Eso fue la información que recibí.

Escola agregó que la orden se la dio el jefe de redacción, a quien nombró erróneamente como “Daniel” Botinelli y no como Agustín Botinelli. Describió la escala jerárquica en estos términos: Aníbal Vigil, director; Agustín Botinelli, jefe de redacción; Juan Carlos Araujo, redactor especial, Daniel Pliner y de ahí en más “todos éramos aprendices, tropas”. Recordó que la nota se había realizado a las dos o tres de la tarde “y la confitería (que entonces se llamaba Selquet) estaba totalmente vacía. Estaba la señora acompañada por una o dos personas a quienes ella presentó como familiares, un sobrino y un amigo del sobrino. Comenzamos la nota con grabador mediante. Cuál era el mensaje que le podía dar a las madres, qué había pasado con el hijo, etcétera. Yo hice el reportaje, el fotógrafo sacó las fotos, nos fuimos a la redacción. Lo que salió publicado no lo redacté yo, yo desgrabé la entrevista pero no fui el redactor de la nota final”.

En esa misma línea, de restarse responsabilidad en el episodio, llegó a decir que no podía discernir qué porcentaje de lo que él había grabado y desgrabado se había incluido en la nota: “Yo no lo sé, pasaron treinta años”.

Luego, tras definir a *Para Ti* como una revista “con un enfoque pro femenino”, Escola soltó una primera revelación:

Yo creo que sí, que en algún momento me habrá contado lo que pasó con su hijo, era el tema de la conversación, de hecho en un momento el fotógrafo —que era Tito La Penna— me dijo: “Pará un poco”. Que no fuera tan incisivo con las preguntas porque estaba tocando una parte sensible de la señora. Esto es lo que puedo detallar.

Escola, curiosamente, se considera la víctima central de ese reportaje:

No sé qué sucedió con la señora, si sé lo que sucedió conmigo después que se descubriera que era una nota fraguada, y yo perdí amigos por esto, me tomaron por colaboracionista, me arruinó la vida la nota.

El reencuentro con el Topo, en este 2014, confirmó mis recuerdos sobre lo que me había revelado catorce años antes. Yo no guardo cintas magnetofónicas ni apuntes de aquellas confesiones. Pero no me he olvidado.

Yo iba a la oficina de Massera, allá en Cerrito al mil cien. Allí funcionaba el partido que ese degenerado había creado para vincularse a la socialdemocracia europea: el Partido de la Democracia Social. Donde había “compañeros” peronistas como Víctor Lapegna que le hacía la prensa y muchos otros más destacados. La parte política funcionaba en el piso diez. La guita, la que venía del botín de guerra, las ventas de armas a Somoza, las cometas por las compras de fragatas y misiles, eso se arreglaba dos pisos más arriba. Allí estaba Ruger Radice. Era un edificio de lujo que, según fuentes confiables, pertenecía a la Logia Propaganda Dos. La Pi-Due.

Dos o tres años antes les habían metido una bomba en las oficinas de Cerrito. Ellos dijeron que eran los montoneros, pero no fueron los montoneros sino los otros almirantes que no recibieron su tajada.

Allí lo encontré a Galimberti. Cuando el Negro estaba por sacar su partido, esa caricatura de la socialdemocracia. Sí, sí, estoy completamente seguro. Si hablé con él largo rato. Me pidió algunos contactos políticos en La Matanza que yo tenía, y él se acordaba. “Tírame esas puntas —me dijo— así armamos algo.” Entró y se fue escoltado por pesados de la Marina. De civil, claro. Nos despedimos en la puerta del edificio. Lo vi irse por Cerrito. Él iba en un auto y atrás había otro de custodia. Imaginate cómo me quedé. Un tipo como él, tan conocido, escoltado por gente de la Marina en plena dictadura, cuando a vos y a otros si los agarraban en ese momento los cortaban en rodajas.

Otro “regalo” que me hizo el Topo en 2002 fue un documento del 601 (“estrictamente secreto y confidencial”) sobre la contraofensiva montonera, inédito hasta ese momento, que constaba de noventa y tres páginas a un espacio y venía acompañado por un informe del Servicio de Informaciones de la Policía Bonaerense sobre el mismo tema. El documento no parecía redactado por un militar sino por un cuadro montonero, y no cualquier cuadro, sino uno lúcido y bien formado.

Para no hablar de la data, que era directamente aterradora y contenía, entre muchas otras informaciones precisas, una radiografía de la Comandancia Montonera, enclavada secretamente en La Habana, a salvo de cualquier intromisión como no fuera la de las olas gigantes que en los temporales levantaban montañas de espuma en el Malecón. Iba de Secretaría en Secretaría, prolijamente: “La Secretaría Técnica tiene como responsable a la DT (Delincuente Terrorista) NL (Nombre Legal) Silvia Tolchinsky de Villareal NG (Nombre de Guerra) Chela, de nivel teniente primero. Le dependen directamente un centro de computación de datos, el archivo, la guardería y la oficina de la Comandancia”, donde podía encontrarse “una computadora TRS 2 Sistem, con consola de mando, pantalla, impresor y cuatro aparatos para discos ‘TRS2’ o ‘Basic Disk’, a esta computadora se le puede anexas teléfono y grabador y, hasta los primeros días de 1980, estaba programada para trabajar con información de los legajos personales de los militantes”.

El 25 de agosto de 2002 escribí en *Página/12*:

¿Quién conoce ese ámbito reservado? Cuba mantiene en ese momento relaciones diplomáticas con la Argentina. Es lógico que su gobierno, de por sí discreto y cuidadoso en este tipo de actividades, no permita que haya filtraciones. ¿Quién ha logrado traspasar la severa vigilancia de las Tropas Especiales, que hasta le sirve la comida a la Comandancia Montonera, para evitar indiscreciones? ¿Quién puede perforar la malla de esa tropa de elite que responde directamente al Comandante en Jefe, Fidel Castro? Alguien lo hace. Alguien que ha caído en manos de los “horribles” o, lo que es peor, que está perfectamente libre y sabe de lo que habla. Pero ¿quién?

La nota tuvo consecuencias de todo tipo, incluso judiciales: el juez federal Claudio Bonadío, que investigaba la contraofensiva montonera, dictó la captura de Roberto Cirilo Perdía y el “Vasco” Fernando Vaca Narvaja, quienes no

aparecían ni siquiera mencionados en el artículo. La “Gringa” Mary Fleming, esposa de Vaca Narvaja, me llamó llorando y me increpó, como si yo hubiera inducido a Bonadío. Por fin se calmó y aceptó mis razones. Tal vez en mérito a una vieja amistad con ella y con el Vasco y a que, en 1977, armé un escándalo periodístico en Roma para que la policía italiana la dejara en libertad, tras un curioso allanamiento de la casa donde vivía con el Vasco y su hijo. Por suerte, la Cámara le ordenó al juez Bonadío que liberase a los dos detenidos y le llamó la atención por una medida a todas luces precipitada y arbitraria.

Sin embargo, todos estos años he sospechado que tanto los Montoneros como el ERP y otras organizaciones más pequeñas fueron infiltradas por agentes nacionales y extranjeros.

En diciembre de 1979, cuando un grupo importante de compañeros del MPM estábamos por romper con Firmenich, el líder panameño Omar Torrijos nos hizo llegar un mensaje inquietante por medio de su hombre de confianza, José de Jesús Martínez, el mitológico Chuchú: “Cuidado: tienen un espía del enemigo en el más alto nivel”.

XII

LA ESMA S.A.

Corre el año 1982. Estoy en mi pequeño dormitorio mexicano, con su ventana que da al Deportivo Chapultepec. Cae la luz de manera teatral sobre la megalópolis. Los bocinazos de la hora pico aturden. Pero yo me encuentro mentalmente muy lejos: en el Buenos Aires de 1977. En esa Escuela de Mecánica que conocí como concripto y que se ha convertido en recuerdo de la muerte.

Releo los apuntes y escribo en la Smith Corona que me trajo mi padre de Texas:

Hasta agosto de ese año había funcionado en ese espacio el llamado “Pañol Grande”. Allí se había acumulado el botín de guerra. El pañol ofrecía, en 1976 y comienzos de 1977, un curioso espectáculo: montañas de ropa llegaban hasta el techo; en hileras perfectamente clasificadas, heladeras, cocinas, estufas y muebles que habían pertenecido a los desaparecidos.

El extraño almacén tenía un cuidador no menos sombrío que el lugar que custodiaba: era un suboficial de la Marina al que se conocía como “la Bruja”.

Alguna vez ciertos prisioneros fueron autorizados a entrar al lugar oculto y quedaron desgarrados por esa especie de tienda fantasmagórica. Por las voces del silencio. Pantalones, camisas, faldas, relataban miedos y ausencias. Las heladeras, las cocinas, hablaban de una cotidianidad quebrada abruptamente por el allanamiento. Esos televisores de distintos tamaños y edades fueron ojos a través de los cuales se miró la realidad del país desde la casa clandestina, desde la soledad interrumpida a balazos. Tal vez uno de ellos estaba encendido cuando la patota se presentó, cuando una voz intimó a la rendición y un hombre y una mujer tuvieron que optar por entregarse, escapar o hacerse matar frente a sus hijos.

Para el Tigre y otros oficiales, la cuestión no presentaba esas aristas. Era tan impresionante el número de casas saqueadas que junto con el teniente de fragata Savio, el capitán de corbeta Paso y algunos amigos civiles habían tenido que poner una inmobiliaria. Con documentos falsificados lograron vender las propiedades de los desaparecidos y se embolsaron un jugoso beneficio. Total el Negro aprobaba: “Los muchachos deben tener una compensación por los riesgos que corren”.

Y el muy cínico empezaba por “compensarse” a sí mismo.

Porque la tétrica “mercadería” del pañol marcaba apenas la línea de partida del negocio represivo, el comienzo de la acumulación primitiva del capital, que engrosaría en sus orígenes con algunas donaciones muy sugestivas, como los 100 mil dólares en efectivo que Licio Gelli le entregaría personalmente a su socio el Negro Massera para armar su “equipo”.

Librando una sucia cacería desigual que denominaron guerra, las Fuerzas Armadas de la Argentina, presuntas herederas de San Martín y de Brown, extendieron su metodología de exterminio a Uruguay, Paraguay, Bolivia, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala. Y lo hicieron como mafias transnacionales, a través del narcotráfico y la compra y venta de armas. Massera le vendió armas al dictador Anastasio Somoza, a través de la empresa EDESA S.A., que compartía con otros marinos. Antes del derrocamiento, Cero y Viola visitaron Managua para cerrar los negocios y darle apoyo al último vástago de una dinastía siniestra que ese año sería desalojada del poder.

La acción continental de los represores, la venta del *know-how* de la picana (ese invento argentino), se ejercería *sotto voce* aun en tiempos formalmente democráticos. Incluso en 1994, cuando en la Argentina y en México los tocayos Carlos Menem y Carlos Salinas de Gortari imponían un modelo económico exterminador, espías argentinos de la ESMA (entre los que se habría contado el propio Tigre Acosta) viajaron amablemente a Chiapas, a estudiar la manera más eficaz de reprimir al emergente movimiento zapatista.

Seis años más tarde, la ESMA S.A. (la versión criolla de la ODESSA nazi) les enchufaría a los mexicanos nada menos que a Ricardo Miguel Cavallo, el antiguo verdugo de la señora Thelma Jara de Cabezas, devenido respetable director de un gran negocio público privatizado: el Registro Nacional de Vehículos, más conocido por su sigla RENAVE.

El periodista y escritor británico David Yallop pagó caro su famoso libro *In God's Name*, una investigación sobre “el asesinato del papa Juan Pablo I”. Le volaron un auto y asesinaron a uno de sus colaboradores. Cruenta demostración de que su tesis sobre el más trascendente y oculto magnicidio del siglo XX no anda muy desencaminada.

El papa Albino Luciani murió súbitamente el 28 de septiembre de 1978. Su papado duró apenas treinta y tres días. En una extensa y muy bien documentada crónica, Yallop sostiene que fue envenenado como consecuencia de un complot urdido por la logia Propaganda Dos, conducida por el ex funcionario fascista Licio Gelli, en combinación con la mafia ítalo-norteamericana y quienes dirigieron las operaciones fraudulentas que llevaron al colapso del Banco Ambrosiano y arrastraron pecaminosamente al IOR (el Instituto para las Obras de Religión) o Banco Vaticano: Roberto Calvi, Michele Sindona, Umberto Ortolani y el propio cardenal Paul Marcinkus, “el banquero de Dios”, un protegido del sucesor de Luciani, el polaco Karol Wojtyła, actual San Juan Pablo II.

La P2 llegó a construir un Estado en la sombra dentro del Estado italiano, alcanzó decisiva influencia sobre políticos corruptos como el eterno Giulio Andreotti, financió a terroristas de extrema derecha que perpetraron el atentado de Bolonia, donde murieron ochenta y cinco personas inocentes, y extendió sus redes hacia América Latina, donde reclutó personajes como el general Suárez Mason, el almirante Massera y el propio teniente general Juan Domingo Perón, además de los militares que usurparon el poder en el Uruguay. Con el poder cuartelero sudamericano hizo múltiples negocios financieros a través del Banco Ambrosiano y operaciones de lavado para blanquear transacciones en el mercado negro de armas y divisas.

Desde su origen tuvo nexos decisivos con los servicios de informaciones de Italia y de la propia CIA, a la que el fascista Gelli se había vinculado orgánicamente tan pronto como desembarcaron los aliados en la Segunda Guerra Mundial. En los setenta, ya maduro y millonario, jugó un papel importante en “Gladio”, el proyecto continental de inteligencia que conformaron los “servicios” de todos los países de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) y llegó a conspirar para dar un golpe de Estado en Italia.

A los jefes de la CIA les confiaría (en 1972) la promesa que le habían hecho en Roma el Brujo, José López Rega, y la propia Isabelita en nombre de Perón: el General volvería a la Argentina como “prenda de paz”, para restablecer el orden y poner en su sitio “a los subversivos”; es decir, a los mismos que gritaban “la vida por Perón” y estaban dispuestos a jugársela para que el Viejo regresara a la Argentina. El Líder constituía el dique para frenar al “castrocomunismo infiltrado en el Movimiento”.

En 1982, Licio Gelli, a quien la prensa llamaba “Il Buratinaio” (el Titiritero) pero sus seguidores preferían honrar como el Venerable, fue detenido por la policía suiza cuando pretendía retirar 120 millones de dólares de una cuenta numerada en la UBS (Unión de Bancos Suizos). El sujeto había presentado uno de los dos pasaportes argentinos que le había fabricado en el sótano de la ESMA el prisionero Víctor Bastera, obligado como otros detenidos-desaparecidos al trabajo esclavo.

Un año antes, la policía italiana, cumpliendo órdenes de un juez de Milán, había allanado Villa Wanda, el lujoso refugio del mafioso en Arezzo.

Allí descubrieron las célebres listas de la Pi Due, donde figuraban más de veinte argentinos, entre ellos Massera y el general Suárez Mason. No por casualidad ciertamente: ambos tenían que ver con el tráfico de armas, y Gelli no vendía puros sino armamentos realmente inquietantes como los misiles Exocet, con los que algún delirante de la dictadura militar pensó que podía intentarse una revancha de Malvinas y un vivo de la ESMA se tragó 15 millones de dólares.

Algo de esto podría tener que ver con el pretendido “suicidio” del banquero Roberto Calvi, que apareció colgado, bamboleándose con la brisa londinense, en el puente de Blackfriars o de los Monjes Negros, a pocos metros de la rivera este del Támesis, donde se levanta el edificio del MI6, el legendario servicio de informaciones de Gran Bretaña. La cueva de los monjes negros del antiguo Imperio Británico. Más afortunado que el banquero, Gelli anda tan campante a sus 95 años de edad.

La justicia argentina ha explorado, hasta ahora de una manera fragmentaria (tal vez deliberadamente fragmentaria), la ruta del dinero de la última dictadura militar. Hay toneladas de expedientes —por ejemplo— sobre las empresas de seguridad privada que montaron represores de las fuerzas armadas y policiales en estos treinta años de democracia. Pero esas montañas de papel no ayudan a entender con claridad cuáles fueron los mecanismos delictivos utilizados por instituciones estatales que tienen como función, precisamente, garantizar la soberanía y la legalidad.

Como en todos los rubros, la justicia argentina pierde el tiempo con los minoristas.

Hace poco que se califica correctamente como golpe cívico-militar a la profunda contrarrevolución de 1976, pero no existe aún un mapa de las relaciones entre los grandes grupos económicos y el poder militar, que fueron amalgamándose en estratégicas reuniones que tuvieron lugar en el estudio de Jaime “Jacques” Perriau, ex ministro de justicia de la dictadura del general Alejandro Lanusse, en los meses anteriores a la caída de esa patética heredera que

nos dejó el General.

La literatura argentina tampoco ha explorado la posibilidad de relatarnos una versión *gore* de *El padrino*, con Massera como don Emilio.

Hay, por el contrario, un intento desubicado de Claudio Uriarte por situar al Almirante Cerro en un plano muy elevado de la literatura biográfica, como el que Isaac Deutscher dedicó a la trágica figura de León Trotsky en su maravillosa trilogía (*El profeta armado*, *El profeta desarmado* y *El profeta en el destierro*).

Dice Uriarte en la página 327 de su libro *Almirante Cerro*:

Massera con este discurso [el que pronunció en el Juicio a las Juntas] se reconocía a sí mismo en una posición que no había experimentado nunca. Trotsky, durante los Procesos de Moscú, se había encontrado *in absentia* en un papel análogo: había sido el destinatario final de las acusaciones del estalinismo porque, a pesar de encontrarse ausente, él era la figura encarnada de la Revolución, contra la cual el Termidor posrevolucionario tenía que movilizarse. Massera, para los magistrados del Juicio a las Juntas, era similarmente la figura encarnada de la contrarrevolución armada, contra la cual ellos tenían que movilizarse puesto que encarnaban un Termidor democrático que en realidad era el resultado de lo mismo que ahora se apresuraban a condenar.

¿Qué tendrá que ver la velocidad con el tocino? Si bien el libro de Uriarte, aparecido en 1991, fue un aporte interesante para ir conociendo al dictador militar que ideó la ESMA, la mezcla de aserrín y pan rallado en el análisis del personaje contribuyó a la confusión generalizada sobre nuestra historia reciente.

Ni Massera es una figura intrínsecamente trágica como Trotsky, ni sus características morales y políticas tienen punto de contacto. Massera fue trágico para los miles de argentinos que fueron atormentados y arrojados al mar, pero en sí mismo —con sus pretensiones de constituir un *revival* de Perón y de Gardel— está más cerca de Vacarezza que de Shakespeare. A diferencia de Trotsky, Massera pasa de vegetal a cadáver en una habitación del Hospital Naval, con mucha pena (ajena) y ninguna gloria. Es una especie de Ricardo III, pero de Parque Centenario. La famosa “banalidad del mal” de Hanna Arendt, pero en clave de cafiolo de Isabelitas, de mafioso y de vivillo porteño.

Como me dijo sin eufemismos, pocos meses antes de morir, esa gran periodista que era la Negra Susana Viau: “Todo Buenos Aires sabía cuando Massera iba a garchar, porque los pesados de la Marina bloqueaban la calle Darregueyra, adonde llevaba a sus amantes. Por allí pasaron la McCormack y la Alfano. El departamento se lo había vendido Teté Coustarot, la ex modelo que ahora es conductora”.

Tal vez el que definió a Cerro con mayor poder de síntesis (y no por casualidad) fue Rodolfo Galimberti: “Cuando Massera quiere hablar con alguien, lo secuestra”.

O lo hacía matar por algunos de sus *caporegime* más eficientes, como el contador asimilado a la Marina Jorge Radice (alias) Ruger, a quien Martín Gras (el Chacho) consideraba “un peligroso asesino” y el novelista *gore* que imaginamos hubiera colocado bien arriba en el *ranking* de mafiosos por sus singularidades. Este hijo de un humilde zapatero, con sus anteojos y su aire burocrático, declaró muy suelto de cuerpo que él, en la patota de la ESMA, tenía como tarea “abatir el blanco” y, como los jueces de la Cámara no entendieran el tecnicismo militar, fue más específico: “Apretaba el gatillo”.

Curiosamente, hizo pareja en la ESMA con la ex montonera Anita Dvatman (a) Barbarella y la continuó fuera del campo de concentración, conformando una familia burguesa con tres hijos. A Radice se le atribuye el asesinato de la diplomática Elena Holmberg Lanusse, prima del general Lanusse, a quien eliminaron por revelar la malversación presupuestaria generalizada en que habían incurrido los espías navales del Centro Piloto de París. También la ejecución clandestina de las monjas Alice Domont y Leonie Duquet, a quienes llamaba con cinismo patológico “las monjitas voladoras”.

Además de los miles de ciudadanos desarmados que hizo desaparecer para siempre en ese crimen social que fue la dictadura en sí misma, Massera tiene un temible historial como *serial killer* que ordenaba eliminar a todo aquel que podía constituir un obstáculo para sus ambiciones personales y sus negocios.

Fue el caso del general de brigada Omar Actis, nombrado por la dictadura de Videla para presidir el Ente Autárquico Mundial 78, que tenía ideas propias para manejar esa caja de cientos de millones de dólares. No llegó: el 19 de agosto de 1976, dos días antes de brindar su primera conferencia de prensa nacional e internacional, fue ametrallado cuando salía en auto de su casa en Wilde. Un inexistente “Ejército Revolucionario Montonero” se adjudicó el atentado, pero pronto se comprendió que la guerrilla no tenía nada que ver. Actis fue reemplazado por el dócil general Antonio Merlo, quien se sometió rápido a los manejos de su segundo, el contralmirante Carlos Alberto Lacoste, quien manejó

los tesoros con gran provecho para Massera y para él mismo: estuvo acusado de aumentar su patrimonio en un 443 por ciento, pero murió en su casa como mueren estos señores, en 2004, el año de la bajada de los retratos en el Colegio Militar. La Armada insertó con dineros públicos un aviso fúnebre. José Pampuro, por entonces ministro de Defensa de Kirchner, no supo explicar por qué se había autorizado un homenaje a semejante personaje con dinero del Estado.

Menos suerte tuvieron los treinta prisioneros acribillados y dinamitados el 20 de agosto de 1976, en la masacre de Fátima, como “respuesta” del poder en las sombras al asesinato del general Actis, con el que no tenían nada que ver. Ni siquiera los embajadores de la propia dictadura se salvaban de las órdenes criminales de Massera. Fue el caso del radical Héctor Hidalgo Solá, que estaba a cargo de la legación en Venezuela y fue chupado durante un viaje a Buenos Aires el 18 de julio de 1977 y no apareció más.

Famoso por su donjuanismo, el Negro utilizó a una de sus amantes para librarse de un rival en sus negocios sucios. El agregado perverso es que el asesinato, Fernando Branca, era el esposo de su amante, Marta Rodríguez McCormack. Branca era un ex guardiacárcel devenido exitoso empresario papelerero y tenía negocios en común con el marino.

También era consciente de que compartía con Cero a su esposa Marta, una morena de novela negra que —harta de su marido— le advirtió al Almirante: “Tené cuidado que Fernando te quiere cagar”.

Massera, entonces, siguiendo (ahí sí) un guión de Mario Puzo, invitó a la pareja a navegar en su yate de comandante en jefe de la Armada. Marta, pretextando una indisposición, se quedó en casa. El marido, en cambio, marchó a la cita en el apostadero de San Fernando pero no llegó nunca. Fue interceptado en la Avenida del Libertador por Ruger y el capitán Eduardo Osvaldo Invierno.

Al finalizar la dictadura, Massera fue juzgado por el secuestro de Branca pero sin consecuencias, como suele suceder en estos casos.

Entre este delito de “índole privada” y el genocidio político se situaron los secuestros de personas adineradas (algunas con un perfil opositor o francamente militante) para obligarlas a transferir sus bienes por la fuerza. Delito particularmente repugnante por su cobardía y por la complicidad de funcionarios y notarios, que pudo comenzar a ser juzgado antes de que se abolieran las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

El caso principal fue el del ex bodeguero mendocino Victorio Cerutti, el contador Horacio Palma y el abogado Conrado Gómez, secuestrados y desaparecidos en los sótanos de la ESMA junto a Omar Masera Pincolini, yerno de Cerutti. Todos ellos fueron despojados de sus bienes con una pistola en la cabeza. Cerutti, por ejemplo, era propietario de terrenos en Chacras de Coria valuados en veinte millones de dólares de aquella época.

Al abogado Conrado Gómez, que militaba en Montoneros, le “recuperaron” (como decía Ruger) veinte caballos de carrera, un campo en San Juan, una fuerte suma de dinero —depositada luego en la cuenta bancaria del Tigre Acosta— y un Ford Fairlane, que usaba otro miembro de la patota, el teniente contador Hugo Berrone alias el Alemán.

Berrone viajó a Mendoza para transferir los terrenos de Chacras de Coria al patrimonio del almirante Massera, a través de sus parientes y testaferros: su hijo Eduardo, su hermano Carlos y Pedro Añón, representante del Partido para la Democracia Social.

Para lograr las transferencias de bienes, los marinos inventaron la empresa Wilri, así llamada por el capitán retirado William Wahamond, un siniestro torturador, y Héctor Juan Ríos, nombre falso de Radice. Falsificaron documentos, hicieron firmar otros por la fuerza y contaron con la complicidad directa de los escribanos Arnoldo Dárdano (que se profugó cuando lo citó el juez Claudio Bonadío); Oscar Jorge Maglie, que era notario de la prefectura Naval Argentina en el Registro Nacional de Buques; Ariel Washington Sosa Moliné, titular del Registro Notarial 306 de la Capital Federal, miembro del Consejo directivo del Colegio de Escribanos porteños y profesor del Colegio del Salvador, cedido por la Compañía de Jesús a dirigentes de Guardia de Hierro cuando era Superior de la Orden el entonces cardenal Jorge Bergoglio. Junto a estos honestos profesionales, una no menos honesta Emilia Marta García, por entonces adscripta a la notaría de Sosa Moliné, que hizo carrera rápida en la fantasmal firma Wilri, pasando de síndico suplente a síndico titular y de ahí a accionista de la firma con el 5 por ciento del paquete accionario, aunque “en forma figurada”, como declararía más tarde en sede judicial.

En el año 2000, Emilia Marta García era jueza y había autorizado al mayor Jorge Olivera, secuestrador, torturador y violador de la joven Marie Anne Erize, a consultar los archivos de la Conadep. Olivera, que actualmente (2014) se encuentra prófugo, había sido liberado en Italia por jueces vinculados a Propaganda Dos. Es que el mayor, convertido en abogado, había patrocinado al genocida Carlos Guillermo Suárez Mason.

Por otra de tantas casualidades como se dan en nuestra historia reciente, Susana Viau y Eduardo Tagliaferro, que entonces escribían en el actual *house organ* *Página/12*, constataron que la jueza García “es la hermana mayor de Graciela García Romero, secuestrada por la Marina a poco del golpe militar de 1976. La Negrita García muy pronto pasó a integrar el “ministaff”, el grupo de sobrevivientes que se plegó a la organización ilegal del ex almirante. García

fue en esa integración una de las pioneras. Su actitud respondía a dos razones: el deseo de salvar la vida y la relación sentimental entablada con su verdugo, el capitán Jorge “Tigre” Acosta. La detención rigurosa de Graciela García en la ESMA duró, por eso mismo, menos que para el resto. En poco tiempo se hizo acreedora a una especie de libertad vigilada y se la autorizó a regresar a su domicilio. Relataron otros prisioneros:

La Negrita participó además del tejido económico-financiero que se elaboró en los subsuelos del edificio de Avenida del Libertador. Como parte de su “recuperación”, los marinos le asignaron destino en la Cancillería, donde ocupó un cargo de importancia en esa estructura de sombras...

Continúan Viau y Tagliaferro:

Al margen de su labor extraoficial en la Cancillería, la Negrita García participaba en distintos emprendimientos “comerciales” compartidos con los marinos. Entre ellos, recuerdan algunos sobrevivientes, se destacaban la venta de archivos, documentación gráfica y filmica cuyo origen se desconocía. Quienes transitaron el infierno de la ESMA dan cuenta de que en el centro ilegal de detención estaba depositado, por ejemplo, el archivo completo del diario *Noticias*.

Archivo, agrego yo, que fue secuestrado de la casa de Rodolfo Walsh en San Vicente, junto con sus escritos inéditos, y permanece vaya uno a saber en qué manos manchadas con la propia sangre de Rodolfo. Regresar a esos años negros desde estos tiempos de confusión, en que algunos por ingenuidad y otros por lucro pretenden “resignificar” a la ESMA y convertirla en una especie de Canal Utilísima, no es tarea ociosa, como lo irá descubriendo el lector a medida que recorra —sin prejuicios— las páginas que faltan, donde están grabadas algunas señales de peligro.

XIII

LA CAZA DEL TIGRE

Pinamar, jueves 10 de diciembre de 1998

“¡Es el Tigre!”, me dije observando al personaje de apariencia inofensiva que movía su carrito de compras en la entrada del Disco de Pinamar. El anciano (parecía de lejos un anciano, aunque debía tener 56 o 57 años en aquel entonces) hizo un movimiento raro, como si me reconociera y retrocediese, pero luego —con total naturalidad, sin mirarme— volvió a empujar su carro en dirección a donde yo había quedado paralizado, con las manos sobre mi propio carro.

El costado cartesiano de mi corteza cerebral decía que era totalmente loco pensar que ese buen burgués, de short y ojotas, comprando en un supermercado veraniego, fuera aquel siniestro cazador que el Pelado Dri me había descubierto en sus relatos. Pero el costado salvaje de mi alma olía el pelaje de la fiera y confirmaba que esa enorme cabeza de huevo, casi totalmente calva, con los aladares canos de viejo bondadoso, era la máscara del carnicero. No podía ser Acosta, así, tan sencillamente Acosta. El Dedo de Dios, el que decidía quien seguiría vivo y quien “se iría para arriba”. En aquel momento, además, sólo había visto tres fotos del marino y dos de muchos años atrás: una con Noemí Alan y la Brodsky, con su sonrisa de tahúr, y otra de los tiempos de la ESM A, con el pelo más abundante y oscuro, caminando junto a Massera en lo que parecía la sala de máquinas de un barco. La tercera, en cambio, era de unos meses atrás, exactamente del 3 de abril de 1998, cuando la Cámara Federal porteña citó al genocida para preguntarle acerca de los desaparecidos, en un juicio que sólo buscaba la verdad, sin castigo posible porque estaba vigente la Ley de Obediencia Debida. Acosta había respondido lo mismo cuarenta veces: “No voy a contestar”. No había más fotos del Tigre. El represor había cultivado la oscuridad para sus negocios sucios y temía la venganza de alguna de sus millares de víctimas. “Sé que hay un complot para asesinar me”, solía decir.

La salida del tribunal, custodiada por expertos de la Infantería de Marina, había impedido la tarea de los fotógrafos, que sólo habían podido “robar” una instantánea de lejos cuando se subía al auto. El techo de otro coche le tapaba la parte inferior de la cara, sólo se veía la enorme frente de Humpty Dumpty, aureolada de blanco y los obvios anteojos negros.

Yo había visto esa foto y no paraba de cotejarla con la enorme frente igualmente aureolada de blanco que tenía a escasos cinco metros de distancia.

Me carcomía y me avergonzaba la duda: “¿Te pasaste veinte años siguiendo las huellas del Tigre para quedarte ahí parado cuando lo tenés enfrente?”, me acosaba el Juan Grillo de la militancia y el honor. “Pero ¿y si no es?”, replicaba el ala “racional”. “¿Qué hago? ¿Le tiro esta lata de arvejas por la cabeza, lo cago a trompadas, lo insulto, lo pongo en evidencia ante un público dudoso? ¿Y si es Juan Pérez y quedo como un loco, sacado a empujones por la seguridad privada del súper?” Juan Grillo, replicaba: “Si tuviste al Tigre a esta distancia y no le hiciste nada, no vas a dejar de reprochártelo aunque vivas más de cien años”.

El lado salvaje había ganado, pero tarde: el abuelo de Heidi se había evaporado en la turbamulta de consumidores. Recorrí todo el súper sin resultado, cada vez más seguro de que había estado frente al asesino de mis compañeros sin hacerle nada.

“Si es él y está aquí en Pinamar, lo voy a encontrar”, me dije cuando entré en el auto, donde me esperaba Poncho, mi perro negro y callejero. En vez de regresar al pequeño departamento comprado por mi madre en los setenta, me dirigí a la casa del periodista pinamareño Alberto Viñas, un gran tipo, que sabía mucho sobre Yabrán y se convertiría en mi nexa con el mundo exterior.

Yo me había recluso en el pequeño departamento familiar, gozosamente ubicado a cien metros del mar, para trabajar en la peligrosa biografía de Don Alfredo, supuesto autor intelectual del asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas. Tema y entorno se unían porque el crimen —horrendo, calcado de la Triple A— había ocurrido un año antes, precisamente allí, en Pinamar. Yo había llegado, con el perro, la compu y el archivo, unos meses antes, cuando aún reinaba el invierno. Escribía hasta la madrugada y luego salía con Poncho a dar una vuelta por esas lomadas de tierra, flanqueadas de coníferas y chalets alpinos, donde los faroles colgantes oscilaban con el viento, recreando en su juego de luces y sombras el clima de *La feria de las tinieblas*, de Ray Bradbury.

Alberto no estaba en su casa, había ido al Concejo Deliberante, que presidía Ricardo “Quico” Cap, un médico jovial y corpulento, parecido a Chesterton, enrolado desde muy joven en las corrientes más progresistas del radicalismo. Quico me saludó con su habitual bonhomía, pero se puso muy serio cuando le dije que había visto un tipo que me parecía el Tigre.

—Es el Tigre —dijo de manera concluyente. Y agregó: —Me consta porque a mí me pasó exactamente lo mismo hace seis meses.

—¡Vamos! —propuse atenzado por la culpa—. Vamos a buscarlo y escracharlo.

Salimos los tres hacia Disco a toda velocidad, pero el Tigre se había perdido entre los médanos y los pinares. Me sentía abrumado: tuve frente a mí no sólo al asesino de tantos compañeros sino al psicópata que logró quebrar y degradar a muchos seres infinitamente más dignos de vivir que él, y ni siquiera lo increpé. Había que subsanar esa falta y hacerle pagar, en términos morales, aunque fuera una insignificante cuota del sufrimiento que le produjo a miles de prisioneros.

Les propuse a Viñas y a Cap que nos pusiéramos día y noche a la tarea de buscarlo para exhibirlo ante la sociedad. Estuvieron inmediatamente de acuerdo. Como los dos eran queridos y respetados en el pueblo, lograron sumar a otros cuatro voluntarios. Cap y Viñas, por cierto, no ignoraban quién era el capitán Acosta y el peligro que entrañaba la cacería.

En 1987, como otros marinos represores, el Tigre había sido juzgado en la primera causa ESMA, pero lo había liberado la Ley de Obediencia Debida. Sus problemas subsiguientes con la justicia tuvieron que ver con su astillero Astilsud y una estafa al Banco Central. Siempre bien conectado, había logrado venderle al gobierno menemista los servicios de Eximport Funds, una de sus múltiples empresas fantasmas, que cobraría 80 mil dólares mensuales para “hacer inteligencia” con los puesteros y trabajadores del Mercado Central.

Una sombra, sin embargo, inquietaba la soberbia de su impunidad: el abogado de las Abuelas de Plaza de Mayo, Alfredo Barcesat, había encontrado un resquicio para empezar a conseguir justicia en el caso de los desaparecidos: el robo de niños no estaba amparado por las leyes del perdón. Era “un delito de acción continua”, que seguía ocurriendo mientras el niño robado no apareciera. Una chance para que el Tigre y otros represores empezaran a pagar. De hecho, Acosta estaba citado para el martes siguiente por el juez federal Adolfo Bagnasco y podía quedar preso.

Esa misma noche le caímos por la casa a un amigo de Cap —a quien llamaré Cacho— y fuimos sorprendidos por una revelación:

—Claro que está el muy hijo de puta, si a mí hasta me cagó en guita.

Evidentemente, el hombre no tenía muy en claro con quién hacer negocios, pero bastó para que nos ayudara la estafa que le hizo el Tigre y su amistad con Quico.

Gracias a Cacho, comenzamos a reconstruir el paso del Tigre por esas costas. Nos enteramos que visitaba el chalet de Marcelo Bragagnolo, de quien yo no conocía aún sus vínculos con Guardia de Hierro y el masserismo.

Más tarde, sumando interlocutores, supimos que el señor capitán de fragata retirado había logrado contactos de la oligarquía, como la mismísima Vieja, la señora Cecilia Bunge de Shaw, hija del fundador del pueblo y presidenta de Pinamar Sociedad Anónima. El represor —procesado como estafador— se presentaba como “técnico naval” y se postulaba para analizar el régimen de mareas, con miras a un proyecto estratégico: el puerto de aguas profundas. Un gigantesco negocio por el que habían disputado el gobernador Eduardo Duhalde y el Cartero Yabrán.

En el mismo living, pero apartados de nosotros, había dos muchachitos de catorce o quince años que estaban metidos en sus cosas, pero pararon la oreja cuando hice algunas crudas descripciones sobre los métodos de tortura que se aplicaban en la ESMA, bajo la conducción del siniestro personaje que estábamos buscando.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó uno de ellos, que era hijo de Cacho.

Cuando empezamos a planificar la búsqueda y a repartir roles, los dos pibes se ofrecieron a colaborar. Me causó ternura esa generosa disposición que tienen los más jóvenes y acepté de inmediato, sin imaginar lo decisiva que resultaría la colaboración de los dos muchachos.

El viernes 11 comenzó a llegar información al departamentito comprado y armado “con dos cacharros” por mi madre, en la calle Del Tuyú, paralela a la Bunge, “la” avenida de Pinamar.

Todas las versiones coincidían en dos puntos: el tipo se estaba construyendo un chalet en la zona y parecía a punto de enganchar un negocio importante.

Esa noche “peinamos” el norte de Pinamar, donde las confortables casonas tradicionales de ladrillo expuesto y tejas rojas conviven con las mansiones tipo “Beverly Hills” de los nuevos ricos menemistas. Nada. De allí, siguiendo una pista falsa, nos fuimos a Cariló, que en tiempos del dictador Onganía era un santuario de milicos. Pero no había ningún tigre, apenas una comadreja que estuvo a punto de morir aplastada por el gigantesco coche-ambulancia de Quico Cap. Nos retiramos bastante desalentados.

Pero el sábado la red de informantes creció, y Viñas trajo dos datos decisivos: el Tigre se desplazaba en un jeep Maruti, color bermellón, con un bidón adosado en la parte trasera y una pequeña bandera argentina pintada sobre la carrocería junto al caño de escape; además, le habían asegurado que vivía en un chalet muy cercano al viejo Golf. La noche anterior debíamos haber pasado por la puerta de su casa sin saberlo.

Nos entusiasmos: el escrache era posible. Pero aún faltaba un elemento muy importante: para que tuviera gran repercusión pública había que registrarlo con un medio y amplificarlo. Me comuniqué con la dirección de *Página/12*, y les di a entender que había en camino una nota extraordinaria y era imprescindible que me mandaran un fotógrafo para registrarla. Pretendía que me enviaran al jefe de fotografía Diego Giudice en persona. Querían saber para qué y, obviamente, yo no les podía decir que estaba detrás del Tigre.

El hijo de Cacho tuvo una idea genial: tenían un jeep a mano, le sacarían la capota, lo llenarían de muchachos y chicas y cerveza en mano, cantando y haciendo desmadre, podrían pasar una y otra vez por las mismas calles del Golf viejo sin llamar la atención por ser demasiado evidentes.

El domingo a las ocho de la mañana sonó el teléfono en mi departamento.

—Despertate. Ya encontramos al chabón —me dijo el hijo de Cacho, con estudiada sobriedad de triunfador.

Juntamos el equipo, nos subimos a los autos y lo vimos: el Maruti, placa WBW038, se encontraba estacionado en el camino de entrada a un hermoso chalet de dos plantas con techo a dos aguas, enclavado en el corazón del bosque. En la playa de la casa había otros dos vehículos, una pick-up Ford F-100 y un BMW rojo. Demasiados bienes para quien había declarado ante la justicia que vivía con trescientos pesos mensuales.

Marcamos el objetivo en el mapa con un círculo rojo. La casa, ubicada efectivamente a pocos metros del viejo Golf, estaba en la parcela 2 de la manzana 17 de la sección V de la circunscripción IV. Establecimos puestos y turnos de guardia, y uno de los voluntarios saltó de alegría y nos señaló la esquina situada hacia el mar, a escasos sesenta o setenta metros del chalet. Vimos una obra en construcción de dos pisos; el voluntario aclaró:

—Desde ahí podemos controlar quién entra y quién sale, sin ser vistos. Nadie nos va a joder porque la obra es de un amigo mío.

De inmediato se ofreció él mismo para cubrir la primera guardia. Yo, que odiaba los celulares, los bendije: estábamos todos permanentemente conectados.

Ahora sólo faltaba que el “chabón” saliera.

Lo hizo, pero a la tarde. Los compañeros que montaban guardia lo siguieron y nos avisaron que se dirigía al centro.

Escondidos en unas oficinas lo vimos salir de una inmobiliaria. Maldije: el fotógrafo de *Página/12* todavía no había llegado. Me acordé de la sentencia que usaba siempre mi amigo mexicano Luis Javier Solana: “La boda es la foto”.

El Tigre salió de la inmobiliaria con un tipo alto, fornido, de bigotes, que seguramente era un milico. Se metieron en la F-100 y desaparecieron. El centinela de la obra nos llamó para avisarnos que habían entrado en el chalet.

El fotógrafo llegó de Buenos Aires una hora más tarde, jurando que había venido manejando a toda velocidad. Era un buen tipo y un buen profesional pero yo quería matarlo.

Redoblamos la vigilancia. Como si supiera, el Tigre no asomó la nariz.

Con Viñas y Diego nos reunimos en mi departamento a estudiar los posibles cursos de acción. Quico se fue a cenar con un amigo.

Acosta estaba citado para el martes a la mañana a prestar indagatoria en el juzgado de Bagnasco. Si iba o dejaba Pinamar debíamos agarrarlo en la estación de servicio de la Bunge, cuando fuera a cumplir con la rutina: nafta, aceite, gomas. O seguirlo hasta donde parase y escracharlo donde fuera. Si no se presentaba y se quedaba en Pinamar, la tarea se facilitaba.

Decidimos hacer una tregua para comer algo, pero por las dudas tomamos algunas providencias: llevar grabador, cámara y avisarles a los de la televisión local (Canal 4) que estábamos detrás de una gran nota, para tenerlos a mano si aparecía el tipo. (Esto último resultaría después decisivo.)

Enfilamos hacia la Bunge y, cuando estábamos por entrar en una parrilla, sonó mi celular. Era Quico Cap, enloquecido:

—¡Aquí está, lo tengo a medio metro de distancia! ¿Dónde están?

Le dije y se rió:

—Mirá la vereda de enfrente. ¿Ves un cartel que dice “Estilo Criollo”? Ahí estamos. Yo estoy con dos amigos. El con varias personas. Incluso pibes. No te preocupes por que intente rajar. Un hijo de puta le cruzó el auto por detrás del suyo, que es un BMW rojo.

Quico se rió de su propia travesura.

Se me aceleró el pulso. Había llegado el momento tan esperado. Todos esos días. Todos esos años. Le pedí la ubicación exacta a Cap. El Tigre y su comitiva cenaban en el área techada con toldo fuera del restaurante en sí. A nuestra derecha. En la cabecera de la mesa había un bebé, luego un chico de unos diez años, el Tigre y el milico de bigotes que lo acompañó a la tarde. Frente a ellos, dos mujeres jóvenes y otro hombre también joven.

Le pedí a Viñas que se pusiera detrás de mí para sacarme de encima a cualquiera que pretendiera impedir el escrache y a Diego lo instruí para que se ubicara bien a mi derecha, en la cabecera opuesta a donde estaba el Tigre, porque desde

allí le iba a resultar más fácil sacar las fotos. Con la atención puesta en Acosta y en mí, nadie repararía en el hombre clave del operativo. Nadie intentaría detenerlo hasta que fuera demasiado tarde.

Tomamos aliento y nos lanzamos.

Apenas pisé el territorio enemigo mi vista se clavó en la cabeza cana, en la camisa sport de cuadritos azulados como un mantel: *Era él*. Era el abuelito de Heidi con quien me había tropezado en el súper.

Avancé hacia el genocida con el grabador en la mano. El vio una cosa negra a diez centímetros de su cabeza. Play.

—Acosta...

—...

—¿Usted es Acosta?

—No, no, no.

—Usted es el Tigre Acosta.

—No.

—Hace tiempo que lo ando buscando, Acosta. Le quiero preguntar por todas las personas que tiró al mar. Soy Miguel Bonasso.

—...

—¿Se acuerda de mí?

—...

—¿Puede estar comiendo sin remordimientos? ¿Se acuerda de Rodolfo Walsh?

—Tenga a bien no molestarme más.

—Yo no lo estoy molestando...

—...estoy con mi familia. Alejesé.

—Yo no lo estoy molestando, usted es un asesino y un genocida.

—No grite. Retírese.

—Usted es un asesino y un genocida. Esto es lo que es.

—Retírese.

—Usted ha tirado más de cuatro mil argentinos al mar. Usted mató a Rodolfo Walsh.

—Retírese de acá.

—No me voy a retirar nada.

En ese momento, Quico Cap le grita desde la mesa de al lado:

—¿Dónde están los chicos, che? ¿Qué hiciste con los chicos?

—¿Qué le va a decir al juez Bagnasco, que no robaban ningún chico, que su jefe Vildoza no robó ningún chico?

—Retírese.

—¡No me voy a retirar absolutamente nada! ¡Usted es un canalla y un miserable!

—No me grite.

—¡Sí, le grito lo que se me da la gana, le grito! Que sepan todos con quién están comiendo: ¡Están comiendo con un genocida! Los muertos le van a reclamar a usted, Acosta. Le están reclamando: ¡Éste es el Tigre Acosta, el jefe de inteligencia de la Escuela de Mecánica de la Armada, responsable de la muerte de más de cuatro mil argentinos!

El capitán de fragata calla, quien interviene (como sucede tantas veces) es la nueva esposa del represor. Seguramente, la madre del bebé y el otro chico.

—¿Listo? Ya está. ¿Te quedaste tranquilo?

—No, no, no, listo no.

—Pero dejanos comer.

—No, ¡qué comer! Hay mucha gente que ya no puede comer. Rodolfo Walsh ya no come más.

La señora contesta:

—Ése no es mi problema.

—Ya sé que no es su problema, por supuesto, si comparte la mesa con él. Ustedes están comiendo con un genocida. Y están atendiendo a un genocida en este restaurante.

Entonces ocurre algo no previsto, que revuelve el estómago de asco: el Tigre y el grandote que seguíamos creyendo milico y era, en realidad, el arquitecto que le estaba construyendo la casa, marchan hacia la caja para hablar con el dueño del restaurante.

El Tigre deja a su mujer y a su hijo o hijos y emprende la huida. Alerto al fotógrafo para que le cortemos la retirada.

Reina un barullo sensacional, que parece un muestreo de la clase media argentina. Algunos aplauden y me felicitan. Otros gritan: “Déjenos comer en paz”.

Por suerte logramos tomarle la última y mejor foto fuera del restaurante, cuando huye con el arquitecto en un taxi, tapándose la cara con la mano. Será la tapa de *Página/12*.

El resto no es silencio. Pasan cosas de todo tipo, de las que me iré enterando en los días subsiguientes.

El Tigre me ha denunciado ante el comisario de la bonaerense en Pinamar que, por un juego cortazariano con espejos, se llama Jorge Eduardo Acosta.

El Canal 4 de Pinamar logra tomar algunas imágenes que se multiplican en los grandes medios.

El martes 17 de diciembre el represor no se presenta ante el juez Bagnasco que, de inmediato, le dicta la captura nacional e internacional. El jueves 18, el magistrado hace detener al prefecto Héctor Febres (Selva) después de tomarle la indagatoria, acusándolo de ser la mano derecha de Acosta para entregar a los bebés que nacieron clandestinamente en la ESMA.

Selva se quejó ante el periodismo: “Los que fueron jefes de la ESMA están presos en sus casas, y yo voy a tener que pasar la Navidad adentro”.

Acosta permaneció prófugo hasta el 29 de diciembre. Con el apoyo de los pinamarenses fui siguiendo el paso del Tigre y comprobando la escasa voluntad de encontrarlo y arrestarlo por parte de las fuerzas policiales. En *Página/12* publiqué todas las llamadas telefónicas que hizo desde Pinamar, antes y después del escrache, y todas las que recibió desde Madariaga y desde la ciudad de Buenos Aires. Con sus respectivos números de teléfono. No hicieron nada para capturarlo. Conservaba excelentes relaciones en el gobierno de Menem y en el Criptoestado.

Desconociendo al Poder Judicial de la República, se presentó en la sede de la Armada, frente a los tribunales federales, se hizo filmar y envió la entrevista a *Telefé*. También *Ámbito Financiero* publicó una entrevista con el genocida prófugo. Sin embargo, alguien razonó en la propia Marina que el escándalo podía crecer de manera indeseable y lo mandaron con su abogado Carlos Mazzuco a la otra vereda de Comodoro Py, para que se presentara ante el juez Bagnasco. La noche anterior, el entonces jefe de la Armada, almirante Carlos Marrón, había firmado su baja. La Armada no lo podía apoyar porque la ley obliga a dar de baja a los militares que sean declarados en rebeldía por la justicia.

Seguramente, por estas contrariedades y por el gigantesco barullo que había frente a las escalinatas del tribunal, el Tigre tropezó y cayó de rodillas ante la prensa y el Poder Judicial. La foto es histórica.

Bagnasco lo interrogó durante cinco horas en las que el marino presentó a la ESMA como un spa para subversivos, donde se hizo “un gran trabajo para reinsertarlos en la sociedad”. Lo mandó preso a Campo de Mayo. Desde entonces no recuperó más la libertad y ha sido condenado a cadena perpetua.

El 21 de marzo de 2011, declarando ante el Tribunal Oral Federal N° 6, Acosta negó tener un alias. “De chico me decían Gales, los otros apodos me los atribuyó el terrorista Bonasso.” Y agregó que le provocó el primer ACV (accidente cerebrovascular) de los cuatro que sufrió, al increparlo en Pinamar.

Jaime Dri y su mujer, la Negra Olimpia Díaz, me mandaron un entrañable saludo desde Panamá. Ese miserable había partido sus vidas en dos con el terror de la ESMA. Y ellos podían considerarse afortunados, porque el Pelado había logrado fugarse.

Pensé en Walsh, en su cadáver en la enfermería, en el “asadito” que (muy probablemente) hicieron con su cuerpo en el campo aledaño a la Escuela. Me pregunté por enésima vez cómo seres tan inferiores, tan infrahumanos como Acosta, pudieron destruir a la mejor generación que produjo este desdichado país.

XIV

LA MADRE Y EL GENERAL-ESPÍA

(Y, DE YAPA, LA ODA AL CERDO DE BLAQUIER)

En 1987, el agente del Batallón 601 y su GTE (Grupo de Tareas Exterior), Leandro “Lenny” Sánchez Reisse, declaró en el Congreso de los Estados Unidos en el Senate Committee on Foreign Relations, Subcommittee on Terrorism, Narcotics, and International Operations, que presidía el entonces senador y actual secretario de Estado, John Kerry, y confirmó que había lazos estrechos entre la CIA y la dictadura militar argentina para ayudar clandestinamente a los “contras” nicaragüenses que realizaban una actividad subversiva para derrocar al gobierno sandinista.

La declaración de Lenny contribuyó a demostrar que el gobierno encabezado por Ronald Reagan y George Herbert Walker Bush había montado una red clandestina de narcotráfico y venta de armas para ayudar a derrocar un gobierno extranjero que no se encontraba en guerra con los Estados Unidos, lo cual estaba expresamente prohibido por la famosa Enmienda Boland, votada en esos días por el Congreso de la Unión.

Sánchez Reisse reconoció haber participado él mismo en esa actividad delictiva, en la que, sin duda, no era un novato: en noviembre de 1985 había logrado escaparse de un penal suizo de “máxima seguridad”, honor que compartía con Licio Gelli. La justicia helvética lo había condenado por su participación en el secuestro del empresario argentino Carlos Koldobsky. Uno de tantos secuestros de empresarios (generalmente, judíos) perpetrados por la llamada “mano de obra desocupada” del Batallón 601 y otros “servicios”.

Algunos datos de su declaración se vinculan con la ruta del dinero de la guerra sucia. Reveló, por ejemplo, que su colega del 601, el ex criminal de la Triple A, Raúl Guglielminetti había creado en Miami Silver Dollar, una empresa pantalla de la CIA dedicada en apariencia a la numismática, para encubrir el tráfico de armas a Centroamérica.

El mismo Sánchez Reisse conducía otra empresa de cobertura en Fort Lauderdale: Argenshow, una agencia de contratación de artistas para enviarlos a la Argentina. Según Ariel Armony, un especialista en el tema de la complicidad entre Washington y la dictadura argentina, Argenshow había sido creada, en 1977, por Norman Faber, un socio de la firma legal de William Casey, director de la CIA cuando se produjo el escándalo del Irán-Contras, que vinculó a los Estados Unidos con la Argentina, Irán e Israel.

Como se desprende del Informe Kerry, las operaciones de la CIA en Fort Lauderdale (Florida) estaban conducidas nada menos que por Félix Rodríguez Mendigutía, el asesino del Comandante Ernesto “Che” Guevara en Bolivia y uno de los entrenadores principales del 601 a comienzos de los setenta. De Florida se mandaban armas a la base militar de Ilopango en El Salvador, y de allí los aviones regresaban rebosantes de cocaína a los Estados Unidos. El jefe de operaciones en Ilopango era el conocido terrorista anticastrista Luis Posada Carriles, autor del atroz atentado contra Cubana de Aviación, perpetrado en 1976 y en el que murieron 73 civiles.

Argenshow y Silver Dollar, dos nombres para retener.

Según Armony, el empresario argentino Carlos Pedro Blaquier aportó 250 mil dólares de aquella época para el GTE del 601. Su empresa, el Ingenio Ledesma, estuvo vinculada con el escándalo desatado por la quiebra del Banco Ambrosiano. Junto con Carlos Alberto Bulgheroni, dueño de Bidas, aparecen, y no por casualidad, como los empresarios más comprometidos con la exportación del terrorismo de Estado y vinculados con la P2.

Bulgheroni, visitante asiduo de la presidenta Cristina Fernández y socio de la YPF *new age* del CEO Miguel Galuccio, fue uno de los empresarios que más prosperó durante la última dictadura militar. Entre 1976 y 1983, su grupo Bidas pasó de siete a cuarenta y una empresas, aumento no sólo cuantitativo sino cualitativo porque —como miembro destacado de la “patria contratista”— se convirtió en uno de los mayores proveedores de la entonces petrolera estatal y hoy semiestatal y semi Chevron, YPF-Vaca Muerta.

Bidas también fue privilegiada por la dictadura en relación con los acreedores foráneos: en 1981 debía más de seiscientos millones de dólares, lo que la convertía en el cuarto deudor externo del país; entonces vino el mago Domingo Felipe Cavallo al Banco Central y traspasó esa deuda (y la de todos los grandes grupos) al conjunto de los argentinos, mediante el seguro de cambio. La seguimos pagando.

Cuando el ex general Carlos Guillermo Suárez Mason pasó a retiro, en 1979, se incorporó al directorio de Bidas y consiguió ubicarla, en contra del interés nacional, como la empresa a la que YPF compraba más servicios.

En 1981, cuando ascendió a la presidencia de facto, el general Roberto Viola pensó que Pajarito Suárez Mason había cumplido su *training* en Bidas y lo designó interventor en la estatal YPF, con una misión: irla privatizando paso a paso. La idea era adjudicar las áreas ya en explotación o con recursos fehacientemente comprobados a las empresas privadas como Bidas, mientras el Estado se hacía cargo del costo de explorar, para descubrir nuevas áreas y

entregarlas a la voracidad explotadora de la Patria Contratista.

Blaquier, por su parte, consolidó la posición monopólica de su ingenio azucarero Ledesma, el más grande del país, que participó de manera activa en la represión clandestina, en lo que se llamó “el apagón” y consistió, en realidad, en una serie de cortes eléctricos en la semana del 20 al 27 de julio de 1976, durante los que fueron secuestradas más de cuatrocientas personas, de las cuales cincuenta y cinco continúan desaparecidas. Aplicando literalmente la doctrina “noche y niebla”, los represores se desplazaron en la oscuridad por las calles de Libertador General San Martín y Calilegua, apoyados por vehículos y personal del Ingenio Ledesma cazando presuntos subversivos con total impunidad. Fue una noche de frenazos y gritos de horror en la tiniebla que nadie quería recordar en aquel pueblo, con la heroica excepción de Olga Aredez, cuyo marido, el médico Luis Aredez, había sido secuestrado el mismo 24 de marzo de 1976, la noche del golpe de Estado. Luis había sido intendente de Libertador General San Martín en la década del 50 y en las siguientes chocó muchas veces con las prácticas ilegales del Ingenio, que dominaba la economía de Jujuy y sometía por igual a políticos y militares.

Todos los años, para la fecha del apagón, Olga daba una vuelta solitaria a la plaza del pueblo, confirmando la sentencia de Sartre: “Mientras exista una sola conciencia en contra, los nazis habrán sido derrotados”.

En 2005 la conocí, elegante y digna, luchando contra el cáncer que la estaba devorando. Habíamos viajado desde la Capital con diversos compañeros vinculados con la defensa de los derechos humanos, para homenajearla. Sus pulmones, me contó, estaban desechos por la bagazosis, una enfermedad generada por el polvillo incesante que se levanta en el procesamiento de la caña de azúcar. Videla y Blaquier se habían llevado a su marido, y el Ingenio se la estaba llevando a ella.

Curiosamente, “el gobierno de los derechos humanos”, se tardó mucho en procesar a Carlos Pedro Blaquier y su secuaz Alberto Lemos. Por el contrario, en 2011, tanto el ministro de Planificación, Julio de Vido, como el secretario de Energía, Daniel Cameron, beneficiaron al megamillonario que colaboraba con el 601, otorgándole a Bioledesma el mayor cupo de abastecimiento de bioetanol destinado al mercado interno: 48.996 metros cúbicos, una cifra que superó el 20 por ciento del total.

Por esas fechas, el octogenario Blaquier le declaró al periodista Ricardo Cárpena del diario *La Nación*: “Pocos gobiernos han defendido tanto a la industria nacional como éste”.

Blaquier, que también es un poderoso productor porcino, le hizo leer a Cárpena un poema de su autoría dedicado a la presidenta Cristina Fernández y su pública ponderación de la carne de cerdo como un potente afrodisíaco. En enero de 2010, durante un acto en la Casa de Gobierno, donde anunció un plan de promoción para apoyar la producción porcina, dijo la Presidenta de la Nación, mirando a empresarios del ramo que aplaudieron con entusiasmo: “Acá acaban de agregar un dato que yo desconocía, y es que la ingesta de cerdo mejora la actividad sexual. No es un dato menor, además yo estimo que es mucho más gratificante comerse un cerdito a la parrilla que tomar Viagra”.

A Blaquier se le salió el poeta que lleva escondido detrás de su amor por el 601 y escribió:

*Se ha incrementado la venta
del cerdo vivo o carneado
después de haber escuchado
a Cristina presidenta.
Las propiedades del cerdo
eran para mí un enigma,
desde hoy son un paradigma
y la vaca es un recuerdo.
Y por potenciar la cosa
como cerdo a toda hora
y gracias a la Señora
hoy tengo la novia mimosa.
Por eso soy cristinista
y nada me hará cambiar,
soy cristinista a rabiar
y un convencido activista.*

Pese a sus dotes líricas, que hicieron las delicias del entonces secretario de Comercio, Guillermo Moreno, Blaquier y Lemos fueron finalmente procesados en dos causas: una por su participación en “la noche del apagón” y otra por el

secuestro y asesinato del ex intendente de Libertador General San Martín, Ramón Aredez.

En el momento de escribir estas líneas (23 de mayo de 2014) me llega la noticia de que la Cámara Nacional de Casación Penal acaba de frenar el proceso contra Blaquier y Lemos, haciendo lugar a un recurso de queja.

Conociendo los antecedentes de Casación, que tuvo como fiscal a Romero Victorica, es posible que esta vez se tuerza el viejo refrán “a todo chanco le llega su San Martín” y se imponga una vez más la impunidad.

Ya era muy corajudo salir a marchar en la Capital, como lo hicieron Madres, Abuelas y Familiares en los años de la dictadura, pero hacerlo completamente sola o apenas acompañada por un par de madres, en el desamparo aldeano de Jujuy, La Rioja o Tucumán, en pleno territorio del III Cuerpo de Ejército, comandado por la bestia sanguinaria de Luciano Benjamín Menéndez, convierte a las solitarias demandantes en heroínas de tragedia.

A esa raza de hierro pertenece una riojana de 83 años, Marcela Brizuela de Ledo, madre del conscripto Alberto Agapito Ledo, desaparecido desde el 17 de junio de 1976 y acusado como desertor por el entonces subteniente César Milani, en un sumario lleno de falsedades, dirigido al “JEFE DE LA COMPAÑÍA DE INGENIEROS DE CONSTRUCCIONES”, que dice: “Adjunto elevo al señor jefe las presentes actuaciones instruidas con motivo de la grave falta de primera deserción simple cometida por el soldado conscripto AGAPITO ALBERTO LEDO (C/55. - M.I. 11.496.577. - D.M. LA RIOJA O.E. debidamente confeccionadas. - CÉSAR S. G. MILANI sub. of. actuante”. *Aquellos detenidos que estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio como soldados rasos eran fusilados con uniforme, previa ceremonia...*

La entrevistamos con Paloma. A ella y a su hija Graciela, que es cuatro años mayor que el soldado desaparecido en Tucumán. Mantiene la voz serena y el relato coherente, sin estridencias, pero, como suele suceder, un detalle le quiebra la voz y la hace regresar treinta y ocho años atrás, al dolor en carne viva. Es cuando recuerda la última carta que le habían mandado a su hijo a Tucumán, que no llegó nunca ni salió nunca de La Rioja, que se la entregaron a su marido cuando ella estaba en la localidad tucumana de Morteros, averiguando qué había pasado con Alberto.

—¿La carta la había entregado usted en La Rioja?

—En La Rioja, en el correo, sí. Pero acá se la trajeron a mi marido, mientras yo estaba para allá. Así que cuando volví estábamos solos los dos, porque mi hija se casó y vivió en Buenos Aires diez años. Estábamos solos... No se imagina lo que fue para mí... Es tan fuerte contarlo.

Miro sobre el escritorio la cara sonriente del general Milani en la revista *¡Ni un Paso Atrás!* de las Madres de Plaza de Mayo (número 27, correspondiente a diciembre de 2013).

Colorado de pelo y cara, los ojos rojos, la sonrisa optimista, hacia arriba, canchera, la camisa beige impecable, las tiras con los tres huevos fritos de general de división, las condecoraciones por guerras que nunca existieron o se perdieron a lo perro. Sobre fondo rojo el título en cuerpo 48: “LA MADRE Y EL GENERAL”, y más abajo: “HEBE DE BONAFINI Y CÉSAR MILANI, ENCUENTRO HISTÓRICO”. Fuera del recuadro en cuerpo 24: “EDICIÓN ESPECIAL A 30 AÑOS DEL FIN DE LA DICTADURA. ESCRIBEN: RAÚL ZAFFARONI, NILDA GARRÉ, ALBERTO SILEONI, PABLO LLONTO, LUIS ALÉN, EDGARDO DEPETRI, SANDRA CONTE. REPORTAJE A ALEJANDRA DARÍN”.

Adentro, diez páginas a todo color, en papel ilustración, exhibiendo grandes *close-up* de Milani con su uniforme de verano. Una, central, Hebe de Bonafini y el General-Espía, que le apoya tiernamente una mano sobre el hombro.

La entrevista es histórica, ciertamente. Milani propone: “Hay una nueva Fuerza Armada, y especialmente en los últimos diez años, en los que ha empezado a haber un modelo, yo le digo un Proyecto Nacional, aunque algunos se enojen, un modelo de país, y creo que en eso las Fuerzas quieren insertarse muy profundamente”.

Eran fusilados con uniforme, previa ceremonia...

Casi al final de la revista hay otra foto muy elocuente: la señora de Bonafini abrazada, tierna, conmovedoramente, al senador Aníbal Fernández, después de haberle entregado el pañuelo blanco, símbolo mundial de la lucha por los desaparecidos. El título de la nota: “Porque es un buen compañero”.

Marcela Brizuela de Ledo se enteró de la entrevista por la televisión, a pesar de que integra la Asociación Madres de Plaza de Mayo desde 1983.

—Cuando aparece la revista en la televisión con la foto de Hebe con Milani, yo hablé a Buenos Aires inmediatamente, me atendió la secretaria de Hebe, y le digo: “Decime, ¿es verdad que Hebe tuvo una entrevista con Milani? Entonces me dijo ella: “Mirá yo no sé de las entrevistas que ellas hacen. En este momento no te puede atender porque está en el baño”.

No se la siente enojada, se la siente dolida, sola, brutalmente apartada.

—Yo... —titubea— la decisión que ha tomado ella es muy, muy personal. Yo no tenía conocimiento de que ella se reunía con militares, para nada. Las decisiones, últimamente, las tomaban las de Capital... Para mí fue una gran sorpresa, porque nuestros hijos no hubieran querido nunca la amistad con los militares.

—¿Qué sintió cuando el Senado aprobó el pliego de ascenso a teniente general?

—Dolor, impotencia, vergüenza ajena. El doctor Kirchner bajó el cuadro de Videla y ahora colgaron otro represor en lugar de él.

Nadie que no sea un indecente podría decir que esta Madre riojana le hace el juego a la derecha, es hechura de Magnetto o trabaja para Macri. Su fidelidad al hijo desaparecido, inquebrantable, demuestra que no es ella la que ha cambiado para mal, demuestra quién le hace realmente el juego a la derecha, quién juega irresponsablemente con la fantasía de una fuerza armada politizada, quién ha tirado obscenamente por la borda todas sus luchas y creencias. No importa lo que digan los intelectuales orgánicos, los periodistas mercenarios y los que actúan como aquel político mexicano que aconsejaba a los jóvenes con aspiraciones: “Quien vive fuera del presupuesto, vive en el error”.

En Marcela y en su hija Graciela, el tiempo se ha detenido definitivamente en el 17 de junio de 1976 cuando desapareció Alberto. Graciela recuerda que su madre viajó unos días después a Tucumán, el 4 de julio. El 2 de julio había sido el cumpleaños de Alberto. Viajó ignorando que ya había desaparecido. Le llevaba “cosas, para estar ahí un ratito y festejar su cumpleaños”. Cuando llega a la guarnición, la atajan en la guardia: “No, Ledo es desertor, se fue y lo estamos buscando”. Queda alelada, aturdida por el golpe. Desde febrero ha recibido tres cartas de su hijo y en ninguna de ellas deja entrever que piensa escaparse. Al contrario, le anticipa su alegría por jurar la bandera el 20 de junio. Se acercan algunos compañeros, compadecidos. Esa señora que balbucea podría ser su madre.

Le cuentan que en la noche del 17 de junio, cuando ya estaban por acostarse, el jefe de la compañía, que era el capitán Esteban Sanguinetti, se lo llevó a Ledo tres veces para realizar sendas recorridas por la zona, donde el III Cuerpo de Ejército ya había aniquilado prácticamente a los guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo. Ledo no regresó de la tercera ronda, pero dejó su mochila y los lentes que usaba de modo permanente. Orlando Orihuela, un conscripto que dormía en la cucheta de al lado se los entregó a la madre. Era realmente sospechoso que hubiera desertado sin llevarse nada suyo, ni siquiera esos lentes que le resultaban indispensables.

Lo que la señora de Ledo ignoraba entonces era que su hijo ya estaba marcado por los oficiales de Inteligencia, como Milani, del cual, según algunos testimonios que el General-Espía desmiente, era asistente personal. Graciela lo tenía muy claro:

Se conocía su pensamiento, su trayectoria, porque había servicios de inteligencia dentro del mismo grupo juvenil al que nosotros pertenecíamos. Nos fuimos enterando poco a poco que ahí había informantes. Las autoridades conocían perfectamente hasta lo que comíamos... y que también viajábamos al interior, hacíamos campamentos, íbamos en carpa. Eran momentos muy lindos de compartir, pero nosotros después nos enteramos de que sabían todo, lo que comimos el día jueves al mediodía, lo que comimos a la noche... *O sea que la inteligencia funcionaba en esos años y, bueno, como funciona ahora también.*

Graciela Ledo recuerda con nostalgia la militancia que compartió con su hermano, “toda la movida de la juventud de esos años setenta. Yo tenía cuatro años más que él, pero Alberto tenía una madurez increíble, era un excelente lector y pintaba como una persona brillante en el plano intelectual. Juntos participábamos de reuniones donde se analizaban las profundas desigualdades de la provincia, la pobreza generalizada —salvo para unas pocas familias privilegiadas—, las pocas oportunidades que teníamos los jóvenes, que ni siquiera teníamos universidad. Nos reuníamos en algunas iglesias, o en casas de familias y discutíamos y planeábamos la actividad solidaria. Pero también armábamos guitarreadas, comidas y bailes, porque éramos muy jóvenes y queríamos divertirnos. Pero también íbamos a barrios más precarios que el nuestro, barrios con casas muy humildes, y ayudábamos a levantar una piecita, a reparar un techo, a enseñarles a los chicos...”.

Ésa era la juventud que seguía al mitológico Pelado, al obispo Enrique Angelelli, al que harían matarse en la ruta, después de asesinarle a dos de sus mejores pastores, Carlos Murias y el francés Gabriel Longueville. Poco después de la desaparición de Ledo, en julio; los dos curas, en agosto; el obispo.

La memoria, como siempre, libra su lucha eterna contra el poder.

Hay documentos que deberían estar en los archivos y no están. Por ejemplo, en el Ministerio de Defensa no figura la desaparición de mi hermano. Estimo que se han ido borrando pruebas. Incluso en el legajo de Milani, tengo entendido que faltan algunas hojas referidas a sus comisiones. También falta el sumario de la supuesta

deserción. Hay una copia certificada, pero el original no está.

Graciela, como su madre, adhirió en un primer momento a la política de derechos humanos del gobierno:

Yo lo conocí al doctor Kirchner en Chamental, cuando vino para un 4 de agosto, aniversario de la muerte de Angelelli y yo le entregué, porque mi mamá no podía ir porque mi padre estaba muy enfermo ya, yo le entregué toda la documentación que mi mamá tenía, todas las denuncias, y yo le entregué a él en sus manos. Nosotras apoyamos lo que habían hecho. Por eso esta gran desilusión. Primero por Cristina, porque el gobierno nacional está borrando lo que hizo en materia de derechos humanos, intentando mantener a un genocida, porque para nosotros es un genocida... Él estuvo en la época de la dictadura en el Batallón de Ingenieros 141, donde se torturaba y donde alguna gente después de ser torturada iba a la cárcel y otros desaparecían. Dos amigos de mi hermano que no eran soldados, sino civiles, desaparecieron para siempre: Adrián Roberto Díaz Romero, que era antropólogo, y César Antonio Minué.

La señora de Ledo refuerza:

—No es fácil ser Madre en La Rioja. Es duro. Nosotros tenemos acá en la lista, 32 detenidos-desaparecidos. Y en el momento de la dictadura hubo casi 4.000 presos políticos. O sea que acá nos golpearon fuerte. —Y acusa: —Acá vinieron un militar de alto rango y un abogado, seguramente enviados por él (Milani). Vinieron, visitaron Chilecito, hablaron con algunos testigos y hablaron con el fiscal de la causa.

—¿Con qué intención?

—De lavar... una forma de presionar, de sembrar miedo, de tratar de lavar el legajo, como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Ha visto personalmente a Milani?

—Cuando vino acá a La Rioja.

—¿Cuando se presentó a prestar declaración voluntariamente?

—Así es.

—¿Y él trató de acercarse a usted?

—No, para nada. Estaba cubierto de custodias, de armas por todos lados. Lo escondieron, mientras la gente del pueblo gritaba: “Alberto: ¡presente!”. Ni se vio en qué vehículo lo metieron.

XV

EL CRIPTOESTADO ME ESPÍA Y ME HACKEA

Como contraparte de la anhelada visibilidad de los actos de gobierno, el filósofo italiano Norberto Bobbio habla de su ocultamiento parcial o total por parte de quienes gobiernan el Estado. Y ese actuar de espaldas a la sociedad civil, tapando y no revelando el accionar concreto del poder, lo considera un límite, un fracaso de la democracia en la erradicación de las oligarquías, de toda forma de oligarquía. El ocultamiento, según Bobbio, atenta contra la amplitud y profundidad del sistema democrático, en distintos grados, hasta descender a lo que llama el *Criptoestado*, que es el Estado real, subyacente bajo las apariencias burocráticas de un Estado de derecho vacío y formal, donde todo ocurre detrás del escenario, fuera del escrutinio de la sociedad civil, en la intimidación pecaminosa de lo que Gramsci denominaba la sociedad política y hoy el pueblo llama, de manera escueta y peyorativa, *la política* o *los políticos*.

Con la última dictadura militar (1976-1983), la Argentina profundizó hasta límites intolerables el Criptoestado, por la índole de las acciones genocidas que quienes usurparon el poder llevaron a cabo detrás de la escena, sin admitir jamás el crimen colectivo que estaban perpetrando: la desaparición de personas, el fusilamiento clandestino de prisioneros desarmados, las vejaciones a las mujeres, el robo de niños, el saqueo del patrimonio de los desaparecidos y su conversión en botín de guerra, como presupuestos indispensables para la liquidación del Estado de Bienestar creado en 1945, la destrucción de las industrias nacionales, la entronización de la especulación financiera como rasgo distintivo y central de la economía, la brutal agresión contra toda forma de asociación sindical o política, la censura, la persecución de científicos, artistas e intelectuales y la desnacionalización de la economía, por medio de una gigantesca deuda externa, que seguimos renegociando y pagando en este año de gracia de 2014, a pesar de los términos “odiosos” en que fue concertada por los tecnócratas de la dictadura. A pesar de que mucho dinero argentino se fue en la compra de aviones y misiles, para una posible guerra con Chile y una guerra perdida con Gran Bretaña.

Cuando publiqué mi libro *El mal. El modelo K y la Barrick Gold. Amos y servidores en el saqueo de la Argentina*, algunos antiguos camaradas de ruta —aquí y en México, donde el gobierno de Cristina Fernández cuenta con apologistas ingenuos y mercenarios muy avisados— se me vinieron encima, ridiculizándome, vinculándome con Bobbio pero no por sus teorías sobre el Estado sino sobre la senectud, que me nublaba la visión.

Se basaban en una afirmación que nunca hice, porque es absurda: que los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner eran tan malos y repudiables como la dictadura militar.

Olvidaban que apoyé parte de esos gobiernos como ciudadano, como periodista y como diputado nacional. Y que me aparté y pasé a cuestionarlos por tres razones centrales: la corrupción, el desprecio por el medio ambiente y la entrega escandalosa de los recursos naturales. Afanar no es progresista; dejar a las generaciones venideras sin las fuentes de agua de la cordillera es odiar a la propia descendencia; regalarle YPF y la Patagonia a David Rockefeller no es muy nacional que digamos, y deforestar en beneficio de Monsanto y los *pool* de siembra me parece una canallada solapada por los intelectuales de *Carta Abierta*, el 6, 7, 8 de la TV facciosa y los periodistas de la Cadena Szpolski de medios agachados.

Claro, no me pusieron dos bombas en mi oficina y en mi casa, como lo hizo la Triple A en 1974, tampoco me condenó secretamente a muerte ningún consejo de guerra clandestino, como el que llevó mi ficha personal en la SIDE y en el 601 a la Nicaragua de Somoza, para que me asesinaran si me encontraban por esas tierras calientes.

Acorde con los nuevos tiempos, me aplicaron lo que podría llamarse un estalinismo de cabotaje o estalinismo de baja intensidad. *El mal* desapareció misteriosamente de las librerías y prefirió vegetar en los almacenes de la editorial, donde para esas fechas publicaban —dicen— 50 mil ejemplares de “las nuevas zonceras criollas” de Aníbal Fernández, un émulo tardío de Arturo Jauretche, que amenazó querellarme y se olvidó prudentemente de asistir a la primera audiencia.

Ningún funcionario del gobierno ni de la Barrick Gold se animó a contestar lo que afirmo en el libro y he llevado como denuncia a los tribunales de Comodoro Py. Una manera como otra cualquiera de perder el tiempo.

Durante once años, por razones que contaré más adelante y se relacionan con estas historias de espionaje que aquí cuento, hubo un policía de custodia frente a mi casa, que yo no solicité y lo puso el gobierno de la Alianza. Lo hubo mucho antes de ser diputado, y allí estuvo en distintos gobiernos, con un tiroteo de por medio, lo suficientemente nutrido como para justificar su presencia. Fue levantado abruptamente por la entonces ministra de Seguridad, Nilda Garré, al día siguiente de las elecciones de octubre de 2011, en las que Cristina Fernández de Kirchner se impuso con el 54 por ciento de los votos. Y creyó, como creen todos los hombres y mujeres del poder, que eso duraría para

siempre.

Comenzaron entonces las cosas raras. La deserción o la actitud francamente inamistosa de la inmensa mayoría de mis colaboradores en el Congreso. Llamaditas raras por teléfono. E-mails insultantes o amenazantes. Toques de portero eléctrico a las tres de la madrugada, estragos en mi camioneta, movimientos raros de la ANSES (Administración Nacional de la Seguridad Social) para que no cobre en tiempo y forma mi jubilación (que es el único ingreso fijo que tengo) y algo más específico: el 8 de diciembre de 2012 me llegó a mi celular el siguiente mensaje:

Señor Bonasso, desde la OJOTA-SI, Stiuso y Pocino le tienen interceptada la línea por orden de su “amiga” Garré. Remitente: (sin nombre) +13103887914 Recibida a las 17:18:55 8/dic./2012.

Aunque sabía que el número de teléfono que figuraba al final del SMS no me iba a servir de mucho, tuve una intuición correcta y lo marqué. Casi me caigo de espaldas cuando oigo una voz femenina y marcial contestando:

—Policía Federal. Comando Radioeléctrico.

Le expliqué la situación a la mujer policía y me puso rápidamente con un superior que me dijo:

—De inmediato le envío un patrullero.

Cumplió y con él marché a la Comisaría 25^a a formalizar la denuncia. Una de las tantas decenas de denuncias que he formulado en vano desde que regresé definitivamente al país en 1997.

Como es mi costumbre y mi deber, le di publicidad a la denuncia policial. Salió en varios medios, y el lunes siguiente (10 de diciembre) me llamó por teléfono Alberto Fernández, el ex jefe de Gabinete de Néstor y Cristina Kirchner, para decirme:

—Es increíble, vos sabés que a mí me pasó exactamente lo mismo. Cambiá Bonasso por Fernández, y es el mismo texto.

El mensaje a dos ex kirchneristas conocidos no era la mera travesura de un gracioso. Había una intencionalidad política. ¿Tal vez perjudicar a Nilda Garré?

La justicia todavía no lo aclaró y posiblemente no lo hará nunca.

El 14 de diciembre fui citado a Comodoro Py para ratificar la denuncia ante el Juzgado Federal N° 7, secretaría 14 a cargo del doctor Jorge García Davini.

Estaba declarando ante el secretario cuando se abrió la puerta del despacho y apareció, juvenil y sonriente, Sebastián Casanello, a quien yo había conocido a fines de los noventa, cuando frecuentaba la fiscalía federal de Eduardo Freiler y Federico Delgado en busca de información sobre el tema de las coimas en el Senado.

Sebastián (38), que entonces era un joven empleado en ascenso, un abogado realmente enamorado de la justicia, se había convertido en juez federal. Nos dimos un fuerte abrazo y me dije que mi denuncia sería tomada en serio. Pero en este país no conviene anticipar optimismo.

Pasaron meses antes de que el doctor García Davini me llamara para hacerme una proposición absurda: que le pasara mi teléfono celular y mi *notebook* a la Gendarmería Nacional a fin de que hicieran un peritaje. Le expliqué que el peritaje podía hacerse perfectamente con el software sin necesidad del hardware y agregué que no me gustaba mucho entregarle todos mis datos personales a una fuerza acusada de espionaje con el Proyecto X. Curiosamente, Casanello, el jovial Sebastián de los buenos tiempos, me había dicho meses antes, de manera informal, que pondría a cargo de la investigación a la PSA (Policía de Seguridad Aeroportuaria).

De nuevo se fueron los meses sin novedad en el frente, hasta que el espionaje se manifestó por vía del hackeo de todas mis cuentas (Facebook, e-mail, etcétera). Investigando por nuestra cuenta, mi mujer y yo descubrimos que habían ingresado IP desconocidas a horas inverosímiles como las cinco de la madrugada.

Me comuniqué entonces con el doctor Pedro Agote, abogado de Facebook en la Argentina, que me reiteró por escrito lo que me había adelantado por teléfono: “Tal como le dijera, si usted se dirige a Facebook Argentina, empresa de publicidad, ésta le contestará (seguramente con mi firma) que no está en condiciones de solucionar su problema y lo derivará a Facebook Inc., domiciliada en 1601 Willow Road, Menlo Park, California, 94025...”

Y agregaba, textualmente, una confesión de parte: “No le garantizo un resultado favorable, ya que, por lo que he consultado, el sitio ha sido declarado inseguro *precisamente porque está hackeado*”.

Con semejante joya literaria me dirigí al cuarto piso de Comodoro Py, pensando estúpidamente que el Criptoestado sufriría una derrota humillante. Es inadmisibleser tan ingenuo a mi edad. Dialogamos en la oficina de García Davini con otro joven funcionario que a lo mejor era de La Cámpora o lo parecía y una empleada bastante seca, que me cortó de un solo tajo:

—Ah... en el e-mail dirá eso, pero no lo ratificó en sede judicial.

Respuesta antológica que hubiera hecho las delicias de Al Capone, quien nunca ratificó nada en sede judicial. Esta vez el querido Sebastián no apareció. Tenía bastante ya con la causa por lavado de dinero a cargo del maestro Lázaro Báez, y Jorge Lanata lo había bautizado Tortuga Casanello por su escasa celeridad para ordenar allanamientos.

Meses más tarde, García Davini insistió en pasarle mi *notebook* a Gendarmería. Me reí. Como dicen los leguleyos, ya era una cuestión abstracta; la *notebook* me la habían robado junto con un *backup* y diversas piezas de mi archivo los pillos que entraron violando la puerta de entrada, el 6 de septiembre de 2013, y fueron descubiertos in fraganti, merced a la solidaridad de algunos vecinos y amigos entrañables que nos salvaron la casa pero no pudieron evitar que algunos bienes personales y ciertos materiales clave en lo informativo desaparecieran.

Cuando estos amigos y los policías lograron irrumpir en la vivienda, había un grupo clásico de ocupas, con niños, pero un montón de bolsos con ropa y enseres domésticos que estaban por llevarse. Conjetura: ¿hubo un primer grupo que se llevó lo que podía tener valor informativo y, de paso, el Longines de mi suegro? ¿Había un segundo grupo que se iba a llevar lo que podía, para después ocupar la casa, subdividirla y alquilarla?

La respuesta la tiene la justicia criminal de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que estaría por condenar a una “probation” a quienes fueron detenidos en lo que se ha caratulado como “robo agravado”. Una “probation” es una pena leve, generalmente la obligación de realizar un trabajo comunitario. El episodio puede responder a esa “sensación de inseguridad” de la que habló el émulo retrasado de Jauretche, o a esta sensación muy personal de estar sutilmente perseguido, sin estridencias, de manera artera.

Silenciado.

Como periodista nunca me había pasado nada semejante. No tengo trabajo en ningún medio. Ni en la Corpo, como me acusan algunos idiotas que ignoran mis viejos pleitos con *Clarín*, ni en el oligopolio mediático sometido al gobierno, que va comprando medios al compás de las licitaciones favorables de la obra pública.

Tuve trabajo durante la dictadura de Onganía, Levingston y Lanusse. No lo tengo en democracia, en el gobierno de los derechos y humanos.

Yo —según estos próceres— le hago el juego a la derecha. Sin embargo, vivo de mi jubilación que ni siquiera está revalorizada, sino sometida a juicio. En cambio, los “kirchneristas de los últimos días” (como dirían los mormones) ganan sueldos principescos y encima se sienten como si fueran el Che o Mariano Moreno. Axel Kiciloff le paga al Club de París, sin chistar y sin importar qué parte de la deuda es legítima y cuál ha sido investigada por la justicia y el Parlamento, pero lo hace con un aire patriótico que refuerzan sus patillas y el tono insolente del que llegó al poder por el ascensor y no por la escalera.

Cristina Kirchner lava el dinero sucio de Lázaro Báez con su albergue de lujo en El Calafate, que está más solitario que el hotel de *El Resplandor*, y miles de seguidores la aplauden llorando, como si fuera Juana de Arco en la hoguera. Decididamente, éste es el país del tango y el grotesco.

¿Esta debilidad emocional favorece el desarrollo del Criptoestado? Por supuesto.

Pero el modelo se ha perfeccionado a tal grado que va más allá de la fórmula de Bobbio. Al Criptoestado ya no le hace falta el secreto, porque a nadie parece importarle nada. La fórmula sería: “Que roben, pero que no haya inflación”. O la mexicana: “Que roben pero salpiquen”. Reina la anomia cívica, la indiferencia moral absoluta. La televisión-basura, del gobierno o de la Corpo, propone otros incentivos visuales: como las peleas y los chismes entre putas más o menos ancianas.

Por suerte y por desgracia, más allá de la soja boba, la crisis acecha y se apresta a protagonizar uno de sus históricos reventones.

Y es precisamente, para calibrar la presión de esta caldera, que hacen falta los espías de siempre, eternos como las moscas de Antonio Machado: “Vosotras, amigas viejas, me evocáis todas las cosas”.

XVI

LA FEDERAL TIENE UN CUERPO SECRETO CREADO POR ONGANÍA

Ha llegado la hora de que algunos secretos de Estado dejen de serlo e ingresen en el espacio público de la Historia. Tanto la que se escribe con mayúsculas como la *petit histoire*, que a veces es muy sórdida y otras puede llegar a ser sabrosa.

Los “pingüinos” llegaron a la Casa Rosada y a Olivos con un desconocimiento casi total del *Criptoestado*, que había funcionado en las sombras a lo largo de toda la democracia, con Alfonsín, con Menem, con De la Rúa y con Duhalde. Cuando Cristina era senadora y Néstor gobernador de Santa Cruz, habían estado en la mira de la SIDE duhaldista, tanto durante la conducción de Miguel Ángel Toma como con la de su antecesor, el “Gringo” Carlos Soria, que pasaría de ser cuestionado duramente, por los asesinatos de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, a convertirse en gobernador kirchnerista de Río Negro en las elecciones de 2011 y morir a su vez a manos de su propia esposa Susana Freydoz, que le metió un balazo en plena cara a las 4:47 de la madrugada del 1º de enero de 2012, a menos de un mes de asumir la gobernación.

En aquellos momentos iniciales de 2003, de forma totalmente ingenua, gratuita y artesanal, me acerqué al ingeniero en telecomunicaciones Ariel Garbarz —a quien había conocido poco antes en un almuerzo de Mirtha Legrand— y le pregunté si podía diagnosticar las pinchaduras que seguramente tendrían los teléfonos del Presidente, los de sus colaboradores más directos y el propio despacho presidencial. Produjo un informe categórico que dio “positivo” por todos lados. Néstor me pidió entonces que lo pusiera en contacto con Francisco “Paco” Larcher, a quien había designado segundo en la Secretaría Inteligencia, para ampliar la inspección a los teléfonos y ámbitos de todos los funcionarios clave del gobierno.

La inspección resultó poco grata a los espías, y movieron fuerza propia y amigos en la prensa: SEPRIN y *Noticias* salieron a decir que yo estaba introduciendo en el área secreta del gobierno a un agente del Mossad israelí. (Lo cual no dejaba de ser gracioso para alguien que había sido acusado por el Mossad, en México, debido a las relaciones excelentes que mantuve siempre con la OLP, Organización para la Liberación de Palestina.) Mi fotito con Larcher reapareció varias veces, incluso cuando ya era pública y notoria mi desvinculación política con el matrimonio Kirchner.

Para mí, ésta era una historia repetida: en los cuarenta y nueve días de Héctor Cámpora —con menos años y tecnología de por medio— había denunciado ante el Presidente de la República a un alto funcionario, heredado de la dictadura del general Alejandro Lanusse, que era informante del Servicio de Informaciones Navales. Cámpora y yo salimos de la Presidencia pocos días después, y el denunciado —en cambio— se debe haber jubilado en la Rosada (y en el SIN, claro).

En mayo de 2003, Kirchner había puesto al frente de la SIDE al “Negro” Sergio Acevedo, una persona seria y honesta que por lo mismo no estaba muy al tanto del manejo de los “servicios”. Su independencia de criterio y su probidad lo llevarían años después, cuando era gobernador de Santa Cruz, a renunciar a su mandato y romper con el Presidente.

Por mi parte, yo estaba convencido de que “25 de Mayo”, como se suele llamar al edificio de la SIDE en la jerga política, era una cueva de buchones, que en el mejor de los casos vendían humo y en el peor, cocaína y datos para nostálgicos de la dictadura, tipo Cecilia Pando.

Mi propuesta era disolver el viejo organismo, echar a todos los que hiciera falta, acabar con la corrupción de los “fondos reservados” y la “clasificación” eterna de algunos secretos de Estado, que tiene cierta justificación práctica en naciones acechadas por situaciones de real peligro para la soberanía, pero que en la Argentina suele ser una excusa para no rendir cuentas de lo gastado. Pensaba que era preciso crear una nueva oficina de Informaciones de la Presidencia de la República, con gente joven, decente, de clara trayectoria democrática.

Los fondos reservados, que seguían siendo cuantiosos, constituían un insulto a la situación crítica que venía atravesando el país desde 2001. Mi idea era reducirlos, transparentarlos y emplearlos en la creación de un organismo especial para la repatriación del talento argentino emigrado.

Con esas y otras sugerencias marchamos una noche a Olivos, junto con Ana de Skalon, mi compañera de entonces (que falleció en febrero de 2006).

Ana ocupaba la dirección informativa de Canal 7 y pretendía (con ingenuidad similar a la mía) convertir el canal del Estado en una institución seria y transparente tipo Channel Four o la BBC 2. Asediada por viejos y nuevos ladrones,

coimeros y mafiosos, dedicó las últimas horas de su vida, amenazada ya por el cáncer que la mataría, a una lucha sin destino. Como siempre ocurre en estas latitudes, ganaron los ladrones.

Néstor y Cristina nos habían invitado a cenar a solas los cuatro, y pensamos que la ocasión era propicia para transmitirles nuestras ideas e inquietudes. Sin embargo, el ambiente se fue tornando paulatinamente frío y reservado a medida que yo iba hablando. Recuerdo que propuse — entre otras cosas— nacionalizar el correo, cuya concesión Néstor acababa de cancelarle a Franco Macri, y el Presidente, mientras lidiaba con un pedazo de pizza dura, me cortó en seco:

—No tenemosh cuadrosh para esho.

Después lo nacionalizaría, pero en aquel momento le parecía imposible.

Con impetuosidad digna de mejor causa, largué mi idea sobre la SIDE. Néstor y Cristina se miraron con rapidez de jugadores de truco y tuve la clara sensación de que me había hundido en un pozo ciego.

No hubo respuesta, lo cual era toda una respuesta.

Mi última proposición de la noche, la habíamos concebido con Juan Manuel Abal Medina padre, se la solté al Presidente cuando ya salíamos del pabellón donde habíamos cenado y marchábamos a buscar el auto en el estacionamiento circular frente a la puerta principal: por qué no cubría la embajada en México, que estaba vacante, con Héctor Pedro Cámpora, el hijo del ex Presidente. Había muchas razones para hacerlo: Héctor había permanecido cuatro años asilado en la embajada mexicana en Buenos Aires; había vivido luego el exilio en la ciudad de México, donde lo conocían muy bien y donde su padre (muerto en Cuernavaca, en diciembre de 1980) había dejado un excelente recuerdo.

Néstor, que venía acompañándonos hacia la salida, hizo una mueca que no supimos interpretar. Pero prefirió acariciar a su boxer antes que contestarme. Tal vez se ofuscó, confundido por el recuerdo de su reciente distanciamiento con Mario Cámpora, el primo del hombre que estábamos proponiendo. Lo cierto es que guardó otro silencio elocuente. Debían pasar muchos años todavía para que el apellido Cámpora se pusiera de moda entre los kirchneristas.

El *Criptoestado*, mientras tanto, nos preparaba una inquietante sorpresa, personal e intransferible.

El espía no vino del frío sino de los hornos de la dictadura militar. Hace un año, una interna dentro de los sótanos del Criptoestado destapó que Américo Alejandro Balbuena, a quien tantos militantes de organizaciones sociales y políticas llamaban el Pelado Américo y estimaban de verdad, era un oficial de la Policía Federal, reclutado durante la dictadura e infiltrado en la Agencia de Comunicaciones Rodolfo Walsh en 2002.

Desde esa posición se dedicó durante once años a espiar a diversas organizaciones sociales y políticas como la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires), La Alameda, los familiares de las masacres de Cromañón y de Avellaneda, los de Luciano Arruga y Jorge Julio López, los trabajadores del Subte y muchas otras agrupaciones que estaban bajo la mira de la ilegal sección de Inteligencia de la Policía Federal, a cargo del comisario mayor Roque Carlos Luna. Lo que fue DIPA (División de Investigaciones Políticas Antidemocráticas) y Coordinación Federal, pero ahora en el llamado gobierno de los derechos humanos.

Ante una violación tan escandalosa de las leyes vigentes, las agrupaciones encolumnadas en el Encuentro Memoria, Verdad y Justicia formularon la correspondiente denuncia judicial y se abrieron dos causas. Una de ellas a cargo del juez federal Sergio Torres, ante quien prestó testimonio el diputado bonaerense del partido Nuevo Encuentro, Marcelo Sain, un académico experto en esta inquietante especialidad, que fue creador e interventor de la Policía de Seguridad Aeroportuaria en el gobierno de Néstor Kirchner.

El Turco Sain, que también fue viceministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires cuando Juan Pablo “Juampi” Cafiero era su titular (2002), ha dado algunas muestras de independencia que no suelen ser comunes en la fauna política, mayoritariamente sujeta a las complicidades que muchas veces se reclaman desde la disciplina partidaria.

Cuando era viceministro, cuestionó duramente el vínculo delictivo entre la dirigencia política de la provincia y la policía bonaerense. Tras lo cual, obviamente, tuvo que regresar a la vida académica en la Universidad de Quilmes y en otros institutos de enseñanza superior.

Ahora, en abril de 2014, brindó un testimonio ante el juez Torres sobre la estructura secreta a la que pertenece el espía de la Walsh, que pone los pelos de punta, porque supera todo lo que uno podía llegar a imaginar sobre la vigencia del Criptoestado. Vale la pena leerla in extenso:

Puntualmente sobre Balbuena no puedo aportar mucho —comenzó Sain— pero sí respecto a la institución a

que pertenecía, que se denomina Cuerpo de Informaciones de la PFA. Este cuerpo fue creado por decreto-ley 9.021 en el año 1963, con la misión de avocarse a tareas de recolección de información que la propia norma no especifica, pero que después de su reglamentación en 1967 (durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía), a través del decreto-ley 2.322, especifica que *se trata de tareas de inteligencia y contrainteligencia*. Según el decreto-ley orgánico el personal de este Cuerpo, que es denominado en el mismo como *Agentes Secretos*, pertenece a un escalafón diferente del de la oficialidad y suboficialidad de la PFA, esto es del escalafón del personal policial propiamente dicho. El personal del Cuerpo de Informaciones está exento de las normas que regulan al personal de la administración pública; es independiente de la estructura de oficiales y suboficiales de la PFA. Desde el punto de vista jerárquico, tiene sus propias jerarquías, y lo más importante es que están habilitados para desempeñar empleos en la administración pública nacional, provincial y municipal, o empleos privados, siempre que no se trate de otros organismos de informaciones o inteligencia, o agencias de seguridad privada. Esta facultad no la detenta ningún agente o miembro de la Secretaría de Inteligencia, ni ningún oficial o suboficial de ninguna policía o fuerza de seguridad policial, incluida la PFA.

¿Qué es esto? ¿De qué habla Sain? ¿De una masonería policial con superpoderes? ¿A qué obedece la posibilidad de trabajar en otra dependencia o en la actividad privada y pertenecer siempre al cuerpo de informaciones?

Interpreto —prosigue el diputado— que esta facultad era atribuida al personal *a los efectos de infiltrarse en organismos públicos o sociedades u organizaciones privadas a los efectos de hacer espionaje sobre ellas* o sus actividades, integrantes, relaciones, circunstancias.

Sain explica a continuación que el personal de este cuerpo se estructura en dos agrupamientos jerárquicos específicos. El personal superior está compuesto por las siguientes jerarquías de arriba para abajo: “Oficial mayor de Informaciones, oficial 1º de Informaciones, oficial 2º, 3º y 4º. El segundo agrupamiento se denomina personal subalterno con las siguientes categorías: auxiliar de 1ª de Informaciones, a auxiliar de 7ª de Informaciones”. Y lo más increíble, como en la Logia Lautaro, pero sin sus finalidades patrióticas, “este personal tiene terminantemente prohibido identificarse ante terceros como miembro del Cuerpo”. “La falta reglamentaria más grave es la de dar a conocer la pertenencia al Cuerpo.”

A esta altura de la declaración, la doctora Myriam Bregman, consistente abogada de la querrela, pidió a Su Señoría que el testigo dijera “cuanto supiere respecto al destino y funciones de los mil agentes señalados” como miembros del Cuerpo.

Sain contestó que el número de integrantes del cuerpo lo había deducido de una lectura atenta del presupuesto de la Federal, en el que se atribuye una determinada suma a un inciso llamado “Inteligencia”. Destacó:

Por cierto esa imputación presupuestaria es muy elevada para tratarse de fondos destinados a tareas de inteligencia y en base a ello supongo que se financian los gastos de este personal. Si hay asignación presupuestaria del Congreso de la Nación para financiar a este cuerpo, ello no solo convalida el mismo, sino que da cuenta de que aún después de treinta años de democracia sigue funcionando fuera del marco de las normas que regulan la seguridad interior y la inteligencia nacional.

Especialmente, la ley 25.520 de Inteligencia Nacional, “la que sólo habilita a las policías y fuerzas de seguridad federales a la producción de inteligencia criminal, esto es información y análisis referido a la problemática delictiva” y no “al espionaje político”. Y lo más grave:

No habría razón de mantener un cuerpo de Informaciones e Inteligencia paralelo a aquella institucionalidad, incluso paralelo dentro de la propia PFA, si no fuese para desarrollar tareas de inteligencia ilegales que contaran con alguna cobertura legal durante períodos dictatoriales, pero que confrontan con la legalidad democrática en este tema.

Efectivamente, no habría razón. Tampoco la hay —de acuerdo con la legislación vigente— para el Proyecto X de la Gendarmería.

El ex interventor de la PSA recordó dos casos anteriores al de Balbuena: el de la secretaria privada del entonces

concejal Gustavo Béliz, que trabajó casi una década junto al político mientras reportaba al Cuerpo Secreto de la Federal, y el de la red de espionaje “montada en la estructura superior del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires”, uno de cuyos miembros era Ciro James, quien pertenecía a la misma logia.

Ante una pregunta concreta de la doctora Bregman, Marcelo Sain negó que esta estructura clandestina actuara ante requerimientos judiciales. Sólo hacen “tareas de recolección de información y de inteligencia ordenada exclusivamente por la superioridad policial”, entre otras razones “porque tienen vedado dar a conocer su identidad fuera del Cuerpo”.

Preguntado por Su Señoría para que dijera cómo tomó conocimiento respecto de los pormenores que brindara en la presente declaración, manifestó:

Si mal no recuerdo, hacia el mes de diciembre de 2009 recibí un sobre con remitente anónimo en un departamento ubicado en el centro de la localidad de Martínez que utilicé como lugar de estudio, en ese momento no ocupaba ningún cargo público, y al mes siguiente publiqué la nota de referencia (la que motivó su comparecencia) en el diario *Página/12*.

La actitud de Sain contrasta con la de Martín Sabbatella, jefe de Nuevo Encuentro a nivel nacional y titular del AFSCA (Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual), el organismo que otorga las licencias de radiodifusión. Sabbatella, un kirchnerista de los últimos días, dejó cesante en el AFSCA riojano a la doctora María Elisa Reynoso por ser abogada de la querrela en las tres causas que se le siguen en la provincia al general Milani. Entre ellas, la de Marcela Brizuela de Ledo, la madre del soldado Agapito Alberto Ledo, a quien el actual jefe del Ejército hizo pasar por desertor cuando en realidad había sido secuestrado por la Inteligencia del III Cuerpo en Tucumán.

Cierro la carpeta con el testimonio del Turco Sain y hago una asociación, posiblemente ilícita:

“ARGENTINE FEDERAL POLICE. Principal liaison service of the Buenos Aires station and used for telephone-tapping and other Joint operations. Cryptonim: biogenesis.” O sea: “Policía Federal Argentina. Principal servicio de contacto (con la CIA), usada para pinchar y grabar conversaciones telefónicas y otras operaciones conjuntas. Criptónimo: biogénesis” (Philip Agee, *Inside the Company - CIA D IARY*, Penguin Books, 1975).

Fue allá por 2004. Cenábamos con Ana en la residencia de mi gran amigo, el embajador de Cuba, Alejandro González Galeano, y su esposa Elisa, cuando sonó el teléfono súper privado del dueño de casa. Alejandro atendió y me pasó el tubo con el ceño fruncido.

—Es para ti —dijo—. Paloma quiere contarte algo.

Paloma García, mucho más que amiga y colaboradora, llamaba desde mi casa, donde se había quedado trabajando en el archivo.

—Miguel... —dijo Paloma con la voz alterada— acaban de llamar al teléfono que no está en la guía y me han hecho escuchar lo que ustedes están hablando, en este mismo momento. Te escuché a vos, a Ana, al embajador...

Al día siguiente vino Sergio Acevedo a mi casa, demudado.

XVII

EL AGENTE GALIMBERTI

—¡Es una calumnia! —vociferó Lenin—. ¡El camarada Malinowski no es un traidor!

Félix Dzerzhinski, el jefe de la Cheka, esbozó su clásica sonrisa melancólica.

—Efectivamente Vladimir Ilich... —pareció conceder, para subir la apuesta—. No es un traidor: es y ha sido siempre un agente de la Ojrana.

El líder bolchevique hizo un gesto con la mano como si espantara una mosca. ¿Malinowski, espía de la policía secreta zarista? Un disparate. Una mentira de los mencheviques que lo odiaban por haberse convertido en un gran bolchevique. Inventos del canalla de Kerensky para desprestigiar a un auténtico revolucionario.

Resultaba muy duro de aceptar que el número 3 de la jerarquía bolchevique fuera un policía del Zar. Pero ahí estaban las pruebas.

Lenin recordó su primer encuentro con el camarada que ahora debían fusilar como espía: había sido en Praga, en 1912, en la histórica sexta conferencia del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Allí, Malinowski había llegado con credenciales muy sólidas: su conversión de menchevique a bolchevique, su participación en la insurrección de Petrogrado en 1905 y su ascenso un año más tarde a la secretaría general de los obreros metalúrgicos. Por si fuera poco, en 1910, lo habían metido preso.

Por eso votó con entusiasmo la candidatura de Malinowski a la Cuarta Duma. Ignoraba que ese camarada de espesos bigotes rojos y férrea personalidad, que tan bien lo impresionaba por su solidez ideológica, había sido quebrado en prisión y convertido en espía de sus antiguos compañeros.

Los bolcheviques lograron seis escaños en la Duma y —sin vacilar— nombraron jefe del grupo parlamentario al líder metalúrgico.

En junio de 1914, Malinowski debió abandonar su banca y fue investigado por una comisión del Partido Socialdemócrata que terminó considerándolo leal y honesto. Lenin fue siempre uno de sus principales defensores. Sin embargo, el gobierno menchevique de Alexander Kerensky volvió a investigarlo en la primavera de 1917. Durante la guerra, el espía cayó preso y fue enviado a un campo de concentración en Alemania.

A su regreso en Rusia, a finales de 1918, un tribunal revolucionario lo procesó, lo consideró culpable de espionaje y alta traición y lo hizo fusilar.

Vladimir Ilich Uliánov siguió defendiéndolo durante todo el proceso hasta que lo enfrentaron con informes secretos de la Ojrana, redactados muchos años antes de la Revolución, que no dejaban lugar a dudas: Malinowski había entregado locales secretos del Partido y a camaradas de alto nivel como Sergei Ordzhonikidze, Yakov Sverdlov y el propio Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, más conocido como Stalin.

“La CIA Montonera”, rezaba el título de la revista *Noticias* del 17 de noviembre de 2001, cuando el país neoliberal de Domingo Cavallo estaba a punto de estallar. Arriba, la volanta aclaraba: “Los espías norteamericanos de Galimberti”. Y el subtítulo ampliaba: “El insólito desembarco de la central de inteligencia en la Argentina de la mano del ex jefe guerrillero”. La nota era de Roberto Caballero, biógrafo de Galimberti junto con Marcelo Larraquy y ex director en estos años del diario kirchnerista *Tiempo Argentino*.

Adentro venía una foto a toda página de Galimberti con sus nuevos socios en la empresa de “seguridad e inteligencia” Universal Control. Al frente, David Manners, presidente de la empresa. Detrás suyo, los asesores James Smith y Frank Anderson. En la última fila, Galimberti, John Allen y Flavio Anderson.

La nota contiene datos estratégicos que Caballero, por alguna razón, consigna pero no destaca. En su extensa y bien documentada biografía *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Caballero y el coautor Larraquy relatan, con cierta dosis de romanticismo, la heroica lucha armada supuestamente librada por Galimberti en la organización palestina Al Fatah, donde incluso habría sido herido de gravedad y llevado a curarse a Siria.

En el libro se reproduce parte de un artículo que Galimberti hizo publicar en la revista *Jotapé*, el 15 de abril de 1988, en homenaje al jefe militar de Fatah, Abu Yihad, asesinado por un comando israelí. Allí, el socio de la CIA expresaba, entre otros conceptos: “El mejor homenaje para su vida y su lucha ejemplar será el seguro triunfo del pueblo palestino y la unidad de la nación árabe, *balcanizada y fragmentada por la estrategia de los imperios*, como lo fuera nuestra América criolla”.

Sugestivamente, en la nota de *Noticias*, publicada apenas un año después del libro por el mismo autor, un pie de foto

aclara que el flamante presidente de Universal Control, David Manners, que fue director de Operaciones de la CIA, “es un experto en terrorismo islámico”, que en tal carácter continúa siendo consejero de inteligencia de la Casa Blanca y el Senado de los Estados Unidos. Más aún, según Caballero, este oficial “senior” “actuó contra el terrorismo palestino”. También puede leerse, en otro epígrafe de la misma nota, que el asesor James D. Smith fue jefe de estación de la CIA en Oriente Medio, la región donde Galimberti combatía como un león africano por el “pueblo palestino y la unidad de la nación árabe, balcanizada por los imperialismos”. Por si fuera poco, igualmente había peleado en Oriente Medio, el ex boina verde del Ejército de los Estados Unidos, John Allen, accionista de Universal Control. Supuestamente, en el bando contrario.

Tres datos clave son resaltados en un recuadro de la edición:

- Aunque se define como una compañía que sólo quiere hacer buenos negocios, Universal Control es la pieza clave de un ambicioso plan geoestratégico diseñado en Washington.
- Este plan —cuya fase local fue bautizada “Operación Oblicua”— combina el interés mercantil de empresas vinculadas a la defensa, con la *nueva agenda antiterrorista del gobierno de los Estados Unidos*.
- Quieren influir en la confección de los DNI (donde Universal ayudó a desplazar a la alemana Siemens), la informatización de los controles migratorios y los corredores aeroportuarios.

Este último dato alude al papel jugado por Universal Control y la Sindicatura General de la Nación, a cargo entonces de Rafael Bielsa, actual presidente de Aeropuertos Argentina 2000, en el desplazamiento del gigante alemán Siemens que, efectivamente, pagó gruesas mordidas a funcionarios menemistas para quedarse con el negocio de los DNI. Caballero sugiere que el duro dictamen de la SIGEN —que en aquel momento a muchos nos pareció ejemplar y moralizador— estaba vinculado con la amistad entre Bielsa y Galimberti y a su presunta asociación para desplazar a Siemens y colocar a Universal Control en lugar de la empresa alemana.

Una aclaración menor al pasar: el artículo de *Noticias* destaca que la propia embajada norteamericana sugirió pasarle a Universal Control la cuenta del Exxel Group de Juan Navarro, que se había quedado con el negocio aeroportuario de Alfredo Yabrán. Cuando escribí *Don Alfredo* y lancé la teoría de que la CIA había operado en torno del asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas para destruir a Yabrán, la misma *Noticias* se me echó encima de mala manera, y su actual editor, Edi Zunino, con quien suponía tener una relación formal pero cordial, llegó a escribir un editorial titulado “Qué asco”. Qué asco, diría yo, es escribir de manera impune y no reconocer que uno se equivocó, y la CIA, en efecto, le birló los negocios sucios a Yabrán, que era sin duda un mafioso, pero no menos delincuente que los espías gringos que traficaron armas y narcóticos.

“Galimberti & CIA” contiene varias perlas: una es el contacto frecuente entre Galimberti y Darío Richarte, un ex militante de Franja Morada y del “Sushi Group” de Antonito de la Rúa, que en el año 2000 era segundo jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado y me tuvo que recibir en su despacho para escuchar una denuncia muy pesada, sobre la que regresaremos en detalle. Richarte es cualquier cosa menos un político original: está muy vinculado con el gobierno de Cristina Fernández, su estudio de abogado defiende nada menos que al vicepresidente Amado Boudou y a otros funcionarios acusados de corrupción. Su designación como vicerrector de la UBA (Universidad de Buenos Aires), en abril de 2014, ha venido provocando la sostenida protesta de los estudiantes y la condena explícita de la FUBA, que lo ven como una verdadera intromisión de sectores reaccionarios y policiales en la que fuera una de las universidades más importantes de América Latina.

Pero lo más importante es lo que Galimberti revela sobre sí mismo y sus socios de la CIA en el artículo de marras:

Los conocí hace veinte años, en el 81. Peleando por lo mismo. Yo estaba en una organización panameña que prestaba ayuda a la contra nicaragüense. [¿Cómo, en el 81 no estaba en el Líbano peleando con los palestinos?] Queríamos evitar que Nicaragua fuera un nuevo experimento del castrocomunismo. Los montoneros oficiales apoyaban a los sandinistas. Nosotros, que habíamos roto en el 79, estábamos en el bando contrario. Eso era lo lógico. Allí conocí a esta gente, peleando por la libertad. Éramos y somos combatientes por la libertad. Defendemos los valores de Occidente.

En 1979, cuando Galimberti y Gelman protagonizaron la primera escisión de importancia en Montoneros, el “Vasco” Fernando Vaca Narvaja —que en tiempos recientes fue ministro en el gobierno oficialista de Río Negro— me dijo en un aparte, durante una reunión del Consejo Superior del MPM:

—Yo creo que el Loco es un agente. Creo que lo quebraron y lo convirtieron en noviembre del 76, cuando se borró durante quince días. ¿Te acordás?

Me acordaba perfectamente, el propio Galimberti me había contado la historia cuando lo reencontré en Roma, en 1977: un comisario de policía lo había reconocido, de auto a auto, y comenzó una persecución de película. El comisario abrió fuego y el Loco sintió un fuerte golpe en la cabeza. Pero no perdió el conocimiento y siguió huyendo, primero con el auto y luego a pie. Se metió en una villa miseria, golpeó una puerta y le dijo a la persona que le abrió: “Soy Galimberti, soy montonero, por favor, déjenme entrar”. Dicho lo cual, cayó inconsciente al piso. Los solidarios habitantes de la casucha lo guardaron y le curaron la herida (“un raspón, un roce, que dejó un surco, como el que deja un cigarrillo en un cenicero”). Una conmoción cerebral lo tuvo inconsciente durante quince días. Cuando recuperó el conocimiento les pidió a sus humildes salvadores que llamaran por teléfono a su compañera Julieta Bullrich, para que fuera a la villa a rescatarlo.

Extraño, rocambolesco, pero no imposible. Por lo menos no me lo pareció en aquel momento, tal vez porque habíamos perdido tanto que no queríamos perder la confianza en los compañeros.

—¿Te parece? —le dije a Vaca Narvaja, con cierta desconfianza a mi vez, porque no me parecía bien que la Conducción hubiera postergado una sospecha de semejante calibre por conveniencia publicitaria, para exhibirlo en el Consejo Superior.

—Mirá... —replicó el Vasco que tenía la experiencia personal de haberse fugado a tiros con un escopetazo en la espalda— no me quiso mostrar la herida. Se ofendió. Yo me saqué la camisa y le mostré la cicatriz que tengo acá atrás. Como para obligarlo a que hiciera lo mismo. Pero no lo hizo. Insistió en mostrarse ofendido.

Cuando, en 1987, lo que restaba de Montoneros se alió con Galimberti para saludar la visita del Papa y perdonar a los represores, me encontré en México con Vaca Narvaja y le recordé sus sospechas sobre el Loco, al tiempo que le cuestionaba el curioso perdón que estaban ofreciendo sin consultar a los familiares de las víctimas.

Sólo contestó el tema del indulto, que subyacía en la actitud “cristiana” de ponerle la otra mejilla al general Menéndez.

—Algunos opinan lo contrario. Dicen que no nos hemos corrido suficientemente a la derecha.

En 1995, cuando tuve la malsana curiosidad de verme con el Loco y me citó en el chetísimo Museo Renault, al verlo llegar en su Harley Davidson, socio de Jorge Born, de Susana Giménez y del cura pederasta Julio César Grassi, mi cabeza sobrevoló en un larguísimo *travelling* las residencias de Figueroa Alcorta, pasó sobre la multitud esperanzada, mojada, gaseada, negada, que un 17 de noviembre marchó a Ezeiza y, yendo hacia atrás, la mirada recorrió a los cosacos de la Montada y a los guasos cordobeses que les tiraban piedras hasta hacerlos recular...

Recuerdo.

Recuerdo el 17 de noviembre de 1972, cuando el Loco dijo a voz en cuello:

—El que tenga piedras que lleve piedras y el que tenga algo más, que lleve algo más.

O, después del 11 de marzo, cuando el Loco anunció la creación de “milicias populares”.

Frente a lo cual no hacía falta ser un Viejo Vizcacha como Perón para darse cuenta de que se trataba de una provocación grande como el Monumental.

Tal vez ya era, y no nos dimos cuenta, el camarada Malinowski.

XVIII

EL ESCRACHE DEL *STATION CHIEF* DE LA CIA

—Usted y yo somos primos hermanos —me dijo el mayor retirado Alejandro Brousson, jefe de 85, Contrainteligencia, en la jerga de los espías.

—Ah, sí... no recordaba el parentesco —respondí sonriendo con ironía. Al cabo yo lo había acusado en la revista *Proceso* de haber secuestrado en México a Enrique Gorriarán Merlo y haberlo trasladado clandestinamente a la Argentina.

Darío Richarte, el Señor Ocho, segundo de la SIDE en aquel momento (enero de 2001), nos observaba pálido y frío como una lamprea con corbata, sentado en su despacho de la SIDE.

—Digo que los espías y los periodistas somos como primos hermanos —pretendió aclarar el hombre de pelo cortado al cepillo y bigotes de morsa, que se esforzaba, sin éxito, por parecerme hospitalario.

A diferencia de Richarte, los dos contendientes estábamos de pie, relojéndonos.

Hasta que el Mayor se puso serio, intensamente serio, y apretando los labios bajo los poblados bigotes, lanzó:

—Yo no dirijo ninguna operación para asesinarlo.

Volví a sonreírle con extremada cortesía. La lamprea se removió en su butaca.

En 1997 yo había regresado definitivamente de Londres y trabajaba como reportero en *Página/12*, donde publicaba todos los domingos notas de investigación que solían causar bastante ruido y algunas molestias entre las genticillas del poder. Los viernes, cuando llegaba a mi cubículo, cargado de carpetas y anotaciones, no faltaba el colega joven que me preguntaba riendo:

—¿A quién vas a cagar este domingo?

Y siempre se repetía la misma broma entre compañeros de la redacción: la escena imaginaria del tipo que abría *Página/12* en la mesa del desayuno, encontraba su nombre en un titular, dejaba caer el pedazo de medialuna que estaba mordiendo sobre el café con leche hirviendo, se salpicaba la remera Lacoste y llamaba a los gritos a su mujer.

—¡Porota, vení!... ¡Mirá lo que escribió ahora este hijo de puta!

Era un final de época como el actual. El menemismo se veía obligado a marchar sacudido por escándalos de corrupción, con un añadido trágico: el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas, que recordaba en la macabra escenografía del hallazgo los crímenes de la Triple A.

En los finales de época se encienden las gargantas profundas, los heridos aprovechan para descargar sus reclamos, las rivalidades se desatan, las endeble solidaridades mantenidas por conveniencia se parten en mil pedazos, y el animal político, sobre todo el que engordó en los criaderos de pirañas del PJ (Partido Justicialista), huele la sangre y sabe adónde dirigirse.

Como diría el vicepresidente Amado Boudou, al ser indagado por el juez Ariel Lijo: se multiplican “los machos del *off*”. El bloque monolítico que presentaba el poder en tiempos de vacas gordas se agrieta y comienza a drenar pus. Los servicios secretos no son ajenos al fenómeno, y muchas veces lo anticipan con sus operaciones.

En ese río revuelto el periodista atento puede pescar primicias interesantes, como la existencia —por ejemplo— de un decreto “reservado” aumentándole el presupuesto a la SIDE en 30 millones de dólares, que el jefe de gabinete de la Alianza —el radical Rodolfo Terragno— se había negado a firmar y lo habían sacado igual, durante un viaje de Terragno a Madrid, con la firma de su reemplazante transitorio, el ministro del Interior, Federico Storani.

Los “treinta palos” se hicieron famosos porque estaba vigente el escándalo por la compra de votos peronistas en el Senado y se pensó que de allí salieron los fondos para el soborno. Así lo sospecharon los fiscales Eduardo Freiler y Federico Delgado, con los que yo mantenía una excelente relación. Así lo sospechó también el Síndico General de la Nación, Rafael Bielsa, por quien yo todavía sentía respeto y afecto.

Tan oscuro era ese decreto “reservado”, cuyo texto no podía leerse en el Boletín Oficial, que en octubre del año 2000 el presidente Fernando de la Rúa lo sacó con otro número y esta vez como un decreto normal, y lo hizo horas después de echar del gobierno a Terragno, como antídoto para su eventual protesta.

En ese río revuelto obtuve toda la información necesaria para denunciar el pago de sobornos de la empresa Siemens a funcionarios menemistas de primera línea, con el fin de obtener el contrato de los DNI y la informatización de las

fronteras.

En aquellas aguas turbulentas logré pescar la foto de un hombre normal, ligeramente parecido a su compatriota Howard Hughes. Con un bigote de los años cuarenta, cejas marcadas, pelo oscuro abundante y bien peinado, orejas grandes pero pegadas al óvalo facial. Un hombre que podría haber sido gerente de Ford o General Motors, pero eligió otro camino: el señor Ross Newland, *Station Chief* de la CIA en la Argentina.

El estruendo que produjo la publicación en el diario *Página/12* se escuchó en Langley, Virginia, y regresó a estas tierras convertido en queja de Washington por la actitud inamistosa de un medio argentino que “ponía en peligro la vida” de uno de sus agentes. Curiosa reacción de los campeones de la libertad de prensa: quejarse ante un gobierno subordinado de manera abyecta, como el de la Alianza, por lo que había hecho un diario que en aquel entonces era verdaderamente independiente.

La verdad es que hasta ese momento —que yo sepa— ningún medio en el mundo se había atrevido a publicar la foto de un jefe de estación de la CIA. Algunos habían destapado el nombre, pero nadie lo había exhibido.

La foto iba inserta en un informe exclusivo sobre la Secretaría de Inteligencia del Estado, a cargo en ese momento del alfonsinista Carlos Becerra, que mantenía la misma línea retrógrada, antipopular y pro norteamericana, que había caracterizado a su antecesor, el banquero Fernando de Santibañes, un amigo íntimo del Presidente, tan estólido como él, que había echado de un plumazo a mil agentes de la SIDE, no porque fueran represores (lo cual no le hacía mella) sino para “racionalizar” personal como lo haría en cualquiera de sus empresas.

Por una de esas paradojas que pueblan la historia argentina, el pro gringo de Santibañes terminó peleado con la CIA, cuando Newland descubrió que él y los agentes bajo su mando estaban siendo “caminados” por la gente de 25 de Mayo. La bronca siguió hasta que de Santibañes, herido de muerte por el *affaire* de los treinta millones, tuvo que dejarle el cargo a Becerra, que había sido secretario privado de Raúl Alfonsín en el primer gobierno de la democracia y era uno de los hombres de confianza del oscuro Enrique “Coti” Nosiglia.

Le tocó entonces al gelatinoso Richarte hacer las paces con la Compañía, sacrificando incluso algunos de los alfiles que habían “caminado” a los superespías. En ese momento, Ricardo López Murphy, un correligionario de Richarte que fungía como ministro de Defensa, acababa de firmar un convenio con su par norteamericano William Cohen para que los servicios de inteligencia militar de ambos países colaborasen entre sí en tareas de las que el ciudadano común no suele enterarse.

La Embajada frente a la cual se derrumbaban (y se derrumban) tantos calzones apretó también a *Página/12*.

A pesar de las diferencias antagónicas que hoy me separan del diario que ayudé a fundar, debo reconocer que la respuesta de la Dirección a esas presiones fue digna.

Siete días después de la primicia mundial, Ernesto Tiffenberg armó una portada compuesta con múltiples fotos de Newland y un recuadro en fondo negro al centro que llevaba por título “La foto que enloqueció a la CIA”. Un pequeño texto aclaraba:

La publicación en *Página/12* de la foto de Ross Newland, jefe de los espías norteamericanos en la Argentina, desató un escándalo: la CIA decidió trasladar antes de marzo a su ahora público hombre y se quejó al Gobierno por la responsabilidad en el caso de la SIDE, que ya en épocas de Santibañes había intentado controlarlo.

En las primeras páginas, dos informes especiales daban sustento a la portada: uno del ya fallecido colega Sergio Moreno, titulado “El gobierno salió a la caza del garganta profunda”, y otro de mi autoría, titulado “El espía que vuelve al frío”, donde anticipaba que Newland debía regresar a casa debido al destape de su imagen, algo muy mal visto en la profesión del misterio.

Para demostrar que la foto no era la flauta que el burro sopló por casualidad, incluía una ficha con los gustos personales del *Station Chief*, un cincuentón que llevaba tres años en Buenos Aires. Un año más de lo que se estila en estos destinos.

Newland era “bostero” y frecuentaba la Bombonera; le gustaba el tango y se animaba a bailarlo con la espía local María Esther Mitchel, en pistas de jerarquía como Maipú 444. Los fines de semana se agasajaba con un buen asado y lo regaba con un vino regularón, bastante perfumado como es el Comte de Valmont. También apreciaba los helados de Freddo, que degustaba en la heladería que está frente al golf. Su favorito: un cucurucho de dulce de leche y granizado de chocolate; dos gustos que no abundan en USA. Durante la semana cambiaba figuritas con personajes de la fauna política y empresaria local, almorzando en el restaurante Querandí, de Perú al 300, donde todavía permitían a los postres fumarse un puro o un Gitane.

Ross, pobre, había cometido un error imperdonable para un espía yanqui, que era haberse enamorado del peronismo,

hasta permitir que ese amor interfiriese con su trabajo. Así, informó a Langley que en las elecciones presidenciales de octubre de 1999 se impondría Eduardo Alberto Duhalde, y De la Rúa le arruinó el pronóstico arrollando al candidato del PJ.

Es que en la era menemista, definida por el ex canciller Guido Di Tella como la de “las relaciones carnales” con los Estados Unidos, Newland había sido el consentido del poder local.

El anterior Señor Cinco, Hugo Anzorreguy, un ex abogado laboralista que había retornado prudentemente a las costumbres de cheto que le heredó su familia, solía invitarlo a presenciar partidos de polo en el remanso verde de Palermo o lo llevaba a esquiar a Bariloche, con la generosidad que otorga tener la billetera repleta de fondos reservados. Una política de mangas anchas que le valdría a Cinco una condecoración de la famosa “Compañía”.

Ross, por su parte, se permitió recomendarle a “Hugou” a la traductora pública María José Cassina (hija del coronel Alberto Cassina) para que atendiera a la delegación de la SIDE en Washington.

Los norteamericanos, que critican *the corruption* en abstracto, son bastante asequibles a los mimos de los corruptos, así que el agente se dejaba querer.

En cambio, de Santibañes, con la torpe simpleza que suele caracterizar a los empresarios, quería tener relaciones directas con Langley sin pasar por el filtro de Newland. Por eso suspendió los intercambios anuales de agentes pactados con Anzorreguy en 1998, incrementó las relaciones con el FBI, gran rival de la CIA, y contrató a un ex analista de la Compañía, Brian Latell, para que diera un curso de cinco días en la ENI (Escuela Nacional de Inteligencia), con un confortable estipendio de 50 mil dólares y alojamiento en un hotel de cinco estrellas, pero olvidó consultarlo antes con el *Station Chief* que lo anotó en su libro de agravios.

El 11 de marzo de 2001 volví a ocuparme del tema en una nota de *Página/12* que pudo haberse interpretado como un desafío. Bajo el subtítulo “La casa de la calle Estados Unidos”, escribí:

Es posible e ilustrativo para nuestros lectores saber hacia dónde apuntan sus cañones los hombres de la Compañía.

Según fuentes de la inteligencia norteamericana, la manzana podrida de donde habría salido el gusano de la foto sería la famosa División de Contrainteligencia. Conocida a secas como “85” en la jerga de los servicios de informaciones. Esta unidad, con base en un local de la calle Estados Unidos, está dirigida por el mayor retirado del arma de Ingenieros del Ejército, Alejandro Brousson (alias Alejandro Busquet). Un ex carapintada que en tiempos de Anzorreguy organizó el secuestro de Enrique Gorriarán Merlo en la localidad mexicana de Tepoztlán.

Para los norteamericanos, el pasado “carapintada” y por ende presuntamente nacionalista de Brousson lo convertiría en una suerte de “Vladimiro Montesinos” argentino, aludiendo al tenebroso jefe de los servicios secretos del ex presidente peruano Alberto Fujimori. El Mayor utilizaría, para “aprietes” y extorsiones varias, los videos filmados por un gran cineasta de las catacumbas: el señor Jaime Stiuso (alias Stiles), vinculado por algunas fuentes a las grabaciones en el burdel para gays al que acudía el juez con licencia Norberto Oyarbide. La CIA cree, directamente, que de la casa de la calle Estados Unidos han salido los presuntos sobornos para los senadores y todas las “operaciones” más oscuras del último decenio, entre las que incluyen coimas a jueces, políticos y periodistas y extorsiones a importantes personalidades de la vida política argentina, incluyendo a los propios hijos del presidente De la Rúa.

En “85”, destacan los espías del Norte, Brousson cuenta con una sombra tenebrosa: un suboficial de apellido Campos, conocido en el inframundo de los *services* como “Campitos”. Según la fuente de esta nota, Campitos sería un criminal que en tiempos de la represión clandestina actuó en el Batallón 601. Él manejaría los operativos sensibles y de ganancia personal del “Montesinos” local. Y habría sido, según el enfoque de la CIA, el hombre que nos dio la foto de Ross Newland.

Es cómico que Campitos y el propio Brousson hayan transpirado mucho en los últimos días bajo el dedo acusador de la CIA, que puede costarles de una vez el puesto, el estatus y los negocios que se derivarían de su posición en Contrainteligencia. Ambos habrían jurado y perjurado que ellos no le pasaron a este cronista ninguna foto. Que ni siquiera conocen al autor de esta nota. Por las razones antedichas, nada se aclarará por esta vía. Que lo averigüen unos y otros, que para eso les pagan.

Había cierto desafío deportivo, y recogieron el guante. Mi vida, sin yo saberlo, estaba en peligro. Pero alguien que estaba muy cerca de “Don Valentín Lacrado”, como los tipos de la SIDE y la CIA llamaban a su rival de la KGB, tuvo la amabilidad de llegar, de improviso, a la puerta de mi casa y decirme, con una sonrisa cortés que no alcanzaba a

disimular la ansiedad:

—¿Estás solo? ¿Podemos hablar dos minutos?

Cerré la puerta y el Topo comenzó a contarme, sin siquiera sentarse.

XIX

EL TOPO ME SALVA LA VIDA

Lo recuerdo perfectamente, recortado entre el comedor, la sala y la cocina abierta a los otros ambientes: delgado, ojeroso, con un rostro pálido que evocaba escenas del cine francés de los cuarenta. Insertado abruptamente en la cotidianidad de mi casa, para alterarla sin remedio:

—Te van a matar. Te lo aviso. No es joda. Van a tratar de que parezca un incidente callejero. El que lo planea es el mayor Brousson (que está recaliente por lo que escribiste en el diario y por lo que le dice la CIA) y el que lo va a ejecutar es el suboficial Campitos, el del robo de armas en Campo de Mayo, un verdadero asesino.

Le creí de inmediato, el Topo nunca me había dicho boludeces.

Pregunté. Se lo había confesado un marino que revistaba en la SIDE y, como es lógico, no me tenía ninguna simpatía personal. El Topo entró en detalles sobre la revelación:

—Cuénteles —me dijo—, aunque estamos en las antípodas ideológicas no quiero que lo maten como a un pajarito. Al fin y al cabo es un tipo coherente.

Le creí de nuevo. No era la primera vez en mi vida que me salvaba el aviso oportuno de alguien ubicado en la vereda de enfrente. Recordé a mi amigo Julio Bortnik, el periodista que le escribía los discursos a José Ignacio Rucci, llamándome por teléfono la misma noche que mataron al secretario general de la CGT.

—¿Qué hacés ahí? —dijo Bortnik.

—Cómo que hago acá, es mi casa —respondí sin cachar la onda.

—Tomátelas, ¡ya! ¿Me entendiste?

Entendí. Levanté de inmediato a toda la familia. Agarramos los bolsos. Esa noche los horribles aparecieron por los techos linderos al jardín de mi departamento en la calle Moldes, afortunadamente vacío. Varios vecinos los vieron y llamaron a la policía. Al día siguiente, a una cuadra de distancia, los rucistas asesinaron a Enrique Grinberg de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), delante de uno de sus hijos pequeños.

Ahora, en la democracia delarruista, se repetía la historia.

Apenas el Topo se fue, abrumado por mis agradecimientos, me puse a pensar en el paso siguiente. Llamé a Beto Borro, mi viejo amigo, y le conté lo que acababa de ocurrir. Beto se lo tomó en serio y vino de inmediato para mi casa.

Decidí entonces agarrar al toro por las astas, conseguí el celular personal del Señor Cinco Carlos Becerra y lo llamé, a pesar de que ya eran más de las diez de la noche.

—Buenas noches doctor Becerra, soy Miguel Bonasso y lo llamo para avisarle que gente de su Secretaría planea mi asesinato. Tengo información precisa de quiénes son y cómo piensan hacerlo.

Imaginé que escucharía un ¡plop! como el de las historietas, pero en cambio oí la voz preocupada, aunque serena, del Secretario de Inteligencia del Estado.

—Bonasso, ¿puede venir ahora para acá? Lo espero.

Le advertí que iría con Borro. Quería un testigo de confianza a mi lado. No opuso ninguna objeción.

Serían ya más de las once de la noche, cuando tocamos el timbre frente a la puerta espejada de la calle 25 de Mayo. Hubo un movimiento en las sombras, y el portal se abrió. A nuestras espaldas, la calle desierta, como todas las de la City a esa hora. Entramos.

Beto me había aconsejado inteligentemente:

—Decile que no pensás hacer nada con esta denuncia, que todo está en sus manos.

Era, exactamente, lo que yo estaba pensando.

Un personaje hermético, fríamente cortés, nos condujo en el ascensor del secretario hasta el quinto piso. Allí nos recibió otra sombra, que nos trasladó a una sala, con un gran sofá circular y una mesa, al medio, cargada con revistas de actualidad política.

No tuvimos que esperar casi nada. Se abrió una puerta lateral y apareció Carlos Becerra, informal, en camisa.

—¿Qué piensa hacer? —fue la primera pregunta del secretario. Nos miramos furtivamente con Beto.

—Nada —contesté.

—Nada —repitió incrédulo el secretario.

—Nada —insistí, sonriente—. Yo podría sacar esto en la portada de *Página/12* mañana o citar a una conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros. O escribir al menos una nota. Pero no pienso hacer nada de eso.

Becerra puso cara de sorprendido, pero en realidad estaba inquieto, tratando de descifrar cuál sería la maniobra.

—Esto, señor secretario, está en sus manos. Usted dirige una institución que fue secreta y criminal durante la

dictadura, pero esperamos que sea muy distinta en democracia. A usted le toca averiguar si la denuncia que le traigo, y para mí procede de fuentes absolutamente fidedignas, es cierta o falsa.

Becerra alzó el bigote alfonsinista:

—Pero... al menos... ¿no va usted a presentar una denuncia judicial?

—No, señor secretario. Ya se lo dije, no pienso hacer nada.

El subrayado de *no pienso hacer nada* rindió frutos: Becerra se inclinó hacia mí y me soltó en voz baja un trabalenguas:

—Mire, no está del todo descaminado: la CIA dice que usted les dijo que la foto se la había dado Brousson.

Era todo irreal, los sillones funcionales color crema, la tele, el revistero, las apariencias de una oficina como todas, convenientemente aséptica y aburrida.

—No conozco al mayor Brousson —respondí y tuve una súbita inspiración—, pero ahora quiero conocerlo.

Becerra se puso en secretario de Estado.

—Como comprenderá no puedo propiciar un careo entre usted y un subordinado mío.

—No hace falta que lo propicie ni lo presida. A mí me basta con llegar a Brousson como sea.

—Está bien... —concedió mientras se levantaba nervioso hacia la mesa donde estaban los teléfonos de la RED.

—Por lo menos le voy a poner una custodia —me dijo con sincera preocupación.

Beto miraba a uno y otro con expresión transparente: “Es cierto lo que te dijo el soviético —parecía decir—, te querían bolear”. Becerra se comunicaba en ese momento con el comisario Rubén Santos, jefe de la Policía Federal, y le avisaba que yo corría un gran peligro. Menudo reconocimiento de la conspiración.

—Doctor... —interrumpí suavemente—. No quiero custodia, no quiero que me vigilen.

—Bueno... —replicó Becerra—. Pero al menos deje que le pongan un hombre de consigna frente a su domicilio.

Ese criterio me pareció correcto. En los setenta habían metido una bomba en mi casa y otra en mi oficina, ahora podían lastimar a mi mujer y a mi perro, Poncho. No estaba mal que hubiera un agente frente al caserón de la calle Uriarte.

Cuando colgó con Santos, el secretario se volvió hacia mí ligeramente agitado. Hubiera podido ser un pasable Richelieu en el teatro francés. Quizá con las guías de los bigotes más puntiagudas y dobladas hacia arriba.

—Hay algo que yo tengo que hacer... —me advirtió con seriedad— o violaría mis deberes como funcionario público. Yo debo denunciar este hecho ante la justicia.

—Estoy totalmente de acuerdo. Está en su derecho y es su deber. Si usted hace la denuncia, yo lo respaldaré con mi testimonio si es necesario.

El tipo estaría con el Coti o con Mongo, pero había jugado como un caballero. Me despedí cordialmente. Cuando llegué a mi casa, las luces rojas y azules rebotaban contra las paredes del barrio. Había unos seis patrulleros. El jefe del operativo vino a mi encuentro.

A la mañana siguiente, mientras iba con el auto por el Bajo, sonó el celular, era Darío Richarte. Una voz meliflua, encorsetada en una cortesía oficinesca que apenas disimulaba el asco profundo de tener que dirigirse a un ser como yo:

—¿Sigue queriendo hablar con el mayor Brousson?

—Sigo.

—¿Le parece bien a las cinco de la tarde?

—Me parece perfecto.

—¿Dónde? ¿Tiene algún lugar de preferencia? ¿Prefiere en su casa?

—Prefiero en 25 de Mayo.

—¿En 25 de Mayo?

—Sí.

Becerra había cumplido de manera astuta, jugando a través del segundo.

A las cinco de la tarde llegué a la oficina del actual vicerrector de la UBA y se produjo la escena que el lector ya conoce. Brousson, decidido a ser mi pariente o a buscar algún terreno común, y la lamprea con corbata, gélido en su butaca de Segundo, mirándome con odio indisimulable.

No imaginaban lo que estaba por decirles.

—Espero que, como buenos profesionales, me estén filmando. Si es así, voy a decir a cámara —y miré a un punto neutro en el despacho, a espaldas de la lamprea— que yo estoy conociendo al mayor Brousson en este momento y que él, categóricamente, no me entregó la fotografía del señor Newland. Es más, sepan los que filman que jamás, ni bajo tortura, voy a revelar quién me dio la foto.

Brousson, como un capitán de caballería del siglo XIX, se pasó un dedo por el bigotazo y cabeceó en relación a

Lamprea Richarte.

—Vio, doctor, yo le dije que Bonasso sería mi mejor coartada.

—Y tanto —agregué yo, agrandado por la mirada de estupor de la Lamprea—. Usted debería enviarme todos los días un tubo de Redoxón Roche —dije, dirigiéndome al mayor carapintada— para que yo no tenga ni un resfrío. Porque está clara la jugada de la CIA: quieren que usted me mate para deshacerse de dos enemigos en una sola jugada.

En la literatura un buen capítulo debiera terminar con la frase anterior. En la realidad, Darío Richarte, molesto porque la jugada había quedado al descubierto, comenzó a enhebrar críticas leguleyas a mis notas sobre el encontronazo entre la CIA y la SIDE.

Me molestó el tono profesoral del regaño y decidí demostrarle que yo era un tipo verdaderamente desagradable.

—¿Usted pertenece al Sushi Group, no?

Se calentó y comenzó a balbucear impropiedades.

No tendría mayor importancia si su carrera se hubiera perdido en el olvido, pero ocurre que fue rescatado por este gobierno nacional, popular, democrático y progresista. Como muchas otras fichitas de la Alianza: Nilda Garré o Diana Conti, para citar dos ejemplos bastante representativos. Richarte es abogado de Amado Boudou y, ahora, resistido vicerrector de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

La historia de la custodia que Carlos Becerra insistió en instalar frente a mi casa es muy interesante, porque se relaciona con los vaivenes políticos sufridos en los últimos catorce años.

El episodio más dramático se produjo en noviembre de 2002, y vale la pena relatarlo más adelante porque fue un atentado en regla, en el que se dispararon más de doce balazos contra el policía que custodiaba mi casa.

Por algún motivo, los gobiernos que se sucedieron en estos años mantuvieron la consigna policial. Es altamente probable que considerasen un mal negocio político que a mí, o a personas allegadas a mí, alguien pudiera hacernos daño. Esta decisión razonable, previa a mi elección como diputado nacional durante dos períodos (2003-2007 y 2007-2011), se cortó abruptamente el 24 de octubre de 2011, cuando yo todavía era legislador. El mensaje era transparente: el Señor todo lo da y todo lo quita, alabado sea el nombre de la Señora que veinticuatro horas antes había ganado por el 54 por ciento de los votos.

Nilda Garré, entonces ministra de Seguridad, contestó mi reclamo con prosa policial, argumentando que la custodia de marras no se sustentaba en ninguna orden judicial. Es posible que sea cierto, como ciertas son mis denuncias judiciales sobre las múltiples agresiones sufridas desde ese momento, que incluyeron la invasión de la casa (en septiembre de 2013) junto con el robo de *notebooks* y material informativo sumamente delicado. Aunque el hecho fue caratulado inicialmente como “robo”, mi larga experiencia política me inclina a pensar en otra travesura de los desconocidos de siempre.

Tampoco se sustentan en orden judicial alguna las acciones del cuerpo secreto de la Policía Federal, que estuvo al mando de la doctora Garré cuando era ministra de Seguridad y operaba con espías como Américo Balbuena, para infiltrar organizaciones de izquierda, tal cual hemos visto en el capítulo XVI de este libro.

Tal vez sería bueno que uno se diera una vuelta por Washington, para visitar a Nilda en la OEA (Organización de los Estados Americanos) y, de paso, comentar estas irregularidades con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Preguntarles a ella y al filósofo Forster por qué un gobierno nacional, popular, democrático y progresista sigue utilizando un Cuerpo Secreto creado a comienzos de los sesenta, mediante un simple decreto, durante la dictadura militar del general Juan Carlos Onganía. ¿Se le pasó este dato a todos los gobiernos de la democracia? ¿Fue un descuido de treinta años o desnuda lo obvio para cualquier filósofo peso mosca: que la última ratio del Criptoestado es la violencia antipopular?

Una reflexión final para cerrar el tema Garré, culpable también de haber amadrinado el Proyecto X de la Gendarmería y haber defendido al General-Espía Gerardo Santos del Corazón de Jesús Milani. Por varios servicios prestados a la causa y a la ministra, entre ellos la entrega de las famosas listas del 601, donde hay compañeros de militancia del General-Espía, como el secretario general de la UOCRA (Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina), Gerardo Martínez, que comenzó su carrera sindical como buchón del Ejército. Lista en la que figura, por supuesto, el propio Milani, dato que no bastó para enfriar el calor de la defensa asumida por la doctora Garré.

En política no es bueno hacer presentaciones. En el año 2000, yo era catorce siglos más ingenuo de lo que soy ahora y armé una presentación de mi libro *Diario de un clandestino*, en el teatro Roma de Avellaneda, mezclando al desconocido Néstor Kirchner, a la sazón gobernador de Santa Cruz, con la doctora Garré, que venía de ser subsecretaria de Interior en la desdichada gestión presidencial de Fernando de la Rúa.

Como decía el agente Galimberti, que la conocía bien: “Cuidado con la Garré. Porqué Garré de acá, Garré de allá, etcétera”. Otros me advertían ya entonces (al comienzo del año 2000) sobre esta veterana dirigente justicialista, a la que algunos servicientros anticuados acusan injustificadamente de ex montonera. “Guarda, que no es lo que vos

pensás — me decía un amigo que la conocía bien—: preguntale cómo hizo para conseguir los dos registros del automotor que tiene. Preguntale quién se los dio.”

Reitero, en mi infinita candidez de aquellos años, la consideré una amiga y una heroína de mi libro *El presidente que no fue*. Creo que ya conviene irle dando una repasada a varios de mis héroes librescos, que en la vida real resultaron bastante chuecos.

En 2003, yo conducía en Diputados el bloque Convergencia y llegamos a sumar un número de legisladores que nos habilitaba para aspirar a la vicepresidencia tercera de la Cámara. En Palacio pensaron que era demasiado para un recién llegado a la política profesional como yo y no tardaron en bajarme de un hondazo. Dos diputadas se ocuparon de la faena: la frepasista Nilda Garré y la justicialista metropolitana Juliana Marino, embajadora kirchnerista en Cuba desde septiembre de 2008.

A Ross Newland no le fue tan bien: el destape de *Página/12* afectó su carrera. Yo, por mi parte, ya daba por concluido el episodio, cuando un hombre que vestía un jogging gris y lucía una barba con rulos de estatua llamó a mi puerta.

XX

BIELSA Y EL MISTERIO DEL SÓTANO PERDIDO

—Le debés la vida a Galimberti. Él paró a los de la CIA que te iban a matar.

No pude evitarlo, me cagué de risa en su cara. Por un instante imaginé a George Tenet, con el escudo del águila a sus espaldas, asintiendo como un *yesman* ante la orden del temible socio sudamericano. (Por suerte hay un testigo de la ridícula escena, en caso de que a Rafael Bielsa se le diera por desmentirla.)

Se ofendió, con gesto de tribuno decimonónico, en rudo contraste con la posmodernidad del jogging sudado.

—Creeme o no, pensá lo que quieras, pero Rodolfo te salvó la vida.

Era una maniobra burda, para enaltecer ante mis ojos a un tipo que yo entonces consideraba un traidor y en realidad era un agente. Una maniobra nada inocente, dados sus vínculos personales y societarios con mi presunto salvador. Obviamente no le dije que las cosas eran exactamente al revés y que mi salvación se debía —en todo caso— a los antagonistas de la CIA en la Guerra Fría: los viejos espías del Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti, más conocido como KGB o El Centro. No le dije que el aviso oportuno me había llegado a través de uno de los estrechos colaboradores de Don Valentín Lacrado.

Aunque ya no lo estimaba como antes, a causa precisamente de su estrecha relación con Galimberti, aún pensaba que Rafael Bielsa era un compañero de ideas y de militancia, alguien que se había jugado en la SIGEN con el tema de los DNI y los sobornos del Senado, que había apoyado algunas de mis investigaciones en *Página/12*. Tal vez era un poco mitómano y presuntuoso, pero no lo veía para nada como el ser oscuro y despreciable que vine a descubrir con los años.

La primera señal de alarma se encendió en esa época, cuando la “Negra” Susana Viau, una gran profesional que perdimos en 2013, me paró en el comercio de electrodomésticos donde habíamos coincidido por casualidad para decirme:

—Ojo con Bielsa. Yo sé que vos sos muy amigo, pero tené cuidado con ese tipo que no es trigo limpio.

Unos meses antes, Bielsa había lanzado en la Feria mi libro *Diario de un clandestino*, compartiendo la mesa con Néstor Kirchner, a quien yo lo había presentado en ese o en otro momento de aquellos tiempos ingenuos, en los que me dedicaba a conectar frepasistas con pingüinos. (Por cierto, muchos de los que introduje en la Casa de Santa Cruz hicieron carrera en los gobiernos K.)

La Negra Viau manoteó en su cartera un papel arrugado y me lo extendió.

Era un recibo de sueldo de Rafael Bielsa como funcionario público de la dictadura militar, en 1981.

Me quedé helado. Le hice mil preguntas sobre su autenticidad. Años más tarde pude comprobar que era auténtico y que Bielsa ni siquiera lo negaba. Lo explicaba, que es precisamente el oficio de los abogados y los curas: explicar lo inexplicable.

Comenzaba a irse el último día del 77 cuando vinieron a buscarlo. La canilla del lavatorio refulgía con el bermellón del crepúsculo y la carota achinada del guardián se iba consumiendo, hasta convertirse en un ídolo dorado que reverberaba en la penumbra. Le sacaron esposas y ligaduras y pudo salir sin capucha, a cara libre, al jardín donde iba creciendo la noche.

Acompañado del guardia y seguido a pocos pasos por el Tío Retamar, comenzó a renguear hacia la casa, hacia la gente.

El césped estaba mojado por la lluvia reciente; el agua de la piscina copiaba los tonos violáceos del atardecer; debajo de los árboles añosos, la sombra anidada se iba extendiendo.

Caminó como en un sueño hacia la casa principal y los fue viendo. Escalonados, a tramos, ambivalentes en la luz fugitiva. Algunos rostros eran solamente una mancha azulada. Los reconocía igual. Por la altura, por la forma de estar parados o de caminar, por la manera de rascarse la nariz o pasarse una mano por el pelo. Hacían cosas que le costó entender. Pero sobre todo algo que lo afectaba de un modo muy particular: lo estaban esperando.

En marzo de 1997, veinte años después de aquel terrible reencuentro del Pelado Dri con sus compañeros

desaparecidos, veinte años después de esa alucinante caminata sobre el césped de la Quinta de Funes, volví sobre los pasos de Jaime y me estremecí al reconocer instantáneamente la escena del crimen. Por supuesto, yo había leído con devoción *Operación Masacre*, y Rodolfo Walsh me había conmocionado cuando eliminó el efecto paisajístico que se lo ocultaba y descubrió que estaba situado en el lugar exacto de la masacre.

Dri había sido de una precisión milimétrica en la descripción de la Quinta de Funes y el parque arbolado que rodeaba la casa principal, donde el general Leopoldo Fortunato Galtieri creyó que Tucho (devenido un Rommel criollo) había traicionado a Firmenich (Hitler) para acortar la guerra y reducir sus trágicos costos.

Funes fue uno de los primeros operativos periodísticos (y existenciales) que emprendí tan pronto regresé a la Argentina en febrero de 1997, y me sacudió hasta los cimientos. Yo había descrito la topografía de la Quinta a ciegas, guiado por el relato de Dri, y era como si hubiera copiado, píxel a píxel, una foto digital de ese barrio residencial de Rosario. Las distancias, las proporciones, que suelen ser escamoteadas o tergiversadas por la memoria, eran tal cual las había descrito el protagonista de *Recuerdo de la muerte*, en la cocina mexicana de Mariano Escobedo 692, un día o una noche cualquiera de 1981.

Viajé a Funes con el acompañamiento periodístico del fotógrafo Alberto Gentilcore y el apoyo moral de dos mujeres excepcionales: Alicia Gutiérrez (que había sido la compañera del “Cabezón” Eduardo José Toniolli) y María Cecilia Nazábal (ya fallecida), la mujer de Fernando Dante Dussex (el Juan Dubcek de mi libro). Ninguna de las dos quiso trasponer el portón de entrada, y yo lo entendí perfectamente.

Con el fotógrafo Gentilcore (corazón gentil) dejamos de mirar aquel portón castrense, con el cartelón, la bandera ornada por el sol de guerra y el letrero: CASCO LA ARGENTINA. Funes, y nos internamos en la quinta, a la brava, sin aviso, recorriendo unos doscientos metros por el arbolado parque, hasta que nos salieron al cruce tres personajes con cara de pocos amigos. A espaldas del insolente trío, varios desconocidos disfrutaban de la pileta donde Tucho y María (embarazada) hablaron de las consecuencias que tendría para ellos, para su pequeño hijo Sebastián y para el hijo (o los hijos) por venir, la bomba que unos días más tarde estallaría en la Operación México.

Ahora, veinte años después, los represores venían a interrogarnos en traje de baño y ojotas. Uno bajo, cetrino, de bigotes, con el pelo sospechosamente rapado, se presentó como “el compañero” de la hermana del dueño, que era el general Esquivel, “casado con una princesa de Mónaco”. A quien —admitió— “no tenía el gusto de conocer”. Cuando le dije quiénes éramos y a lo que íbamos, me observó con una sonrisa nerviosa, que pretendía ser incrédula, y negó en redondo que la quinta hubiera sido un campo de concentración en tiempos de Galtieri, a pesar de los fuertes rumores entre los pocos vecinos del barrio que quisieron enterarse. “El general Esquivel la compró después del Proceso, en 1986”, dijo para esquivar cualquier tipo de acusación. Él tuvo que refaccionarla y mantenerla, porque había estado mucho tiempo abandonada, a merced de ladrones y cirujas que desmantelaron el chalet principal.

Era demasiado disparate: de golpe se colaba Roberto Arlt, con sus quintas, sus locos y sus lanzallamas y, de postre, una princesa monegasca. Y un falso general, porque el mal encarado no tardó en confesarnos que el “general Esquivel” había comprado el título en Mónaco, igual que su esposa, la no menos falsa princesa.

Otro de los tipos, un flaco de rostro anguloso y bigotes como manubrio, le advirtió a nuestro interlocutor que no “hablara de cosas íntimas delante de los periodistas”. En medio de un diálogo que se iba tornando cada vez más áspero, se acercó un sujeto más normal, que dijo conocerme y se presentó como Omar Sapienza, director de Radio Nacional de Rosario. Haciendo honor a su apellido, Sapienza evitó mezclarse en el lío. Yo me iba calentando y les dije que allí, en esa quinta, habían asesinado a compañeros míos.

Entonces la vi venir: morocha, petisa, mal encarada y mucho más agresiva que los hombres. Era nada menos que la hermana del falso General Esquivel. Con voz chillona y agria negó que la Quinta hubiera sido un centro de detención clandestina, como lo aseguraban tantos testimonios y la propia Conadep, y confesó que trabajaba en la policía desde 1975, en los tiempos terribles de Agustín Feced. Evitó responder mis preguntas sobre las torturas atroces que se aplicaban en aquella época y, mirando hacia la tranquera, me preguntó con voz destemplada:

—¿Quiénes son esas mujeres? ¿Qué hacen ahí?

Le expliqué que eran las viudas de dos de los secuestrados que habían pasado por esa quinta para no reaparecer jamás, y volvió a sonreír con incredulidad y desprecio, obligándome a preguntarle en qué país vivía y si sabía que había 30 mil desaparecidos. Lo que enfureció a uno de sus acompañantes, que me reprochó “el tonito irónico”. Otro, más diplomático, se me acercó y me propuso en voz baja: “Investigala y, si encontrás algo raro, quemala, pero no la escraches de entrada, es una pobre mina”.

No daba para más, enfilé hacia el portón para reencontrarme con Alicia y Cecilia y se produjo un conato de incidente cuando los tipos retuvieron al fotógrafo. Regresé dispuesto a las piñas, pero el propio Gentilcore me explicó que lo habían retenido para rectificar un dato: el general Esquivel no había comprado la quinta en 1986, sino en 1990.

En el regreso a Buenos Aires me iba preguntando por qué todo en la Argentina culmina inevitablemente en el

grotesco. Incluidas las peores tragedias. Hoy, cuando algunos militantes de HIJOS y La Cámpora hablan de la “resignificación” de la ESMa, a partir de chorceadas contra natura, me digo que el General Esquivel y la Princesa monegasca tal vez fueran dos pioneros.

La nota fue publicada en *Página/12* el domingo 30 de marzo de 1997 y republicada por el mismo diario el lunes 13 de enero de 2003. En ambas ocasiones fue acompañada por un recuadro titulado “El tipo está loco”, que firmaba Rafael A. Bielsa y narra presuntas peripicias que le habrían ocurrido durante su presunto secuestro en la Quinta de Funes.

“*Llegué a Funes promediando el 77*”, empieza la nota sin mayores precisiones de fecha. Aunque sí de lugar: “Cuando me detuvieron a las siete y media de la mañana y a cincuenta metros del trabajo, los Tribunales Federales de Rosario, mi primer pensamiento fue ‘lo que durante tanto tiempo esperaste que sucediera, por fin sucedió’”. Cuenta que lo encapucharon y lo trasladaron en un Renault 12: “Así entré en la casa de Funes”. “Esas paredes son para mí como un Aleph, un punto del espacio donde están todos los puntos, hecho de sótano, ayes, tabiques delgados, etcétera.” Relata luego cómo lo torturaron y, en un alarde pseudoliterario, absolutamente innecesario para un testimonio sobre torturas, imagina un tipo que “estaba parado a la altura de la cabecera, con un tono recargado en polvo cósmico, como desde el corazón beatífico mismo de una tormenta sideral (que) dijo: ‘Va a costar. El tipo está loco’”. Después narra un simulacro de fusilamiento del que habría sido víctima en el exterior de la casa y cierra con la presunta visita que le habría hecho Galtieri en persona, como a Tulio Valenzuela: “Otra noche hubo rumor de precipitación, corrimiento de muebles. ‘Ya llegó’ fue anunciado. *Bajaron al sótano donde yo estaba*, me sentaron en una silla, me quitaron el candado y la larga cadena que me inmovilizaba a la baranda de la escalera y alguien apareció. Se sentó frente a mí y en otra silla apoyó la gorra. Por debajo de la capucha pude verla, el alarde de los entorchados me hizo pensar que se trataba de un jefe”. Circunstancia de la que se habría dado cuenta cabal recién cinco años más tarde, en abril de 1982, cuando relacionó “esa voz, hecha para la radio de galena (astigmática, pedregosa, astillada, ebria)” con la que le habló al país a causa de Malvinas.

Todo era posible, con una excepción que compromete todo el relato y en su momento me lo aseguró el propio Jaime Dri: en la Quinta de Funes no había sótano.

Sin embargo, Rafael Bielsa recalcitó en el inexistente sótano de Funes. En enero de 1999, casi dos años después de la publicación de mi primera nota y su recuadro “El tipo está loco”, me encontré al Rafa en cercanías de mi domicilio y su gimnasio y me contó una historia alucinante —que ya no sé si es cierta— pero debo confesar que en ese momento se la creí. La cosa era así.

En junio de 1998, su hermano, el “Loco” Marcelo Bielsa (que en 1999 pasó a ser DT de la Selección Nacional) entrenaba al Español de Barcelona bajo un sol de fuego, “cuando los vio avanzar, paralelos a la raya de cal. Ella era una mujer rubia que vestía un largo vestido rosa y se cubría con un parasol del mismo color. Él, un gordo petiso, de bigotes, enfundado en un traje claro y una remera negra de cuello cerrado. Cuando llegaron junto al técnico, el Gordo dijo. ‘Señor Marcelo, permítame presentarle a la Princesa y a un servidor, el general Esquivel’. Esquivel, que no murió ni fue guerrero sino que tiene un previsible apellido italiano, felicitó a Bielsa por haber “preferido ser el DT de la Selección Nacional, antes que seguir disfrutando el oro de los ‘godos’, como llamó a los catalanes”.

Para hacerla corta: los dos bizarros personajes le propusieron a Marcelo, a quien suponían adicto a Funes por su papel como entrenador de Newells Old Boys, venderle las dos hectáreas de la quinta. En noviembre de 1998 el DT recordó la propuesta y le dijo al señor Lucho, su mano derecha: “¿No me acompañás a Funes a ver las hectáreas de la Princesa?”. Fueron con Inés, la hija de Marcelo, ubicaron el lugar que les pareció magnífico y tocaron el timbre. Los atendió un hombre que se identificó como chofer de ómnibus de larga distancia e hincha de Ñubel. Les mostró la pileta con sus vestuarios, el amplio parque de árboles añosos, la casa principal, la de los caseros y percibió el entusiasmo del técnico. “Ellos piden más, pero creo que por cien mil dólares se la queda, dijo el chofer, más por fanatismo hacia los colores rojinegros que por traicionar a sus patrones.”

Según me dijo Rafael Bielsa, se enteró de esta alucinante coincidencia, charlando con su hermano, el día que la madre de ambos cumplía setenta años. “Rafael —me dijo él mismo— no puede creer lo que Marcelo le está contando: que una Princesa y un General monegascos le quisieron vender a su hermano el campo de concentración donde estuvo secuestrado”.

Escribí entonces algo que era cierto:

Todos ignoraban o fingían ignorar lo que había ocurrido en ese laboratorio de inteligencia del Segundo Cuerpo, donde los prisioneros fueron chantajeados con la vida, para que simularan seguir siendo guerrilleros y traicionaran a sus antiguos compañeros. Y donde todos, incluso los que se pasaron de bando, acabaron igual ejecutados por los hombres del Segundo Cuerpo. (Como la heroica compañera de Valenzuela, Raquel Negro,

por cuyos dos mellizos nacidos en cautiverio Galtieri tendría que rendir cuentas ante el juez Adolfo Bagnasco.)

Y, a renglón seguido, escribí una pelotudez más grande que el Monumento a la Bandera:

La nota [la mía] fue publicada en *Página/12* el domingo 30 de marzo, con un acompañamiento estremecedor: el testimonio de un hombre público que había estado secuestrado pocos días allí cuando era un joven militante y había dialogado con un general de voz aguardentosa que reconocería mucho después en las arengas de Malvinas. El testimonio tenía un valor adicional: según mis noticias, el prestigioso jurista Rafael Bielsa debía ser el único sobreviviente de Funes.

Falso: el único sobreviviente de Funes fue Jaime Dri.

XXI

HISTORIA DEL SUECO (PRIMERA PARTE) PICANA PARA UN BEBÉ

El Sueco es Carlos Lordkipanidse. Tiene 62 años y sobrevivió a su propia tragedia. Es delgado y canoso como un personaje de Ingmar Bergman, pero tiene un bigote porteño que no disimula, sino resalta, su amargura. Como esos bigotes entrecanos que uno pudo espiar, un día cualquiera, en el parroquiano de un café, al verlo sentado junto a un ventanal. Pero el Sueco no es un melancólico, está profundamente agraviado por los que intentaron pisotear su condición humana y va a dedicar hasta el último aliento para que se haga justicia. Preside en la actualidad la AEDD (Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos) y pertenece al sector minoritario —pero fuerte— de los organismos de derechos humanos que no le hacen la venia al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Se identifica con un estilo de militancia que parece haber pasado de moda: la de quienes se juegan el todo por el todo sin esperar un mango a cambio.

Aunque es gráfico de profesión (fotocromista), se gana la vida actualmente vendiendo souvenirs de Buenos Aires a los turistas que todos los fines de semana alborotan la Feria de San Telmo. No es presidente de ninguna gran compañía concesionaria del Estado (algunos de cuyos ejecutivos fueron señalados por presuntos vínculos con el narcotráfico), ni usa su pasado guerrillero verdadero y comprobable para hacer carrera en este o cualquier otro oficialismo. Es introvertido. Su historia personal, desconocida por quienes tendrían la obligación de conocerla (empezando por algunos miembros de HIJOS), no tiene ninguna derivación seudoliteraria hacia el personaje de Rutger Hauer en *Blade Runner*, ni vio en la camilla de torturas del Sector 4 de la ESMA “naves de ataque ardiendo sobre el hombre de Orión”, ni su torturador lo increpó con “un tono recargado en polvo cósmico”. En realidad era el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta, alias el Tigre, Santiago o Aníbal, y le dijo con acento porteño mientras le alzaba la capucha: “Flaco, vos sos boleta. Entonces, si no querés que la pasen mal tu mujer y tu hijo, mejor que empecés a hablar”.

Selva se reía mientras lo cagaba a garrotazos. Y entonces entró Piraña Azic, otra rata de Prefectura, trayendo a Rodolfo, su bebé de veinticuatro días, cabeza abajo y agarrado de los pies y le dijo: “Si no cantás, le reventamos la cabeza contra el piso”.

Buenos Aires, Argentina Campeón, noviembre de 1978

Ésta es la historia también de “los montoneros de los últimos días”. Los que deambulaban parcial o totalmente desenganchados, como el sargento japonés que siguió peleando décadas después de la rendición de Hiroito. Esto ocurrió un mes antes de que la Conducción Nacional decretase la Contraofensiva Popular (como se relata en el capítulo VI) y metiera en el país grupos organizados en el exterior, con las desastrosas consecuencias conocidas. A fines de 1978, la dictadura militar podía jactarse de haber destruido por completo al ERP y apenas enfrentar una mínima resistencia residual por parte de Montoneros. Pero lo cierto es que había algunos montoneros “en el territorio” e incluso operaban. La mayor parte de las veces sin recursos, armas ni infraestructura.

A esa raza de combatientes tercos y anónimos pertenecían el “Sueco” Carlos Lordkipanidse, de 26 años y su compañera Liliana Pellegrino, de 21, que habían comenzado su militancia en la JP durante la dictadura militar de Lanusse. Liliana también estaba fichada debido a su trabajo solidario con las Madres de Plaza de Mayo en la Iglesia de la Santa Cruz. Pero el premio mayor era el Sueco, el único sobreviviente en libertad de un grupo especial de combate del Ejército Montonero, que ignoraba el aniquilamiento total de esa estructura, el sargento japonés de la Segunda Guerra, a quien los marinos consideraban “un tipo muy peligroso”.

Como muchos jóvenes revolucionarios de la época, pese a los riesgos y su corta edad, ya eran padres. Tenían una hija, María Victoria Lordkipanidse, de un año y cinco meses, y el recién nacido Rodolfo, que no llegaba al mes de vida. Si el embarazo, el parto y la lactancia son considerados momentos maravillosos pero difíciles en la vida “normal” de cualquier persona, es fácil imaginar lo complicados que resultan en la vida clandestina y lo atroces que pueden llegar a ser cuando padres e hijo están en manos de los verdugos.

Liliana había tenido a Rodolfo en un parto natural, prolongado y difícil por el gran tamaño del bebé, le habían hecho la episiotomía y estaba muy lastimada y con serio peligro de infección. Esta circunstancia, sumada a la falta total de

recursos económicos, obligó a la pareja a violar una norma elemental de seguridad, buscando refugio en casa de los padres de la muchacha. Como a Liliana se le hacía muy difícil atender a los dos niños al mismo tiempo, habían llevado a la mayor con la madre de Carlos. Segundo agujero en su tejido de seguridad.

Los cazadores de la ESMA, que no habían podido participar en los negocios grandes del Almirante y veían cómo se acababa el botín de guerra tradicional, seguían buscando presas para robarles todas sus pertenencias. De paso sumaban puntos, en su habitual competencia con otras fuerzas represivas. Para estos cazadores fue relativamente fácil localizar e identificar a esta joven pareja de Zona Sur, pincharles el teléfono y organizarse para caer sobre ellos en el momento oportuno. De todas formas, los marinos debieron movilizar setenta efectivos para concretar la maniobra de inteligencia y captura. Un dato entre muchos que desmiente la supuesta igualdad ofensiva de ambos bandos, los dos demonios, la guerra sucia. Setenta a uno, sin hablar de armas, vehículos y equipos de comunicación, acaba con los mitos de quienes hablan de guerra y suponen una paridad entre dos contendientes.

Carlos y Liliana violaron las medidas de seguridad por segunda vez, obligados nuevamente por circunstancias trágicas. La noche anterior a la catástrofe habían caído frente al Grupo de Tareas de la ESMA dos compañeros de ellos, Daniel Echeverría y Osmar Lecumberri, mientras realizaban una operación de propaganda. Daniel, para colmo, era pariente de Liliana, y por eso su madre llamó para preguntar si los chicos sabían algo de su hijo. La llamada alarmó al Sueco, que decidió enviar a su mujer y al bebé a casa de su madre. El único lugar que les quedaba, donde, por otra parte, ya estaba la mayor. Metió rápidamente lo que pudo en una valija y le pidió a Cristian Colombo, el primo de Liliana, totalmente ajeno a la militancia, que los llevara al nuevo refugio.

Carlos no podía ir en ese momento con su mujer y su hijo porque tenía una cita orgánica de la mayor importancia en Independencia y Avenida La Plata. Debía buscar dinero que enviaba la Orga desde Francia. Un suceso extraordinario, por cierto. Se besaron y quedaron en verse al rato, sin saber que su próximo encuentro sería en el sótano de la ESMA.

Ignoraban todavía que otro amigo, Enrique “Cachito” Fukman, que había sido condiscípulo de Liliana en la secundaria, había caído ese mismo día a pocos metros del refugio familiar donde ellos se encontraban, por una razón que no tenía nada que ver con la Orga: había ido simplemente a conocer al pequeño Rodolfo, el hijo de sus amigos. Lo había chupado el GT 33/2 de la ESMA sin que los habitantes de la casa se dieran cuenta.

El taxi toma en dirección a la calle Muñiz al 200 y en el cruce con Venezuela, una cuadra antes de llegar, se escucha alguien que toca insolentemente la bocina. El taxista mira hacia atrás y frena diciendo: “Qué es lo que quieren estos boludos”. Liliana, con el bebé en brazos, observa por la luneta trasera y ve dos Ford Falcon color naranja de los que se bajan varios tipos armados, que empiezan a golpear la carrocería del taxi y a insultarlos. Cuando lo agarran a Cristian, Liliana grita que lo dejen, que es su primo, que no “tiene nada que ver”. Entonces uno de los tipos le arrebató el bebé. En ese momento una mujer que pasa por la calle se atreve a protestar: “¿Adónde los están llevando? ¿Por qué hacen esto?”. Liliana grita: “¡Soy Liliana Pellegrino y me están secuestrando!”.

El que parece jefe, un tipo picado de viruelas, de sonrisa siniestra (a quien mucho después identificará como el teniente de navío Adolfo Donda Tigel, alias Palito o Jerónimo), le contesta con suavidad a la mujer que protestó: “No se preocupe, señora, ya los vamos a devolver”. El coche arranca con Donda al volante, y otros dos tipos apretándolos a Cristian y a ella. Mucho después se enterará de que uno es el famoso Alfredo Astiz, alias Cuervo o Ángel de la Muerte, el que entregó a las Madres de la Santa Cruz, y el otro, Juan Antonio Azic, alias Piraña, otro torturador del semillero de la Prefectura.

Liliana llora y les suplica dejar al recién nacido en casa de su suegra, que está a una cuadra, que es “lo único que les va a pedir”. Donda se da vuelta y le dice con su sonrisa de oreja a oreja: “Vos sí que la tenés clara”. En Rivadavia y Avenida La Plata le ponen la capucha. En la Motorola de los tipos oye la frase “el paquete cayó” y se da cuenta de que también han secuestrado a Carlos.

Al Sueco lo meten en un Peugeot 504 y empiezan a darle duro de entrada. Lo encapuchan y logran desorientarlo al doblar por un camino que en aquel entonces no estaba asfaltado y pedir por radio “abran las tranqueras”.

“¿Dónde carajo estoy?”, se pregunta el Sueco, mientras el Peugeot entra por la parte de atrás de la Escuela Raggio.

Y así llegué a la ESMA. Me recibe una horda salvaje de hijos de puta, digamos... que encabezaba el Gordo Daniel, Selva, Febres... Que es el que se hace cargo de mí, desde el punto de vista del interrogatorio inicial. Me caga a trompadas el tipo (yo tenía lógicamente las manos esposadas) y me aclara: “Acá, el torturador soy yo”.

Sabe que falta lo peor y tiene un terrible anticipo cuando la escucha aullar a Liliana, los gritos de un hombre que no reconoce pero es Cachito Fukman, los de Cristian y el llanto del bebé.

—¡Estoy aquí, Liliana! —grita para tratar de que lo torturen a él y no a ella.

Eso le cuesta una tunda de aquéllas, que lo deja tirado en el pasillo de acceso a los cuartos de interrogatorio. Lo levantan en andas y lo meten en uno de los cuartuchos de conglomerado. Le sacan las esposas y lo arrojan sobre un camastro sin colchón, donde lo estaquean. “En cruz.”

Y allí comienza un verdadero pandemónium, una violenta discusión entre dos tipos a ver quién realmente lo había atrapado. El Sueco está encapuchado y no ve a los siniestros que se agitan a su costado, pero le parece que hay una verdadera multitud en ese espacio que imagina muy pequeño. Lo interrogan tres tipos a la vez. En medio del tormento, un alivio: nota que han aflojado con Liliana.

Entonces viene el amo y señor, el Dedo de Dios, a quien todavía no conoce por su nombre: el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta, jefe de Inteligencia del GT 33/2 de la ESMA; el Tigre, responsable directo de que más de cuatro mil prisioneros hayan acabado en las aguas de la Bahía de Samborombón, pasto de los tiburones.

Le alza la capucha y le anuncia: “Flaco, vos sos boleta. Entonces, si no querés que la pasen mal tu mujer y tu hijo, mejor que empecés a hablar”. “Estoy aterrado, pero le digo para mis adentros ‘te vas a la puta que te parió. Si yo soy boleta, si Liliana es boleta, el nene es boleta, somos boleta todos...’ Le dije en voz alta: ‘Bueno, matame’.”

Acosta intuye que Víctor (el nombre de guerra del Sueco) tiene nombres de militantes y direcciones de locales para entregar, pero Víctor insiste: “No sé nada, ¿viste?”.

La horda que ocupa el cuarto lo llama por el nombre de guerra y lo condena a muerte:

—Víctor, vos te vas para arriba.

Después los conocerá, por sus nombres y sus apodos, allí está el Giba, también conocido en los abismos como Cuasimodo, aunque su identidad formal diga que es el capitán de corbeta Fernando Enrique Peyón, el hombre que discute con Astiz y con los otros porque se atribuye la captura de Víctor. Para contrarrestar a Giba y hacer méritos, el Cuervo Astiz en persona le pasa la picana eléctrica por el estómago.

Pero por algo el Tigre es el jefe: es el más perverso de todos:

—Éste cayó con el bebé, está acá al lado, ¿no?

Y el que caza la onda [nos dice ahora el Sueco] es Azic. O sea, no recibe la orden de ir a buscar el bebé. El tipo se manda y viene con el bebé. El bebé lloraba cuando lo trajeron. Cuando se lo sacaron a la mamá, yo escuché a la madre que le gritaba a Azic: “No, hijo de puta, con el bebé no, con el bebé no...”. En su delirio luchaba, porque en ese momento Liliana deliraba, volaba de fiebre. La herida que tenía en la vagina se la habían abierto completamente y sangraba muchísimo.

Me sacan la capucha y veo ingresar a un hijo de puta apodado Piraña, que trae sujeto de los pies a mi hijo Rodolfo y me dice que si no colaboro estrellará la cabeza del nene contra la pared. Sigo negándoles el dato que buscan, y Acosta le ordena a Piraña que ponga a Rodolfo sobre mi cuerpo y enseguida comienza él mismo a pasarme la picana sobre los brazos, mientras me susurra: “Ya vamos a ver si tenés algo que decir o no”. De golpe, otro represor entró en ese momento al cuarto (creo que le decían Gonzalito y era de la Federal) y gritó: “Paren, parece que es verdad que no sabe”. En medio de un tremendo griterío me sacaron el bebé de encima y se lo entregaron a otros dos prisioneros, Rolando Pisarello y María del Huerto Milesi, que se encontraban secuestrados desde un año atrás.

[Eran, efectivamente, la Chiqui y Tito, secuestrados con Jaime Dri en Uruguay, que habían logrado mantener su dignidad y su solidaridad con otros prisioneros, como la ejercerían después con el Sueco.]

Hubo una pausa en la máquina y en los golpes, una tregua. Estaba destrozado y casi resignado a que lo mataran, pero en ningún momento alcanzó a imaginar la jugada alucinante que el Grupo de Tareas le tenía reservada.

XXII

“EL EJÉRCITO LOS MATÓ A TODOS” (ENTRE LA TRAGEDIA Y LA FARSA)

Casi treinta años antes de que la justicia probara —de manera irrefutable— que todos los prisioneros de la Quinta de Funes habían sido asesinados, Jaime Dri me lo anticipó con terrible certeza. “Mataron a todos, incluso al Tío que se creía a salvo porque le habían dado un revólver para operar con ellos.”

En el Madrid de marzo de 1979, en un interrogatorio formal con el Turco Haidar (Rodolfo), su responsable en el servicio de inteligencia montonero, Dri explicó por qué la Marina —en el marco del proyecto de Massera— había podido dejar algunos prisioneros con vida y el Ejército, ni siquiera a los que se habían pasado de bando. La razón principal: “Ejército no necesita apoyo político, porque Ejército tiene cien años de hacer política. Lo que necesita es aporte táctico para destruir al Partido (Montonero), necesita datos de inteligencia militar. En cambio, Marina, como se lanza a hacer política y no tiene experiencia, echa mano a cuadros nuestros. Primero empieza exigiendo datos operativos pero después va convirtiéndose de un grupo (meramente) represivo a un grupo político y por eso el grupo de la Marina es único” (o sea, el de la ESM A, el núcleo central del proyecto masserista).

—¿Qué opinás de la Operación México? —pregunta en otro momento el Turco Haidar.

—Yo creo que hubo dos problemas que hacen lanzar esa operación (sin que todos los detalles estuvieran cuidadosamente planificados por el enemigo): uno tenía relación con una necesidad de los altos mandos y otro, de los bajos mandos, o sea los operativos del Grupo de Tareas. Los altos mandos tenían dos posibilidades: mandarlo en ese momento al Tucho (a México) o esperar tres meses y esperar la nueva reunión de área. Pero para eso corrían serios riesgos porque no sabían si por algún lado el Partido descubría la maniobra y la otra cosa era el apuro de producir un golpe espectacular antes del Mundial. Los responsables del Grupo de Tareas (por su parte), creo, tenían intereses más inmediatos y, posiblemente, muy ambiciosos y sin ver lo que buscaban los altos mandos. Además tenían antecedentes de gente que se había quebrado rápidamente, y eso los cebó. El Grupo de Tareas se agarraba la cabeza por haber sido apresurado: al fracasar lo de Tucho pierde todo. Pierde la infiltración en las tres Secretarías (de Rosario).

Esta vez la Conducción Nacional le creyó a Jaime, a diferencia de lo ocurrido con Tucho, y por eso al Pelado no lo degradaron. Es una lástima, sin embargo, que aceptaran el relato de Dri, pero no actuaran en consecuencia para evitar los terribles costos políticos y humanos que produjo la contraofensiva. En Madrid, el 16 de septiembre de 1978, horas antes de viajar a París para presentar a Jaime Dri junto a François Mitterrand y otros dirigentes del Partido Socialista Francés, otro Pelado, “Carlitos” Perdía, me lo admitió sin tapujos:

—Quedate tranquilo que esta vez no vamos a repetir la cagada que nos mandamos con Tucho.

Es que la exactitud y la honestidad del testimonio de Jaime Dri (cuestionado por Massera y Galimberti) están documentalmente probadas. En aquel interrogatorio con ese hombre demasiado bueno para ser jefe de Inteligencia, que era el Turco Haidar, Dri cuenta lo siguiente:

En la ficha de otro compañero, que por esa fecha que yo me escapo pasaba por Paraguay, figura que informa que en la pieza de al lado en el hotel que paraba había escuchado la patota con acento porteño y que a uno lo llamaban Coronel (Coronel o Maco era un oficial de Ejército que actuaba dentro del GT 3/3/2 de la ESM A).

Escuchó que decían (los de la patota): “Estos paraguayos que al fin no nos dan los fierros y debíamos haber traído los fierros del otro lado, porque debemos conseguirlos para operar mañana porque, si no, se nos vuela el pájaro”.

El pájaro era Jaime, obviamente.

Jaime se lo cuenta al Turco Haidar en marzo de 1979. Casi treinta años más tarde la versión del Pelado era confirmada por documentos secretos pero oficiales, emitidos por la policía paraguaya. En enero de 2008 se conectó conmigo Carlos Osorio, director del Proyecto de Documentación sobre la Argentina, en la Universidad de Washington, parte del célebre National Security Archive, que ha venido aportando cientos de miles de documentos sobre el tema seguridad y derechos humanos en América Latina. Entre las piezas de inconmensurable valor que consiguieron (informes de la Dirección Federal de Seguridad de México, documentos desclasificados del Departamento de Estado, etcétera), había un reporte secreto de la policía de Stroessner, fechado a fines de julio de

1978, que hablaba de la búsqueda en Asunción del prófugo Jaime Dri por parte de un grupo operativo de la Armada argentina. Una confirmación total, irrefutable e inesperada, del testimonio del Pelado.

De inmediato puse en contacto a Carlos Osorio con Jaime, y esto, afortunadamente, produjo resultados concretos que tendrían influencia sobre las múltiples causas que se originaron en *Recuerdo de la muerte*: Funes, Guerrieri 1 y 2, Hospital Militar de Paraná, etcétera. Entre otras cosas, Osorio contó con la valiosa memoria visual del Pelado para que le confirmara la identidad de dos personajes que aparecían en fotografías policiales inéditas hasta ese momento: Carlos “Nacho” Laluf, el montonero quebrado que participó de la Operación México y el “teniente Daniel”, Daniel Amelong, condenado por la justicia en relación con los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el Destacamento de Inteligencia 121 de Rosario, a cuyo cargo estaba —entre otros centros clandestinos— la ya mítica Quinta de Funes.

¿El Ejército mató a todos, como decía Jaime? Los datos hasta ahora colectados, por una justicia que fragmentó innecesariamente las causas y que aún tiene prófugos que no han rendido cuentas de sus actos, parecen confirmar la macabra hipótesis del Pelado.

Algunos datos: el represor Rodolfo Daniel Isach, ex comisario de la policía santafesina y ex PCI (Personal Civil de Inteligencia) durante la última dictadura, está acusado de haber asesinado personalmente a catorce de los dieciséis prisioneros de Funes en La Intermedia, junto con Pascual Guerrieri, el teniente coronel Jorge Alberto Fariña y Daniel Amelong. El represor arrepentido Eduardo “Tucu” Constanzo declaró que hacían llevar a los prisioneros de a uno “y allí, en esa pieza, los mataban”, de dos tiros en el pecho. Se enumeró a 14 y no a 16, porque a María la habrían asesinado después de tener a los mellizos en el Hospital Militar de Paraná y al Tío Retamar también lo habrían separado de los catorce.

En el Rosario actual de las causas, Jaime Dri recayó, más de una vez, en el recuerdo de la muerte:

Una mañana María le comentó, lívida:

—Me llevan a Paraná.

—Ya lo sabías... —acotó el Pelado, tratando de tranquilizarla.

—Sí, pero es raro porque, según lo que me dijo el médico la última vez, todavía me faltan ocho días. —Jaime alzó las cejas en una involuntaria interrogación. —Dicen que es porque está lloviendo mucho y tienen miedo de que me haga mal. Pero yo no lo creo.

—¿No? ¿Por qué no? —intentó el Pelado.

Ella se mordía el labio y miraba por la ventana. Afuera se había formado un verdadero cenagal entre las dos casas.

—No sé... Pienso que se cumple la sentencia... Por lo de Tucho.

Ahora era el Pelado el que palidecía visiblemente. Le agarró la mano y le dirigió una sonrisa temblorosa.

—Hasta pronto, Pelado... Espero que sea hasta pronto.

—Sí... ya vas a ver —y le dio el primer y último beso en la mejilla fría.

Recordó el asado de fin de año y el Señor Jorge (Guerrieri) brindado porque “al final, señores, somos todos argentinos”.

Isachs, que fue descubierto en 2008 viviendo tan tranquilo en el balneario de Ostende, había sido previamente procesado por el juez Marcelo Bailaque por secuestros y torturas a veintinueve prisioneros, de los cuales veinticinco murieron asesinados. De esos veinticinco sólo se salvaron —según el juez— Jaime Feliciano Dri, que fue devuelto por el Ejército a la Escuela de Mecánica de la Armada, dos ex empleadas de la justicia rosarina, Adriana Quaranta y Susana Zitta —que habían sido compañeras de tareas de Rafael Antonio Bielsa y testificaron que lo vieron en el centro clandestino de reclusión La Calamita—, y el propio Bielsa.

Fue al comienzo de la presidencia de Kirchner: eran como las doce de la noche y, de regreso de una cena política, encontré un mensaje insólito en el contestador de mi casa. Era Bielsa, entonces canciller, para comentarme que el represor arrepentido Eduardo “Tucu” Constanzo hablaba ahora de una Quinta de Funes, que no era la de *Recuerdo de la muerte*. “Por lo que declaró —decía aproximadamente el mensaje— habría al menos dos o tal vez tres Quintas de Funes.”

Juan Manuel Abal Medina, padre, que me acompañó para prolongar la charla y no simpatizaba con Bielsa, escuchó el recado y sonrió con ironía:

—Y te llama a la medianoche para decirte esto. ¡Qué raro!

Era raro, en efecto, porque Bielsa ya no solía llamarme para esas fechas. Evidentemente el tema le preocupaba en demasía, como quedaría demostrado en los meses y años siguientes en sus contradictorias declaraciones ante la justicia.

El 11 de noviembre de 2003, el diario *La Nación* informaba que el canciller Rafael Bielsa había declarado durante tres horas ante el juez federal de Rosario Omar di Gerónimo, que en el marco de la causa “(Agustín) Fedec” (jefe de policía de Rosario en la dictadura) investigaba la Quinta de Funes. Y agregaba:

Bielsa es, según los datos existentes, uno de los dos únicos sobrevivientes que se conocen hasta ahora de aquel centro clandestino, junto a Jaime Dri, aunque su detención fue mucho más breve. El canciller, que en ese momento integraba las filas de la Juventud Peronista, estuvo en cautiverio durante un día y medio en la Quinta de Funes.

Aunque Bielsa eludió el contacto con la prensa, una fuente de Cancillería declaró a *La Nación*: “Bielsa fue a declarar en calidad de testigo de lo que él mismo vivió porque estuvo detenido en ese centro”.

Siempre según el diario: “Fue citado para que aportara datos sobre la Quinta de Funes, ya que la mayoría de los allí detenidos fueron ejecutados, al parecer, en represalia por la frustrada operación para infiltrar Montoneros y asesinar a sus dirigentes”. La famosa Operación México, que no pierde vigencia.

El testimonio del canciller se prolongó durante poco menos de tres horas. ¿De qué habrá hablado? Según *Notifé* del mismo 11 de noviembre de 2003: “El ministro de Relaciones Exteriores brindó precisiones de importancia”. *Notifé* también destaca que el funcionario “es presumiblemente uno de los dos sobrevivientes de ese centro de exterminio, el otro es Jaime Dri, un ex militante montonero que actualmente reside en Panamá”. Unos pocos días antes había declarado y o ante Di Gerónimo, y con el juez habíamos recorrido la Quinta. El expediente judicial se había reabierto gracias al fallo del juez federal que había declarado inconstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Funes dejaba de ser un tema del periodismo y la historiografía y pasaba a cobrar entidad judicial.

Al mes siguiente, Rafael Bielsa abandonó lo que había creído “durante veinte años” (sic) y reconoció ante el juez a El Castillo, otro centro clandestino ubicado en la zona rural de la ciudad de Funes, como el lugar donde había estado secuestrado. El Castillo al menos *tenía sótano*. Allí “Bielsa reconoció el sótano donde estuvo preso, el baño, el cuarto de torturas, la cocina y un mangrullo antiguo que tenía una pieza donde estuvo con otros detenidos. Describió El Castillo como una quinta operativa, donde había movimiento del Ejército y la policía”, recordó la doctora Matilde Bruera. Según Wikipedia estuvo secuestrado dos meses; según otras fuentes, bastante menos o bastante más.

Tres años después, en abril de 2006, se reiniciaría la ronda de reconocimientos. Esta vez le tocó el turno al centro clandestino conocido como La Calamita. Según *Notifé*, diario digital de Santa Fe, Rafael Bielsa —tras recorrer el predio con el juez federal subrogante Germán Sutter Schneider y otros funcionarios judiciales— declaró: “No puedo descartarlo pero, por lo que veo, no, creo que no. No estoy seguro”. Otro tanto informó *Rosario 12*.

Después de otros tres años, el 23 de septiembre de 2009, Bielsa afirmó categóricamente ante la justicia que había estado prisionero en La Calamita. Para entonces había dejado de ser canciller y diputado y había perdido las elecciones para gobernador frente al socialista Hermes Binner. Esta vez le tocó declarar ante el Tribunal Oral Federal N° 1 (TOF 1) de Rosario, presidido por Otmar Paulucci.

Declaró: “Yo creo que estuve en La Calamita y no en la Quinta de Funes, donde toda mi vida creí haber estado, porque no tiene sótano. Cuando me tocó hacer el reconocimiento de La Calamita, *sentí que estuve ahí*”. Dijo conocer a cinco de los doce imputados, entre ellos Pascual Guerrieri, y afirmó que fue secuestrado a fines de junio de 1977, en la esquina de Rioja y Oroño, cuando se dirigía a su trabajo en los tribunales federales de Rosario. Con menor énfasis que en su nota de *Página/12*, arriesgó que una noche había llegado “una persona de mucha importancia, creo que era Galtieri”.

Es sugestiva la versión que brindó sobre su liberación:

Una noche vino el apodado Capitán y me dijo “te vas”. Me sacaron, me llevaron a un lugar cerca de Parque Field, me hicieron arrodillar, me dijeron que no me saque la capucha hasta que se aleje el auto. Y que luego vaya a la comisaría más cercana y cuente lo que me pasó, eso se llamaba blanquear al chupado. Yo no fui a la comisaría. Me fui a la casa de mis viejos. La llamé a la doctora (entonces defensora oficial y hoy jueza Laura Inés) Cosidoy y le dije lo que me había pasado. Ella me dijo que vaya al hotel donde estaba viviendo. Y allí llamó al II Cuerpo de Ejército [...]. El viernes fui a trabajar, aunque no estaba muy bien, y ahí la doctora Cosidoy me dijo que me presente en el II Cuerpo el lunes. Allí hubo una especie de *simulacro de juicio*. Luego

el doctor Víctor Saccone, fiscal de la Cámara Federal, me dijo que renunciara a mi trabajo, sino me iban a meter preso y que me iba a llevar varios años demostrar mi inocencia. [...] *En febrero del año siguiente* (1978), pude salir del país. Durante un tiempo me seguían y se dejaban advertir, eran personas de civil, pero después de dos o tres meses eso cesó.

Según escribió Jorge Kaplan en *La Capital* de Rosario:

Bielsa señaló que *promediando julio* (de 1978), una madrugada, una persona apodada el Capitán, a quien yo llamaba Parliament porque siempre fumaba, lo veía por la venda, que no estaba en la tortura, hablaba más coloquial y me dijo que iba a salir con vida.

El 10 de octubre de 2013, Bielsa prestó testimonio frente al TOF 1 de Rosario en la causa Guerrieri II. Allí afirmó que “seguro” estuvo prisionero con Horacio “Tío” Retamar y José “Foca” Capella. Creyó que había estado también con Carlos “Nacho” Laluf, pero luego supo que la detención de Laluf había sido posterior. (Todos ellos, como ya se ha dicho, fueron asesinados por el grupo de tareas que regenteó Funes, el Destacamento de Inteligencia 121 del II Cuerpo de Ejército.)

No faltaron furcios históricos de grueso calibre que, curiosamente, pasaron desapercibidos para el Tribunal: cuando la jueza Lilia Carnero le preguntó si en la fiscalía donde trabajaba sabían de su militancia en Montoneros, Bielsa respondió: “Absolutamente. Hasta *el pase a la clandestinidad en 1975*, no era ilegal”. Pequeño detalle conocido hasta por un perejil de maceta de la Tendencia: el pase a la clandestinidad de los frentes de masas de Montoneros fue anunciado en septiembre de 1974, en una conferencia de prensa de la que participaron Mario Firmenich (por el Partido Montonero), Adriana Lesgart (Agrupación Evita), José Pablo Ventura (JUP), Enrique Juárez (JTP) y Juan Carlos Dante Gullo (JP). De cualquier manera, en junio de 1977, no sólo era “ilegal” sino que además podía resultar letal.

Pero estas contradicciones, finalmente, no condenan a Bielsa; lo que resulta determinante es lo que el propio Rafael Antonio Bielsa admite sobre sí mismo. La información que él mismo suministró para el sitio web del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, cuando era canciller.

En 1980, de regreso de un exilio que aparentemente se inició en los Estados Unidos y concluyó en España, Bielsa pasó a trabajar en la COL (Comisión de Ordenamiento Legislativo), para confeccionar un *thesaurus* para el sistema de informática jurídica. Usurpaba el poder del dictador militar Jorge Rafael Videla. Que un joven, secuestrado y liberado dos años antes, regresara del exilio a un puesto público resulta condenable e increíble. Condenable porque la dictadura seguía secuestrando, torturando y asesinando. Increíble porque a cualquiera que se designara entonces en la función pública se lo chequeaba a través de la SIDE para comprobar que no tenía “antecedentes comunistas o subversivos”.

En 1981-1982, años durante los cuales se turnaron en el poder los dictadores Jorge Rafael Videla, Roberto Viola y Leopoldo Fortunato Galtieri (el de la voz agudada que presuntamente lo había interrogado en el sótano de Funes), Bielsa fue simultáneamente asesor de la Subsecretaría de Asuntos Legislativos del Ministerio de Justicia y miembro de la Comisión de Estudio del material bibliográfico existente en la Biblioteca de la Facultad de Derecho. En 1982-1983, siempre según el currículum oficial, viajó a Chile en el marco del IBI (Intergovernmental Bureau for Informatics), como asesor para un proyecto piloto de informática jurídica en el Chile de Augusto Pinochet.

En 1989-1990 fue asesor de gabinete de la Secretaría Legal y Técnica de la Presidencia de la Nación, ejercida por Carlos Saúl Menem. En 1990-1991 pasó a ser asesor a cargo de la Dirección General de Estudios y Proyectos de la Secretaría General de la Presidencia de la Nación.

En 1991, en la Subsecretaría de Justicia de la Nación, tuvo a su cargo el Proyecto del Sistema de Informatización. También en 1991, y con carácter ad honorem, fue representante ante el Banco Mundial.

Desde 1994 hasta 1996 fue asesor del Ministerio de Justicia y la Secretaría Legal y Técnica de la vilipendiada gestión Menem.

En 1999 evolucionó hacia el duhaldismo para pasar a ser asesor del directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires, saqueado durante la gobernación de Eduardo Duhalde.

Después, ya se sabe, tuvo a su cargo la SIGEN durante el gobierno de la Alianza y la Cancillería en los dos primeros años de Néstor Carlos Kirchner. Lo que se dice “una persona ecléctica”.

En 2005 fue elegido diputado, pero prefería irse de embajador a Francia. Néstor Carlos Kirchner me lo dijo y, aunque su viuda no forma parte precisamente de mis amistades, ella sabrá que digo la verdad.

Varios dirigentes kirchneristas cuestionaron aquella frivolidad, y Bielsa, para no sepultar su carrera política, dio marcha atrás y aceptó calentar una poltrona en la Cámara de Diputados de la Nación. Lugar donde intentó explicarme, sin éxito, por qué había conspirado con el caso Hilda Molina para romper o al menos dañar las relaciones Argentina-Cuba.

Cuando se arrepintió de su fantasía parisina, dijo que Kirchner le había ofrecido la embajada. Kirchner lo negó duramente en una conversación telefónica que mantuvimos: “Yo no sé qué le pasa a este muchacho”, dijo con una suerte de irónica conmiseración.

Ahora, en el presente, tras un cuestionado paso por la Sedronar (Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico), que utilizó para filtrar información contra sus rivales socialistas, alcanzó la presidencia de Aeropuertos Argentina 2000, concesión a cargo del oscuro Eduardo Eurnekian, a quien Kirchner quería meter preso a comienzos de su mandato y acabó dándole el oro y el moro. Entre los antecesores en el cargo que ahora ocupa Bielsa figura Ernesto Gutiérrez Conte, acusado públicamente por el actual intendente de Quilmes, Francisco “Barba” Gutiérrez, de ser narcotraficante y el autor intelectual del asesinato de su hermano Jorge Gutiérrez, el subcomisario de la Bonaerense. Gutiérrez Conte, mano derecha de Eurnekian durante muchos años, querelló al Barba Gutiérrez por su afirmación y la justicia desestimó su demanda.

Éste es el caballero a quien algunas personas con sentido común e historia militante consideran un revolucionario o, al menos, un “progresista”. Si me he detenido mucho en su triste historia es por dos razones: salió a patotearme en *Perfil*, y el jefe de redacción Javier Calvo me concedió a regañadientes el derecho de réplica y luego le dio la oportunidad a Bielsa, columnista de la casa, de cerrar el debate con una catarata de agravios que sólo pude contestar desde mi Facebook.

La otra razón es la más importante: Bielsa no es un solitario, en esta administración, que se ha inventado un pasado revolucionario. Todos, absolutamente todos los líderes de este gobierno, han usado el verdadero pasado revolucionario y la tragedia —muy real y dolorosa— de una generación militante para simular patriotismo y solidaridad con los humildes mientras se atracaban a manos llenas.

XXIII

EL SILENCIO DE LOS INOCENTES

El 24 de marzo de 2004, el día de la baja de los retratos, fue también el del gran acto en la ESMA que tanto nos entusiasmó a los que llevábamos años luchando contra la impunidad de los represores. Todo el mundo recuerda que Néstor Kirchner pidió perdón en nombre del Estado y también, en un segundo plano, que habló el nieto recuperado número 77, Juan Cabandié, quien apenas había conocido su verdadera identidad dos meses antes, tras haber pasado toda la vida apropiado por el oficial de inteligencia de la Policía Federal, Luis Antonio Falco, un represor de la temible “Coordina”. En cambio, pocos ciudadanos recuerdan que ese día también habló una chica nacida en la ESMA como Cabandié: María Isabel Prigione Greco, hija de Dora Cristina Greco, militante del Partido Comunista Marxista Leninista, que parió en la “Sardá” del siniestro Febres y sigue desaparecida.

María Isabel exigió en su enérgico discurso que los genocidas fueran a una cárcel común, “con prisión perpetua todos”, así como “los instigadores, los beneficiarios y los planificadores del genocidio”. Dijo asimismo: “Nosotros queremos que se abran todos los archivos y se desmantele el aparato represivo”. Pero no se limitó al tema derechos humanos, también reclamó que “no se pagara la deuda externa, que la riqueza se distribuyera equitativamente” y que “los políticos que sostuvieron las atrocidades cometidas, y que como buenos camaleones se reciclaron en democracia, paguen por lo que hicieron”. En particular, “los justicialistas que firmaron el decreto de aniquilamiento de 1975”. Entre ellos, recordó a Carlos Ruckauf y Antonio Cafiero.

La mención coincidió inocentemente con la contradicción que en ese momento enfrentaba Kirchner. Varios gobernadores no habían querido asistir al acto y decían por lo bajo: “Ya va a tener que venir a buscar al PJ”. Los que pensábamos como siempre en un frente amplio, lo que entonces se llamaba “la transversalidad”, elogiábamos la amplitud del acto, que trascendía su propósito formal: la devolución a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de los terrenos de la ESMA, para construir un gran espacio de la memoria. Exactamente lo contrario de lo que acaba de hacer Cristina Kirchner, con la complicidad de Mauricio Macri, volviendo sobre los pasos dados por su marido en aquella ocasión.

En cambio, el discurso de Cabandié, más centrado en lo personal, en la evocación de sus verdaderos padres, conmovió en lo humano pero no aportó en lo político. Sin embargo, ocupó el centro de la escena.

Tal vez la disparidad en el reconocimiento público de estas dos víctimas tenga más que ver con el presente que con el pasado: Cabandié fue apadrinado de inmediato por el ex presidente Kirchner y promovido a un protagonismo político para el que, sin duda, no había sido preparado. Y su trayectoria es un claroscuro donde no predomina lo claro.

María Isabel, en cambio, eligió el recato de la militancia y allí sigue hasta hoy en la mejor organización HIJOS de todo el país, que es HIJOS La Plata.

Hace unos meses, cuando comenzaba este libro que corre el riesgo de no acabar nunca, recibí precisamente un comunicado de HIJOS La Plata informando que Isabel y su tía Susana darían su testimonio en el juicio ESMA III. El comunicado asentaba al final algunos datos estratégicos que apuntalan una de las tesis de este libro:

Con su máximo jerarca Emilio Massera, muerto impune, y tras 10 años de anuladas las leyes de impunidad, son sólo 36 los integrantes de la Armada condenados en todo el país. Y de los 30 partos clandestinos sucedidos en la ESMA, sólo 12 llegaron a juicio y obtuvieron sentencia. La causa por el primer secuestro de Cristina no está incluida en este juicio de hechos de ESMA. Y el proceso por su secuestro y posible permanencia en algún lugar ilegal de detención en Mar del Plata está estancado.

Seguimos diciendo:

- Los juicios tardíos y fragmentados no son justicia.
- Juicio y castigo a todos los genocidas por todos los compañeros.
- Restitución de la identidad de todos los jóvenes apropiados.

Efectivamente, el juicio a Febres (calificado pomposamente como ESMA I y cancelado por la mano negra) se reducía a cuatro casos menores que para nada reflejaban el papel protagónico de Selva en el asesinato de las embarazadas y la apropiación de sus hijos. Posiblemente para un negocio en vasta escala, en combinación con gente que tenía mucho poder hace treinta años y, sin duda, lo conserva.

Según estimaciones probablemente conservadoras habría más de quinientos recién nacidos apropiados por los

genocidas. (Las Abuelas, en lucha tenaz y loable, lograron rescatar hasta ahora 115.) ¿Cuántos habrán sido entregados a personas con poder político o económico? ¿Qué personajes civiles habrán sido cómplices de los militares y los policías en este crimen social que fue el secuestro de estos niños? ¿Cuál fue el papel de la jerarquía católica en este asunto?

Algo muy gordo y sucio se esconde todavía, en esta etapa de supuesto respeto irrestricto de los derechos humanos, para que el tema suscite episodios de novela negra cada vez que alguien vinculado con el tráfico de niños apropiados esté por declarar ante la justicia.

El “suicidio” del teniente coronel Paul Alberto Navone, con un “orificio de salida” en la sien izquierda sin detallar el de entrada, así como el del prefecto Héctor Febres muerto por ingestión de cianuro, y ambos cuando tenían que rendir cuentas ante los tribunales, refuerzan la hipótesis del silenciamiento mafioso del tema niños. Un tema sobre el cual la justicia y el Poder Ejecutivo no han hecho casi nada. A pesar de existir pistas bien concretas en el célebre caso de los dos mellizos que dio a luz Raquel Negro (María) antes de ser asesinada.

La gran cantidad de causas judiciales iniciadas a partir de la publicación de *Recuerdo de la muerte* se debe a la precisión milimétrica del testimonio de Jaime Dri, que sigue tan vigente como lo estaba cuando empecé a preguntarle en el México de 1981. En ese mismo México donde tres años antes había llegado Tucho Valenzuela, para pedirme un contacto con la Conducción Nacional y confesarme, en la penumbra colonial de la sala de juntas de Alabama 17: —Han venido a matar a Firmenich. Me consta... porque yo vine con ellos.

En esa misma Casa del Movimiento, donde —pocos días después— el coraje de Tucho desbarató la Operación México, condenando sin quererlo al amor de su vida, que había quedado como rehén en manos del verdugo Galtieri. “*Pobre María, la deben haber matado.*” Recordó la expresión ambigua del capitán cuando les anunció que había tenido mellizos y que estaba bien. Que había tenido mellizos. El dato crucial.

En 1994, cuando se cumplieron diez años de *Recuerdo de la muerte*, publiqué una adenda, titulada “Paredón y después”, que actualizaba lo que estaba ocurriendo con los personajes de uno y otro bando.

Las Abuelas de Plaza de Mayo no han cejado en su búsqueda silenciosa de los mellizos que Raquel Negro (María) dio a luz, presuntamente en Paraná. En este caso no han tenido suerte. El destino de esas criaturas es un secreto bien guardado por los secuestradores del Segundo Cuerpo.

Antes, había imaginado el vía crucis de Tucho esa noche, cuando no pudo dormir en el Hotel Mayaland:

No —se tranquilizó— todo va a salir bien, como estaba previsto. Pero ¿qué significaba bien? Bien para la organización, para el pueblo, para la revolución. Para él, para la María, para Sebastián, y nada podría salir bien. Lloraba cuando recordó que a María la iban a matar. Tal vez con Sebastián no se atrevan y se lo dejen a los abuelos, pero a María la van a matar. La matarían antes o después de tener la nueva criatura. Su primer hijo. Si sobrevivía iría a parar a un destino ignoto. A lo sumo a un orfanato, o a la casa de unos milicos estériles que quisieran adoptarlo. Lo iban a educar con las ideas de ellos, borrando a los verdaderos padres del mapa, para siempre. “Pero es mi hijo”, sollozó contra la almohada. “Es mi único hijo y no lo voy a conocer.” Supo que tampoco iba a volverse a ver con María y que su propio destino era la muerte.

Tucho ignoraba que María estaba embarazada de mellizos, que serían —efectivamente— sus primeros hijos, porque el pequeño Sebastián (que efectivamente habían entregado a los abuelos) era hijo de María con un compañero que había muerto en el asalto al cuartel de Formosa.

En la edición de los diez años escribí:

Estela Carlotto, la presidenta de las Abuelas, tiene una mirada penetrante y experimentada. En Rosario, en casa del hermano de Raquel (María), esa mirada se detuvo varias veces en un adolescente hermoso y esquivo que trataba de disimular la recíproca curiosidad que Estela le producía. Era Sebastián. El pequeño cautivo de Funes que el Ejército entregó a sus abuelos maternos. Cercano a sus dieciocho años, el muchacho parecía desconocer las trágicas peripecias que le arrebataron a sus padres y sus hermanos. Sería el paradigma de una nueva generación de lectores a la que va dirigida esta botella de naufragio. Ojalá algún día Sebastián remonte las páginas de este libro como un río, que es él mismo. Hacia la tríada que integró. Hacia la foto que Tucho me mostró, una noche de enero de 1978, en un sombrío departamento de la ciudad de México.

No sé si encontró la botella con el mensaje del náufrago. Nunca me lo dijo al menos. Pero lo importante es que ha jugado en estos años un papel clave en el esclarecimiento de esta historia.

Según una declaración inicial del Tucu Constanzo, Raquel tuvo dos mellizos: un varón y una mujer. El varón, según aquella primera versión que rectificaría luego, había muerto. La nena fue dejada por los represores de Funes en un convento de Rosario, que era el Hogar del Huérfano.

El juez de menores Jorge Zaldarriaga la dio en adopción a un matrimonio de Ramallo, compuesto por Raúl y Susana Gullino, dos buenas personas que no eran represores y la criaron con gran cariño.

Siempre supo que era adoptada y en 2008 llegó a dar el paso decisivo del ADN, que la convertiría en la nieta recuperada número 96. Por suerte para ella, su madre de crianza (Susana) aceptó con enorme respeto a la madre de sangre y hasta le comentó su enorme parecido físico con Raquel Negro.

Desde entonces se llama por propia voluntad Sabrina Gullino Valenzuela Negro y no ha cesado de dar testimonios y de buscar infatigablemente a su mellizo, incluso con modernas técnicas de biometría.

El “suicidio” de Navone se cruza con la historia del mellizo desaparecido. Aparentemente, el teniente coronel se apoderó del recién nacido que, a sus 36 años de edad, viviría en España.

Un militante peronista que vive en la Península, Oscar Natalio Kopaitich, declaró en *El Diario* de Paraná que al mellizo desaparecido “lo atendieron en el Instituto Privado de Pediatría (por un problema de salud) y de ahí fue a parar a la casa de Norma Ramos, que era una celadora de la Policía de Menores de Rosario y tenía una casa en la zona sur, adonde iban a parar los bebés para después negociarlos. De eso se ocupaba una abogada, Leyla Perazzo, y el precio variaba según las características fisionómicas de los chicos. Ahí fue a parar el hijo de Raquel Negro y de ahí lo sacó Navone”.

Aparentemente, el mellizo estuvo una semana en el Instituto de Pediatría Privada que dirigía Miguel Torrealday, quien siguió escandalosamente en su cargo hasta 2011 en que fue removido por el gobierno provincial.

El resto es silencio, el mismo que siguió al balazo que le pegaron a Navone.

XXIV

HISTORIA DEL SUECO (SEGUNDA PARTE)

LOS DIEZ MIL PASAPORTES

El 10 de junio de 2010, Liliana Pellegrino brindó testimonio en la Causa ESMA y recordó ante el tribunal su temporada en el infierno:

El interrogatorio no sé cuantas horas... a esto se agrega el estado en que me encontraba, hacía veinticuatro días que había parido, por lo tanto yo tenía una herida, una episiotomía, que es algo que se realiza cuando uno va a parir, y aparte de eso estaba amamantando al bebé, lo que hizo que en poca cantidad de horas yo tuve muchísima fiebre. Yo tenía los pechos totalmente hinchados y duros y estaba completamente cubierta de sangre hasta las rodillas. Lo que ellos preguntaban (llora treinta y dos años después) era por estas tres personas y dónde vivía en ese momento. Yo vivía con mi mamá en esa época; encontraron una boleta de luz que decía mi domicilio en Humberto 1°. De ahí, de ese departamento se llevaron completamente todo, según el encargado, hasta las piletas del baño. Al tiempo, esto es muy difícil de saber porque yo perdí bastante la noción del tiempo y en intervalos entraban y me hacían preguntas y en intervalos entraban y me pegaban, me pegaban porque escuchaba a Rodolfo llorar. [Los machos de la Armada y la Prefectura, los defensores del occidente cristiano, los propagandistas de la familia como célula de la sociedad, le pegaban a una madre porque oía llorar a su bebé de 24 días y quería consolarlo, cuidarlo, como un animal herido oye a su cría y la quiere proteger junto a su pecho.] Yo escuché a Rodolfo llorar muchas veces. Y bueno, entonces era un poco desesperante la situación. Y bueno, a raíz de que no me comportaba correctamente, me paraba, iba hasta la puerta, recibía golpes. A Azic lo reconocía no porque lo viera, sino por la camisa, porque él me había secuestrado y veía la camisa por debajo de la capucha. Donda también. Por la voz. Eran los que estaban en el Falcon. Dos días después traen a Carlos y nos hacen encontrar. [...] En Capucha uno se encuentra tirado en un colchón, tirado, con dos tabiques en los costados, atado con grilletes en los pies y con una capucha en la cabeza. Uno habla lo que se le permite y la única vez que me permitieron hablar con Carlos en Capucha fue una sola vez [llora].

Interviene el juez Daniel Obligado:

—Si necesita receso nos avisa.

Pellegrino: No, no, está bien. [...] Roberto, un secuestrado, me dice dónde estamos, que estamos en la ESMA, que ahí para vivir tenemos que contar lo que sabemos y que después de tres o cuatro meses, si ellos no se conforman con el comportamiento, uno se va para arriba. Pregunté qué era para arriba y dice: “Te matan”. Eso le conté a Carlos y después de eso, evidentemente alguien se enteró y nunca estuve cerca de Carlos sino que me llevaron a Capuchita, que es una escalera, un piso más. Mucho tiempo después me enteré que Capuchita (el altillo) era una especie de preámbulo para los traslados.

En castigo por lo poco que se dijeron, a Liliana la habían subido de los pelos y a Carlos le abrieron la cabeza golpeándolo con un juego de grilletes, mientras le gritaban: “¡Así que estuviste hablando, hijo de puta!”.

Los miércoles, excepcionalmente los jueves, eran los días de “traslado”. Ese día la disciplina era más rígida y una atmósfera de tensión iba impregnando el Casino de Oficiales. Los prisioneros debían permanecer en su sitio, con los grilletes puestos y encapuchados, para no observar lo que estaba ocurriendo. Menos que nunca se podía hablar. Ni llamar a los guardias. A las cinco de la tarde comenzaba una tenebrosa lotería: los desaparecidos que iban a ser trasladados eran llamados por su número y luego formados en hilera. Arrastrando los grilletes, la fila india iba saliendo por el portón rumbo al sótano misterioso, a la enfermería, donde según los rumores les aplicaban una inyección de pentotal, de “pentonaval” como decían los marinos.

“Tenía mi número —dijo Liliana en otro momento de su testimonio— era el 254.” Y recordó, literalmente, el “trencito” de prisioneros a los que les había tocado el número malo, que bajaban al sótano, a la inyección, al Fokker, a

ser arrojados desde dos mil metros de altura a la bahía de Samborombón.

En esos días, el Sueco se preguntaba angustiado si podría aguantar esos niveles de violencia y de tortura, sobre todo pensando que tenían a su mujer y al nene. Ignoraba, en ese lugar fuera del tiempo, que al bebé y a Cristian los habían largado al día siguiente del secuestro y que una compañera, Amalia Larralde, había llevado a Rodolfo con sus abuelos. Con Liliana, tras el fugaz encuentro en Capucha, habían vuelto a separarlos. Él quedó en Capucha; ella, en Capuchita; seguían en capilla.

Después de tres o cuatro días, un tiempo que ninguno de los dos recuerda con precisión, le dijeron:

—Te vamos a llevar con tu mujer. Calmala porque es una pelotuda y se va a hacer pegar al pedo.

Ninguno de los dos había entregado un solo dato. A Carlos le preocupaban las citas “estancas” que tenía con varios compañeros. Rogaba con toda el alma que las levantasen lo antes posible, antes de que esos tipos lo quebrasen con Liliana o el nene...

Es en esta oportunidad, donde viene un... nerd, digamos, al cuarto de interrogatorio. Me hace levantar la capucha por un guardia, me pone un impreso delante de los ojos y me dice: “¿Así que vos sos fotocromista?”. Le digo: “Sí, yo soy fotocromista, ése es mi oficio”. “¿Vos sabés hacer esto?” Lo que me habían puesto delante de las narices era la filigrana de un pasaporte uruguayo. Entonces le digo: “No”. Y el nerd: “Si vos sos fotocromista, tenés que saber hacer esto. O nos estás mintiendo con tu oficio o nos estás mintiendo al decir que no lo sabés hacer”.

La cabeza le daba vueltas. Si bien era cierto que la técnica para imprimir billetes era distinta al offset que él manejaba, podía intentarlo. Pero no quería colaborar con esa canalla. Además “no sabía para qué carajo lo necesitaban”. ¿Y si era una trampa para colgarle una acusación jodida? Se refugió parcialmente en la verdad: era un proceso gráfico muy complicado y diferente de su trabajo como fotocromista.

Por suerte para él, su interlocutor, que le había parecido —en medio del delirio del momento— una suerte de “científico alemán”, le creyó a medias y pensó que, con los instrumentos adecuados, podía llegar a lograr la falsificación. Así que siguió en Capucha. A medida que pasaba el tiempo, diciembre, enero, febrero, marzo, la esperanza de sobrevivir se colaba peligrosamente en la conciencia. El Sueco se decía que uno podía ablandarse y convertirse en un colaborador. Que era preciso cultivar el odio hacia esos tipos y la ideología que defendían, regando ese odio como una planta carnívora, todas las noches en la intimidad de la conciencia.

Cada tanto lo hacían bajar para preguntarle por enésima vez si podía falsificar la filigrana del pasaporte uruguayo y ante su negativa lo regresaban a la inquietante Capucha.

Les molestaba que no les diera “la prueba de amor” y apelaron a uno de sus recursos más exitosos: la aparición del fantasma. Ponerte por delante un compañero que dabas por caído y muerto.

En este caso, el fantasma era Daniel Lastra, que fue responsable del Sueco y había sido secuestrado dos años antes, en febrero del 77. Aunque en su testimonio ante nosotros (Paloma y quien escribe) Lordkipanidse no lo dijo (por la razón que sea), Jaime Dri y otros sobrevivientes no vacilan en definir al acromegálico Lastra como uno de los “dedos” más peligrosos que habitaban el inframundo del sótano.

Cuando se lo pusieron por delante se asustó. Era como si realmente estuviera viendo un fantasma. Pero el fantasma tenía una instrucción y la cumplió. Sin perder tiempo, Lastra, intentó persuadirlo con el tema de los pasaportes llamándolo por su nombre de guerra:

—Víctor, lo del trabajo ése, aceptalo. Nosotros estamos haciendo lo imposible para que vos bajés a trabajar aquí, porque es la única posibilidad que tenés vos, y tu compañera, de sobrevivir.

Como lo conocía y sabía que el Sueco era muy escrupuloso, argumentó con astucia:

—No es lo que estás pensando. No vas a *colaborar* con ellos haciendo esto. El pasaporte no es para uso operativo. Ésta es una manga de ladrones, una mafia, y quieren el pasaporte para hacer guita. Lo quieren vender en el mercado negro de pasaportes. Es como si les falsificaras plata.

Lordkipanidse lo relojeó. Para ese entonces ya estaba bastante curtido, había pasado cinco meses por Capucha y Liliana seguía en Capuchita, que era “el infierno de los infiernos”. Tampoco podía arriesgarse a una negativa tajante, porque tenía un proyecto de fuga. Una vez que lo habían mandado al baño a lavar los platos se había robado dos cuchillos tramontina y los había escondido dentro del colchón, que había cortado con uno de los tramontina. También sabía que solamente dos guardias estaban armados con pistolas y conocía el lugar donde guardaban un fusil FAL. Su fantasía era provocar un incendio y la consiguiente confusión para intentar una fuga que, a priori, parecía imposible. El 16 de enero (de 1979) era el cumpleaños de Liliana, y Carlos logró convencer a un guardia bastante permeable que

lo dejó encontrarse con su mujer en el baño, “para desearle feliz cumpleaños”. En realidad, quería decirle que no había cantado y que los compañeros estaban bien. Fue la última vez que la vio antes de tomar la decisión de bajar al sótano a intentar la falsificación del documento uruguayo, el proyecto con el que alguien muy pesado pensaba “salvarse”.

Lordkipanidse hoy habla de aquel muchacho que fue con una mezcla de fina ironía y autoternura. En cuanto se decidió, mandó llamar al oficial de guardia (como si fuera un prisionero de guerra protegido por la Convención de Ginebra), le comunicó la decisión y le pidió que se la transmitiera a sus superiores. Entonces apareció el teniente de navío Raúl Scheller, alias Pingüino o Mariano, y le preguntó de mala manera:

—¿Qué es lo que está pasando acá?

—Pasa que me pidieron falsificar pasaportes uruguayos, y yo estoy dispuesto a hacerlo, lo voy a hacer, pero a cambio de que la liberen a Liliana para que pueda ir con mis hijos.

Scheller hizo una mueca que parecía una sonrisa, pero no lo era:

—Acá vos venís con condiciones... a nosotros que somos los dueños de la vida y la muerte de todos ustedes...

—Bueno, es mi condición —contestó el Sueco, como si discutiera un aumento de sueldo con el gerente de una concesionaria.

Dice ahora, en 2014:

Yo estaba muy confundido en esa época, la verdad estaba muy confundido. Yo exigí un tratamiento de prisionero de guerra de acuerdo a la Convención de Ginebra. Yo me identifiqué con grado y exigí el respeto que me correspondía. Era un pendejo muy confundido. Y ellos estaban desesperados porque se les acababa el botín de guerra. En la casa de mis suegros se llevaron todo. Hasta voltearon un florero que estaba arriba del televisor y tenía adentro la copia de las llaves de un auto que era de mi laburo legal. No sabés cómo me dieron para que les dijera a qué auto pertenecían esas llaves. “¡Vos tenés el auto, hijo de puta! ¡No cantaste el auto!”, me gritaban entre bastonazo y bastonazo. Y cuando les contaba la verdad, que estaba en mi laburo, redoblaban la biaba.

El Pingüino no le hizo caso y se fue dejándolo en la duda sobre su destino. Pero insólitamente regresó hecho una seda y le deslizó una promesa que no acabó de formular: “Bueno, con lo de tu mujer... vas a ir al laboratorio, ahí te vas a poner canchero, para ver si podés trabajar con los aparatos que hay. Ahí te vas a encontrar dos *subyugados* como vos, y ellos te van a poner al tanto de lo que hay, a ver si vos podés trabajar con eso”.

Pensó que el tipo era un enfermo: llamar “subyugados” a los desaparecidos era demasiado incluso para la semántica de un campo de concentración. ¿Subyugados por qué o por quién, por la muerte, por Massera?

Entonces lo llevaron tabicado al laboratorio, con los grilletes puestos. Lo hicieron sacarse la capucha y descubrió —por fin— dos rostros humanos: los de la Chiqui y el Tito, el matrimonio Pisarello (el único que se mantenía en el inframundo). Los veteranos prisioneros, que llevaban un año y medio en la ESMA, le dieron una cálida bienvenida y le reiteraron lo que le había dicho Lastra: habían estado todo este tiempo intentando salvarlo, presentándolo como el único que podía hacerlo. Porque los marinos también pensaron en el traidor que le hizo los pasaportes a Licio Gelli, el Caín Lauletta. Un tipo siniestro, que se había pasado de bando y era un peligro tan grande o más que los represores.

Tardaría un tiempo en darse cuenta de quién era quién allí abajo. Cuando Tito y Chiqui le contaron que estaban por liberarlos y mandarlos a Venezuela, se “le vino el mundo abajo”. Los miraba y pensaba: “Para que a vos te saquen a Venezuela, qué habrás hecho, pedazo de hijo de puta”. “Al contrario, eran unos compañeros ejemplares, que habían caído con Jaime Dri en el Uruguay. Maravillosos compañeros.”

Jugándose la vida, los Pisarello le contaron de quiénes tenía que cuidarse y le revelaron algo muy extraño, que entonces no entendió: Chiqui y Tito formaban parte de un grupo de prisioneros que iba a ser liberado por el Tigre Acosta con el beneplácito de Massera en persona. Incluso estaban por largar a compañeros intransigentes como Graciela Daleo.

Cuando le advirtieron sobre los sujetos peligrosos que se habían pasado de bando, le dijeron: “No todo se acabó. La resistencia sigue. También acá adentro”. Pero era imprescindible aceptar el trabajo-esclavo, porque era la única garantía de salvar la vida, aunque no pocos trabajadores esclavos habían sido “trasladados” a pesar de mostrarse *subyugados*, como quería el Pingüino.

Entonces le exhibieron las falsificaciones que habían realizado en el laboratorio: la cédula argentina, el pasaporte argentino, diversos tipos de credenciales.

—Los que hicimos esto —le dijo Chiqui— ahora nos vamos. Entonces teníamos que pasarle la posta a otro

compañero y entrenarlo para que nos reemplace.

El Sueco se atrevió a preguntar:

—¿Para qué carajo quieren ahora un pasaporte uruguayo?

Chiqui lo observó sonriente y le contestó con amabilidad:

—Porque es el único pasaporte extranjero que un argentino puede llevar por el mundo sin que se den cuenta de su verdadera nacionalidad. No puede hacerlo con un pasaporte español, chileno o boliviano. Los únicos que hablan casi igual a nosotros son los uruguayos.

Pero no era esa la razón principal ni mucho menos: había un negocio en vasta escala con la logia Propaganda Dos, a la que pertenecía el entonces jefe del GT 33/2, el capitán de navío Horacio Estrada, un sexópata, vinculado con el ocultismo y las videntes, pero sobre todo con el mercado negro de armas. En realidad, el jefe del Grupo de Tareas quería evaluar a fondo la capacidad técnica del Sueco para encargarle algo muy groso.

Estrada tardaría casi dos años en revelar el enigma y darles una orden precisa al Sueco y a Víctor Basterra, otro gráfico, honesto y valiente que llevaría la consigna de la “resistencia dentro de la ESMA” (enarbolada por los Pisarello) a su máxima expresión, consiguiendo pruebas gráficas y fotográficas que en los años venideros serían decisivas para condenar a represores, como Sèrpico Cavallo.

Pero el Sueco estaba aún muy lejos de ese momento. En mayo o junio de 1979 padecía la peor incertidumbre: no tenía la certeza de que hubieran llevado su bebé a los abuelos o a quién finalmente se lo habrían entregado.

Sí, en cambio, sabía que Daniel Echevarría, por quien la madre había preguntado por teléfono la noche anterior a la caída, había muerto combatiéndolos.

Logró cierto alivio cuando a Liliana dejaron de llevarla a Capucha y la alojaron en uno de los cuartos de interrogatorio, que a esa altura de los acontecimientos se utilizaban para ubicar a algunos prisioneros.

El dato lo alentó para perpetrar una verdadera locura. Se dijo, en cumplimiento de un código al estilo Athos: “Bueno, listo, ahora yo tengo que cumplir mi parte y entregarles mis armas”. Cuando les comunicó que tenía un embute con una pistola y algo de parque (lo que él llamaba “sus armas”), le cayó encima una lluvia de garrotazos peor que la del primer día. Estuvo a un tris de ser “trasladado”. Y posiblemente no fue la piedad de los marinos sino el cumplimiento del plan masserista, para largar prisioneros y situar al Almirante en el papel de un político preocupado por los derechos humanos, lo que evitó su ejecución. Sin descartar, tampoco, el oscuro negocio del capitán Estrada, para el cual sería una pieza imprescindible.

Cuando se disipó la tormenta, vino el Pingüino y con su mejor sonrisa de gerente le anticipó una novedad crucial:

—Nosotros te dijimos que íbamos a largar a tu mujer... bueno, tu mujer se va a ir.

Sería, por supuesto, una libertad vigilada, que se había complicado —según los represores— porque la familia de Liliana había presentado un recurso de hábeas corpus y un juez (un “idiota” según los marinos) había iniciado una causa por el secuestro de Rodolfo, el bebé.

Recordó Liliana ante la justicia:

Todo eso tenía que ser levantado. Para que siguiéramos viviendo había que levantar el hábeas corpus y, por sobre todas las cosas, había que ir al juzgado para hablar con este juez que había iniciado el juicio por la privación de libertad de Rodolfo y así lo hicimos mi primo (Cristian Colombo) y yo, que no podíamos negar lo innegable, porque había testigos del Falcón naranja, del secuestro, pero que dijera los menores detalles posibles, que había estado en un lugar que no reconocía, que no sabía dónde era, que no había visto a nadie y cuando declaramos, supongo que ante el secretario del juzgado, estaba Febres, o sea que él supervisaba la declaración, nadie le preguntó quién era. Luego de eso (los marinos) dicen que voy a estar bajo libertad vigilada y que Carlos seguía estando en la ESMA. Astiz me lleva a mi casa, a la misma casa que me secuestraron, Muñiz 1040, mis padres fueron testigos que lo vieron, y ahí me dejó. Luego de ese tiempo las libertades eran vigiladas, yo tenía que estar a disposición cuando hablaban por teléfono como cuando necesitaban preguntarme algo y venían a casa en el momento en que se les ocurría.

La “vigilada” tenía un tutor o encargado, y ese tutor — para su desgracia— fue el prefecto Febres.

Éste es un tema del que Lordkipanidse prefiere no hablar y es más que comprensible. “Preguntenlé a Liliana”, nos dijo Carlos cuando le hablamos para este libro. Pero en el famoso juicio de Madrid, que condujo Baltasar Garzón a fines de los noventa, cuando en la Argentina aún imperaban las leyes de impunidad, declaró:

Tiempo después fue liberada mi mujer, que debía vivir en casa de sus padres, y que era periódicamente

controlada por el prefecto Héctor Antonio Febres. Liliana fue reiteradamente violada por Febres en estas “visitas” de control, bajo la amenaza de que, si ella no se sometía a sus exigencias, me mataría a mí. Igual método fue utilizado con otras prisioneras, según el mismo Febres le manifestó a Liliana. Yo tomo conocimiento de estos hechos por dichos del mismo Febres, luego confirmados por Liliana.

Pocas palabras, en el lenguaje formal de los testimonios judiciales, que encierran un drama de ofensa y humillación sin límites.

Hoy, con gran lucidez, Carlos agrega un matiz maquiavélico a esta jugada de las “libertades vigiladas” por mierdas como Febres: el tema del “esparcimiento del terror”. Si todos morían, si nadie salía a la calle para decir lo que ocurría frente mismo a la Avenida del Libertador, cómo iban a distribuir ese terror espeso que impregnó a la sociedad argentina durante toda la dictadura y todos los años de la democracia.

En la declaración ante Garzón, Carlos Lordkipanidse, develó el enigma del jefe de la ESMA:

Durante 1980, el capitán Estrada nos exige a Bastera y a mí que confeccionemos diez mil pasaportes argentinos según el nuevo modelo (supuestamente a prueba de falsificaciones, que había diseñado Ciccone Calcográfica para la Policía Federal), ya que tenía la intención de venderlos en el mercado negro internacional. Para esto contaría con el apoyo logístico de la Logia P2. Una gran cantidad de estos pasaportes llegó a ser impresa en la imprenta de la ESMA, pero no pudieron ser comercializados, porque Bastera y yo habíamos ideado una fórmula que inutilizaría —al cabo de un tiempo— la marca de agua de los pasaportes legítimos.

Una jugada harto peligrosa que les salió muy bien.

En cambio, el capitán Horacio Estrada no tuvo suerte. A pesar de su vinculación con Alberto Kohan, secretario general de la Presidencia durante Carlos Saúl Menem, y con el propio Presidente, fue indagado por su participación en el escándalo de la venta de armas a Ecuador y Croacia. El fiscal Carlos Stornelli lo acusaba concretamente de haber supervisado el embarque clandestino de cinco mil fusiles FAL obsoletos y munición vencida hacia Ecuador, país que en ese momento estaba en guerra con Perú, que —paradójicamente— había sido aliado de la Argentina en la reivindicación de las Malvinas.

El 25 de agosto de 1998, el ex jefe del GT 33/2 apareció muerto con un balazo de 38 en la sien izquierda, a pesar de que era diestro. Sobre el escritorio había una pistola 9 milímetros que no había sido usada. Como siempre ocurre en la Argentina, la muerte por supuesto suicidio (uno entre tantos) fue calificada como “sospechosa” por los políticos y los medios y pronto cayó en el olvido, sin ninguna consecuencia.

En una muy buena nota publicada por *Página/12*, Susana Viau reveló el contenido de las agendas del marino, donde aparecían varios dirigentes del PJ y pesados de Alfredo Yabrán. Los investigadores tropezaron, asimismo, con una poblada colección de videos porno.

A fines de 1983, antes de que se restableciera formalmente la democracia, Carlos Lordkipanidse, su mujer y sus hijos se escabulleron de la “libertad vigilada” y partieron rumbo a Suecia, donde sigue viviendo Liliana. Ambos fueron testigos de peso en las diversas causas sobre la ESMA, y Carlos ha librado una batalla decisiva por la memoria histórica y por el uso correcto del predio de la Escuela, que lo ha llevado a enfrentarse duramente con el gobierno y con dirigentes de HIJOS y de La Cámpora.

XXV

LA SAGA DE LOS DONDA

De entre todos los personajes que componen mi historia, a través de todas las gamas de grises que puedan aceptarse entre la culpabilidad y la inocencia, hay dos cuyos roles son indiscutiblemente corrosivos, dañinos. Uno de ellos es Héctor Febres, aquel hombre gordo y repleto de un aire de seguridad y confianza, aquel que solía bromear conmigo llamándome “zurdira” cuando me veía llevando mi sempiterna boina del Che. El solo pensar que alguna vez lo abracé, que lo llamé tío, que agradecí cada uno de los regalos que me enviaba religiosamente todos los años el día de mi cumpleaños (un día falso, arbitrario, que él mismo se había ocupado en su momento de inventar), me revuelve el estómago y desata permanentemente en mí una lucha incansable por no odiarme a mí misma. Ese personaje siniestro estuvo frente a mi madre antes de que yo naciera, le hizo escribir una carta a mis abuelas pidiéndoles que se ocupasen de mí, me arrancó de sus brazos apenas quince días después de nacer y me entregó a uno de sus amigos para que me criase, con otro nombre, con otra identidad y sin pasado.

Esta estremecedora confesión, que anticipa una historia familiar digna de la tragedia griega, fue escrita por la diputada nacional Victoria Donda y publicada en su libro *Mi nombre es Victoria* (Sudamericana, 2009). En paralelo, la legisladora y dirigente del Movimiento Libres del Sur dice de su tío el represor de la ESMA, condenado por la justicia como uno de los protagonistas del genocidio:

Pero mayor aún que el rechazo que me provoca un personaje como Febres es el que siento hacia aquella persona con la que me une un lazo que no puedo negar ni deshacer, por cuanto se trata de un lazo de sangre. Se trata de mi tío, el verdadero, hermano de mi padre y principal responsable de la destrucción de mi familia. Adolfo Donda Tigel, conocido como “Palito” o “Jerónimo” por aquellos a quienes torturaba. Tan sólo saber que fue el ídolo y protector de mi padre durante años, que fue padrino de su casamiento con mi mamá, y que tan solo unos pocos años después de aquello era capaz de instalarse en su improvisada oficina de la ESMA, mientras su cuñada era torturada en la habitación de al lado, me resulta insoportable [...]. Después de arrebatarle a su hija, Adolfo Donda aprobó que a su propia cuñada le diesen una inyección de pentotal y la arrojaran desde el aire, viva, al Río de la Plata. Y durante años, mientras mi abuela Leontina le pedía entre lágrimas que hiciese algo por averiguar el paradero de su hija, él se limitaba a sonreír diciendo que no había nada que él pudiera hacer y que Cori estaría seguramente muerta. Él fue también quien inició un juicio a mi familia materna por la adopción de mi hermana mayor, quien le cambió el nombre, quien la crió durante toda su vida diciéndole que sus padres la habían abandonado.

Y fue él, se podría decir, quien convirtió a Eva Daniela Donda en Daniela a secas (para no contaminarla con el nombre de Eva Perón) y en alguien que cuestiona la historia de sus padres desaparecidos: “Si se va a juzgar la violencia de los setenta, tienen que estar en el banquillo todos. Eso sería memoria, verdad y justicia. Si no, es sólo venganza y revancha”.

Cuando Vicky lanzó su libro, me lo regaló con una dedicatoria muy cariñosa. En aquel momento compartíamos la misma bancada en el Interbloque Proyecto Sur. Como yo, había estado cerca del kirchnerismo en los primeros tiempos y había roto por razones muy similares en la misma época.

Leí esta dura confesión y la felicité por la claridad y valentía desplegadas en su escritura. Pero se me pasó, debo admitirlo, la única falta de sinceridad que Victoria habría perpetrado en sus páginas. Un único escamoteo, pero grave: haber encubierto bajo el nombre falso de “Raúl”, la identidad real de su “padre de crianza” (“apropiador” sería una palabra más adecuada): el torturador Juan Antonio Azic alias Piraña, el mismo que agarró de los pies al bebé del Sueco Carlos Lordkipanidse y amenazó con estrellarlo contra la pared si su padre no hablaba.

Puedo entender las razones profundas del enmascaramiento, formalizado con esta advertencia inserta en la página 4: “Algunos nombres de las personas que figuran en esta historia han sido cambiados para proteger su privacidad. Aunque no todos”.

El robo generalizado de los hijos de una generación combatiente —copiado milimétricamente del modelo aplicado por Francisco Franco en la guerra de España, con la complicidad de la jerarquía católica— no sólo ha causado el dolor inconsolable de las familias mutiladas en las décadas de ausencia (que para muchos se sigue prolongando), sino que

tiene consecuencias indeseadas para muchos nietos recuperados. Incluso para los que reivindican como valor central la devolución de la identidad y no les ha temblado el pulso para prestar testimonio contra sus apropiadores. La confusión de sentimientos, la contradicción cuasiesquizofrénica entre la justicia innegable de la causa por la identidad real y el eventual afecto que pudiera haber generado vivir durante treinta años con los apropiadores dejan una huella traumática adicional en los hijos de los desaparecidos, que también debe cargarse en la cuenta del terrorismo de Estado.

Esa contradicción habita el corazón de Vicky Donda, y ella no lo oculta: “No es mi intención justificarme sobre lo que siento por Graciela y por Raúl (Azic), ni eximirlos de su culpa en toda esta historia. Pero ellos no son ni Febres ni Donda, y la vara que mide esta diferencia no es difícil de concebir: se trata de la crueldad, de la intencionalidad, del cinismo”. La vara de la justicia, nacional e internacional, ya midió a Piraña, el monstruo que se oculta bajo la apariencia de un patriarca severo y conservador, pero incapaz de torturar a un recién nacido delante de su padre y su madre.

La saga de los Donda es shakespeariana y, a la vez, profundamente argentina. La fractura entre dos hermanos, uno represor y el otro montonero, se convierte en fosa abisal cuando el marino entrega a su propio hermano, hace torturar y asesinar a la mujer del montonero y le regala su propia sobrina recién nacida a un torturador de la Prefectura. Alicia Ruscovsky, sobreviviente de la ESMA, me contó hace años lo que le dijo el entonces capitán de corbeta Adolfo Miguel Donda Tigel, alias Palito o Jerónimo, jefe de Inteligencia del GT 33/2, y por lo tanto reemplazante del Tigre Acosta:

—Ésta es una guerra, y en la guerra no se puede ser piadoso con el enemigo. No lo fui con mi propio hermano que era monto. No lo fui con mi cuñada, que estuvo chupada como vos acá en la ESMA. Y fue trasladada, como lo vas a ser vos también si no hacés los deberes. No tuve ningún tipo de condescendencia ni culpa. Porque ésta es una guerra y ellos estaban en el otro bando. Es así la cosa: ganamos nosotros o ganan ustedes. Así que más vale que vayas largando lo que tengas.

“Lo que tengas” no era solamente información, como haría pensar su discurso fundamentalista, sino también una bien terrenal escritura de una casa en Castelar. La Biblia inseparablemente unida al calefón.

Tal vez la clave del abismo pudiera encontrarse allá lejos y hace tiempo, en Diamante, Entre Ríos, de donde procedía la familia.

Adolfo “Palito” Donda le llevaba diez años a su hermano José María Laureano (luego conocido en Montoneros como Pato o el Cabo). Los dos eran hijos de personas mayores. El padre tenía como favorito al primogénito, y la madre sentía debilidad por el menor. Durante un tiempo, el más chico pareció seguir los pasos del más grande y se metió en el Liceo Naval, pero luego los senderos se bifurcaron: Adolfo cursó la Escuela Naval, egresó como guardiamarina, se casó y se preparó para una agradable vida burguesa. Su hermanito, en cambio, ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras cuando estallaban los fuegos del 73. Allí conoció a María Hilda Pérez, la Cori, una petisa simpática y llena de vida que le llevaba tres años y militaba como él. Igual que tantos otros jóvenes de la época, dos años más tarde se casaron y se radicalizaron más. El Cabo era tan joven que necesitó la aprobación paterna para contraer un matrimonio formal. Era el año 1975, la antesala del golpe, el Grupo de Tareas 33/2 comenzaba a organizarse, a instruirse, a utilizar policías y prefectos que les enseñaran el arte de la tortura.

Pese a las diferencias políticas que ya resultaban inocultables, Adolfo fue padrino de bodas de su hermano menor, y hasta hay quien sugiere que más tarde, cuando el golpe era inevitable, aconsejó al matrimonio que dejara el país.

En marzo de 1976, tres días antes del cuartelazo, nació la primera hija del Cabo y Cori, a la que llamaron Eva Daniela. Otra dramática curiosidad de esa época donde la Triple A y el Comando Libertadores de América ya habían prefigurado el terrorismo de Estado: había muchas militantes montoneras embarazadas y en los nacimientos predominaban netamente las mujeres sobre los varones. Alguna vez, Firmenich comentó este dato en una charla informal y prohió una teoría: la necesidad instintiva de sobrevivir o, al menos trascender, en esa atmósfera impregnada de muerte “hacía que las compañeras tuvieran hijas”, es decir, reproductoras de la vida.

Después del golpe, el cerco se fue cerrando sobre el joven matrimonio; tuvieron que pasar a la clandestinidad y dejar a Eva Daniela con Leontina Puebla de Pérez, su abuela materna. Cori estaba nuevamente embarazada.

El blanco principal era el Cabo, que ya era lo que solía llamarse un “cuadro”, es decir un militante bien formado, con experiencia operativa y dispuesto a todo. A Cori la veían más como el medio para llegar a su marido.

En marzo del 77, a un año del golpe, se perpetró lo que Leontina —no sin datos— atribuye directamente a Adolfo Donda: la caída de Cori en las inmediaciones de la estación de Morón. No había dudas sobre el lugar de la cita envenenada: el Cabo había encontrado los zapatos de su mujer en una plaza cercana a la estación, tirados junto a un arbusto. Uno de los zapatos tenía el taco roto. Dedujo de inmediato la escena que había precedido a ese abandono: la cita estaba cantada, su mujer corrió desesperada hasta quebrar el taco del zapato, se descalzó y siguió corriendo

descalza hasta que los represores cayeron sobre ella.

Según cuenta Vicky en el libro, su padre pasó a despedirse por la casa de un matrimonio vecino con el que tenían una relación muy estrecha y le contó a la mujer, Pochi, que su compañera había sido secuestrada.

Soltó algo terrible:

—Nos vendió mi hermano. La estaban esperando en una cita en la estación de Morón. Yo no puedo quedarme acá. Ni el Cabo ni Leontina lo sabían, pero Cori estaba presa en la comisaría 3ª de Castelar, por donde solían pasar los chupados de la Fuerza Aérea en la zona Oeste. Allí los policías bonaerenses la torturaron y la vejaron.

Fue transferida a la Escuela de Mecánica cuando ya llevaba cinco meses de embarazo. Su compañero también había caído en manos de la represión, aparentemente en la misma comisaría 3ª, pero su destino continúa siendo una gran incógnita hasta el día de hoy. Aunque Leontina, la madre de Cori (una de las fundadoras de Madres y de Abuelas), está convencida de que Palito Donda conoce al detalle lo que pasó con su hermano menor. María Hilda Pérez, Corita, parió allí, en el “cuarto de las embarazadas”, “atendida” (es un eufemismo) por Jorge Luis Magnacco, capitán de navío médico, partero de la Escuela, un personaje de barba blanca y conciencia negra que sabe mucho más de lo que ha declarado a la justicia.

Cori tuvo a la beba en sus brazos, empapada en sangre y líquido amniótico y seguramente se preguntó durante cuánto tiempo la dejarían conservarla. Anticipándose al robo de la identidad le pidió a una compañera de martirio, a otra cristiana primitiva que aguardaba como ella la salida a la arena del Coliseo, que le cosiera un hilo azul en el tierno lóbulo de la oreja derecha. Un hilo azul que la condujera desde el fin de los días a un remoto pero posible renacimiento.

Durante años, Leontina —además de reclamar a Cori y a la nieta que había nacido en la ESM A— batalló en inferioridad de condiciones para quedarse con Eva Daniela, la hermana mayor de Vicky, pero no sólo perdió la batalla legal, tuvo que exiliarse en Toronto para evitar el zarpazo del hombre que ríe. Perdió, por supuesto, su yerno siguió vinculado con el lado en sombras del poder, mucho después de que se disolviera el Grupo de Tareas.

Al regresar la democracia, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, Donda pasó un largo período como agregado naval en Brasil. Recuerdo esos años ochenta, cuando peleábamos para que el teniente coronel violador Pedro Durán Sáenz (capo del Vesubio) dejara de ser agregado militar en México y Adolfo “Dunda” (como entonces creíamos que se llamaba) fuera removido de tan estratégico destino diplomático.

Luego, junto con el Tigre Acosta y otros represores de la Escuela, Palito se convirtió en ejecutivo de las tres empresas Zapram, de Alfredo Yabrán, que custodiaban los depósitos fiscales de Ezeiza, favoreciendo toda clase de tráficos ilícitos, hasta que la AFIP (Administración Federal de Ingresos Públicos) de Domingo Cavallo les apretó las clavijas (no por nacionalismo sino para favorecer a Federal Express) y desaparecieron tras un curioso incendio donde se quemaron muchos papeles comprometedores. Pero no desapareció por eso la significativa empresa Brides, que muchos traducían como Brigadas de la ESM A y operaron con ferocidad contra los competidores del Cartero Yabrán. Durante los años de la impunidad absoluta (con Alfonsín, Menem, De la Rúa y Duhalde), el hombre que ríe siguió en Ezeiza con engendros de inteligencia y seguridad como Quality Control, hasta que se anularon las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y la justicia, más tarde que temprano, lo juzgó y condenó a cadena perpetua por los crímenes de lesa humanidad perpetrados.

En paralelo, sin conocerse, crecían las dos hermanas de sangre, las hijas de Cori y el Cabo. Analía Azic, transmutándose en militante de Patria Libre; Daniela (ex Eva), acercándose cada vez más a la “memoria completa” de los represores. Para amplificar hasta la locura la confusión familiar, Vicky tenía una hermana de crianza en el hogar de “Raúl y Graciela”, que en su libro llama Clara, pero en realidad se llama Laura y es, como Victoria, otra hija de desaparecidos que le regalaron a “Piraña”. “Es cierto que hoy ya no compartimos ni genes, ni sangre, ni familia”, escribió Victoria Donda y agregó: “Tan cierto como que nada de eso cambia el cariño que le tengo y mi eterna necesidad de protegerla”.

En cambio, con su hermana biológica, Daniela, las separa un abismo ético infranqueable: Victoria no acepta que se defienda a los represores. “Quien cometió un delito se tiene que hacer cargo.” Daniela, como ya se dijo, cree que la justicia es revancha de los vencidos.

Elementos de sobra para una gran novela o un culebrón infame. Analía Azic fue informada por HIJOS —en agosto de 2003— que podía ser hija de desaparecidos y tras el acto decisivo en la ESM A dio el paso de cotejar su sangre con la de Leontina, para que triunfara el “índice de abuelidad”, establecido por los genetistas que ayudan a la justicia, y se convirtiera en la nieta número 78.

Un título nobiliario que no debería ser sustituido por esas pajerías del periodismo posmoderno, que la llama “la diputada hot” por sus generosos escotes.

Los medios y gran parte de la sociedad la desconocen y desconocen la saga de los Donda.

Su tío, el genocida, la tiene bien clara.

Una tarde de locura, mientras filmaba un documental sobre su vida, Vicky quiso preguntarle a su tío Palito qué había hecho con su madre y con su padre. Filmaba cerca del centro penitenciario de la Marina, donde el represor “sobrellevaba” su prisión de lujo.

Se presentó y un “soldado” (debe ser un infante de Marina) la atajó en la puerta:

—Sólo los familiares están autorizados.

Explicó que era la sobrina y esperó largos minutos al cabo de los cuales apareció un oficial de la Armada actual, presuntamente nacional, popular y kirchnerista (según Milani) y le dijo textualmente, cagándose en la destitución de Donda y la consiguiente pérdida del grado:

—El capitán no quiere recibirla, y dice que usted no es su sobrina, porque su hermano nunca la reconoció como su hija.

XXVI

LA GOMA K

*¡Pa' todos habrá goma no hay cuidao...
se viene la maroma pa' este lao!*

“La maroma sovietista” (tango)

Letra: Mario Batistella, Manuel Romero

Música: Enrique Delfino

El gobierno kirchnerista, considerado por sus seguidores “nacional, popular, democrático y progresista”, es el único en los treinta años de “democracia recuperada” que votó y promulgó dos veces una Ley Antiterrorista a solicitud del GAFI (Grupo de Acción Financiera Internacional para la prevención del lavado de activos), que integran veintiséis países, dos organismos internacionales y los principales centros financieros de los Estados Unidos y Europa, como el Banco Mundial, que abre o cierra la canilla de las inversiones y lleva a los gobiernos díscolos ante el temible tribunal del CIADI (Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones), que siempre falla contra los países y a favor de los inversores extranjeros.

Gracias a esta docilidad de la Casa Rosada, el GAFI anunció que sacaba al país de la lista negra de lavadores de dinero, a pesar de que este gobierno también batió récords con dos leyes sucesivas de blanqueo de capitales.

¿Qué tiene esto que ver con los espías argentinos que según el Topo trabajan para la CIA? Mucho, según se irá viendo.

Me opuse como diputado a la primera Ley Antiterrorista por una cuestión de principios: venía propiciada por Washington y constituía una espada de Damocles para los luchadores sociales. Era tan amplia que cualquiera podía ser calificado como “terrorista”.

A Kirchner no le gustaban los aliados con pensamiento propio. Me llamó por teléfono, irónico:

—¿Qué tal? ¿Cómo va esha batalla contra el imperialismo?

Le molestaba que el diferendo crítico de un aliado hubiera sido destacado por algunos medios. *La Política Online*, muy leída en el ambiente parlamentario, escribió una nota que seguramente le pasaron y no le hizo ninguna gracia. Allí destacaban mi independencia de criterio, que no se le admitía a los integrantes del Frente para la Victoria: “La ruidosa argumentación de Bonasso contra esta ley — que va en línea con los más delicados intereses de los Estados Unidos— incomodó sobremanera a los integrantes del bloque kirchnerista que lidera Agustín Rossi, que tuvo que soportar que el periodista ‘nos corra por izquierda, mientras nosotros levantamos la mano y nos tragamos el sapo’, comentó un vocero de la bancada”.

Aunque hubiera significado la ruptura, no habría votado de otra manera, y Kirchner lo sabía. Una tarde, cuando él me acompañaba hasta la puerta de su despacho para despedirme, se lo dije con todas las letras:

—Si reprimis el conflicto social, yo no tengo más nada que hacer en este espacio político.

Juré y perjuró que la tenía muy clara, que jamás iba a reprimir la protesta social. “Jamás”, reiteró, parado frente al oscuro cortinado de terciopelo que enmarcaba la puerta del despacho presidencial.

El tema sigue teniendo una importancia decisiva, pero en aquellos años, además, estaban muy cercanos los treinta y cuatro asesinatos perpetrados por el gobierno de Fernando de la Rúa bajo el imperio del estado de sitio y sólo se podía apoyar el proyecto kirchnerista si no reprimía la protesta social generalizada que había desatado el modelo neoliberal de los noventa.

Era 2007, año de campaña y de elecciones presidenciales, concluía el mandato de Néstor Carlos Kirchner.

Cuatro años más tarde, el gobierno de su viuda, envió al Congreso una nueva Ley Antiterrorista más inquietante que la primera. Esta *remake* introduce el concepto de “terrorista” en el Código Penal, duplica las penas cuando el delito se encuadra en el marco de la ley y deja un oceánico margen de interpretación a los jueces a la hora de aplicarla. Lo que abre la puerta de par en par para que la protesta social sea criminalizada. Diputados la votó al vapor con la mayoría aplastante que le otorgaba el 54 por ciento de los votos obtenidos por Cristina el 23 de octubre de 2011 y,

en el trámite parlamentario, se embarró más de un progresista. Se ensució Remo Carlotto, a pesar de que su madre y las Abuelas de Plaza de Mayo no estuvieron de acuerdo con la norma represiva. Se ensució Eduardo “Wado” de Pedro, ex integrante de HIJOS y ahora hijo putativo del poder —lo recuerdo joven, cándido, asustado, cuando vino a mi casa a contarme cómo la policía lo había torturado con una picana portátil en la Plaza de Mayo, aquel 20 de diciembre de 2001—, se ensució todo el kirchnerismo “crítico” liderado por el PC y sus curiosos “banqueros guevaristas”.

Un jurisconsulto de peso, como es Roberto Gargarella, salió a protestar:

No hay que ser jurista para deducir que la ley permitirá considerar la protesta social como terrorismo. La ley habla de aterrorizar a la población u obligar a que el gobierno haga o deje de hacer algo. Bajo ese título cualquier persona sensata puede pensar qué es lo que la ley implica. Una figura como la de “sedición” fue usada por muchos jueces para decir, por ejemplo, que cuando un obrero hace una protesta, y dice: “Aquí estamos todos los obreros pidiendo por nuestros derechos”, está realizando un atentado contra la Nación y que, por lo tanto, corresponde caracterizarlo como un elemento sedicioso. Los jueces tienen mucha creatividad para utilizar estas figuras ambiguas [...]. Con esta ley puede ocurrir lo mismo. Es difícil saber cuándo se llama a un acto como “terrorista” y qué encaja con la idea de terrorismo y cuándo se está obligando a un gobierno a hacer algo. Si yo digo: “El gobierno me tiene que dar un aumento”, ¿estoy queriendo obligar al gobierno a hacer algo? ¿Puedo usar esta ley entonces? ¡Claro que la puedo usar! La ley permite fácilmente que se ponga bajo ese título a las demandas habituales que los militantes sociales hacen todos los días.

En la misma entrevista, realizada por Diego Rojas para el sitio *plazademayo.com*, Gargarella carga duro contra el llamado “progresismo kirchnerista”:

Había un caso test para ver si el progresismo K tenía algo de progresismo o si eran los peores lacayos del gobierno. Son los peores lacayos, pero de la peor manera posible porque son los que, desde el progresismo, justifican lo que es injustificable. [...] Porque si esta norma la votaban solamente los impresentables, bueno, era previsible. Pero si se ve que esta norma es apoyada por los Carlos Heller, los Sabbatella, los Jorge Rivas, los Carlos Raimundi, los Eric Calcagno, entonces tal vez se pueda pensar: “No debe estar tan mal”. En este sentido, el servicio que han hecho ellos es el peor imaginable. Por eso digo que, para ellos, yo pediría la revocatoria de mandato ya, la peor sanción posible.

Con el cinismo que la caracteriza, esta progresía cortesana guiñó el ojo mientras alzaba la mano. “No se preocupen”, quería decir el guiño, “si total no la vamos a aplicar nunca”. Una curiosa manera de interpretar la actividad legislativa y una reafirmación de que esperaban quedarse en sus poltronas por toda la eternidad. Aun concediendo que el gobierno cristinista no la aplicara jamás, debían saber que las leyes no se hacen para tal o cual gobierno. Pero, además, ya ha sido aplicada durante el período cristinista y, no por casualidad, a manifestantes que luchan contra la megaminería a cielo abierto que contamina con cianuro o el *fracking* que envenena el agua, para no hablar de los trabajadores de base que siguen luchando como sus tatarabuelos por el salario y las condiciones laborales. Pero esconde algo muy perverso desde el punto de vista de la soberanía nacional: la Ley Antiterrorista ha sido y será esgrimida contra quienes se resisten al modelo extractivista neocolonial que los Rockefeller y los Galuccio —con el concurso nada desdeñable de los chinos y su valedor local Bulgheroni— nos tienen destinado.

En diciembre de 2013, Ana Pechén —que es vicegobernadora de Neuquén y fue rectora de la Universidad Nacional del Comahue (toda una intelectual)— convocó al empresariado local a contrarrestar los discursos del miedo que presuntamente siembra el “terrorismo ambiental”, “en la cabeza de los niños en particular” (sic). Por supuesto, diversas organizaciones ambientalistas nacionales y provinciales repudiaron que una funcionaria de ese rango los tildara de “terroristas”.

Pero hubo fiscales “creativos” (como dice Gargarella) que se montaron en la Ley Antiterrorista (26.734) para reprimir violentamente y procesar a manifestantes opuestos a la megaminería.

Así ocurrió en Santa María (Catamarca), donde el fiscal provincial Julio Landívar hizo detener y procesar a nueve assembleístas que cortaban una ruta en protesta por la contaminación histórica que produce la mina Bajo la Alumbra. Poco después, en febrero de 2012, reprimieron en Chilecito (La Rioja) con bastonazos y disparos con balas de goma. La saga regresó a Catamarca, a la localidad de Belén, donde el 8 de febrero un grupo de policía militarizada, que responde al simpático nombre de Kuntur, mandó al hospital a decenas de ambientalistas. También

se denunció la detención de menores y de dos periodistas: Juan José Rodríguez, de la FM El Algarrobo, de Andalgalá, y Sergio Fernández, de Radio FM Estación Sur de Catamarca. La ola represiva, basada en la Ley Antiterrorista, siguió luego hacia Amaicha del Valle, en Tucumán, regresó a Catamarca vía Tinogasta (donde se denunció que usaron balas de plomo, además de las clásicas de goma) y sentó sus reales en la catamarqueña Andalgalá, capital de la resistencia norteña contra la megaminería.

En La Rioja, donde gobierna Luis Beder Herrera, que pasó de ambientalista a soldado de la Barrick Gold y la Osisko Mining Corporation, la represión ha sido intensa y continua. Razones sobran para pedir el juicio político del primer mandatario provincial, como lo hizo la diputada radical Inés Brizuela Doria, que acusa a Beder de estar “militarizando La Rioja”.

En Santiago del Estero, la Ley Antiterrorista podría ser aplicada al periodista Juan Pablo Suárez, director del medio digital *Última Hora*, quien ya cumplió diez días de calabozo por un supuesto acto de sedición: haber cubierto el encadenamiento del policía Nelson Villagrán, ocurrido cuando los policías provinciales se alzaron en reclamo de aumentos salariales, que finalmente les fueron otorgados por el gobierno nacional.

De todos modos, con paraguas legal o sin él, los Kirchner y sus aliados provinciales han criminalizado la protesta social e incluso los reclamos de los pueblos originarios, como los qom, asesinados en Formosa por sicarios del gobernador cristinista Gildo Insfrán o desalojados por militantes de La Cámpora —actuando como tropas de asalto— en la porteña 9 de Julio. Un fascismo *light*, si se quiere, pero racista al fin, que tiene también su explicación socioeconómica relacionada con el saqueo neocolonial de los recursos naturales. Los pueblos originarios siguen siendo una de las últimas vallas al crecimiento de la llamada expansión agropecuaria; es decir a la sojización total del país de acuerdo con el esquema transgénico y cancerígeno que sólo favorece a Monsanto y a sus agentes locales.

La coincidencia del metropolitano Cuervo Larroque con el feudal Gildo Insfrán pone en evidencia que no hay diferencias de fondo entre el gobierno central y los gobiernos provinciales. Aunque es verdad que se practica una suerte de astuta tercerización de la represión, que resulta poco creíble en un gobierno como éste, que tiene muy poco de “federal” y demasiado de “unitario”. La idea a vender es simple: si hay leña en Tucumán, la da el gobernador Alperovich, la Rosada no tiene nada que ver.

La tercerización no se limita a los gobernadores feudales: también está la goma de las patotas sindicales, en alianza con las patronales, como en el caso del SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor) de Ricardo Pignanelli, un digno émulo de José Rodríguez, implicado en el secuestro y asesinato de los delegados de la Mercedes-Benz en tiempos de la dictadura. El 29 de julio de 2014, la Gendarmería Nacional y esa exquisitez humanista que es la Bonaerense reprimieron salvajemente a los trabajadores de la autopartista Lear, que luchan para que la empresa cumpla con lo que establece la ley y ordenan cinco fallos judiciales y reinstale a los delegados que dejó ilegalmente cesantes. Según denunciaron los trabajadores, “los patas negras” del cowboy Alejandro Granados hicieron ingresar en la planta a personas ajenas a la empresa Lear, que simulan ser trabajadores, pero integran la patota del SMATA.

De jóvenes, Cristina y Néstor cantaban, sin duda, “se va a acabar la burocracia sindical”, pero la convirtieron en pilar de sus respectivos gobiernos. Otro gremio que se suele emplear en la “represión alternativa” es el de la UOCRA, a cargo de Gerardo Martínez, comprobado buchón del 601 durante la dictadura.

El punto más alto de esta violencia gremial, practicada hace décadas por la burocracia corrupta, ocurrió el 20 de octubre de 2010 y fue el asesinato de Mariano Ferreyra, un militante del Partido Obrero, de 23 años de edad, ultimado por la patota de la Unión Ferroviaria, con el decidido apoyo de la Policía Federal Argentina que liberó la zona. Como en tiempos de Rogelio Coria, José Ignacio Rucci y Augusto Timoteo Vandor, a Ferreyra lo mató la alianza patronal, burocracia, gobierno, porque luchaba por los verdaderos intereses de los trabajadores; en este caso, los tercerizados, la fórmula tercermilenaria de la explotación.

Aunque Cristina dijo que el balazo que acabó con la joven vida de Mariano “rozó el corazón de Néstor”, que falleció apenas siete días más tarde, y aunque José Pedraza, el capo de la Unión Ferroviaria, esté condenado judicialmente por el crimen, no es menos cierto que el sistema de alianzas entre concesionarios delincuenciales, funcionarios corruptos y burócratas venales y violentos precedió y sucedió a la muerte del joven militante. La frase mortuoria de Cristina debe aludir, sin duda, al temor que Kirchner tenía de que alguien lo marcara como a Duhalde con un Kosteki y un Santillán, cuando pretendía competir en las presidenciales de 2011 como campeón de los derechos humanos. No pudo evitar la mancha de sangre.

Un año más tarde, Cristian Ferreyra, de 25 años de edad y militante del MoCASE Vía Campesina, caía asesinado en Santiago del Estero por los sicarios del empresario sojero Jorge Ciccio, que se proponía —como tantos otros— violar la Ley de Bosques y seguir produciendo desmontes salvajes para plantar soja.

Con más de diez años en el poder, El Matrimonio se manifiesta como lo opuesto a lo que pretende ser. Fuera de la

retórica no hay en sus acciones nada que los emparente, ni de lejos, con las pautas programáticas de la llamada izquierda peronista.

En materia económica, con la espectacular entrega de Vaca Muerta, se los podría calificar bondadosamente como frondicistas. (En rigor, Frondizi estaba a la izquierda de ellos.)

En la política sindical son claramente vandoristas.

En la política agraria, conservadores.

¿Cómo se los podría calificar en relación con la represión social?

Sería muy tonto comparar el gobierno Kirchner con la dictadura militar, pero es de muy mala fe colocarlo como un ejemplo intachable de respeto a los derechos humanos, tanto a los históricos como a los actuales.

Cuando se dice, por ejemplo, que este gobierno carga más muertos en su mochila que el menemismo, la progresía K arruga el morrito ofendida. Y periodistas a sueldo de la embajada argentina, me envían al geriátrico en México.

Sin embargo —como decía Rodolfo Walsh— hay que ser fiel a los hechos que nunca te defraudan.

En marzo de 2012, siete organismos defensores de los derechos humanos, reunidos en el Encuentro Memoria Verdad y Justicia, denunciaron en conferencia de prensa 72 muertes violentas “cometidas por el Estado o con su complicidad entre los años 2001 y 2012”. De ese total, veinticuatro muertes correspondían a la era del matrimonio Kirchner (2003-2011). Entre las víctimas fatales, el Encuentro colocó al albañil Jorge Julio López, de 77 años de edad, el primer desaparecido en democracia, secuestrado el 18 de septiembre de 2006. López, que había sido desaparecido durante la dictadura venía prestando un valiente testimonio judicial que resultaría decisivo para condenar a cadena perpetua al ex jefe de la bonaerense, el comisario torturador Miguel Etchecolatz. La mano negra del Criptoestado lo arrebató precisamente cuando debía volver a testificar y a señalar, seguramente, los nexos entre la Bonaerense de Camps y la “mejor policía del mundo” que supo armar el PJ.

Ni el gobierno nacional, conducido por Néstor Kirchner, ni el provincial, a cargo de Felipe Solá, demostraron estar a la altura de lo que ese desafío del Criptoestado a la democracia significaba. Fallaron. Pero más falló todavía Hebe de Bonafini, que se permitió dudar acerca de la honorabilidad de la víctima y rechazó que se tratara de un verdadero secuestro. La actual amiga del general Milani demostró y ya entonces —ocho años atrás— que su sensibilidad se había embotado. Como los peores ejemplos del *establishment* que tanto criticó en otros tiempos, culpabilizaba a la víctima sin mencionar siquiera al victimario.

Según la Correpi (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional), solamente desde la asunción de Cristina a la Presidencia en 2007 hasta noviembre de 2011 se registraron diecisiete muertes como consecuencia directa de la represión a la protesta social. Esto coloca a los K —y especialmente a Cristina— en un lugar poco congruente con su defensa de los derechos humanos; segundos detrás del gobierno de la Alianza (radicales-Frepaso) que produjo 45 muertes, 34 de las cuales se perpetraron durante las protestas de diciembre de 2001.

Si bien el gobierno de Menem era ultraconservador y se le pueden computar muchas muertes sospechosas en relación con actividades mafiosas (Marcelo Cattáneo, Alfredo Yabrán, brigadier Rodolfo Echevoyen, capitán Horacio Estrada etcétera, etcétera), en la represión a las protestas sociales carga con dos muertos: Víctor Choque y Teresa Rodríguez. Pero la criminalización de la protesta no sólo se mide en muertos.

Un informe elaborado en marzo de 2012 por siete organizaciones defensoras de los derechos humanos (entre las que se cuenta la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, que preside Carlos Lordkipanidse) reveló que a esa fecha había en el país “más de 4.000 personas criminalizadas y judicializadas”, en tanto “solamente hay 850 genocidas procesados”.

Más grave aún: “Desde junio de 2010 han sido asesinados dieciocho luchadores populares, y estos crímenes permanecen impunes”.

El gobierno, sostiene el Informe, “impulsa esta política de criminalización como lo demuestran las declaraciones de sus funcionarios: Aníbal Fernández con su amenaza ‘a los que saquen los pies del plato los perseguiremos con el Código Penal en la mano’, la ex ministra Garré acusando de ‘desestabilizadores’ a los desocupados que se oponen al clientelismo, y la misma Presidenta calificando de extorsivos los reclamos y las huelgas de los trabajadores”.

El estudio aporta datos sociales significativos: sobre un total de 2.238 casos “que cuentan con identificación de sector criminalizado”, el 31,6% corresponde al sector sindical y el 31,4%, a pueblos originarios. Ambos suman el 63% del total de casos registrados. La criminalización “por tipo de conflicto”, sobre un total de 2.256 casos, revela que los reclamos “por tierra y vivienda” ascienden a un 32,3% y los reclamos de los trabajadores, a un 31,7%.

Geográficamente, la criminalización copia el producto y la concentración poblacional: la provincia de Buenos Aires y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires representan el 48% de los casos registrados.

Los tipos penales más usados para meter presos a los luchadores sociales son los siguientes: “Prepotencia ideológica”, “atentado y resistencia a la autoridad agravada”, “estorbar /entorpecer el normal funcionamiento del

transporte”, “impedir que un funcionario público cumpla un acto propio de sus funciones”, “obstrucción de la vía pública”, “incitar a la violencia contra personas o instituciones”, “calumnia”, “injuria”.

El Informe detalla las 167 organizaciones sociales que han sido criminalizadas por el Estado. Hay asambleas como las de Famatina, Gualguaychú, El Algarrobo, la Sanjuanina contra el Saqueo, por citar a unas pocas. Organizaciones gremiales de base y nacionales: desde la comisión interna de Kraft hasta ATE (Asociación de Trabajadores del Estado). Casi todas las comunidades de pueblos originarios: desde los wichis en el noroeste hasta los mapuches en el sur. Casi todas las agrupaciones estudiantiles universitarias y casi todos los movimientos de trabajadores desocupados que no integran el universo K. Numerosas asociaciones profesionales, entre las que llama la atención la de “los trabajadores del Casino Flotante”. (Algo tuvo que ver con la ESMA, como se verá.)

Por si la frialdad de los datos no convenciera, existe en la represión kirchnerista —como en todas— un lenguaje amenazador, que incluye actitudes simbólicas inaceptables en quienes se presentan como hijos e hijas de las Madres de Plaza de Mayo. (De las fundadoras, de las que no defraudaban al fisco construyendo barrios con la patota de Sergio Shocklender.)

Cuando el teniente coronel médico Sergio Berni, jefe de la Seguridad, reprime violentamente con la Gendarmería a sesenta y siete trabajadores de cooperativas del Plan Argentina Trabaja, de la CCC (Corriente Clasista y Combativa) y de Barrios de Pie y los lleva detenidos a Campo de Mayo, está plantando un símbolo tenebroso: en el centro clandestino de reclusión conocido como El Campito, que funcionaba precisamente en Campo de Mayo, pasaron miles de ciudadanos que continúan desaparecidos.

El 8 de julio de 2014, en una de las reiteradas represiones a los trabajadores de Lear, Berni volvió a utilizar a la Gendarmería como manopla y se ganó la justificada condena de María Victoria Moyano, una de las nietas recuperadas por las Abuelas de Plaza de Mayo en 1987:

La Gendarmería tuvo un rol muy importante en la dictadura genocida que secuestró y mató a mis padres; después nos espío con el Proyecto X y ahora, bajo las órdenes del teniente coronel Sergio Berni, nos reprime sin siquiera tener una orden judicial y por el solo hecho de apoyar a los trabajadores que luchan por defender su empleo.

Por esos desbordes, el teniente coronel médico tendría que haber sido despedido de inmediato, pero tiene una madrina muy importante en la familia real, que lo importó de Santa Cruz: la hermana de Néstor, Alicia Kirchner. Por si fuera poco, este Rambo de opereta, que desciende en helicóptero sobre las manifestaciones obreras, se jacta de ser el único “que entra en chancletas al despacho presidencial”.

Por algo existe el Proyecto X de la Gendarmería y un genocida como el general Milani es el jefe del Ejército. Los espías no son periodistas o simples chismosos: el Estado espía para poder reprimir con eficacia.

Por algo, la propia Presidenta de la Nación ha dicho en uno de sus derrapes coloquiales que todos los ciudadanos argentinos deberían ser monitoreados por razones de seguridad.

“Si nos conocemos mejor, nos cuidamos más”, dijo Cristina, evocando sin querer a ese Perón que no le gusta citar, y que sentenció en su momento: “Todos somos buenos, pero si nos vigilan somos mejores”.

De eso precisamente trata lo que sigue en este libro.

XXVII

CORONELES PROVOCADORES, GENDARMES Y PROXENETAS

El señor juez federal se subió al helicóptero, con la barbilla ligeramente alzada, en un gesto inexplicable de superioridad, portando el moñito de rigor, pero sin lucir como tantas otras veces el anillo de 250 mil dólares, que había causado escándalo y una reprimenda del ministro de la Corte, Eugenio Zaffaroni, quien, a su vez, había sido señalado por ser propietario de seis departamentos donde se ejercía la prostitución.

Pero Su Señoría, Norberto Oyarbide, estaba acostumbrado a los escándalos y las reprimendas. En verdad, sólo había experimentado algo de miedo (y consultado a letrados astutos del foro) cuando apareció el célebre video que le habían tomado en el prostíbulo gay Espartacus, enarbolado por el taxiboy Luciano Garbellano, que lo acusó de haber ordenado un atentado a balazos contra él, haber amenazado de muerte al recepcionista de un restaurante de lujo en Puerto Madero y haber recibido durante mucho tiempo coimas de 15 mil dólares, o más, para proteger el burdel de marras.

Nada de esto fue probado, por supuesto, para algo existe “la familia judicial”.

Fue en julio de 1998, cuando el menemismo expelía el hedor de la despedida que embota también este fin de época. Pero a partir de entonces volvería a zafar decenas de veces, hasta convertirse en el juez que siempre estaba de turno cuando había que investigar pequeñas cosas sin demasiada importancia institucional, como el vertiginoso incremento patrimonial del matrimonio Kirchner.

Catorce años más tarde, en septiembre de 2012, el hombrecillo incombustible se sacaba una mota de polvo del traje negro mientras descendía sobre el Edificio Centinela que Gendarmería ha erigido en Campo de Mayo. Allí había ido Su Señoría para practicar lo que bien puede llamarse “crónica de un allanamiento anunciado”. Además de la excentricidad de arribar en helicóptero, el allanamiento a los gendarmes por el Proyecto X había sido anticipado cuatro días antes por *Ámbito Financiero*, no fuera a ser que se escapara alguna tortuga.

Por supuesto que Oyarbide, a cargo en aquel momento del Juzgado Federal N° 7, no encontró nada de interés. Como relataría la abogada querellante Miriam Bregman, ni siquiera concitó su atención un bibliorato que rezaba groseramente: “Operativos hechos sin orden judicial”.

Para tan magros y previsibles resultados, el juez que gana todos los sorteos del *forum shopping* se había tomado nueve meses antes de aterrizar en Campo de Mayo.

Los gendarmes y el provocador de civil tratan de que no quede registro de la escena, pero se les ha colado un camarógrafo “zurdo” que filma el momento preciso en que el propio jefe del operativo represivo (el comandante Juan Alberto López Torales) se lanza sobre el capot de uno de los autos que viene en la caravana de apoyo a los obreros de Lear y le rompe el parabrisas, para luego caer teatralmente al pavimento, simulando que fue atropellado por un manifestante izquierdista motorizado.

La pantomima es un ardid de los gendarmes para arrancar al conductor del auto y detenerlo, mientras una lluvia de bastonazos cae sobre los manifestantes que pretenden impedirlo.

Entre los gendarmes y la prensa se interpone un individuo alto, robusto, de pelo y barba muy blancos, vestido de civil para camuflarse entre los que reclaman. No es cualquier “service”: algunos militantes logran advertir cómo les baja línea a los uniformados que tiene cerca. Después se borra, pero logran verlo a lo lejos, observando desde un puente.

Finalmente baja y se mete nuevamente en la columna de trabajadores y militantes de distintas organizaciones solidarias.

De golpe, estalla el grito, un manifestante lo destapa:

—¡Rajá de acá, botón! ¡Andá a laburar!

Se multiplican las puteadas, se produce un forcejeo y el canoso, mientras retrocede, le arrebató la cámara a Javier Gabino de Contraimagen y trata de romperla. Lo salva del linchamiento la actitud madura de un dirigente social que frena a los más exaltados y la llegada de gendarmes de uniforme, que vienen a rescatar al espía sin innecesarios disimulos.

Por suerte, pese a la rotura de la cámara, se logra preservar la secuencia con el falso atropello del gendarme que

rápidamente circulará por las redes sociales. La secuencia fílmica prueba que el gendarme fingió un atropello y torna evidente que el Proyecto X no es, únicamente, un software, sino un plan general para investigar y reprimir lo que esta gente llama AOP (Alteración del Orden Público) y que sigue plenamente vigente a pesar del escándalo desatado en febrero de 2012, cuando el entonces jefe de la Gendarmería, Héctor Bernabé Schenone, admitió su existencia en el Juzgado Federal N° 7, dejando mal parados a todos los que lo negaban enfáticamente: el senador y ex jefe de las fuerzas de seguridad, Aníbal Fernández, la todavía ministra de Seguridad, Nilda Garré, y la propia presidenta Cristina Fernández de Kirchner, que lo negó en una cadena nacional, después de haberlo elogiado en otra. (Cristina sigue sin entender que uno es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras.)

“Project X”, como lo denominó ante la justicia el entonces director Schenone, es una gigantesca base de datos sobre la militancia social y política de este país; datos obtenidos por medios ilegales como la infiltración y el espionaje mediante agentes de civil. Datos personales, ideológicos y políticos, colectados en franca violación de la ley 25.520 (llamada de Inteligencia), que regula las actividades del género, prohibiendo expresamente cualquier tipo de espionaje político, limitando las tareas de investigación a las actividades criminales. Estos datos, para colmo, son evaluados en “reunión de información” —al estilo del Batallón 601 durante la dictadura militar— para orientar adónde deben dirigir sus bastones, sus lanzagranadas y sus escopetas del 12, los llamados “Destacamentos Móviles”, integrados por gendarmes como el comandante López Torales, que podría hacer carrera como *staunt in* en la saga de Jason Bourne. En rigor es un poderoso instrumento de inteligencia, diseñado por Microsoft y repartido por el gobierno norteamericano a ciertos países amigos, para “ayudarlos” en “la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo”. Como no podía ser de otra manera, fue un presidente provisorio y débil, sospechado de vínculos con el tráfico de estupefacientes, el que fue convencido por Washington para adquirir la maravilla diseñada por los genios de Bill Gates: Eduardo Duhalde. La introdujo el entonces jefe de la SIDE, Miguel Ángel Toma, alias El Camaleón, y el entonces secretario general de la Presidencia, Aníbal Fernández, la adoptaría para extenderla a toda la era Kirchner, en que el ex alcalde de Quilmes fue sucesivamente ministro del Interior y Ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, llevándose siempre bajo el ala a las tres fuerzas federales de seguridad existentes hasta ese momento: PFA, Gendarmería y Prefectura. (La Policía de Seguridad Aeroportuaria recién sería creada en 2005.) Esta *anibaldependencia* de las policías tradicionales se debió —según algunas fuentes que no quieren ser identificadas— al acuerdo original entre Duhalde y Kirchner, merced al cual el presidente provisorio convirtió al santacruceño en su candidato a sucederlo, con la condición de costumbre en los partidos de Estado, como el PJ argentino o el PRI (Partido Revolucionario Institucional) mexicano: no meter las narices en los temas turbios del antecesor. Aníbal Fernández era la garantía.

Por eso es necesario poseer un rostro tallado en piedra, para decir muy suelto de cuerpo cuando estalló el escándalo: “No existe eso (del Proyecto X). Lo que sucede es que cuando uno está viendo este tipo de cosas (protestas callejeras o cortes de ruta), se mira quiénes son los que están. Porque muchísimas veces los que están al frente terminan hablando para acordar”. Y luego, como es su costumbre, el senador salió por peteneras, haciéndose el enojado: “¡Qué Plan X ni qué ocho cuartos, de qué estamos hablando!”.

“De qué estamos hablando”, se preguntan también personalidades de la política, la lucha social y los derechos humanos espiados por Project X: Nora Cortiñas y Elia Espen de Madres de Plaza de Mayo (Línea Fundadora); la nieta recuperada Victoria Moyano o Vilma Ripoll, dirigente del MTS (Movimiento de Trabajadores Socialistas) a quien le armaron una causa judicial con datos tan “serios” al estilo “pobre gendarme atropellado”, que le significaron un embargo por ciento veinte mil pesos de hace tres años, que finalmente levantó la justicia por falta de mérito. Pero sobre todo se lo preguntan los delegados obreros de la firma estadounidense Kraft Foods, la ex Terrabusi de los tiempos en que sí existía una verdadera burguesía nacional y no esta feroz desnacionalización en la que el setenta por ciento de las primeras quinientas empresas son extranjeras.

A partir del seguimiento criminal de la Gendarmería a los delegados de Kraft, y de la astucia de la razón que imperó entre los obreros y sus abogados, se destapó el Proyecto X en 2012.

Las fotos, los videos y los datos —junto a otras pruebas— están en poder del actual papa Francisco. Se los pasaron oportunamente los arriesgados integrantes de la asamblea y fundación La Alameda, que conduce el actual legislador porteño Gustavo Vera e integra —entre otros— Lucas Shaerer, un joven periodista experto en peligrosas cámaras ocultas, en burdeles y talleres clandestinos donde famosas firmas y glamorosas personalidades someten a hombres y mujeres anónimos al trabajo esclavo.

La ESMA, pero en clave *fashion*. La Alameda acusó, inclusive, a Juliana Awada, la esposa del alcalde porteño

Mauricio Macri.

Si el entonces cardenal Jorge Bergoglio no los hubiera colocado bajo su manto protector, es altamente probable que los muchachos de La Alameda ya hubieran sido eliminados. Pero el entonces cardenal celebró todos los años la misa en Constitución denunciando la esclavitud y la trata de personas, y eso obligó a más de un policía corrupto a tragarse sus deseos de venganza.

El que piense que exagero, asómese a la página de La Alameda y compruebe cuántos comisarios de la Policía Federal Argentina figuran con nombre y apellido como coimeros y encubridores de quienes practican la trata de personas en gran escala.

Para mí hay cosas poco claras en la historia de Bergoglio, cuando era provincial de los jesuitas durante la última dictadura militar. Pero estoy convencido de que no entregó, a los genocidas de la Armada, a los padres Francisco Jalics y Orlando Yorio. Creo en lo que dice la ex Defensora del Pueblo, Alicia Oliveira: que les salvó la vida sacándolos del país.

Lo poco claro es de carácter histórico y tiene que ver con su vinculación con Guardia de Hierro, un grupo de la derecha peronista que terminó albergando a personajes siniestros como Jorge “Ruger” Radice. La cesión de la universidad de El Salvador a este grupo, que premió al dictador Emilio Eduardo Massera con un título honoris causa, puede haber partido de su iniciativa o ser una orden de más arriba, del propio General de la Compañía, Pedro Arrupe, que fue sin embargo mucho más que un progresista. Puede incluso que Arrupe lo haya ordenado para sacarse de encima una carga financiera gravosa para la Provincia argentina, lo cierto es que Bergoglio participó del acto de entrega de la distinción a Cero en un discretísimo segundo o tercer plano. Pero también es indiscutible que declaró ante la justicia haberse enfrentado duramente con Massera por Yorio y Jalics.

Hecha esta salvedad, creo que Bergoglio es lo que aparenta: un líder religioso sencillo y austero, partidario de una iglesia pobre para los pobres.

También creo en su profunda vocación antimafia, que se puso de relieve en la protección de los prácticamente desconocidos militantes de La Alameda. Esa vocación, enfrentada con la corrupción de la Curia romana, los desmanejos del IOR (Instituto para las Obras de Religión, como se llama oficialmente al Banco del Vaticano), puede costarle la vida. Como le ocurrió al papa Juan Pablo I (Albino Luciani) al que la mafia de la P2 y el cardenal Marcinkus le habrían preparado un té demasiado cargado.

Pienso, sinceramente, que a esta altura de los acontecimientos no le importa jugársela e ingresar en el universo de los mártires. Tal vez, quién sabe, porque le puede haber quedado algún remordimiento sobre su propia cautela ante la dictadura militar, a diferencia de lo que ocurrió con dos príncipes de la Iglesia asesinados por los genocidas: el “Pelado” Enrique Angelelli y monseñor Carlos Horacio Ponce de León, obispo de San Nicolás. Al fin y al cabo, la vocación del martirio está muy presente en los religiosos que añoran el cristianismo primitivo.

Recuerdo un encuentro muy emotivo que tuve en 1993 con el padre Hernán Benítez, confesor de Evita. Cuando me acompañaba a la puerta de su casa, sentado en una silla de ruedas, pero manteniendo a sus 93 años una lucidez maravillosa, me agarró la mano, me miró fijamente con los ojos humedecidos y me confesó su “pecado”:

—Yo debí haber sido uno de los treinta mil desaparecidos.

En todo caso es bueno que la clase política argentina no se engañe: el Papa sabe todo de todos. Sabe quiénes frecuentaban “las casitas” de Río Gallegos o tenían relaciones con menores en los burdeles del ex miembro de la Triple A, ex (¿?) agente de la SIDE, amigo, compadre y socio del Lauchón Viale y de Jaime Stiusso, alias Stiles (el espía a quien Néstor Carlos Kirchner eligió como interlocutor): el Yabrán de los prostíbulos, Raúl Martins.

La foto es antológica. Fue tomada en los noventa, cuando se casó la hija de Martins, Lorena. Allí están, abrazados, sonrientes, de smoking: Norberto Oyarbide, que en aquella época todavía era secretario letrado, junto con el Yabrán de los prostíbulos, que ya se estaba quedando calvo y lucía un bigotito muy ridículo. Al lado de los dos, un hombre relativamente joven, delgado, que viste camisa azul y cuello blanco y también sonríe, relajado, el comisario Luis Buscaglia a cargo de la extinta División Moralidad (sic) de la Policía Federal Argentina. El hombre que teóricamente debía investigar y meter preso al anfitrión.

En 2012, Lorena Martins salió a denunciar judicialmente a su padre, a quien acusaba de regentar (por lo menos) siete burdeles en Buenos Aires y uno muy lujoso en Cancún (estado de Quintana Roo) y, lo más grave, de traficar mujeres entre la Argentina y México, con todos los mecanismos mafiosos de la trata: el engaño, la promesa de un trabajo digno o glamoroso, el secuestro del pasaporte para dejar a la víctima sin posibilidades de huir, la presión continua para que se droguen o acepten tener sexo y la amenaza velada o directa para las que intentaran rebelarse.

Una de esas mujeres, que protege su identidad y su vida con el seudónimo “Carla”, brindaría más tarde testimonio sobre su propia experiencia como esclava sexual en Cancún, confirmando los dichos de Lorena Martins.

Raúl Luis Martins Coggiola, ex profesor de historia e instrucción cívica en un colegio católico allá por los setenta, luego agente de la SIDE bajo el nombre de fantasía Aristóbulo Manghi, miembro de la Triple A en la banda de Aníbal Gordon y marcador de ciudadanos en la inteligencia militar durante la dictadura y después, hasta su retiro (aparente o real) en 1987, reaccionó como era de esperarse en un personaje de su calaña: en la superficie contradenunció judicialmente a Lorena, acusándola de intentar extorsionarlo, bajo la mesa instruyó al Lauchón Viale, su compinche de la SIDE, para que le sacara la molestia de encima.

El Lauchón, que trabajaba para Martins averiguando si algún juez le tenía pinchados los teléfonos, cumplió con su jefe y amigo, pero los agentes que mandó desistieron al observar que Lorena tenía custodia policial. Sin arredrarse, la hija de Martins llamó a Viale —a quien conocía desde la niñez— y se lo echó en cara. El Lauchón admitió que había enviado pistoleros a una determinada dirección pero le juró (y seguramente le perjuró) que no sabía que ella era el objetivo.

En la justicia, mientras tanto, se había producido algo típico que ya ni causa escándalo: en el sorteo, la causa había recaído en Norberto Oyarbide, quien no se excusó por ser amigo del acusado. A Lorena no le costó mucho demostrar que su padre y el juez habían sido íntimos amigos, que cada tanto “Norberto le pedía plata” y que incluso había llegado a venderle un nicho fúnebre en dos mil dólares. Era obvio que debía excusarse o ella lo recusaría con abundantes pruebas.

Pero la Cámara Federal rechazó la querrela iniciada contra Martins, alegando que una hija no puede legalmente acusar a su padre. En compensación, la jueza María Romilda Servini de Cubría archivó la acusación del proxeneta contra su hija. (Una coincidencia interesante: en el despacho de la jueza Servini de Cubría trabaja una hija de Stiusso. Por decirlo en televisión, Gustavo Vera estuvo seis meses censurado. Recién lo descongelaron cuando el cardenal Bergoglio se convirtió en el papa Francisco.)

La Alameda apoyó con eficacia la denuncia, tanto a nivel prensa como en ciertos encuentros decisivos; en enero de 2012, Bergoglio recibió a Lorena Martins, que acudió a la decisiva audiencia escoltada por Gustavo Vera. La Fundación también colaboró en la difusión internacional.

La periodista mexicana Lidia Cacho, que se jugó la vida infiltrándose en las redes de trata de su país y logró llevar a la cárcel a un poderoso pedófilo, apoyó a Lorena, cuando ésta viajó a México, confirmando que su padre era un proxeneta “intocable”, protegido por políticos, jueces y policías.

Pronto, el escándalo de la red prostibularia alcanzaría a Mauricio Macri, quien —en apariencia al menos— se lleva muy bien con Su Santidad, pero recibió contribuciones financieras de Raúl Martins para su campaña, según las denuncias de su hija Lorena. También Martins escribiría otro capítulo en esta nueva Historia Universal de la Infamia, que es la crónica de la impunidad, la seña exterior visible del llamado Ser Nacional.

Así como las Abuelas aprendieron a la fuerza el oficio detectivesco para encontrar a sus nietos, los trabajadores y sus abogados han desarrollado una capacidad deductiva que los ayuda mucho en aquello que don Carlos Marx llamaba la lucha de clases.

Así, los abogados del CeProDH (Centro de Profesionales por los Derechos Humanos), que venían defendiendo a trabajadores de las firmas Kraft y Pepsico desde el año 2009, descubrieron que los miembros de las comisiones internas empezaban sufrir un verdadero acoso judicial. Uno de los delegados de Kraft, Javier Hermosilla, llegó a estar acusado en dieciséis causas, según la abogada y legisladora Myriam Bregman.

Examinándolas, los letrados descubrieron que el noventa por ciento de esos procesos se basaban en informes de la Gendarmería Nacional. Se había invertido el procedimiento penal que —se supone— debe caracterizar a un Estado de derecho: en vez de actuar a las órdenes de los jueces para investigar, los gendarmes estaban acumulando presuntas pruebas (videos, fotos, etcétera) para acusar a los delegados ante los tribunales y “blanquear” de este modo las sucias tareas de infiltración, sumergiéndolas en expedientes judiciales formalmente correctos.

Estaban haciendo algo prohibido por la ley 25.520, que era espiar a los representantes de los trabajadores, y lo disimulaban bajo apariencias legales.

Los letrados del CeProDH no sabían aún que eso que estaban descubriendo se llamaba Project X, pero salieron a denunciar el espionaje, junto con otras organizaciones sociales y humanitarias. Corría noviembre de 2011 y, como ya hemos visto, no corría para nada Norberto Oyarbide, el amigo de Martins. Nombrado en la justicia en el significativo año de 1976, con un “padrino” aún más significativo: el ex juez Roberto Calandra, que después sería abogado del

dictador Roberto Viola. Y también de Raúl Martins.

¿Cómo proceden los espías del Proyecto X? ¿Qué dicen sus informes? ¿Qué puede llegar a pasarte cuando te meten en esa cárcel electrónica a la que Nilda Garré quiso restar importancia llamándola “una simple base de datos”? ¿Te pueden hacer juicio? ¿Pueden embargar tu patrimonio? ¿Podés ir preso?

La sombra grande de Kafka cubre la Panamericana y se extiende por todo el territorio nacional. Cualquiera puede ser el Señor K, pero no el que yace en Santa Cruz, sino el eterno acusado de *El proceso*, una sombra alargada frente a un muro cruel de ladrillos, sometido a una maquinaria abstracta, metafísica, en la cual el individuo es tan sólo un expediente.

Tengo sobre mi escritorio cientos de carillas que abrumarían al lector. Muchas de ellas ostentan en la parte superior un sello que dice secreto.

Hay informes producidos por el “Centro de Reunión de Información de Campo de Mayo”; correspondencia entre el Ministerio de Seguridad y el Juzgado N° 7, donde nuestro conocido Sebastián Casanello reemplazó a Oyarbide y tuvo que rehacer muchas medidas de prueba; “Recomendaciones para intervenciones estatales respetuosas de los derechos humanos” (del año 2007); memos internos de Gendarmería, recordando —por ejemplo— protocolos sobre el uso restringido de armas de fuego letales; instrucciones para la filmación de manifestaciones, “con el doble propósito de accionar psicológicamente sobre los manifestantes y eventualmente aportar pruebas documentales ante un proceso judicial (sic)”; informes sobre diversas “alteraciones del orden público” en todo el territorio (por ejemplo, Jujuy) y un extenso informe del ex director Schenone a Garré (fechado el 23 de febrero de 2011) en respuesta a un pedido de la ministra solicitando “copia de la normativa que regula el accionar de la Fuerza y, en particular, de los Destacamentos Móviles, en el marco de la organización y desarrollo de operativos de contención de manifestaciones públicas y de protestas sociales”. Aunque Schenone trata de presentar el accionar de la fuerza en situaciones de AOP, como un coro Hare Krishna, se le escapa lo que sospechaban los abogados de los trabajadores: el entonces director de Gendarmería confiesa en el folio 7 (a fojas 392) que “se practica reunión de información, a fin de identificar a los dirigentes o delegados y/o representantes ‘líderes’ del grupo de manifestantes, tratando de documentar todo mediante tomas fotográficas, filmaciones, grabaciones, etcétera”. Y, de remate, la médula de la cuestión: “Se informa de los resultados al juzgado interviniente y se eleva la documentación labrada con los medios de prueba reunidos, *a fin de que se formalice la causa judicial pertinente* al tenor del artículo 194 Código Penal Argentino (CPA)”.

Aun en lo que el ex director de Gendarmería consideraba legal, se escapaban perlas como ésta: “Asimismo, se deberá *detectar y neutralizar* en forma sutil las acciones de periodistas que pretendan incentivar actos de mayor nivel de conflicto”.

En febrero de 2012, sesenta días después de que los abogados de los trabajadores y diversas agrupaciones humanitarias presentaran ante la justicia federal la denuncia sobre espionaje, el todavía jefe de la Fuerza, Héctor Bernabé Schenone, tuvo que admitir en Comodoro Py la existencia del Proyecto X. Los quinientos documentos, almacenados en cinco CD, confirmaban que era un peligroso instrumento de control social. Contemporáneamente, la ministra Garré seguía asegurando que se trataba de un mero *software*. La respuesta a quienes la habían dejado pagando tardó unos meses en llegar: a fin de año rodó la cabeza de Schenone y buena parte de los jefes de Gendarmería.

Yo me pregunto: dicen que la ministra estaba asesorada en las sombras por el periodista Horacio Verbitsky, experto en caminar por umbrosos pasadizos secretos. ¿Cómo no la aconsejó mejor? Si el propio CELS —que no quiso firmar la querrela— aceptó, sin embargo, presentarse en la causa como *amicus curiae* y elaboró un informe detallado y correcto. ¿O acaso la aconsejó mal Fernando Pocino, el rival de Stiusso en la SI? ¿O el general Milani, dado que Ejército y Gendarmería hacen algunas cosas (ilegales) juntos, allá en las fronteras? El lugar donde, según la ley, debería estar Gendarmería para buscar delincuentes, en vez de cuidar empresas estadounidenses en la Panamericana. Un año más tarde, la pericia sobre los discos rígidos de las seis computadoras secuestradas en Campo de Mayo confirmó lo que los querellantes decían: hasta la CTA (Central de Trabajadores de la Argentina) estaba en la mira. Referentes sociales de las villas figuraban con sus direcciones, el grupo al que pertenecen, el poder de convocatoria que tiene cada uno de ellos (midiendo, incluso, a quienes no pasan de doscientas o trescientas personas) y, en algún caso, hasta la preferencia sexual de alguno de estos referentes.

En la “otra causa”, la que se armó contra los delegados de los trabajadores con el material de Gendarmería y se sustanció en el Juzgado Federal y Criminal de Tres de Febrero, llamó la atención la declaración que le tomaron a la oficial de Gendarmería Elisabeth Calisaya:

Pudo observar que había tres personas, claramente identificables que evidenciaban ser los cabecillas, dando indicaciones a los manifestantes y siendo entrevistados por los medios periodísticos que allí se manifestaban. Por tal motivo, encontrándose la dicente vestida de civil se entremezcló con la multitud, de manera encubierta, y comenzó a recabar los datos de las personas en cuestión preguntando entre las personas que se manifestaban, obteniendo los datos de los imputados, Gentile, Norniella y Coria.

Calisaya reveló que tenía una confusión respecto de los manifestantes de Kraft bajo su vigilancia, pero que lo aclaró “a través de la base de datos con que cuenta la fuerza en la cual se desempeña”. O sea, Proyecto X.

Un colega de ella redactó un parte para la “reunión de información Campo de Mayo de Gendarmería Nacional”, que contiene perlas semánticas como ésta: “Se observó que Hermosilla (miembro de la comisión interna de Kraft Foods Argentina Ex Terrabusi, y quien estaría *alienado al partido obrero* [sic]), proyecta su incidencia sobre el resto de los trabajadores...”

La comprobación de que los militantes son “fichados” surge con claridad de la causa 481/09, donde existen videos con primeros planos de Elia Espen (Madre de Plaza de Mayo) y María Victoria Moyano Artigas, hija de desaparecidos, nieta restituida por Abuelas de Plaza de Mayo e integrante del CeProDH. Ni una ni otra fueron citadas jamás por la justicia como participantes de la manifestación, pero sí fueron convenientemente identificadas por quienes tienen expresamente vedado “reunir” información política o ideológica.

“Me retrotrae a la dictadura”, dijo la Madre Elia Espen y agregó, lapidaria: “Tomé muy mal las declaraciones de Garré, con mucha tristeza. Una persona como ella, que sufrió en carne propia la persecución, no puede estar de acuerdo con esta función de la Gendarmería”.

Pero hay algo más grave aún que todo lo aquí reseñado. En un informe encontrado en el archivo “Alice 3” figura la siguiente información:

Todi: 11 oct. 11 se realizó en el hotel “Bauen” de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) una reunión de delegados de trabajadores (comisiones internas y cuerpos de delegados especialmente de la zona norte del gba), y organizaciones de izquierda, que tuvo como fin “diseñar una respuesta unificada a los ataques represivos y judiciales que está llevando adelante el gobierno” (textual).

Protis se autoconvocaron a un nuevo encuentro para el 31 oct. 11, que definiría una comisión o coordinadora, en defensa de los trabajadores que, consideran, son “perseguidos o reprimidos” por el gobierno nacional, y las “patotas” de los gremios tradicionales (agrupados especialmente en la Confederación General del Trabajo, CGT).

En relación al ciudadano Leonardo Norniella amplió: Juzgado Federal de Tres de Febrero decretó su procesamiento por considerarlo “prima facie” coautor penalmente responsable del delito previsto y penado por el artículo 1.894 del Código Penal, reiterado en cuatro oportunidades, según siguiente descripción.

Y describe los “delitos” supuestamente perpetrados por Leonardo Norniella, de la comisión interna de Pepsico-Snacks.

Los abogados querellantes reproducen este documento en una de sus presentaciones ante el juez y le preguntan: “Vuestra Señoría nos preguntamos cómo obtuvo el detalle de la reunión la GNA (Gendarmería Nacional Argentina), cómo puede relatar en forma ‘textual’ lo que allí se dijo. Se trata de un hotel, un lugar cerrado, en el centro porteño... ¿cómo accedió la GNA a lo que allí se discutía?”.

En la causa Kraft actuó el juez Juan Manuel Yajl, que encarceló al sindicalista ferroviario Rubén Sobrero basado en pruebas inexistentes y la ilegal actuación del entonces jefe de Gabinete, Aníbal Fernández, que se metió en otro poder para impulsar la persecución del “Pollo”.

Las diferencias de clase son cada vez más notorias en el proyecto “nacional y popular”: mientras las causas contra los delegados obreros (481/2009 y 620/2010) “ya fueron elevadas recientemente a juicio oral, la denuncia contra el espionaje ilegal de Gendarmería está en plena etapa probatoria” (información publicada por *La Vaca.org*, el miércoles 30 de julio de 2014).

El video es más que elocuente: Martins ya no luce el ridículo bigotito de los noventa, disimula la calvicie con una rapada total y exhibe un rostro que hace recordar la sentencia: “A partir de cierta edad cada hombre es responsable de

su cara”. Viste totalmente de negro y se pasea entre las mesas de su local prostibulario, desafiante. En una, están sentados algunos de sus abogados. “Éstos deberían haber ido en cana antes que yo”, confiesa el miembro de la Triple A y agente de la SIDE, con inesperada sinceridad.

Sigue en la línea de la ternura recordando lo que eran los tarjeteros de antaño, esos lúmpenes que repartían tarjetas del burdel a los automovilistas.

“No proponían entrar —dice con una sonrisa canalla—, te decían: ‘O entrás acá o te cago a patadas’.” Lo celebran, le traen remeras con los nombres de sus lupanares “The One”, “Oba Oba videobar”, “Gigoló, el gigante de Flores”.

Saluda a otro letrado que le consiguió la prescripción en una causa iniciada por el fiscal José María Campagnoli.

Para mostrar su buen corazón exhibe y saluda a su madre, que es aplaudida por la audiencia.

Alguien “de la noche”, como dicen los “periodistas” tipo su amigo Cacho Rubio, le pregunta por qué se persigue a un empresario como él.

Peronista al fin, recuerda su amistad con José López Rega y propone un sindicato de la trata. “Tendríamos que unirnos todos los que estamos en esto.” A Marx le hubiera encantado: “Proxenas del mundo, uníos”.

Y le otorga a la idea un cariz nacional y popular: “No nos olvidemos que el tango, la música que nos representa, es prostibulario”.

Recientemente, el fiscal federal Federico Delgado pidió que el proxeneta fuera citado a prestar declaración indagatoria. Sería saludable que algún magistrado se animara y pusiera fin a lo que Discepolín, con toda razón, llamaba “el despliegue de maldad insolente”.

También debería investigarse judicialmente lo que declaró en su momento la hija de Martins: que su padre había colaborado financieramente con la campaña para la reelección como jefe de gobierno de Mauricio Macri.

Lorena dio datos muy precisos sobre coimas a funcionarios municipales para recibir “protección” en sus prostíbulos. Adicionalmente, La Alameda publicó una foto de Macri y su mujer Juliana Awada reunidos con un señor sonriente de larga melena rubia y su respectiva mujer. Los cuatro sentados en torno de la mesa en un lugar nocturno, contentos y relajados. El señor de la melena es el prófugo de la justicia Gabriel Conde, dueño del prostíbulo Shampoo, acusado de traer mujeres “traficadas” de Brasil y República Dominicana. El lugar —muy plástico como le gusta a esta gente— es el célebre Mix Sky Lounge de Cancún, que es otro burdel encubierto.

Gabriel Conde es hijo de Luis Conde, un cubano naturalizado argentino, que falleció en 1998. Este Conde padre, hombre de Macri, fue vicepresidente segundo de Boca Juniors y fundador del antro Shampoo.

Los macristas trataron de que la foto se olvidara pronto. Algún tonto amarillo argumentó: “La foto no puede ser de un quilombo, nadie lleva su mujer a un quilombo”.

En un video que circula en las redes sociales aparece Mauricio Macri tratando de “gastar” al senador Fernando “Pino” Solanas, que durante un tiempo integró el mismo espacio político con Gustavo Vera de La Alameda.

Sin rubores, el jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, canturrea:

—Hay que darle trabajo a Constitución, Pino. Si no las sábanas van a estar sucias, Pino. Por eso: yo puse una tintorería y un prostíbulo, una tintorería, un prostíbulo... (*Risas en el foro.*)

XXVIII

SOBRE PRÓFUGOS Y TUMBAS

En este libro voy de sorpresa en sorpresa: al investigar los nexos tenebrosos entre el pasado y el presente, no dejo de encontrar presuntas casualidades que en rigor resultan causalidades. Fenómenos aparentemente dispersos, unidos por los nexos del Criptoestado.

Tal vez el lector avisado sepa que a mayo de 2014 había 74 genocidas prófugos. Pero es poco probable que haya reparado en el crecimiento exponencial de las fugas en el segundo mandato de Cristina: veintitrés represores se escaparon entre agosto de 2013 y mayo de 2014.

En esa lista, inquietantemente engrosada, a pesar de las recompensas con foto tipo Far West establecidas por el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, hay un personaje repugnante en su doble moral de católico practicante y violador convicto y confeso de una prisionera en San Juan. Un personaje muy peligroso por sus nexos locales e internacionales con Propaganda Due: el ex mayor genocida en los setenta, conspirador carapintada en los ochenta y candidato a diputado en la lista de Aldo Rico en los noventa, Jorge Antonio Olivera, un oficial de inteligencia devenido abogado, que defendió —entre otros— al criminal de guerra nazi Erich Priebke y a los criminales de guerra argentinos Carlos Guillermo Suárez Mason y Emilio Eduardo Massera, miembros —como él— de la P2. Por si fuera poco, su hijo Javier Olivera es un cura perteneciente al Instituto del Verbo Encarnado, una congregación de extrema derecha que apoya a los represores.

Olivera, bautizado en Europa como “el carnicero de San Juan”, tiene tanto poder que en el año 2000 logró la complicidad de jueces italianos para no ser extraditado a Francia, donde lo reclamaban por el secuestro, violación, torturas y desaparición de la joven Marie Anne Erize, una militante argentina, de la JP, hija de padres franceses. Uno de los mayores cargos contra Olivera fue precisamente el Caso Erize.

La historia de Marie Anne me toca de cerca, aunque no la conocí personalmente. Mi segunda mujer, ya fallecida, Ana de Skalon fue su mejor amiga y dedicó el regreso de su propio exilio en Venezuela y Londres a seguir la pista de la francesita, el misterio de su trágico final.

Marie Anne era una hermosa muchacha que apenas vivió 24 años. Su parábola, de la frivolidad de las pasarelas al compromiso total que involucraba la tortura y la muerte, es una de las tantas narraciones que mi generación les debe a las actuales. Su vertiginosa parábola alimentó un libro, escrito por un prestigioso periodista francés, Philippe Broussard, que investigó en serio, tanto en Buenos Aires, como en el siniestro San Juan de su caída, pero la verdad es que la historia da para más de una novela o una película. Hija de una madre solidaria y enérgica, Françoise Tisseau, y de un rígido pater familias, René Albert Erize, Marie Anne pasó en sus primeros años de la bucólica llanura bonaerense al corazón del monte misionero, adonde los Erize se instalaron como colonos. Allí, Marie Anne y sus hermanos Yolanda y Esteban hablaban en francés entre ellos y con sus padres, como hablaban en sus respectivos idiomas de origen todos los colonos de Misiones. Después, ya en Buenos Aires, la muchacha, a la que sus compañeritos de juego embromaban por su extrema delgadez, se convirtió en una de las modelos más llamativas del país. Fue Miss Siete Días, portada de *Gente* y, sobre todo, un rostro extraño para la liviandad de la farándula. Un rostro muchachil, pecosó, fresco, con una boca muy grande y sensual que rompía las proporciones áureas de sus rasgos y una mirada azul y desafiante que dejaba entrever a la futura revolucionaria todavía encerrada en su crisálida de simple rebelde. Una romántica que se bebía la vida a borbotones, como si supiera lo corta que iba a ser su piel de zapa. El país provinciano de los milicos le quedaba chico y se fue a Europa. En la Barcelona y el París de los primeros setenta se vinculó con músicos y bohemios, como el Tata Cedrón y Paco Ibáñez, y hasta vendió obras de arte de su amigo, el marchand catalán Paco Rebés, que representaba a celebridades como Joan Manuel Serrat y Camarón de la Isla.

Pero, fiel al espíritu de la época, se había “radicalizado”. En muy poco tiempo su compromiso político le cambió completamente la existencia: descubrió la Villa de Retiro, con el mítico sacerdote Carlitos Mugica, y luego la villa del Bajo Belgrano, donde ella y Ana de Skalon, aunque se disfrazaran de proletarias y fueran muy serias en sus tareas políticas y solidarias, eran vistas claramente como chicas “de afuera”, de otro ambiente social.

En la militancia conoció a su pareja, Daniel Rabanal, que estaba aún más comprometido que ella, inserto en la estructura organizativa de Montoneros. Seria y decidida, Marie Anne recorrió el camino abrupto de la Tendencia Revolucionaria, en todas sus peripecias y hasta el final: las jornadas triunfales del 73, la decepción con la masacre de Ezeiza y el regreso de un Perón muy distinto del idealizado desde lejos; el pase de los frentes de masas a la clandestinidad; el golpe y los manotazos de ahogada de la Conducción Nacional, que mandó a cuadros destacados como Paco Urondo a la soledad de Mendoza, donde era una mosca en la leche y donde cayó heroicamente en junio de

1976. Allí, en Mendoza, fue secuestrado Daniel, el compañero de Marie Anne, y ella, para salvarse, tuvo que replegarse a San Juan.

Con genuina humildad, se convirtió en trabajadora rural y ennegreó sus uñas en la cosecha de aceitunas, pero no logró engañar a la Inteligencia del Regimiento 22 de Infantería de Montaña, que la había puesto rápidamente en la mira de dos oficiales jóvenes y temibles: los tenientes Olivera y Eduardo Daniel Cardozo. Olivera tenía 25 años y era teniente primero pero, a pesar de su juventud y de su bajo grado, cometió delitos de lesa humanidad que llevarían al tribunal de San Juan a condenarlo a cadena perpetua. Cualquiera parecido con Milani no es pura coincidencia.

El 15 de octubre de 1976, en pleno día, Marie Anne Erize llevó su bicicleta a la bicicletería situada en la esquina de las calles Tapia y Mariano Acha, para que le arreglaran los frenos. Le dijeron que en una hora podía regresar a buscarla. Apenas salió, el dueño del negocio vio como se le acercaban unos sujetos de pinta siniestra. Uno de ellos la agarró del brazo. Les costó llevársela. Los insultaba, pateaba y gritaba con desesperación. Nadie, por supuesto, intervino. Era raro que alguien se metiera cuando estaban los horribles de por medio. Los arañó con las uñas negras de la cosecha. No apareció más. Su amiga y compañera de militancia y cautiverio, la actual jueza Margarita Camus, nieta del gobernador Eloy Camus, declaró como querellante en la causa contra Olivera, recordando que en La Marquesita, el centro clandestino de reclusión adonde ambas fueron llevadas, los tenientes Olivera y Cardozo se jactaban de “haber violado a la francesita”. Así se lo confió, a Margarita Camus, Jorge Bonil, un joven que cumplía su servicio militar en el Regimiento 22 y corrió la misma suerte que Agapito Ledo en Tucumán. Había muchos jóvenes tenientes Milani en las Fuerzas Armadas de la época.

Olivera fue condenado por este y otros crímenes en 1987, pero salió en libertad de inmediato merced a la Ley de Obediencia Debida que carapintadas como él le arrancaron al presidente Alfonsín.

Durante muchos años, mientras regían las leyes del olvido de Alfonsín o el indulto de Menem, el único recurso que les quedó a los familiares de los desaparecidos fue la jurisdicción internacional contra el genocidio: los juicios de España, Italia, Francia o Suecia.

Mientras estaban dentro del territorio nacional, los represores podían sentirse a salvo, pero al salir los podía cazar Interpol.

Gracias a la eficiencia profesional del abogado argentino Horacio Méndez Carreras y la francesa Sophie Tonon, que representaban a los desaparecidos de origen galo, la mano de Interpol cayó sobre el hombro de Olivera, que cometió la imprudencia de salir del país.

El 6 de agosto de 2000, en el aeropuerto romano de Fiumicino, el represor se sobresaltó al escuchar a una empleada de Aerolíneas Argentinas que lo estaba llamando: “¡Señor Olivera, presentarse en el mostrador de Aerolíneas Argentinas! Señor Olivera...”. Se miró con su mujer, Marta Noemí Ravasi, intuyendo lo que estaba por ocurrir. No alcanzó a tocar el mostrador, cuando un policía de Interpol le dijo secamente: “Está arrestado”.

Su captura había sido ordenada por el juez francés Roger Le Loire, por su responsabilidad en la desaparición de Marie Anne Erize. Pero no fue extraditado a Francia y sólo pasó cuarenta y dos días en la cárcel italiana de Regina Coeli. Para soltar a semejante personaje se combinaron una serie de acciones mafiosas entre Italia y la Argentina, que implicaron la complicidad desvergonzada de los jueces italianos. Claro, el represor contó desde el primer momento con un abogado inescrupuloso pero muy astuto: Augusto Sinagra, el letrado del propio “Buratinaio” Licio Gelli. Para liberar al violador, Propaganda Dos cometió un delito más en su larga lista, la falsificación de un documento público, nada menos que el acta de defunción de Marie Anne Erize, donde sin ninguna prueba ni fundamento legal, Inteligencia del Ejército “orientó” desde las sombras a funcionarios del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires y la Cancillería para que colocaran un dato imposible de comprobar: que la joven había muerto el 11 de noviembre de 1976, casi un mes después de haber sido secuestrada. Y enviaron esa documentación trucha al tribunal italiano que, sin tomar la más elemental medida precautoria, la dio automáticamente por buena. Con ese pedazo de papel higiénico en la mano, los jueces “tocados” por la P2 y el abogado fascista italiano Augusto Sinagra declararon prescripta la causa por el paso del tiempo, negaron la extradición que solicitaba el juez francés y liberaron al delincuente Olivera, que partió a toda velocidad rumbo a Buenos Aires, donde la Ley de Obediencia Debida lo había exculpado en 1987. Los nombres de los jueces italianos: María Luisa Carnevale, Serenella Siriaco y Massimo Michelozzi.

Igual que en la Argentina, hija putativa de la Italia mafiosa, hubo un poquitín de escándalo en el Parlamento, el diario *La Repubblica* calificó el fallo de “sospechoso” y todo acabó diluyéndose. A medida que pasan los años, y Marie Anne continúa desaparecida, crece la magnitud de la infamia perpetrada por esos jueces que soltaron alegremente a su verdugo.

Olivera llegó a Buenos Aires, con su esposa Ravasi, y fue recibido como un héroe en el salón VIP del Aeropuerto de Ezeiza, que ya estaba concesionado a Eduardo Eurnekian y la Corporación América.

Victoria Ginzberg, de *Página/12*, registró el entusiasmo con el represor de dos “periodistas” que algunos años

después no tendrían empacho en pasar del menemismo al “gobierno de los derechos humanos”, vía Daniel Hadad, primero, y Cristóbal López, después: Oscar González Oro y Eduardo Feinmann. “Un gusto saludarlo, le mandamos un abrazo muy grande”. Dice la cronista:

Olivera se presentó como víctima de los servicios de Inteligencia europeos (sic), criticó la labor de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (Conadep) e hizo mención a los “guerrilleros apátridas de la década del 70” que lo persiguen porque él encabeza los procesos para que los familiares de los “militares muertos por la subversión” cobren una indemnización. Pero en ningún momento afirmó “soy inocente”. Por el contrario, reconoció haber participado en “allanamientos en base a órdenes que impartían los jefes de regimiento”.

Victoria recoge entonces el textual de González Oro que parece decir: “Aunque pensemos igual, aunque yo sea un alcahuete de la dictadura igual que vos, no tengo más remedio que disfrazarme de periodista”. Y recita el bocadillo que le toca:

—Tengo la obligación de preguntárselo, mayor Olivera... Usted, respecto de esta causa de la desaparición de la joven francesa Marie Anne Erize, ¿cómo se considera?

—Mire, particularmente yo... tal cual se lo planteé a los jueces italianos, les dije que con esa causa... es más, yo a esa mujer nunca la conocí en mi vida y particularmente estoy mencionado en el libro de la Conadep porque en esa época los que éramos subtenientes éramos jefes de secciones y procedíamos a efectuar allanamientos en base a órdenes que impartían los jefes de regimiento. [...] Pero un allanamiento era y es todavía normal en un procedimiento policial —respondió el militar.

Cualquier parecido con el general César Milani es pura coincidencia: los dos allanaban, los dos eran jóvenes, los dos eran tenientes, los dos eran de inteligencia y, por si fuera poco, formaban parte del III Cuerpo de Ejército, que comandaba el más sanguinario de los genocidas, el ex general Luciano Benjamín Menéndez, también condenado a cadena perpetua.

Olivera anduvo suelto hasta 2008, defendiendo como abogado a varios militares, litigando contra el Estado y ganando mucho dinero. Con otro represor retirado, el capitán Humberto Appiani, estableció dos fideicomisos: el “Fideicomiso Financiero SJ2” y el “Fideicomiso de Garantía SJ2”. Algunos sospechan que con estos fideicomisos se pudo haber asistido a más de un prófugo.

El “carnicero de San Juan” se pasó todo el gobierno de Néstor Kirchner libre o prófugo. Recién en 2008, Eduardo Luis Duhalde, el ex secretario de Derechos Humanos, ya fallecido, pudo anunciar su captura y el juicio al que sería sometido en San Juan.

Algo peor pasó con los fideicomisos: apenas el 30 de julio de 2013 fueron congelados por la UIF (Unidad de Información Financiera), cuando Olivera ya estaba sentenciado.

El 4 de julio de 2013, el Tribunal Oral de San Juan condenó a cadena perpetua al torturador de Marie Anne y a 25 años de prisión a Gustavo Ramón De Marchi, un genocida de sólidos vínculos con el mundo agropecuario, igual que su hermano Juan Carlos De Marchi, otro represor también condenado a 25 años de prisión, que llegó a ser presidente de la Sociedad Rural de Corrientes.

Pero poco les duró la pena a los dos asesinos condenados, a pesar de la conformidad y alegría con las sentencias que mostró el gobernador de San Juan, José Luis Gioja. Dos jueces federales, absolutamente subordinados al gobernador, aprobaron el traslado de los genocidas a Buenos Aires, para hacerse chequeos dermatológicos, kinesiológicos y psicológicos (sic), en el Hospital Militar Cosme Argerich. Primero aprobó el juez Leopoldo Rago Gallo —de añejos vínculos con personajes de la dictadura— y después —cuando comenzó la feria judicial— lo ratificó y firmó el también juez federal Miguel Ángel Gálvez. Dato clave para la nueva edición de la Historia Universal de la Infamia: el juez Gálvez —que fue legislador y jefe del bloque provincial del PJ— es el mismo que paralizó durante dos años la Ley de Glaciares en San Juan, al aceptar la cautelar interpuesta por la Barrick Gold, que debió ser anulada por una acordada de la Corte Suprema en 2012.

Para el violador Olivera, que tiene experiencia internacional como prófugo, la fuga en Buenos Aires fue coser y cantar: su esposa Marta Noemí Ravasi trabajaba como psicóloga en el Hospital Militar.

Desde el 25 de julio de 2013 no hay novedades de Jorge Antonio Olivera. ¿Sigue en el país? ¿Huyó al exterior? ¿Quién lo financia? ¿Quién le facilita los inevitables documentos falsos?

Las preguntas se repiten y abarcan al fantasma mayor, el ex capitán de navío Jorge Raúl Vildoza, alias Gastón, el jefe

del Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, el jefe del Tigre Acosta y el hombre de Massera para las grandes compras de armas, que según su esposa y el hijo de desaparecidos Javier Penino Viñas, de quien se apropió en la “Sardá” de la ESMA, habría fallecido en 2005 bajo un nombre falso: Roberto Sedano. Por supuesto no hay cadáver, según su apropiado Javier, fue prolijamente cremado en Sudáfrica el 27 de mayo de 2005.

¿La ruta del dinero de la ODESSA naval termina en un horno crematorio sudafricano? ¿Alguien se ha propuesto seriamente averiguar de qué magnitudes estamos hablando?

XXIX

LA “OMERTÁ” NAVAL (EL CASO VILDOZA I)

Como toda mafia que se respete, la Marina de Guerra argentina impone a sus miembros la ley de la omertá, el silencio mientras se está vivo, para no desembocar en el silencio eterno.

El cianuro encontrado en el cadáver del prefecto Héctor Febres (a) Selva es una demostración elocuente de que la ley sigue vigente, en democracia, con los radicales, los justicialistas, los aliancistas y el “gobierno de los derechos humanos”.

Ya se sabe que el gordo Selva podía aportar datos estratégicos sobre el robo de niños, empezando por los bebés que robó él mismo en la “Sardá” de la ESMA. Lo que no se sabe tanto es que el prefecto —oportunamente suicidado cuatro días antes de que la justicia lo sentenciara en el primer juicio oral sobre la ESMA— le había entregado uno de esos recién nacidos al jefe del Grupo de Tareas 33/2, el capitán de navío Jorge Raúl Vildoza, alias Gastón, segundo en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada después del contralmirante Rubén Jacinto Chamorro, alias Delfín. El niño (nacido en octubre del 77) era hijo de dos desaparecidos marplatenses: Cecilia Viñas Moreno de Penino y Hugo Reinaldo Penino, que —en julio de 1977— habían sido secuestrados en el barrio porteño de Almagro y trasladados a la base naval Buzos Tácticos de Mar del Plata, de donde Cecilia fue transferida a la ESMA porque estaba embarazada de siete meses. Tanto ella como su marido, que militaban en un frente político vinculado con el ERP, siguen desaparecidos.

El caso Penino-Viñas se convirtió en uno de los más notorios en los albores de la democracia recuperada, por un dato fatal que arroja una sombra ominosa sobre el gobierno de Raúl Ricardo Alfonsín y, en particular, sobre su ministro del Interior, Antonio Tróccoli: Cecilia llamó por teléfono a sus padres entre el 21 de diciembre de 1983 y el 19 de marzo de 1984, cuando ya habían transcurrido cuatro meses de gobierno constitucional. Dicho de otra manera: seguía clandestinamente en manos de la Marina que la ejecutó y le robó el hijo. Ningún funcionario del gobierno radical movió un dedo para impedirlo.

Catorce años más tarde, en septiembre de 1998, el joven Javier Gonzalo Vildoza aceptaría someter a compulsu su ADN y descubriría que era en realidad Javier Gonzalo Penino Viñas. Tomaría contacto con su familia de sangre, pero daría un paso decisivo en sentido contrario a su identidad familiar e histórica al regresar a un destino ignoto en el exterior, junto con sus apropiadores Vildoza y su mujer, Ana María Grimaldos. Lo que suele llamarse —de manera políticamente correcta— “los padres de crianza”. En rigor: dos prófugos de la justicia, acusados de haberlo robado. Pero, eso sí, cobraría en la Argentina la indemnización que le correspondía como hijo de desaparecidos. En este país se renuncia a muchas cosas, menos a una indemnización.

Según la versión piadosa de su tío carnal Carlos Viñas, Javier usó parte de esa indemnización para ayudar generosamente a su verdadera familia. Disculpándolo totalmente, el tío supone que Javier “ha recuperado su identidad, pero no su libertad” y está preso de una mafia que no perdona.

Si regresamos a Febres, hay que admitir que algo de razón tiene, porque el capitán de navío aviador Jorge Raúl Vildoza no era un perejil, sino la llave maestra para ingresar en esa ruta del dinero sucio de la dictadura, nunca relevada seriamente por la justicia ordinaria ni por la Unidad de Información Financiera, a cargo de José Sbatella, que no es precisamente Sherlock Holmes.

Vamos por partes.

Londres, 30 de marzo de 1981, 8:30 pm

ITV, el primer canal privado y comercial del Reino Unido, pone al aire su célebre programa *World in Action* (“El mundo en acción”) producido por Granada Television, una productora especializada en programas periodísticos de alto impacto. El unitario de la fecha se llama “The men from Argentina” (“Los hombres de Argentina”), y ha llevado varios meses de investigación para confirmar un dato cuya difusión causará conmoción en la embajada y en el propio Palacio San Martín: los marinos acreditados como diplomáticos en la estratégica Comisión Naval son torturadores de la Escuela de Mecánica de la Armada.

La Comisión Naval, establecida fuera de los límites de la embajada en el 242 de Vauxhall Bridge Road, es la encargada

de comprar en Inglaterra (y en el resto del mundo) navíos de guerra, repuestos y armas ultrasofisticadas, algo que está fuera de lugar cuando el conflicto con Chile parece definitivamente superado, intercesión papal mediante. Aparentemente, nadie en el gobierno inglés imagina que las armas que están vendiendo a los militares argentinos podrían ser utilizadas contra los vendedores, como ocurrirá al año siguiente con la guerra de Malvinas. La relación entre la Royal Navy y la Armada argentina ha sido siempre excelente, sobre todo mientras la segunda ha estado subordinada a la primera.

A las empresas privadas no parece preocuparles el posible conflicto. Los gerentes de Rolls Royce, Marconi, Hawker Siddeley o David Brown, entre varias otras, están felices: ellos proveerán los motores, los paneles de control y las cajas de velocidad para las seis nuevas fragatas que ha comprado la Armada Argentina. Westland Helicopters les vende ocho helicópteros cero kilómetro y astilleros Vickers supervisa en la propia Argentina la reparación y puesta a punto de la fragata *Santísima Trinidad*, que se hizo famosa en 1975 por una carga explosiva que le pusieron los Montoneros y en 2013 porque se hundió sola y oxidada en su propio amarradero.

El programa

Un locutor en *off* comenta críticamente esta venta de armamento a una dictadura condenada por la comunidad internacional y la vincula con la coyuntura económica británica: el país está en recesión, y estas adquisiciones ayudan a generar empleo. Tal vez por esa razón un viceministro de Margaret Thatcher, Nicholas Ridley, ha terminado por rehuir una entrevista al aire, después de haber accedido en un primer momento.

El relato en *off* y las imágenes espantan a la Comisión Naval y a la embajada argentina. Arrancan en el Londres atascado de la hora pico matinal y destacan, como en una película de espionaje, a los personajes que van a denunciar: el capitán de navío Jorge Raúl Vildoza, en ese entonces asistente del agregado naval y encargado (casualmente) de las gigantescas compras; su segundo, el teniente de navío Alfredo González Menotti alias Gato, y un subalterno dedicado a manejar autos y cubrir la seguridad, el suboficial Víctor Cardo alias Pedro Morrón, perteneciente a ese grupo misterioso de los “pedros” que había intrigado a Jaime Dri cuando regresó de Funes a la ESMA.

También van intercalando a las testigos de cargo, que resultarán fatales para los marinos.

Sara Solarz de Osatinsky es la representación personal de la tragedia sufrida por toda una generación: tiene 45 años y es la viuda de uno de los “bronces” de FAR y Montoneros, el “Pelado” Marcos Osatinsky, ejecutado en Córdoba durante el gobierno peronista de ultraderecha, conducido por el brigadier Raúl Lacabanne. A Sara le han asesinado dos hijos adolescentes los militares del Comando Libertadores de América, que conduce el capitán Héctor Vergés alias Vargas: Mario, de 18 años y José de 15. Es una de las escasas sobrevivientes de la ESMA, liberadas en función del plan de Massera que relaté en *Recuerdo...*

Pero estuvo varias veces al borde de los vuelos de la muerte, y Vargas fue a visitarla a la Escuela para decirle cara a cara: “Maté a tu marido y a tus dos hijos, pronto voy a venir para matarte a vos”.

En un recuento de los suplicios padecidos, Sara revela que Vildoza le cortó el vestido con una tijera para que le aplicasen la picana eléctrica completamente desnuda y se quedó, como una suerte de *voyeur* del terror, durante toda la sesión.

Ana María Martí, de 36, madre de dos hijos de 9 y 11 años, denuncia como torturador al Gato González Menotti, reitera el rol pasivo y tético de Vildoza como “observador” y presenta a Pedro Morrón como uno de los guardias más brutales de la Escuela.

Sara y Ana María habían testificado dos años antes en el Parlamento francés, junto con otros sobrevivientes, en la que sería la exposición más detallada sobre la ESMA hasta ese momento.

La tercera es Susana Burgos, secuestrada en enero de 1977 y torturada, entre otros, por el Gato González Menotti.

Un cuarto sobreviviente, a quien se oculta bajo el seudónimo de Fred, completa los testimonios sobre el genocidio y se queda corto al contabilizar tres mil desaparecidos en la ESMA. En realidad, fueron bastante más de cuatro mil.

Tengo sobre mi escritorio las fotos de los tres represores: Pedro Morrón, con su bigote inequívoco, su gesto provocador, enfundado en una campera tipo aviador con cuello de piel; González Menotti, con impermeable y corbata, un bigote menos agresivo que el de Morrón, mirando hacia abajo, consciente de que se está produciendo algo catastrófico, y el 48, *il morto qui parla*, sombrío como un espía de película, el pelo entrecano, el rostro afilado, envejecido para sus 51 años, con la barbilla mezquina y un bigote tupido pero corto, británicamente elegante en su Perramus negro. Aunque Vildoza no es de Inteligencia, sino aviador, esa misma condición lo sindicó como alguien que participó (y tal vez creó) los vuelos de la muerte. Lo que llamaban en la ESMA: “La solución naval para el tema de

los cadáveres”.

El escrache televisivo fue el 6 de febrero de 1981. Vildoza lamentablemente no estaba en ese momento, pero las cámaras de Granada localizaron al Gato González Menotti cuando salía de la estación Victoria y lo siguieron hasta la Comisión Naval. Con ellos iba Susana Burgos, ansiosa por toparse cara a cara con el marino que la había torturado y venía caminando hacia la cámara con su impermeable claro y una bufanda marrón. Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando su ex prisionera le saltó al cruce desde su flanco izquierdo, espetándole:

—¿No me reconocés?

El marino, espantado, se metió apresuradamente en el edificio de la calle Vauxhall. Vanos fueron los intentos de los investigadores de Granada para obtener una declaración. No la hubo en el momento de la fuga ni después: Vildoza, González Menotti y Morrón estaban más aterrorizados que sus víctimas.

No era para menos: el programa revelaba al público internacional algo que entonces no se sabía, que la Armada —ante las denuncias que arreciaban fuera del país— estaba dispersando por el mundo (Inglaterra, Italia, España, Francia, Sudáfrica) a los represores, y éstos comenzaban a ser identificados por los escasos sobrevivientes que vivían en el exilio.

A Vildoza, el único de los tres que estaba acreditado como diplomático de primer orden, con total inmunidad (el Gato González era clase B), el escándalo lo afectó sobre todo de cara a las relaciones oficiales con el gobierno de Su Majestad, pero los contactos privados siguieron funcionando con la lógica de estos casos: el óleo sagrado de Samuel de los beneficios para los vendedores y las jugosas coimas para los compradores.

Un eventual corte en las relaciones comerciales era el dato que más podía preocupar en aquel lugar donde Cero manejaba desde atrás a la Armada: las oficinas de Cerrito 1136, piso 10, donde el Topo descubrió a Galimberti, donde Radice, los hijos de Massera, un hijo de Vildoza (Jorge Ernesto) y otros delincuentes de alta gama habían logrado lo que Marx llamaba “la acumulación primitiva del capital” a partir de los bienes de los desaparecidos.

21/12/83 (6 HS)

Primera llamada al 49-1818 con el padre. Plantea: “Nos trasladan a Mar del Plata. Vení a buscarme. Llevá plata”.

Pide otro teléfono de Mar del Plata, ya que dice haber llamado al 72-6864 y no haber encontrado allí a su madre. [...] El mismo día el padre y la madre se trasladan a Mar del Plata y comienzan a esperar el llamado.

El 31/12/83 Carlos Viñas (padre) regresa a Buenos Aires sin novedad. Se espera hasta el 4 de enero en que, ante el silencio, se decide poner esto en conocimiento de la presidenta y vice de las Abuelas de Plaza de Mayo, lo que se hace el día 5/1/84. Durante la charla con la señora de Mariani y la señora de Carlotto se determina informar sobre esto a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de las Personas.

[...]

14/1/84 (6 HS)

Segundo llamado. Lo recibe la madre en Mar del Plata en el 72-6864. (Cecilia) pregunta por el padre y se desespera por no encontrarlo. La madre le plantea que tiene dinero a lo que responde que no lo necesita, que lo puso el padre de una compañera, que no se entere nadie. Asocia la ausencia del padre a la permanencia a su lado de una vieja relación de pareja, a quien acusa de ser la culpable de la situación y de la pérdida de su marido y su hijo.

[...]

14/1/84 (21 HS)

Tercer llamado. Habla con la señora Lucía Ordóñez, vieja amiga del padre de Cecilia y a la que ella le tiene un gran afecto (3-9840).

Mantiene una charla un poco más extensa que las anteriores y le reitera que no entiende cómo el padre no se sacó la venda con respecto a Ana María Bravo, persona a la que nuevamente acusa de que le arruinó la vida a ella y a su esposo. PIDE QUE LE BUSQUEN A SU HIJO.

El día 16/1/84 el padre vuelve a instalarse en el 3-9840 y la madre y el hermano (Carlos Viñas hijo) quedan en el 72-6864 y se instala un grabador con chupete en el 72-6864.

Se coloca un aviso en el diario La Capital de Mar del Plata, que con tono destacado y en página 3 dice: “Cecilia llamó a mamá, Carlos”, que sale en la edición del día 17/1/84. Se aguarda hasta fin de mes. Se mantiene desinformada a la señora Ana María Bravo.

4/2/84 (21 HS)

Llama al domicilio de su padre en Buenos Aires (49-1818) y es atendida por la persona a quien ella acusa de ser la culpable de su desaparición. El padre no se encuentra presente.

[...]

5/2/84 (0:30 hs)

Llama a Mar del Plata, al 72-6864 y habla con su madre, demostrando un alto grado de angustia por haberse comunicado en casa de su padre con la Sra. Bravo. Esta conversación es parcialmente grabada por su madre.

[...] EN ESTA GRABACIÓN SOBRESALE LA NECESIDAD QUE SIENDE POR QUE LE BUSQUEN A SU HIJO. [...]

Dice estar nuevamente en Mar del Plata, lo que indica los sucesivos traslados que ha tenido y lo que evidencia que puede comunicarse a larga distancia. Le explica a su madre que a la noche hay “unos muchachos buenos” que la dejan hablar y que le marcan el número que ella quiere, lo que no sucede con la gente que está durante el día, lo que hace pensar en la existencia de guardias. También le cuenta que se enfermó y la tuvieron que llevar a la enfermería, lo que da idea de que está en algún lugar con organización militar.

5/2/84 (6 HS)

[...] su hermano está esperando el llamado y es éste el que atiende el teléfono. [...] Comienza hablando con la misma angustia [...] ante la explicación de su hermano de que se la había mantenido desinformada (a la señora Ana María Bravo) [...]. Cecilia se calma y mantiene la siguiente conversación con su hermano Carlos:

Carlos: —¿Dónde estás?

Cecilia: —Estoy bien.

Carlos: —Explicame cómo es lo de Ana María. ¿Cómo sabés?

Cecilia: —Prometeme que no vas a hacer nada. Prometeme que no la vas a matar. No te pierdas.

Carlos: —No, quedate tranquila. Lo importante sos vos.

Cecilia: —Cuando nos vinieron a buscar, nos estaban rompiendo el departamento y Hugo y yo pedíamos clemencia por el chico. Les decíamos que no teníamos nada que ver. Y uno de ellos dijo: “Todos dicen que no tienen nada que ver pero esta persona dice que sí” y nos mostró un papel con el nombre de ella.

Carlos: —¿Qué papel?

Cecilia: —No sé, como una denuncia. Hermano, por favor no hagas nada.

Carlos: —Queremos saber si te tienen los milicos o estás afuera.

Cecilia: [Silencio]...

Carlos: ¿Estás afuera?

Cecilia: [Silencio largo]...

Carlos: —¿Te tienen los milicos?

Cecilia: —Estoy bien.

Carlos: —Te puedo ver, ¿querés vernos?

Cecilia: —Ahora no, mucho menos aquí en Buenos Aires.

Carlos: —¿Dónde estás?

Cecilia: —No sé. Creo que estoy cerca.

Carlos: —¿No me puede llevar esa gente a donde estás vos?

Cecilia: —Yo estoy bien. Voy a salir recuperada para buscar a mi hijo. Flaco, buscame al nene.

Carlos: —Sí, lo estamos haciendo, pero sería importante que estuvieras vos, nos ayudaría mucho. ¿Precisás algo? Decime, ¿necesitás plata?

Cecilia: —No.

Carlos: —¿Hay algo que podamos hacer por vos?

Cecilia: —Quedate tranquilo, yo estoy bien. Voy a salir recuperada para buscar a mi hijo.

Carlos: —Pablito está muy entusiasmado con la noticia.

Cecilia: —¿Cómo está Pablito? Debe estar grande.

Carlos: —Sí, enorme. Tiene una hermanita.

Cecilia: —¿Cómo se llama?

Carlos: —Julieta, Cecilia. Es muy parecida a vos cuando eras chica. Es muy linda.

Cecilia: [Sollozos]... Carlos, yo estoy bien. Te juro que estoy bien.

Carlos: —¿De Hugo no sabés nada?

Cecilia: —No, no sé nada ni de él, ni del nene. [...] Tengo que cortar, escuchame, EL 28 NOS TRASLADAN A MAR DEL PLATA. VAMOS A ESTAR ALLÁ DEL 29 DE FEBRERO AL 5 DE MARZO. VOYA LLAMAR ALLÁ.

[...] El hermano regresa a Buenos Aires el 15/3/84, sin novedad, quedando en mar del Plata el padre y la madre cubriendo los dos teléfonos. Carlos Viñas (hijo) vuelve a entrar en contacto con las Sras. De Mariani y Carlotto en las Abuelas y con la señora de Fernández Mejjide en la Comisión.

19/3/84 (22 HS)

Llama a Mar del Plata al 3-9840. Es la última llamada recibida hasta el momento de efectuar este resumen.

Habla con su padre.

A diferencia de las anteriores, esta llamada es muy breve y de tono furtivo, como si la hiciera sin permiso, muy apurada, con la voz soplada, como para no ser advertida.

Es, efectivamente, la última llamada que llega desde los sótanos del Criptoestado. Cecilia Viñas de Penino continúa en manos de sus secuestradores militares noventa y ocho días después de que el civil Raúl Ricardo Alfonsín haya jurado como Presidente constitucional de la República Argentina. Alguien le está mojando la oreja a la democracia recuperada, pero ésta se hace la distraída.

Son muy reveladoras estas conversaciones telefónicas. Por ellas, Cecilia se entera de que su hijito no fue entregado a los abuelos, y su familia descubre que aún vive y está cerca de ellos, en esa Mar del Plata de la que ha sido traída y llevada más de una vez.

Ella y sus padres ignoran un dato terrible: el niño que le han arrebatado a Cecilia ha sido bautizado como Javier Gonzalo Vildoza, hijo del capitán de navío Jorge Raúl Vildoza y su esposa Ana María Grimaldos. El padrino del bautizo ha sido nada menos que el contralmirante Roberto Luis Pertusio, jefe de la Fuerza de Submarinos de la Base Naval de Mar del Plata. La misma base donde estuvieron Hugo y Cecilia, antes de que se llevaran a la muchacha a parir en la ESM A. La misma base adonde la regresaron más de una vez. ¿Para qué? ¿Qué información podía brindarles siete años después de su secuestro?

En el año 2008, el contralmirante Pertusio, que estaba condenado en primera instancia por crímenes de lesa humanidad, seguía prestando servicios en el Centro de Estudios Estratégicos de la Armada y era asesor del jefe del arma, el también marplatense Jorge Godoy, otro personaje siniestro, que protagonizaría el hecho de espionaje más grave de la era Kirchner y podría decir *toda la verdad* sobre el caso Penino-Viñas, si algún magistrado de la democracia se lo preguntara.

El “padrino de crianza” Pertusio recién fue relevado por la ministra Nilda Garré cuando el diario *Página/12* señaló la grosera contradicción que implicaba ser un genocida condenado, con “prisión domiciliaria”, y trabajar como asesor y miembro permanente del *think tank* de la Armada. Al almirante Godoy lo dejaron al comando tres años más, porque las cosas de palacio van despacio. La odisea de los Viñas y los Peninos confirma con creces la sabiduría del refrán. En 1984, Carlos, el hermano de Cecilia (que sigue bregando hasta hoy), se mueve con Abuelas y con la Conadep. Juntos escuchan lo que se pudo grabar de esas conversaciones mantenidas entre el inframundo y la superficie. Alguien plantea que el tema debe ser abordado por el Ministerio del Interior y “que se controlen los teléfonos”. A los familiares no les gusta la idea: “Tienen miedo de perjudicar de esa forma la situación de Cecilia, ya que en esto debería participar la SIDE, que aún no había perdido su tristemente célebre reputación”.

A través del Premio Nobel Adolfo Pérez Esquivel procuran una audiencia con el presidente Alfonsín para que intervenga directamente en el caso. Por consejo del asesor en Derechos Humanos del Presidente, el embajador Horacio Ravenna, se solicita una entrevista con el ministro del Interior, Antonio Tróccoli. Los familiares de Cecilia tuvieron inicialmente la idea de visitar también al ministro de Defensa, Raúl Borrás, pero finalmente se decidió concentrar las acciones en Tróccoli, un astuto miembro de la derecha radical históricamente subordinado a Ricardo Balbín.

La idea de los Viñas tenía fundamento: Sara Solarz de Osatinsky declaró en esos días que Cecilia había sido llevada a la ESM A desde la Escuela de Buzos Tácticos de la Base Naval de Mar del Plata, para dar a luz a un niño. El tema claramente correspondía a la cartera de Defensa. Pero alguien descartó esa vía que llevaba a pedirle explicaciones al jefe de Estado Mayor de la Armada, almirante Ramón Arosa.

Tróccoli arranca mal y termina peor. Adelanta súbitamente la primera reunión, y los familiares no logran asistir. A Pérez Esquivel y a Ravenna les dice que este tema hay que manejarlo con una investigación reservada, “con un

selecto grupo de oficiales de la Policía Federal”. (¿Los que entraron en el departamento de Cecilia y Hugo presentándose como Coordinación Federal o la “mano de obra desocupada” que utilizará él y otros hombres del gobierno en el tristemente célebre Grupo Alem?)

Carlos, el hermano de Cecilia, que acude como hijo de español a la embajada ibérica y viene recorriendo sin suerte todos los juzgados involucrados en el caso, se entrevista con el jefe de Policía, comisario general Antonio di Vietri, y éste le asegura que, aunque haya militares de por medio, ellos actuarán “sin impedimentos”.

Di Vietri designa para la tarea a los jefes del Departamento de Personas Desaparecidas, esos que nunca encuentran a nadie. En particular el comisario Salguero, que descarta de entrada cualquier hipótesis que conduzca a los militares: datos sobre las quintas de la Armada, la Isla del Tigre, el vital testimonio prestado por Sara Solarz de Osatinsky en el Juzgado en lo Criminal de Instrucción N° 4, donde aparece ya la sospecha sobre Vildoza como apropiador del hijo de Cecilia, y cualquier otra aproximación a la verdad. El resumen que he venido citando y que integra la causa VIÑAS DE PENINO, CECILIA S/PRIVACIÓN ILEGÍTIMA DE LA LIBERTAD, a cargo del entonces titular del Juzgado de Instrucción N° 7, Emilio Jorge García Méndez, agrega: “Se le menciona también (al comisario Salguero) como fuente de datos sobre el personal de la ESM A y sus métodos el libro *Recuerdos de la muerte* (sic) y el hábeas corpus del 10/11/83, donde se pide por cinco embarazadas que dieron a luz en la ESM A y tres en la Cacha”.

Debe haber sido una de las primeras derivaciones judiciales de *Recuerdo...*, de la que me entero treinta años más tarde, porque en 1984 seguía desterrado en México, gracias al celo persecutorio del fiscal Romero Victorica y el juez Miguel Pons.

¿Qué idea genial se le ocurre al comisario Salguero? Hay que chequear todos los manicomios del país, es posible que allí se encuentre la joven y su presunto hijito que, de haber nacido, debe tener siete años y una madre loca.

¿Qué se podía esperar del ministro Tróccoli que había metido a un asesino connotado como Raúl Guglielminetti en la propia custodia presidencial?

Pero los familiares no lo saben. Carlos Viñas —con muy buen criterio— solicita que se cite a declarar al “subprefecto Favre” (todos creíamos que se llamaba así). El juez, que actúa de buena fe, pide que declare, y los marinos se hacen los distraídos, hasta que el prefecto Jesús Alberto Quiroga tiene la decencia de contestarle a Su Señoría para decirle que no figura ningún prefecto Héctor Favre, pero sí el prefecto Héctor Antonio Febres.

El 18 de septiembre de 1984, el juez García Méndez, que mueve la causa y hace lugar a las peticiones de Carlos Viñas como querellante, le solicita al jefe del Estado Mayor General de la Armada, vicealmirante Ramón Arosa, que suministre al juzgado el domicilio del capitán de navío Jorge Vildoza.

Arosa, que no ha entendido muy bien esto de la democracia, el Poder Judicial y esas cosas, no contesta, obligando al magistrado a mandarle un nuevo oficio, el 8 de octubre siguiente, donde conmina al jefe de la Armada “a suministrar el domicilio particular del capitán de navío Vildoza”, en el término de cinco días, “bajo apercibimiento de lo que ha lugar por derecho si así no lo hiciera”.

¿Cuándo la asesinaron? ¿Entre qué memo u oficio? ¿Cuándo se acercó a ella el asesino? ¿De qué manera? ¿La enterraron o arrojaron su cuerpo a la Bahía de Samborombón? ¿Selva estuvo ahí? ¿El padrino Pertusio? ¿Godoy? Diez días después, el marino contesta con un breve oficio. Arosa le miente al juez, con notoria insolencia:

Informo que el domicilio del Señor Capitán de Navío D. Jorge Raúl Vildoza es el Comando de Operaciones Navales, con asiento en la Base Naval de Puerto Belgrano, Provincia de Buenos Aires.
Dios guarde a V.S.

Casi falta que agregue: “¿No querés venir a buscarlo?”. Pero García Méndez insiste, y “Gastón” se tiene que presentar ante ese juez de instrucción que está rompiendo las bolas.

El 9 de noviembre de 1984 (atención a la fecha por lo que sigue) se presentó finalmente a declarar Vildoza, constituyendo (esta vez) domicilio en Comodoro Py y Corbeta Uruguay, o sea en el Edificio Libertad, donde funcionaba la Dirección General de Personal Naval y se comandaba y comanda la Marina.

El capitán jura decir la verdad, pero es un terrible desmemoriado y no conoce a nadie. A pesar de que estuvo en la ESM A entre marzo de 1977 y mayo de 1979, sólo recuerda a su jefe, “el señor almirante Chamorro”. Subraya que “no es oficial de Inteligencia” sino “piloto de caza y ataque” y que por esa razón se pasaba la mayor parte del tiempo en la base aeronaval de Punta de Indio. Desconoce el nombre de guerra “Gastón” y sostiene que de niño le decían Carlitos por Carlos Gardel (sic). No recuerda al inexistente prefecto “Héctor Antonio Favre” y nadie le repregunta si le suena Héctor Febres.

No recuerda al oficial médico Luis Magnacco, obstetra de la ESM A. Ha visto en algún diario el nombre Sara Solarz de

Osatinsky, pero obviamente no recuerda haberla torturado. Menos aún se acuerda de Cecilia Viñas.

Algo oyó de Basterra, que ha presentado una querrela en el mismo juzgado, pero sus tareas en Londres, adonde fue destinado en junio de 1979, no le han permitido mantenerse actualizado.

Aclara tener tres hijos. La mayor de 27 años, un varón de 25 (que es buchón del Servicio de Informaciones Navales) y otro varón de siete años de edad, Javier Gonzalo Vildoza, “que nació en la Capital Federal en su domicilio particular, siendo atendida su esposa por el doctor Ricciardi ya mencionado en esta declaración [se refiere al capitán de fragata médico que conducía la ‘sanidad’ en la ESMA]; habiéndolo inscripto personalmente el declarante a quien sólo le requirieron su documento de identidad y certificado de nacimiento del niño. Su esposa tuvo un embarazo normal y aclara que es la segunda vez que es interrogado sobre el tema, anteriormente lo hizo en el Juzgado Federal N° 5, Secretaría 13”.

Está molesto y ofendido con tantas preguntas a un oficial superior que recibe cotidianamente el tratamiento de “señor”. Se niega, por supuesto, a que su hijo de siete años se someta “a cualquier tipo de prueba hematológica o de otro tipo”, por miedo —dice— al “trauma psíquico al ver que su padre lo lleva por influencia de un tercero a someterse a una acción que para un niño de siete años es realmente cruenta, tal es así que nunca le han extraído sangre”.

Vildoza, su mujer y el niño se evaporaron en 1987, año en que empezó la causa ESMA y acabó rápidamente tras el levantamiento de Aldo Rico y la infame votación de la Ley de Obediencia Debida en el Congreso de la Nación.

En 1998, el niño vino solo a la Argentina para someterse al examen de ADN.

En 2013, un año apenas en el tiempo de este relato, mandó una carta a los medios donde contaba con pelos y señales cómo la Armada de la democracia los ayudó a salir del país y vivir en el exterior. La misiva tiene como uno de sus objetivos principales ayudar judicialmente a su “madre de crianza”, Ana María Grimaldos, detenida por la jueza federal María Romilda Servini de Cubría, que la descubrió por un oportuno pinchazo telefónico entre el domicilio donde estaba la apropiadora y American Data, la empresa de casinos que gerencia Jorge Ernesto Vildoza, un tipo pesado, hijo del jefe de la ESMA y hombre, él mismo, de la inteligencia naval.

Lo estoy viendo al Topo, con su sonrisa tristona, sugiriéndome que el hijo apropiado reapareció con esa carta para que Vildoza, convertido eternamente en las cenizas de Roberto Sedano, se esfumara (lleno de billetes) sobre el puente de Blackfriars, como el banquero Roberto Calvi.

XXX

“LA MENTIRA ES LO PEOR QUE NOS HAN HECHO”

Me sentaba a reproducir la carta de Javier Penino Viñas, cuando la vida, plagiando a Rubén Blades, me dio una sorpresa y una lección: apareció el nieto de Estela Carlotto, causando una inmensa alegría a todos los ciudadanos de buena voluntad que habitan este país.

Recordé a Estela visitándonos en el exilio mexicano, junto con Chicha Mariani, que también debería recuperar a su nieta Clara Anahí, a la que lleva treinta y siete años buscando.

Las recibimos con unción, en aquel departamento viejo de la Colonia Anzures, frente al Deportivo Chapultepec, donde escribí *Recuerdo...* Toda mi familia alrededor de ellas, preguntando sin cesar, amándolas. Fue a comienzos de los ochenta.

Hablamos de Sebastián, el hijo de Raquel Negro, de los mellizos... Estela y Chicha contaron con gran sobriedad sus respectivas búsquedas.

Me alegré mucho cuando me enteré que Estela había cumplido el sueño de tener a su nieto en los brazos antes de morir. El Guido que bautizaron en sus corazones, por mandato de Laura, la hija desaparecida, apareció con su nombre de crianza Ignacio Hurban. Por suerte, parece, estuvo en manos de gentes buenas y sencillas del campo bonaerense, y es un muchacho sensible, un músico. En principio ha dicho que quiere anotarse como Ignacio Guido Hurban, para juntar la identidad de la sangre con el cariño hacia el matrimonio que lo adoptó. La justicia investigará, aclarará si puede, definirá situaciones. Por ahora sólo cabe festejar este “oscuro día de justicia” del que hablaba Rodolfo Walsh: la mujer que convirtió su causa individual en causa colectiva acaba de recibir el mejor de los premios y el acontecimiento se convirtió rápidamente en noticia mundial.

Mi alegría fue tan grande que rozó la tristeza, al recordar diferencias, ese muro que se ha levantado entre muchos que participamos durante décadas en la misma lucha y ahora nos rompemos la cabeza contra un límite binario, que decide quiénes son leales y quiénes traidores según tengan o no tengan una K en el orillo.

Me alegra haber acompañado literariamente esa genial idea de las Abuelas que fue la creación del Banco de Datos Genéticos. La primera que nos habló del tema fue Rosa Roinsblit, vicepresidenta de Abuelas, que para nuestro regocijo estuvo unos pocos días residiendo con toda la tribu en nuestra casita mexicana de la calle Tepeji. Fue allá por el año 88, el mismo de mi primer regreso fugaz al país.

Influido por la violenta experiencia del reencuentro y por lo que nos había contado la entrañable Rosa, escribí mi novela *La memoria en donde ardía*, donde la abuela Leonor es una de las protagonistas.

Allí deslicé una pequeña profecía que Rosa me sembró en la cabeza percutida de tanta tragedia y ausencia:

Conmovida hasta el tuétano por esa misteriosa reconciliación de la sangre y la historia, de los genes y la justicia, la Abuela Leonor redobló sus tareas en la Casa de las Abuelas. Su búsqueda no había concluido. Recién comenzaba. Y supo entonces que no era retórica aquello de que la búsqueda continuaría más allá de la muerte porque una muchacha, porque un hombre del año dos mil trataría de remontar los ríos de su sangre en busca de sus únicos y verdaderos padres. Porque un hombre del año dos mil se sometería a pruebas hemogenéticas que serían cotejadas en el Banco de Sangre hasta que los microscopios saltaran alucinados proclamando —sin dudas ni refutaciones— que allí se daba el más novedoso y estremecedor descubrimiento de hematólogos y genetistas: el Índice de Abuelidad.

La sangre de otras Abuelas ya fallecidas estaría allí, preciosamente conservada, más allá de las aguas del olvido, como una memoria ardiente, como el corazón mismo de la memoria.

Aquellas líneas escritas en 1988 ya han sido confirmadas con holgura en el tercer milenio: con Ignacio Guido las Abuelas habían logrado recuperar 114 nietos. Pero, apenas dos semanas después, el 21 de agosto de 2014, apareció la nieta 115: Ana Libertad, hija de Elena de la Cuadra Zubasnar, secuestrada el 23 de febrero de 1977 con un embarazo de cinco meses.

La madre de Elena y abuela de Ana Libertad, Alicia Zubasnar de De la Cuadra (Licha), fue fundadora y primera presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. Murió en 2008, tras sufrir la devastación de su familia: además de Elena, la dictadura militar le arrebató a otro de sus hijos, Roberto José, y a dos yernos: Héctor Baratti (esposo de Elena y

padre de Ana Libertad) y Gustavo Freire.

La familia De la Cuadra, que tenía buena relación con la Iglesia católica, hizo gestiones infructuosas ante el entonces general de los jesuitas Pedro Arrupe y el provincial de la compañía, Jorge Bergoglio, a quien cuestionan duramente por haber declarado su ignorancia respecto del embarazo de Elena de la Cuadra y haber manifestado que recién se enteró de los robos de chicos después de la dictadura.

Se estima que falta recuperar otros cuatrocientos nietos, pero es indudable que las reapariciones se están multiplicando. Es posible y deseable que la repercusión alcanzada por estos últimos casos estimule a muchos jóvenes con dudas sobre su real identidad a realizarse el estudio. Ojalá lleguen a tiempo de abrazarse con Abuelas como Chicha, que llevan 37 años esperando.

Es cierto ese apotegma que Perón tomó de Hegel: “La única verdad es la realidad”. O, en la versión original del filósofo alemán: “La realidad es el todo”. Sólo la política pretende —sin éxito— ignorar este principio, para fragmentar la realidad y venderla en paquetitos etiquetados. Cuando Hebe criticaba mi libro porque sus hijos eran todos santos immaculados y no seres humanos, vulneraba el principio, sin hacerle ningún favor a la causa justa que había emprendido.

Las Abuelas no podían prever que la duración de la lucha generaría situaciones de difícil manejo, porque ese joven o esa mujer del tercer milenio, que se atreve a develar el misterio de su identidad, no es el nieto abstracto, congelado en el momento terrible en que los esbirros se lo arrebatan a la madre todavía empapado en sangre y líquido amniótico, sino un ciudadano cercano a los cuarenta años, que ha transcurrido la mitad de su vida o la vida entera con quienes lo adoptaron de buena fe o con los miserables que se lo apropiaron. Ha tejido afectos que lo llenarán de culpa en el más intenso momento de su existencia: en medio de la epifanía que es el regreso a la sangre. “De sangre en sangre vengo, como el mar de ola en ola”, escribía Miguel Hernández, y nada es más cierto, pero a esa verdad esencial, animal y metafísica a la vez, se le superpone el día a día, las costumbres y, por qué no, los afectos con aquellos a quienes se supone que uno debería odiar.

Es verdad que las Abuelas se han manejado —en general— con gran prudencia, sin pretender rupturas ni alejamientos con las familias de crianza, y es verdad también que su defensa del principio de identidad es sagrado, porque hace al bien común casi como el derecho a la vida. Por eso, como diputado nacional, apoyé la obligatoriedad de la compulsa del ADN, cuando existen razones valederas para hacerlo. (Por cierto, en contra de la opinión liberal de alguno de mis asesores.) Si esa ley hubiera existido en 1984, el hijo de Cecilia Viñas y Hugo Reynaldo Penino habría dejado de estar en manos del genocida Vildoza, para ser criado por sus abuelos. Pero Vildoza pudo negarse a la prueba hemogenética porque la ley no existía y era “cruento para un niño”.

Lo cierto es que las cosas son como son y no como uno quiere que sean. Es verdad que, en su inmensa mayoría, los ciudadanos que pasaron por la ESMA fueron víctimas que supieron mantener su dignidad hasta el final, pero también es cierto que hubo traidores y traidoras que, al salir de caza hermanados con los marinos, perdieron el derecho a ser considerados “víctimas”.

Lo mismo pasa con los nietos recuperados: la inmensa mayoría honra con sus conductas la memoria de sus verdaderos padres, pero también hay otros que chuparon con el biberón algunos mililitros de la ideología fascista de sus apropiadores, aunque proclamen retóricamente lo contrario.

Es, en buena medida, el caso de Juan Cabandié, ex jefe de la bancada del FPV en la Legislatura porteña y actual diputado nacional.

El 12 de octubre de 2013, pocos días antes de las elecciones legislativas, circuló un video en las redes sociales y luego en TN, donde se veía al nieto recuperado número 77 maltratando a una agente de tránsito de Lomas de Zamora. Es indudable que la difusión del video, tomado por un gendarme que estaba junto a la agente de tránsito, fue lo que suele llamarse “una operación”, porque la edición había dejado afuera al gendarme en cuestión, de quien Cabandié sugirió que lo había apretado para coimearlo. Así lo señaló al toque *Página/12* para defender al candidato a diputado nacional del cristinismo. Por cierto, Cabandié cuestiona en la parte no editada ciertos “métodos de la Gendarmería” en general, sin recordar que su compañero Sergio Berni la utiliza para espiar y reprimir obreros.

Pero lo que se vio y se escuchó basta para cuestionar seriamente los fundamentos ideológicos de Cabandié.

Tanto en el video editado como en el que dura diecisiete minutos se escucha el siguiente diálogo entre el legislador y Belén Mosquera, de 22 años, inspectora de tránsito de la Municipalidad de Lomas de Zamora:

Agente de tránsito: —Yo no me hice la guapa, vos me estás faltando el respeto.

Cabandié: —Yo soy más guapo que vos...

Agente de tránsito: —Bueno, ¿me querés firmar la boleta?

Cabandié: —...porque yo me banqué la dictadura...

Agente de tránsito: —Está bien, te felicito...

Cabandié: —Porque yo soy hijo de desaparecidos, porque yo pongo huevo. Porque yo tengo que estar donde tengo que estar bancando a los hijos de puta que quieren arruinar este país.

Agente de tránsito: —¿Querés firmar la boleta o no la querés firmar?

Yo en ningún momento te falté el respeto.

(Cabandié habla con alguien por el celular.)

Cabandié: —Sé preciso con esto. Pasale el dato a Martín (Insaurralde, intendente de Lomas de Zamora y en ese momento candidato a diputado por el FPV como Cabandié) pero no para que la echen, para que le apliquen un correctivo porque es una desubicadita, ¿entendés?

Obviamente la echaron y luego, ante el escándalo, ofrecieron reincorporarla. Belén sacó un provecho colateral, muy argentino, concediendo una sesión de fotos “hot” para la revista *Noticias*, como ya lo había hecho en su momento María Luján Telpuk, la agente de la Policía de Seguridad Aeroportuaria que “descubrió” la valija de Antonini Wilson. En este país la ley es tan democrática que a la primera de cambio se pone en pelotas.

Pero Cabandié también se desnudó. Aunque logró ser elegido diputado recibió las críticas de sus compañeros de boleta electoral, como Daniel Filmus, y un amplio repudio público. Pero lo más grave para él debe ser la carta antológica que le dirigió Matías Reggiardo Tolosa, otro nieto recuperado y también apropiado por un policía torturador.

Juan y los mellizos Matías y Gonzalo Reggiardo Tolosa se conocieron de chicos porque sus falsos padres eran amigos y cómplices en la represión clandestina.

Hay una foto de los ochenta que retrata esa intimidad entre ambas familias, en una escena cumpleaños, los policías Luis Antonio Falco y Samuel Miara levantan en sus brazos a los mellizos y a Cabandié, que en aquel momento se llamaba Mariano Andrés Falco. Apenas una instantánea blanco y negro, entre muchas otras escenas de convivencia, como sus encuentros en el Círculo de la Policía Federal, en Avenida del Libertador, a pocas cuadras de la ESMA, o un veraneo de ambas familias en Villa Gesell.

Pasado y presente siguen entrelazados a pesar de las décadas transcurridas: Falco integraba como agente secreto el Cuerpo de Informaciones, creado por el dictador Onganía en 1963 y que subsiste hoy en día, según lo denunció judicialmente hace pocos meses el diputado bonaerense Marcelo Sain (véase el capítulo XVI). (Denuncia judicial, sobre la que no se han pronunciado ni el secretario Berni ni la ministra de Seguridad, María Cecilia Rodríguez, ni la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.) Miara, por su parte, fue torturador en los centros clandestinos de detención Club Atlético y El Banco, por donde pasaron los padres adolescentes de Juan: Damián Cabandié, de 19 años, y Alicia Alfonsín, de apenas 17. Los verdaderos “camporistas”, los que se jugaron aquella vida que apenas comenzaba y la perdieron.

Miara habría sido, además, el que se llevó a Cabandié de la ESMA para entregárselo a Falco. Éste, por su parte, recibió clandestinamente a los mellizos de manos del comisario José Fioravanti, uno de sus jefes en Inteligencia de la Federal. Los chicos eran hijos de Juan Enrique Reggiardo y María Rosa Tolosa, secuestrados y desaparecidos en el centro clandestino de La Cacha, cerca de La Plata. El subcomisario Miara y su esposa Beatriz Castillo los anotaron con documentos falsos en un registro civil de la Capital. Cuando terminó la dictadura, los Miara huyeron al Paraguay con los mellizos, pero la verdad terminó alcanzándolos en una extraña carambola: en 1989 el ciudadano Abelardo Rosetti, cuya esposa había desaparecido mientras estaba embarazada, denunció que eran sus hijos y exigió que se hiciera la prueba del ADN. Las Abuelas intervinieron correctamente, la prueba se realizó y el resultado fue sorprendente: no eran hijos de Rosetti, pero sí de otros dos desaparecidos: Enrique Reggiardo y María Rosa Tolosa. La justicia argentina solicitó la extradición, y Paraguay la concedió en un año. Miara no tuvo más remedio que reconocer que no eran hijos suyos. A los doce años, los mellizos se asomaban a una verdad que los sacudió y les costó aceptar. A fines de 1993 el juez federal Jorge Ballester ordenó restituirlos a su familia biológica y fueron a vivir con su tío Eduardo Tolosa, que le había iniciado una querrela al policía apropiador y desistió, posiblemente por la presión de los mellizos, que pretendían unir a la familia de sangre con los apropiadores. También acabó rechazando su guarda, que fue confiada por el juez a una familia sustituta que tenía lazos con los Miara.

Personajes como Mariano Grondona y Chiche Gelblung aprovecharon la circunstancia para caer sobre los chicos como buitres (sería la palabra de moda) y, de paso, desprestigiar a las Abuelas, presentando su lucha por la legalidad familiar en contra del robo de niños como una suerte de estalinismo de la identidad que supuestamente pisoteaba los

sentimientos infantiles. El Caso Reggiardo Tolosa se convirtió en escándalo mediático y llamó la atención de su amiguito Juan Cabandié. La intriga aumentó cuando su apropiador, Falco, viajó al Paraguay de Stroessner para solidarizarse con su amigo Miara. Cuando éste fue extraditado en 1989, resultó imposible seguirle diciendo a Juan que todo era una mentira, que no hiciera caso: “Vos no sabés la obra de amor que hizo con estos mellizos, cuando nacieron estaban muy flaquitos”, argumentó el agente secreto de la policía política, hablando del otro padre de crianza, un reconocido violador.

Los Reggiardo Tolosa crecieron, maduraron, terminaron por aceptar la verdad histórica y en febrero de este año 2014 fueron testigos de cargo en el juicio por los crímenes de lesa humanidad cometidos en La Cacha contra sus padres y tantos otros desaparecidos.

Allí estuvieron juntos, como buenos mellizos, aunque Gonzalo es militante de la agrupación kirchnerista Kolina, y Matías es un crítico lúcido del actual gobierno.

La historia de Cabandié, más lineal, más directa, podría haberse encaminado a un destino muy positivo en materia política, porque se pudo alejar de su apropiador Falco varios años antes de hacerse la prueba del ADN y comprobar que ese nombre Juan, que por alguna misteriosa razón sentía como propio, era el que le había asignado su madre Alicia Alfonsín en la pieza de las embarazadas.

Cabandié ha declarado ante la justicia que su apropiador era nazi, lo quería meter en las Fuerzas Armadas y lo maltrataba de manera brutal. Sabiendo que Falco integraba la siniestra estructura de Coordinación Federal (la policía política de todas las dictaduras militares), no cuesta imaginar su desempeño en la vida cotidiana. Como Victoria Donda, Juan rescata —en cambio— a su hermana de crianza, Vanina, que fue muy solidaria con él en el tortuoso camino para la recuperación de la propia sangre.

Por lo que ha trascendido en la prensa, ha tenido encuentros cálidos e intensos con los mellizos en su despacho de la Legislatura. El mismo despacho donde se tejieron alianzas non sanctas con el macrismo, como la ley que facilitó la entrega de tierras fiscales y el histórico Mercado del Plata a los especuladores privados.

Esa y otras incongruencias con la historia de sus verdaderos padres motivaron una durísima carta de Matías Reggiardo Tolosa, que el 14 de octubre de 2013 circuló profusamente por las redes sociales.

Vale la pena recordar algunos de sus párrafos más significativos:

Juan, soy Matías Reggiardo Tolosa, ese chico cuya historia es similar a la tuya, ese cuya historia te hizo repreguntarte tu propia historia. Te escribo esta carta porque siento que vos y yo como Nietos recuperados por Abuelas tenemos una responsabilidad ante la sociedad. La responsabilidad [...] de llevar en alto los valores que pregonaban nuestros padres para el país [...].

Es por eso que he observado con una enorme tristeza tu lamentable conducta frente a un simple control de tránsito en Lomas de Zamora [...] no sos la única persona cuyos padres han sido secuestrados y torturados y luego asesinados, no sos el único que nació en circunstancias inhumanas, no sos el único cuya identidad ha sido robada vilmente, no sos la única víctima de ese crimen de lesa humanidad que deja huellas indelebles e imborrables que se llama apropiación y me afecta en lo personal el hecho de que el común de la gente crea por casualidad que todos nos manejamos de la misma forma por la vida [...].

Cuando le decís a Belén Mosquera “porque soy hijo de desaparecidos”, se lo decís con un tono de superioridad, es decir, en algún rincón de tu mente suponés que vos y yo somos diferentes al resto de los mortales en nuestro país, que somos una raza superior o que nuestra historia nos da derecho a tener impunidad. Lo entiendo, vos sos uno de los que se ha creído el maldito relato, ese relato mentiroso que dice que este gobierno representa la continuidad de los ideales de nuestros viejos y que están poniendo esos ideales en práctica, ese relato maldito que sirve para justificar todo porque somos la reencarnación y la continuidad de la “Juventud Maravillosa”. Ese relato jamás lo creí, siempre vi a este gobierno con el mismo escepticismo que a todos los demás del 83 a la fecha, más allá de los innegables avances en materia de juzgamiento a los delitos de lesa humanidad y de los esfuerzos por encontrar a nuestros hermanos.

Es muy simple, no considero que para honrar la memoria de nuestros Padres haya que salir a defender a Gildo Insfram y chicanear a Félix Díaz (cacique de los Qom en Formosa). No considero que debamos salir en las fotos con el ex ultraderechista de los setenta, socio de las multinacionales mineras y actual gobernador de San Juan, José Luis Gioja. No considero que para honrar la memoria de nuestros viejos sea conveniente sacar a patadas a los Qom de la 9 de Julio [...].

Hay ciertas cosas de tu conducta frente a la agente de tránsito que me asustan, Juan, cuando le decís: “Te hiciste la guapa, pero yo soy más guapo que vos”, sabés bien quienes usaban esta especie de poronguismo permanente, quienes andaban por la vida matoneando a todo el mundo con una soberbia inocultable [...]

todavía recuerdo cuando yo tenía 18 años y empezaba a manejar cómo mi apropiador me enseñaba que yo no era igual a los demás, que era superior por ser “hijo” de él, cómo tenía que reaccionar frente a un control policial [...] “vos tenés que chapear” [...]. Es que increíblemente en plena democracia seguía teniendo mucha gente que lo apoyaba Y MUCHOS CONTACTOS EN LA POLICÍA FEDERAL ARGENTINA [...].

Luego decís: “Estoy adonde tengo que estar”, y ¿sabés qué, Juan? No estoy de acuerdo, no tenés una carrera política propia y generada en base al mérito y el esfuerzo [...] y peor aún temo que hagas lo mismo que hizo Horacio Pietragalla (el nieto recuperado número 75, hijo de uno de los dirigentes más importantes de la JP, Horacio Chacho Pietragalla, asesinado en Córdoba por el Comando Libertadores de América, la Triple A que manejaba el Tercer Cuerpo de Ejército) ...temo que votes a favor de leyes como la LEY ANTITERRORISTA que tanto dolor nos ha generado [...].

Decís: “Estoy adonde tengo que estar”, y con eso querés decir que la dieta de más de 100.000 por mes que te correspondería como diputado nacional te corresponde, está clarísimo, es tu momento de sinceridad brutal, ser parte de esa elite de yuppies llamada pomposamente La Cámpora, que administra fraudulentamente una compañía aérea cuyo gerente no presenta un solo balance hace cuatro años [...].

Me cuesta demasiado, Juan, sacarme fotos con el ultramenemista Alak, que era persona NO GRATA para todos los organismos de derechos humanos de La Plata de los noventa, como si se tratara de un militante de la primera hora de los derechos humanos [...]. No entiendo por qué tenemos que mirar para otro lado cuando designan un jefe del Ejército que participó de operativos de secuestro durante la dictadura y menos entiendo el argumento de que no es responsable por su bajo rango, es exactamente el mismo argumento de mi apropiador. Lo lamento, Juan, no me sale, no lo siento. Me duele mi país, me duele la gente que se muere de hambre en el norte mientras sus gobernadores usan los aviones sanitarios para irse de vacaciones al Caribe [...].

Yo también me banqué la dictadura, Juan, sufrí exactamente lo mismo que vos [...] no puedo ni haciendo un esfuerzo tratar como a un ciudadano de segunda a una agente de tránsito contratada precarizada de 22 años de edad [...] no puedo pedir “correctivos” para alguien sabiendo que su trabajo está en juego [...].

Lo lamento mucho, Juan, sé que te vas a enojar por esto, pero es un mero acto de supervivencia, de autodefensa frente a la violencia moral que ejercés, y acordate muy bien de dónde venimos, no te lo olvides nunca, no olvides que la mentira es lo peor que nos han hecho.

XXXI

LA “PROTECCIÓN” NAVAL (EL CASO VILDOZA II)

La carta de Javier Penino Viñas llegó a distintos tribunales donde se juzga a su apropiador el 13 de julio del año pasado (2013). Aunque presenta omisiones significativas respecto de fechas, plazos y lugares, es altamente reveladora en un aspecto central: el apoyo ilegal y secreto que la Armada de la democracia brindó, dentro y fuera del país, al ex capitán de navío Jorge Raúl Vildoza, alias Gastón.

A Vildoza lo habían dado de baja en 1987, en el marco de la causa ESM A, pero su hijo Jorge Ernesto, personal civil del SIN, le cobraba todos los meses a su madre la pensión que reciben los marinos aunque los hayan dado de baja. Algo que no pasa, por ejemplo, con los obreros de Lear cuando los despiden.

La carta de Javier Penino Viñas es un alegato a favor de su apropiadora, Ana María Grimaldos de Vildoza, procesada precisamente por sustracción, ocultación y retención de aquel bebé nacido en la ESM A que hoy, en su plena adultez, la defiende.

“Soy Javier G. Penino Viñas, hijo biológico de Hugo Penino y de Cecilia Viñas y criado por Jorge Raúl Vildoza y Ana María Grimaldos, con domicilio en la ciudad de Londres, Reino Unido”, dice al comienzo de la carta y continúa con un párrafo que tiende a defender a la mujer del marino: “Yo soy la *presunta* víctima del acto de apropiación de menores que se le imputa a mi padre de crianza Jorge Raúl Vildoza, e *injustamente* a mi madre adoptiva Ana María Grimaldos, quien se encuentra hoy privada de su libertad por hechos que tienen que ser *eventualmente* reprochados al primero (*hoy fallecido*) y al Estado argentino”. (Los destacados son míos, obviamente.)

Después bajo el subtítulo “Historia breve sobre como Jorge Raúl Vildoza logró mantenerse desde que dejó la Argentina hasta su muerte”, cuenta el revés de una trama que no desdeñaría el propio Le Carré:

La Armada Argentina les facilitó a mis padres (y a mí) la salida del país en 1984. Inicialmente nos llevaron a Paraguay (dos agentes operativos de Marina), cruzando la frontera en auto como pasajeros. La documentación utilizada en ese momento era la “original”, o sea portando el apellido Vildoza. Estando en Asunción, Jorge Raúl Vildoza consiguió trabajo como empleado administrador en una empresa electrónica, utilizando un título falsificado (provisto por la Armada) de ingeniero/técnico electrónico (no recuerdo en qué instituto). Durante toda nuestra estadía en Paraguay mi padre de crianza nos mantuvo con su trabajo y *con dinero provisto por la Armada*.

Este tramo del relato parece atterradoramente verídico. Hay, posiblemente, alguna duda respecto del año (1984), durante el cual Vildoza se presentó más de una vez ante los tribunales (véase el capítulo XXVI). Claro que esas presentaciones pudieron ser fugaces, en el día, por así decir, tras lo cual regresaba a su refugio en el Paraguay, adonde era asistido por el arma.

Recuerdo varias oportunidades en las cuales venía un oficial de la Armada (vestido de civil) —continúa Javier— a ver cómo estábamos y a pasarle dinero y otras ayudas (por ejemplo el “título”) que necesitara Jorge Raúl Vildoza para mantenernos. Mi padre de crianza también solía pasar de vez en cuando por la residencia oficial del representante militar de la República Argentina para mantenerse en contacto y supongo que también recibir ayuda. Cabe decir que el estilo de vida que llevábamos era de muy bajo perfil, y vivíamos dignamente pero sin gastar mucho dinero dada nuestra precaria situación (aunque debo reconocer que siempre se esmeraron en ponerme en las mejores escuelas que les quedaban al alcance económico, al sacrificio de muchas otras comodidades). Si bien manteníamos contacto con mis hermanos de crianza, Jorge Ernesto Vildoza (el buchón del SIN) y Mónica Ana Vildoza, era más bien de forma telefónica (siempre llamándolos desde una central telefónica como se usaba para ahorrar en llamadas de larga distancia). [Y para eludir pinchaduras, añadiría yo.]

Sin precisar fechas, Javier prosigue su confesión plagada de omisiones, que no sólo busca proteger a la Grimaldos sino también a sus “hermanos de crianza”. Uno de los cuales, Jorge Esteban, es un pájaro de cuentas, bien peligroso.

En el momento en que mi padre de crianza, con ayuda y comunicación de efectivos de la Armada Argentina y dentro de Paraguay, se enteró de que la situación se iba poniendo más difícil y que probablemente sus pasos fueron seguidos a Asunción, consiguió que la Armada le otorgara documentación provisoria (unas simples cédulas de identidad con un apellido ficticio). Tomando esas identidades bajamos nuestro perfil más todavía, mudándonos a una granja mientras mi padre de crianza evaluaba qué alternativas podíamos tener. Tras largas negociaciones y discusiones con representantes de la Armada (telefónicas y en persona) consiguió pactar que como última ayuda *le darían un “set completo” de documentación falsa*. Esto incluía partidas de nacimiento para los tres, partida de casamiento, pasaportes que parecían ser completamente oficiales, DNI/cédulas de identidad y hasta registro de conducir y calificaciones de ingeniero/técnico electrónico. El apellido, como ha mencionado ya mi *madre adoptiva* Ana María Grimaldos, era el de “Sedano”. Así mi padre de crianza pasó a ser conocido como Roberto Sedano. Es importante mencionar lo siguiente [subraya Javier] que en ninguna de estas discusiones o trámites estuvieron involucrados mis hermanos adoptivos. [...] Ni abogados, todo fue organizado por mi padre de crianza utilizando sus contactos con agentes activos dentro de la Armada y servicios de inteligencia y otras ramas del Estado argentino.

Aquí conviene detenerse un momento: ¿a qué ramas se refiere? ¿A la SIDE? Recién en noviembre de 2013, el Ministerio de Defensa del gobierno “nacional y popular” se despertó de un larguísimo letargo y produjo un documento de circulación restringida titulado “Grupo de Contención - Información relevada en el Archivo General de la Armada”, donde en quince carillas tamaño oficio admite una infamia: hasta marzo de 2008 (o sea durante todo el gobierno de Néstor Carlos Kirchner), existió en la Marina de Guerra argentina un Grupo de Contención que “ofrecía apoyo legal a los imputados por delitos de lesa humanidad de la Armada” (sic).

Revela el informe oficial: “El Grupo de Contención dependía de la Subsecretaría de Relaciones Institucionales a cargo de Daniel Francisco Hindryckx (que integró la ESMA en 1978). En los legajos de quienes están sospechados de integrar el Grupo, se califica como muy delicadas y de alto grado de reserva a las tareas desempeñadas en la Subsecretaría de Relaciones Institucionales y, anteriormente, en las asesorías jurídicas que cumplían la misma función, bajo la dependencia sucesiva del EMGA (Estado Mayor General de la Armada), el SIN (Servicio de Inteligencia de la Armada) y la SGNA (Secretaría General Naval).

“La existencia del Grupo de Contención tomó estado público a partir de la declaración del suboficial Carlos Marandino, en el juicio por la Masacre de Trelew. Allí Marandino declaró que dos oficiales de la Marina, Juan Martín Poggi y Ángel Vázquez, lo citaron en el edificio Libertad para ponerlo al tanto de su situación procesal”.

Cabe recordar que Marandino fue uno de los condenados a cadena perpetua por su participación en la masacre. El capitán de navío Juan Martín Poggi, que fue jefe de asuntos legales y especiales de la Secretaría General Naval, declaró que “entre sus funciones estaba reunirse con los marinos involucrados ‘en delitos de derechos humanos’”.

Prosigue el documento oficial: “El Ministerio de Defensa decide el pase de Poggi a retiro efectivo en febrero de 2008 (se desempeñaba como retirado en servicio).” El otro marino, mencionado por el suboficial Marandino, el capitán de corbeta Ángel Vázquez, fue “pasado a disponibilidad”.

Habrà que volver sobre estos personajes y su jefe, el almirante Jorge Godoy, cuando hablemos de espionaje en vasta escala. De momento, sólo una apostilla, que sería graciosa si no fuera indignante, sobre el consejo que daba la Asesoría Jurídica de la Armada para contestar la nota de algún juez que se pusiera “molesto”: aplicarle el “principio de descortesía”. Un ejemplo que cita el documento de Defensa: “Cuando les soliciten información sobre ‘oficiales que figuran con mala grafía’ se contesta ‘no revistan’ para no darles mayores explicaciones (principio de descortesía)”. Sigamos con Javier:

Recuerdo muy bien el trámite final de la documentación para adoptar el apellido Sedano. Cuando fuimos a la ciudad Presidente Stroessner (ahora Ciudad del Este), en la frontera con Iguazú y en un hotel fronterizo nos reunimos con *personal operativo* de la Armada (que ya nos había venido a visitar en Asunción). Recuerdo que tomando muchos cuidados (supuestamente estábamos ahí para conocer las Cataratas), fuimos a su habitación uno por uno para hacernos hacer las huellas digitales sobre el pasaporte. El señor tenía un equipo completo de tintas, etcétera, para lograr un documento completamente “oficial”. También nos entrenó sobre nuestras nuevas identidades, fechas de cumpleaños, nombres de abuelos, etcétera.

Todo esto violando las leyes de la democracia y financiado con el dinero de los contribuyentes, incluso de aquellos que habían sido víctimas de genocidas como el papá de crianza. Prosigue Javier:

Teniendo en mano nuestras nuevas identidades, mi padre de crianza tomó otra decisión difícil y riesgosa (¿?) de irnos (ya sin el apoyo oficial) de Sudamérica hacia Europa. Utilizando sus contactos laborales en Paraguay y anteriormente en Londres, Jorge Raúl Vildoza consiguió una especie de oferta temporaria de trabajo para una compañía europea. [Recuerde el lector que en 1981, en el 242 de Vauxhall Bridge Road, compraba repuestos para las fragatas y armamento de altísimo costo.] Inicialmente le ofrecieron ir a Viena, donde le dieron un puesto de administración más bien de bajo nivel, casi como un favor, el cual aceptó como única oportunidad disponible en ese momento para mantenernos.

Aquí comienza despuntar el objetivo central de la carta: desligar a Gastón del famoso botín de guerra: de los bienes de los desaparecidos y su mutación lúdica. Por eso dice a continuación que lo pasaron mal en Viena, “ya que al no tener más apoyo financiero de la Armada, y al haber liquidado casi todos los bienes que tenía mi padre de crianza antes de irnos de Sudamérica, nuestra existencia allí (en Europa) dependía de un pequeño ahorro”. Sin embargo, prosigue su defensa el hijo robado a Cecilia Viñas:

La capacidad, educación, habilidad de mi padre de crianza, le permitió ganar la confianza de los empresarios cerca de la cúpula de la empresa [¿cuál, Penino?] y le ofrecieron la oportunidad de ir a uno de los dos mercados emergentes donde se estaban tratando de establecer operaciones: Sri Lanka o Sudáfrica. Después de evaluar entre todos [¿quiénes, Penino?] y él visitar inicialmente el país, decidió que iríamos a Sudáfrica.

Cuentos chinos: ya en 1979 había vínculos estrechos del GT 33/2 con Sudáfrica. Allí fue enviado como agregado naval el propio vicealmirante Rubén Jacinto Chamorro, que llevó a su familia “legal” y a su amante de la ESM A, la ex prisionera Marta Bazán (Coca). Por allí pasaría también el sucesor de Vildoza, Horacio Estrada, un caballero del mar ávido de negociar pasaportes falsos y armas en mal estado, que acabaría con un agujero en la sien equivocada. Y el hombre que se infiltró en las Madres y asesinó por la espalda a la adolescente Dagmar Hagelin, el guerrero de las Georgias, Alfredo Astiz, también trabajó en la embajada argentina en Pretoria. Antes de Mandela había estrechos vínculos de los servicios argentinos con el BOSS (Bureau of State Security) sudafricano y todavía unos años después del régimen racista los genocidas criollos siguieron beneficiados por la ausencia de un tratado de extradición entre los dos países.

O sea que Vildoza estaba entre los suyos.

A esta altura surgen preguntas inevitables: ¿esta carta la escribió Javier o el propio Vildoza?, ¿la escribió Javier con una pistola en la cabeza como sugiere su tío carnal Carlos Viñas?, ¿o la escribió Javier sin ninguna presión, simplemente por agradecimiento a sus “padres de crianza”?, ¿si es un débil o un perverso colonizado por sus apropiadores, cuál fue la verdadera razón por la que se sometió a la prueba del ADN que le restituiría su identidad?, ¿fue una maniobra de la inteligencia naval para dejar definitiva y totalmente muerto a Jorge Raúl Vildoza, alias Roberto Sedano? Veamos lo que escribió Javier al respecto.

Viviendo en Sudáfrica surgió —no explica bien porqué— el tema de la adopción.

(Inicialmente, mi madre adoptiva, Ana María Grimaldos) y después a través de mis preguntas y curiosidad, fui sacando de Jorge Raúl Vildoza y por Internet más detalles, culminando en la posibilidad de que mi adopción podía ser apropiación realmente y que había gente buscándome que posiblemente eran mis familiares. Aunque era un tema muy sensible, empezamos a hablar sobre cómo llegar a la verdad completa sin entrar en una situación de que me pudieran forzar a mudarme a la Argentina o algo similar, algo que le preocupaba mucho a mi padre de crianza, Jorge Raúl Vildoza.

Entre desmentidas y escamoteos, la carta se acerca a un punto estratégico: el papel jugado a favor y en contra de la *familia* Vildoza por el abogado Oscar Beccaluva. Este oscuro personaje misionero era amigo, asesor y pariente de Ramón Puerta, empresario yerbatero y feudal, fugaz presidente de la República en la crisis de 2001 y actual diputado del peronismo opositor.

Según el ex asesor de Puerta, Javier se hizo la prueba de ADN por su consejo profesional como abogado, y él mismo lo acompañó en su regreso al país. Después se pelearía con los “viles vil-doza”, como él mismo lo graficó y empezó un nuevo capítulo de esta novela negra.

Beccaluva falleció a solas y súbitamente en su despacho de Posadas (Misiones) el 18 de abril de 2013. Según la

autopsia, lo fulminó un aneurisma de aorta. Otras fuentes sospechan que su abrupta desaparición podría relacionarse con sus reiteradas y minuciosas denuncias ante la prensa y los tribunales. En 2006 prestó declaración ante la justicia federal de la propia Ushuaia, asegurando que el prófugo Vildoza tenía casinos en Tierra del Fuego y entraba y salía de la provincia cuando quería, con documentos falsos a nombre de Roberto Sedano o Roberto Marianucchi, protegido por abogados de mucho peso en el foro local. Y que él lo sabía, claro, porque había trabajado para el represor. Cinco años más tarde, como suele suceder en estos casos, el embate de Abuelas, que le dio publicidad a la gravísima denuncia, frenó la prescripción de la incómoda causa en manos del juez federal de Ushuaia, Antonio Aciar. En octubre de 2012, Beccaluva le concedió una extensa nota a la periodista Alejandra Dandan de *Página/12*, en la que aportó datos muy precisos. Escribió Dandan:

La clave hay que buscarla en una conversación que tuvo con el marino, de hora y media o dos horas, en un bar de Tierra del Fuego, donde le dijo que el casino (de los Vildoza) *empezó con el dinero del robo de bienes de los desaparecidos de la ESMA*.

Y agregó, citando al misionero:

Todo eso me lo dijo el viejo Vildoza en esa reunión: me dijo que parte de las cosas que se fueron apropiando, que las administraba Massera y su staff, le tocaron a él, y con eso empezó con los casinos. Otros se dedicaron a otras actividades, ganaderas, agropecuarias; a él le tocó ésta.

La conversación tuvo lugar en 2002, durante el interinato presidencial de Eduardo Duhalde. Gobernaba Tierra del Fuego el justicialista Carlos Manfredotti. Vildoza, que estaba prófugo de la justicia, se tomaba un cafecito con Beccaluva en el bar de un *shopping* en Ushuaia, y su hijo (el agente del SIN) manejaba el casino local y se peleaba con el abogado para no pagarle sus honorarios.

—Pagame, pagame —reclamó el asesor de Puerta que algo tenía que ver con la concesión del casino.

—Rata de mierda. Te voy a *hacer desaparecer* —fue la respuesta en plena democracia del “hermano de crianza” de Javier Penino Viñas.

También Javier, en su carta, le sacude al abogado. Tal vez porque éste se jacta de que fue a Sudáfrica y se reunió con Vildoza, con la Grimaldos y con Javier y convenció a la familia de que el muchacho debía viajar a Buenos Aires, hacerse el ADN y recuperar su identidad para que las cosas no se pusieran peor, y la jueza Servini de Cubría tuviera la peregrina idea de pedir su captura internacional u operase el tratado de extradición, que para entonces ya se había establecido entre los dos países.

“Que quede bien claro —dice Javier— que el doctor Beccaluva conocía plenamente quién era Roberto Sedano, y a que su amigo, testigo de casamiento y padrino de su hija —Jorge Ernesto Vildoza— era abiertamente el hijo de Roberto Sedano y mi hermano.”

El dato central de la carta:

Mi padre adoptivo *falleció en Sudáfrica* el 27 de mayo de 2005, apenas veinte días después de mi casamiento. En ese momento, yo ya vivía en Londres desde hacía unos años, pero logré viajar a su funeral en Johannesburgo, donde fue cremado bajo el nombre Roberto Sedano.

Si fuera un dato falso, sería terrible: el encubrimiento de un genocida por parte de su propia víctima. Ana María Grimaldos, la apropiadora, que fue capturada cuando se aprestaba a viajar a Londres para “conocer al segundo hijo de Javier”, no logró presentar ningún documento valedero ante el juzgado de la doctora Servini de Cubría: apenas un certificado de defunción de una funeraria privada y un crematorio también privado. En cambio, la jueza tiene en su despacho una foto de Vildoza, con el pelo blanco y una barba candado, vestido de negro, portando una corbata rosada y una flor en el ojal, riendo muy saludable, durante la boda de su “hijo de crianza”. A su lado, también vestido de acuerdo con las circunstancias, el apropiado Penino sonríe feliz. Esto ocurrió —según se desprende de la carta de Javier— apenas veinte días antes de que Vildoza muriese con un pasaporte a nombre de Roberto Sedano y fuera convenientemente quemado. Una forma barata y simple de alcanzar, en una sola jugada, la inmortalidad y la impunidad.

A diferencia de la carta de Javier Penino, que busca desinformar a favor de quienes lo robaron y asesinaron a sus padres, las declaraciones del abogado Oscar Beccaluva, que no era precisamente un santo, confirman un dato esencial: el dinero de los desaparecidos se lavó en el juego. Y no solo en el caso de Vildoza, sino en el de otros delinquentes vinculados con la ESMA. Si lo sabría el misionero, que era abogado de los Casinos “flotantes” del Plata y los de La Rioja y San Luis.

La *washing machine* de los Vildoza en el fin del mundo fue la empresa American Data, propietaria del casino Oshowia de Ushuaia y Casablanca de Río Grande, hasta el año 2012, en que la UIF de Sbatella se despertó de su siesta letárgica y logró congelarle los fondos de una manera bastante curiosa: usando la Ley Antiterrorista, en este caso, por tratarse de una empresa destinada a beneficiar y encubrir a un terrorista de Estado.

En rigor era bastante escandaloso que el Estado nacional pusiera carteles ofreciendo una recompensa de 100 mil pesos a quien aportara datos para atrapar al ex jefe del Grupo de Tareas 33/2 y no hiciera nada respecto de American Data, cuyo presidente es Jorge Ernesto Vildoza, hijo del genocida y ex agente del SIN, su vicepresidente es Fernando Giromini, ex piloto del Ejército entre 1978 y 1983 y marido de Mónica Vildoza, la hija del genocida. Una pyme familiar vinculada con esa verdadera corporación mafiosa creada por Massera y gerenciada por el Tigre Acosta, Ruger Radice y Sèrpico Cavallo, entre otros marinos, con la complicidad indispensable de numerosos civiles que —en términos generales— no han sido molestados por la justicia.

Solamente en el caso de American Data, Beccaluva citó a cuatro personajes clave en los negocios sucios del Clan Vildoza: Luis Alberto Campi, un curioso asesor jurídico que, en el viaje de Javier para hacerse el ADN, estaba en capacidad de proporcionar (o fabricar) documentos falsos; el también abogado (y candidato bochado a conjuer en Tierra del Fuego) Demetrio Martinelli, señalado por el propio Almirante Cero como “nuestro hombre en el Sur”; su colega Jorge Kresser Pereyra y el cerebro financiero Oscar Sempé. Campi y Martinelli frecuentaban el piso 12 de Cerrito 1136.

El juez federal fueguino Aciar no los ha molestado, pero a partir del escándalo provocado por Beccaluva los investiga la UIF, tanto por encubrimiento como por lavado de dinero.

Entre los cómplices civiles de la ODESSA naval que todavía siguen impunes por sus conexiones con la clase política y, más específicamente, con el PJ, destaca nítidamente el “Colorado” Miguel Ángel Egea, también ligado al negocio del juego, desde el origen mismo del Casino Flotante. Recién en agosto de 2013 comenzó a ser investigado por la Fiscalía Federal N° 3 en la causa ESMA, que se tramita en el Juzgado Federal N° 12.

Aunque el prontuario criminal del Colorado Egea es verdaderamente impresionante, esto no ha impedido su vinculación estrecha con altos funcionarios en el gobierno bonaerense de Daniel Scioli.

En marzo de 2003 publiqué su currículum vitae en *Página/12*, con motivo de un allanamiento que se había llevado a cabo en el Casino flotante Estrella de la Fortuna.

Vale la pena recordar algunos datos de su *cursum honoris*. Egea estudió en los sesenta en La Plata, donde se vinculó con el grupo fascista CNU de fuertes nexos con el SIN. En aquella época se hizo amigo de Pedro Raúl Telleldín, padre de Carlos Telleldín, procesado por el atentado en la AMIA. Curiosamente, Telleldín padre también fue acusado de poner una bomba en la AMIA platense en 1971.

En Córdoba, el Colorado participó en el golpe de José López Rega contra el gobernador constitucional Ricardo Obregón Cano y se vinculó con la División Inteligencia D-2 de la policía cordobesa durante la intervención del brigadier Raúl Lacabanne, asesino de Marcos Osatinsky, entre otros militantes de izquierda. Fue “camarada” del torturador de La Perla, el mayor Héctor Pedro Vergez, alias Vargas, jefe operativo de la Triple A mediterránea, el Comando Libertadores de América. Su nexo político y personal del momento: el dirigente justicialista Julio César “Chiche” Aráoz, que ha desmentido con amenazas judiciales a quienes lo acusan de haber traficado con bienes de personas desaparecidas. En particular, los prisioneros del campo de concentración de La Perla.

En aquella época, Egea se inició también en el negocio de la venta de armas. Se lo acusa de haberse apropiado de la financiera Condecor, cuyo dueño —Vieyra Alonso— debió huir del país, y Makentor, “cuyo propietario de apellido Kesner” también tuvo que exiliarse, como lo relató el ya fallecido capitán José Luis D’Andrea Mohr.

Su frondosa carrera como financista le supuso algunos contratiempos judiciales que superó sin mayor dificultad: una prisión preventiva por estafa y varias causas abiertas en el mismo rubro, algunas por cheques sin fondos y dos quiebras. Lo más significativo en ese rubro: en 1992 el juez Martín Irurzun le dictó la preventiva en relación con el astillero Astilsud, causa en la que también estuvo procesado el Tigre Acosta. Los salvó —qué casualidad— el juez federal Norberto Oyarbide, que declaró extinguida la acción penal por “prescripción”. También estuvo procesado por el vaciamiento de las financieras cordobesas Primavera, San Lorenzo y Fortaleza.

En el nacimiento del menemismo, el Colorado estuvo estrechamente ligado con Alberto Kohan y allí se lo veía en el “menemóvil”, junto con Radice, del que fue socio en Martiel S.A., otra pantalla de la ODESSA naval, creada para

lavar dinero del llamado botín de guerra.

Sus fuertes contactos en el PJ le sirvieron para el pluriempleo. Es el caso de Luis Ruso Basile, que fue presidente de Lotería Nacional y Casinos y lo colocó un tiempo en el Casino de Mar del Plata, o de su viejo amigo Chiche Aróz, que lo llevó como “asesor” cuando fue designado secretario de Energía en el gobierno de Menem; por medio de la célebre imprenta Boldt formó parte del negocio del Casino de Tigre y, lo más grave, Egea fue el nexo entre la empresa española Cirsa, accionista mayoritaria del Casino flotante en 2003, y Long Regent S.A., otra “creación” del diseñador de empresas Radice, administrada por su hermana Norma cuando Ruger fue preso.

Según Federico Gómez, hijo del abogado desaparecido Conrado Gómez, Long Regent y Martiel se armaron en gran medida con los bienes robados por los masseristas a su padre, que entre viviendas, sociedades y hasta caballos de carrera sumaban entre ocho y once millones de dólares.

Cirsa, por su parte, era investigada en España por lavado de dinero. Confirmaría holgadamente su mala fama en la Argentina, y el Colorado aparecería una y otra vez vinculado con las maniobras de los nuevos conquistadores hispanos para burlar al fisco argentino.

Pero nada de esto pertenece al pasado sino al presente y —Scioli mediante— al futuro. El 8 de marzo de 2008, Luis Alberto “Chiche” Peluso, interventor en Lotería y Casinos de la Provincia de Buenos Aires y hombre muy cercano al gobernador, fue denunciado por integrar una sociedad de hecho que les prestaba dinero a los jugadores “fuertes” en el Casino Flotante de Buenos Aires, en una mesa de dinero que tenía entre sus objetivos ilícitos la evasión fiscal. Las mesas de dinero en los casinos estaban estrictamente prohibidas por un decreto de Lotería Nacional.

La “sociedad de hecho”, “banda” podría decirse más apropiadamente, estaba integrada —entre otras personalidades— por el señor interventor de Lotería y Casinos, Luis Alberto “Chiche” Peluso, y el eterno factótum en las sombras: Miguel Ángel “Colorado” Egea. Su negocio era redondo: el casino les otorgaba el 12,5% de las pérdidas sufridas por los jugadores fuertes que ellos aportaban.

Chiche negó la acusación pero admitió que tenía vínculos con el Casino Flotante, porque su empresa Linser le hacía la “limpieza”. Tarea ardua, sin duda, en un lugar tan sucio. Uno de los denunciantes, Rubén José Curdi, lo desmintió con un dato alucinante: el funcionario provincial había prestado 14 millones de dólares en seis meses.

La denuncia —publicada por *Perfil*— armó un escándalo mayúsculo, pero Peluso siguió en su puesto apuntalado por Scioli. En julio de 2009, Chiche sumó una nueva causa cuando su esposa, Carmen Adelardi, fue acusada de representar apostadores multimillonarios en Las Vegas. Entonces, en el Juzgado Criminal N° 43 se radicó una denuncia contra el propio gobernador bonaerense por haber nombrado a Peluso en Lotería y mantenerlo. El interventor-prestamista tuvo que renunciar.

Como suele suceder, Peluso fue sobreseído por el simple paso del tiempo, pero la prescripción fue revocada por la Cámara de Casación Penal, que ordenó proseguir la investigación contra el ex funcionario de Scioli.

Un lazo negro amarra las historias de Vildoza, Egea y los barcos flotantes, uniendo pasado y presente en un resultado de país: el juego, utilizado para desaparecer los bienes de los desaparecidos, lava el dinero de la corrupción y se ha convertido —lejos— en el negocio más próspero de la Argentina “nacional y popular”.

Aquella burguesía nacional que fue creciendo en el primer peronismo al calor de la sustitución de importaciones, pero logró forjar una industria liviana, ha sido sustituida en la etapa K del peronismo por los barones del juego.

Testaferros o dueños auténticos de sus casinos, qué más da. Impulsan la decadencia productiva de la Argentina, fomentan la ludopatía, practican el lavado de dinero, aglutinan en su derredor todos los vicios de una sociedad enferma y vaciada de impulso productivo, complementan el saqueo del extractivismo petrolero en el que también están metidos los barones, refuerzan la imagen de país bananero que los militares construyeron a partir de la represión clandestina de los mejores cuadros del país y que una clase política mediocre y generalmente corrupta explota en su beneficio. San Martín y Bernardo de Monteagudo, que liberaron el Perú y lo gobernaron de manera muy fugaz, prohibieron el juego al que consideraban intrínsecamente perverso e inmoral. Hoy, cuando hay seudofilósofos coordinando un inexistente pensamiento nacional, el juego reina.

Hay varios “padrinos”, pero sobresale el Zar Cristóbal López, a quien Néstor Kirchner le prorrogó hasta 2032 la concesión en el Hipódromo de Palermo de las 2.300 tragamonedas que tenía entonces. Ahora ya suman 4.000 y totalizan en el país 15.758 maquinitas de la mala suerte.

Recuerdo *El Padrino II* y las escenas documentales de la Revolución Cubana: la muchedumbre enfurecida de 1959, entrando en los casinos y arrojando contra el pavimento las máquinas tragamonedas, que eran uno de los símbolos máximos de su esclavitud.

Trata, casinos, espías, tragamonedas, coimeros, represores reciclados, jueces venales. Qué hubiera dado Massera por regentear este burdel. Chico, esto parece La Habana antes de que llegara el Barbudo.

XXXII

GODOY: EL ANTECESOR DE MILANI

“No solo Stiusso, todos son de la CIA”, dijo sin palabras el Topo. Y la masacre de Trelew, que se ha investigado judicialmente con un retraso de cuarenta años, le da plenamente la razón. Pese al hermetismo de los asesinos, la causa contra los represores de la Base Aeronaval Almirante Zar desnuda estratégicas (y permanentes) conexiones entre el Criptoestado argentino y los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Ayer y hoy. A pesar de algunos desplantes “antiimperialistas”.

Es una interesante coincidencia que en 2006, durante el gobierno de Néstor Kirchner, se haya descubierto que en la Base funcionaba un aparato de inteligencia destinado al espionaje de dirigentes políticos, sociales y religiosos. Algunos de los espías —como se verá a continuación— fueron juzgados y condenados seis años más tarde, a penas tan leves como un año y medio en suspenso o asistir a cursos sobre derechos humanos. Hubo otros que lograron zafar. Aún no se ha concretado el juicio oral al procesado almirante Jorge Godoy, que conducía la Armada en aquel momento y siguió al comando durante cinco años más. Nombrado personalmente por Kirchner, el jefe de la Marina de Guerra permaneció al timón, navegando sobre las olas que levantó el escándalo de Trelew, y allí continuó durante todo el primer período de Cristina, sorteando escollos judiciales hasta que no tuvo más remedio que pasar a retiro en diciembre de 2011, jaqueado por el celo del fiscal Federico Delgado. También espera turno para el juicio oral el segundo de Godoy, el vicealmirante Benito Rótolo, que ya se había retirado en enero del mismo año.

¿Por qué esta extrema permisividad de la pareja presidencial ante una flagrante violación de la Ley de Inteligencia? ¿Por qué Kirchner, que no vaciló en purgar a unos cuantos jefes militares y de seguridad, fue tan benévolo con Godoy? ¿Sólo porque hizo una ligera autocrítica que parecía un remedo tardío y leve de la que formulara en su momento el general Martín Balza? ¿Sólo porque se mostró más chupamedias que otros? No se entiende la actitud hacia Godoy y hacia el arma que comandaba, que ha sido siempre cualquier cosa menos “nacional y popular”. Pro británica hasta el extremo ridículo de que sus marineros lleven luto por el almirante Nelson, pro británica y pro norteamericana hasta el extremo de usar espoletas de ambas procedencias en las bombas arrojadas sobre Plaza de Mayo en 1955, decidida y orgánicamente subordinada a Washington durante el imperio de la doctrina de seguridad nacional.

¿Para qué sirve la SIDE si no informó al Presidente de la Nación acerca del destino estratégico ocupado por Godoy en los años del terrorismo de Estado?

Trelew, ese nombre galés sumergido durante décadas en la estepa patagónica, partió en dos nuestra historia militante. “Ya van a ver, ya van a ver, cuando vengamos a los muertos de Trelew”, fue el grito más repetido en las movilizaciones juveniles del Luche y Vuelve allá en 1972. Una respuesta masiva y viril a la mayor amenaza de terrorismo de Estado que produjo la penúltima dictadura militar. La que presidió el teniente general Alejandro Agustín Lanusse.

El 22 de agosto de 1972, en la Base Aeronaval Almirante Zar, fueron fusilados sin juicio y a quemarropa diecinueve guerrilleros de FAR, ERP y Montoneros. Tres quedaron malheridos pero se salvaron milagrosamente y relataron la masacre a su compañero, el poeta Francisco Urondo, en una celda de Villa Devoto, horas antes de ser liberados por el gobierno popular de Héctor Cámpora. Eran Ricardo René Haidar, María Antonia Berger y Alberto Camps, que más tarde caerían para siempre en la siguiente (y hasta ahora) última dictadura.

El libro *Trelew. La Patria fusilada*, que contenía los testimonios, se convirtió en prueba contundente contra la sevicia de los marinos, que anticipó lo que sería el genocidio del autodenominado Proceso.

Los tres sobrevivientes formaban parte del grupo de más de cien presos que había logrado fugarse del penal de Rawson. Debían huir en un avión a Chile, pero llegaron tarde al aeropuerto. Eran tan generosos que se alegraron porque sus seis jefes máximos pudieron alcanzar el avión y sus otros compañeros habían salvado sus vidas al regresar al penal.

Sin alternativas, los diecinueve guerrilleros ocuparon el aeropuerto con los rehenes imprescindibles, liberando a la inmensa mayoría de los civiles que se encontraban en las instalaciones. Fueron de inmediato cercados por tropas de la Infantería de Marina, al mando del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa, con quien negociaron entregarse bajo ciertas condiciones: presencia de un juez, un médico y periodistas; la promesa de ser regresados al penal de donde se habían fugado y no ser llevados a la Base Aeronaval Almirante Zar. Sosa dio su “palabra de honor” de que todas esas

condiciones se cumplirían, y los rebeldes soltaron las armas.

Pronto supieron lo que valía la “palabra de honor” del capitán Sosa, cuando el ómnibus que los transportaba se dirigió hacia la Base Almirante Zar.

Estaban a merced de sus asesinos en medio de esa estepa desolada. Jorge Quiroga, un juez del “Camarón” (la Cámara Penal creada por la dictadura especialmente para juzgar casos de “subversión”), los interrogó en compañía de policías de la División de Investigaciones Políticas Antidemocráticas. No llegaron a pasarles la picana eléctrica, pero los sometieron de entrada a una atmósfera de terror y continuas provocaciones, que irían *in crescendo* hasta llegar a la tragedia.

En los malos tratos y las amenazas se destacaron el teniente de navío Roberto Guillermo Bravo y el propio capitán Sosa, que le martilló la pistola en la cabeza al Turco Haidar para que apoyara la barbilla contra el pecho.

En la noche del 21 al 22 de agosto los hicieron salir de sus celdas al pasillo. Y, de sorpresa, mientras estaban formados frente a frente en dos hileras, comenzaron las ráfagas de ametralladora, que no eran cortas sino largas (“al menos de dos armas”), y derribaron a la mayoría. Después vinieron los tiros de gracia, calabozo por calabozo. Estar herido, tirado en tu celda y ver al tipo que viene a rematarte... Se equivocaron y dejaron a tres malheridos pero vivos. María Antonia Berger, con su tiro de gracia junto a la barbilla, se hizo la muerta.

Mientras aparecían otros personajes en la escena, que simulaban asombro por el “tiroteo”, Sosa y Bravo dejaron que los heridos se desangrasen y murieran. Bravo entraba cada tanto en la celda donde había caído María Antonia a maldecir:

—Pero ¡no se muere nunca esta hija de puta!

En total murieron dieciséis prisioneros desarmados. La versión oficial, grotesca, cínica, era que habían intentado escaparse manoteando la ametralladora de un centinela. Era obvio que la fuga resultaba totalmente imposible en aquella estepa helada; si no lo habían intentado en el aeropuerto cuando estaban armados, menos podían hacerlo después, sin armas y en el corazón de una base inexpugnable.

Pese al terror, pese a la censura hermética que estableció la dictadura (cambiando incluso un artículo del Código Penal), algunos abogados se jugaron la vida, algunos periodistas, algunos médicos viajaron a Trelew y los tres sobrevivientes fueron filmados en sus camas, heridos pero conscientes, para que no pudieran rematarlos.

La noche siguiente a la masacre, los periodistas que militábamos en algunas agrupaciones del gremio nos reunimos en el Sindicato de Farmacia para analizar cómo rompíamos el cerco informativo.

Recuerdo que a la salida de la reunión caminaba junto a Rodolfo Walsh, que horas después debía viajar a Roma para difundir la verdadera historia de la masacre a través de la agencia Interpress. De repente se volvió hacia mí, cargado de bronca y desazón:

—La Marina. Tenía que ser la Marina. Siempre la Marina.

Sabía por qué lo decía: su hermano mayor, el capitán de navío Carlos Walsh, era piloto naval y había bombardeado la refinería de La Plata cuando derrocaron a Perón. De jóvenes se querían. Después, cuando Rodolfo pasó a la clandestinidad, el capitán renegó de su propio hermano. Y la Marina, siempre la Marina, acribilló al propio Rodolfo. Desde el 22 de agosto de 1972 hasta que fue detenido en febrero de 2008, el paradero del capitán Luis Emilio Sosa fue un secreto absoluto. La Marina, siempre la Marina, lo cubrió aún más herméticamente que a Vildoza. Lo único que trascendió fue que el dictador Lanusse había firmado un decreto, antes de abandonar el gobierno, para que el asesino recalase en la agregaduría naval en Washington. Tenía un importante sobresueldo y la vida le sonreía allá en el 1816 de Corcoran St. en Washington DC. Walsh había dicho una verdad de a puño al escribir sobre la otra masacre, la de los basurales: “El régimen no castiga a sus verdugos, los premia”. Sosa tenía nexos previos con la contrainsurgencia norteamericana: lo habían formado en Fort Gulick (Panamá), para matar.

Sosa fue detenido recién el 15 de febrero de 2008. Lo encontró en una inmobiliaria de la Recoleta un grupo especial de la policía de Chubut, y el personaje feroz que había asesinado a dieciséis prisioneros se entregó como un cordero. El juez chubutense Hugo Sastre, que ordenó su captura, sostenía —correctamente— que la masacre de Trelew era un crimen de lesa humanidad, que había precedido en cuatro años al imperio del terrorismo de Estado.

El 14 de octubre de 2012, el Tribunal Oral Federal de Comodoro Rivadavia condenó a prisión perpetua a Sosa, al capitán Emilio del Real y al suboficial Carlos Marandino, pero absolvió al ex jefe de la Base Almirante Zar, Rubén Paccagnini, y a Jorge Bautista, el marino que condujo la investigación interna de la masacre. Hubo protestas y apelaciones, porque los dos absueltos son —claramente— sospechosos de encubrimiento.

Además de los acusados que ya habían fallecido (como el cabo Marchand), faltaba juzgar y condenar al asesino que

competía en crueldad y cobardía con el capitán Sosa: el teniente de navío Roberto Guillermo Bravo, que casualmente vivía en Miami desde 1973, donde era proveedor de equipos médicos para los departamentos de Defensa y Seguridad. El gobierno argentino solicitó su extradición, pero en este caso, a diferencia de lo ocurrido con López Rega y Suárez Mason, hasta el presente no tuvo suerte. En febrero de 2010, Bravo fue detenido fugazmente y liberado mediante el pago de una fianza. En noviembre de ese mismo año, la Corte Federal del Distrito Sur de La Florida denegó categóricamente extraditarlo a la Argentina, por considerar que era perseguido por razones políticas. El juez Robert Dube basó su fallo en las declaraciones de dos testigos de extrema derecha, Jon Perdue, de la Fundación de Estudios Americanos, y el argentino Alfredo Solari, profesor de derecho constitucional en la UBA y también abogado defensor de tres torturadores de la ESMA: Ricardo Miguel Cavallo (Sérpico), Juan Carlos Rolón (Niño) y Raúl Scheller (Pingüino). El 18 de marzo de 2014, la Cámara Federal de Casación Penal produjo un fallo verdaderamente justo: confirmó las condenas a prisión perpetua de Sosa y compañía y revocó las absoluciones de Paccagnini y Bautista, ordenando que el Tribunal Oral Federal de Comodoro Rivadavia dictara un nuevo pronunciamiento sobre ellos.

Cuarenta años después de la masacre, la Base Aeronaval Almirante Zar de Trelew regresó a la primera plana por las peores razones. No por una matanza, afortunadamente, pero sí por la condena a trece oficiales de la Armada acusados de espiar a militantes políticos y sociales, violando groseramente la Ley de Inteligencia y la de Defensa. Las penas son leves, en suspenso. Los condenados apenas deben cumplir con cincuenta horas de cursos sobre derechos humanos y, de yapa, hay una absolución por la que protesta el CELS, el organismo que ha promovido la causa.

El castigo es insignificante en relación con la gravedad de la acusación y el nivel de los acusados. Un año y medio (en suspenso) para los ex comandantes de Operaciones Navales, vicealmirante Eduardo Luis Avilés, y de Inteligencia Naval, contralmirante Pablo Carlos Rossi. Por debajo de ellos, diez marinos espías condenados a un año y un último al que solo le tocan seis meses por su desempeño en la Guerra de las Malvinas.

En paralelo, el juez federal Daniel Rafecas procesa a Godoy y Rótolo, enviándolos a un juicio oral que parecía inminente al escribir estas líneas.

El proceso a los espías navales se inició en marzo de 2006 por la denuncia de un arrepentido, el cabo Carlos Alegre, que le relató pormenorizadamente al CELS las actividades ilegales de inteligencia política, social y religiosa que llevaban a cabo en “la Casita”, cueva ubicada en la tétrica Base Almirante Zar. La recolección de datos, los seguimientos de personas, la infiltración en diversos actos eran procedimientos normados por el propio jefe de Estado Mayor de la Armada, vicealmirante Godoy, y habían sido pergeñados por el director de Inteligencia naval, contralmirante Pablo Rossi.

Los denunciantes tuvieron la suerte de toparse con un magistrado decente, discreto y de buenos reflejos, el juez federal de Rawson, Hugo Sastre, quien ordenó con gran celeridad el allanamiento de la Base. Los documentos hallados dentro y fuera de las computadoras fueron concluyentes: no sólo los activistas locales o quienes intervenían en el juicio por la masacre de Trelew estaban en la mira; a estos inquietos integrantes del Criptoestado les interesaba conocer todo de todos, incluidos la vida íntima de la ministra de Defensa, Nilda Garré, los negocios privados del gobernador de Chubut, Mario Das Neves, con quien el jefe Godoy debía discutir un tema de tierras, y hasta las escasas lágrimas que tomaba por día el presidente Kirchner, porque el café le irritaba el intestino.

Al avanzar el proceso se comprobó que este núcleo perverso —que según Godoy sólo citaba tonterías que salían en los medios— elevaba sus informes al mismísimo comandante de Operaciones Navales, con domicilio en la estratégica Base de Puerto Belgrano. Y éste, a su vez, debía informar a sus jefes, Rótolo y Godoy.

En el mundillo de los servicios se aseguraba que el escándalo había sido promovido por un eje compuesto por el entonces jefe de Inteligencia del Ejército, general Gerardo Santos del Corazón de Jesús Milani, la ministra Garré, que se apoyaba en los conocimientos técnicos del general, y el periodista Horacio Verbitsky, presidente del CELS y asesor en el *shadow cabinet* de la funcionaria. Algún *servimedio* de la red arriesgó que Milani le proporcionó a Garré un asesor de lujo para realizar el peritaje del material secuestrado, nada menos que el general de brigada Eduardo Demaría, a cargo de la Jefatura de Inteligencia del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Lo que llevaría a concluir —en caso de ser cierto— que hubo mar de fondo entre los navales y los “fósforos” (como los marinos llaman a sus detestados colegas del Ejército).

Lo cierto es que el almirante Godoy pasó algunos malos momentos que él mismo le relató al juez Rafecas en aquella imperdible indagatoria, que fue tomada en noviembre de 2011 y le costó el cargo.

Según el todavía jefe de la Armada, el viernes 17 de marzo de 2006 se enteró de que estaban allanando una oficina en la Base de Trelew. De inmediato se comunicó con Garré, que le preguntó por qué razón estaban allanando. “Le dije que yo no sabía por qué se estaba allanando esa oficina.” A las ocho de la noche lo llamó la ministra para decirle que se presentara en su despacho.

Una vez allí, la ministra me muestra una serie de documentación que tenía sobre su escritorio. Estaba acompañada por varios funcionarios más [...]. También estaba el director de Inteligencia Estratégica Militar [...]. En ese acto, la ministra me muestra algunos de los papeles, que eran fotocopias de los papeles que habían secuestrado en Trelew y justamente algunos de ellos los leí. Había algunas biografías y antecedentes de ex funcionarios del Ministerio de Defensa y varia documentación más. Entonces le dije a la ministra que yo iba a investigar esta situación, que realmente me sorprendía, y acto seguido, a las ocho y media de la noche, junto con todos los funcionarios que estaban ahí, vinimos al Edificio Libertad. Esto es, el viernes a las nueve y media de la noche nos dirigimos a la Dirección de Inteligencia Naval.

Viernes a la noche, no encontraron a nadie. Entonces Godoy ordenó precintar las entradas a la Dirección de Inteligencia y, entre el sábado y el domingo, ordenó el cierre “de todas las oficinas de Inteligencia del país”. ¿Para qué tanta Inteligencia? ¿Temían un Pearl Harbor?

Godoy se lava las manos: “Ordené investigar. Resultados de esa investigación se sancionó y se corrigieron cosas (no aclara qué cosas) dentro del sistema de Inteligencia de la Armada y se colaboró y se colabora con la justicia”.

No muy seguro de esta afirmación, el juez federal Ariel Lijo se presentó ese lunes con la Policía Federal para practicar un allanamiento en las oficinas de Inteligencia. “Si mal no recuerdo estuvo dos días el doctor Lijo recorriendo todas las oficinas, y en este momento no recuerdo qué material secuestró en las oficinas, si es que secuestró algún tipo de material”.

Y aquí viene la principal línea de defensa que asumirá permanentemente el almirante: “Ninguna de las cosas que yo vi en la documentación secuestrada es de utilidad para que yo conduzca la Armada”. El tema no es si se trataba o no de informes de inteligencia, si se los mandaban a él o los producían porque él o alguno de los jefes lo había ordenado, sino qué relevancia intrínseca tenían para él. Para la ley, seguimientos, hackeos, intromisión en la privacidad o la ideología de los ciudadanos constituyen un delito. Tenga o no tenga relevancia la información colectada de manera ilícita.

Godoy dice que, de todas maneras, él se enteraba de lo mismo leyendo los diarios. Si es verdad, ¿por qué no cerró las múltiples oficinas de Inteligencia de la Armada, por qué no sancionó a los que le mandaban estupideces sacadas de los diarios?

Por qué recibió sin chistar “antecedentes que hablaban de la doctora Garré, a la cual yo la conocía, tenía trato diario, o Mario Das Neves, con quien yo he charlado varias veces para hacer un convenio de traspaso de tierras [...]. Es verdad que yo tuve conversaciones con Das Neves por el traspaso de tierras”.

Pero, donde asoman las orejas del lobo es en una mención de la Ley de Inteligencia Nacional del año 2001, que no alude a la prohibición de hacer inteligencia política o social sobre los ciudadanos, sino que habla de “las nuevas amenazas” o “las amenazas asimétricas”. ¿Amenazas para quién? ¿Temidas por quién? Godoy navega a dos aguas sobre estos conceptos de procedencia estadounidense, que vienen a reemplazar la desgastada doctrina de seguridad nacional: “Es importante destacar —declara en la indagatoria— que hoy el mundo está muy preocupado por este tipo de amenazas, las llaman ‘nuevas amenazas’, ‘amenazas asimétricas’. Y se apresura a una aclaración necesaria para tranquilizar al juez Rafecas: “Pero la mención de estas amenazas de ninguna manera orientan a cometer hechos vedados por la ley”. Claro.

Admite que la inteligencia naval se modificó a partir del escándalo de Trelew, que motivó la resolución 381 de la ministra de Defensa, en la cual se determina que no se puede hacer más “contrainteligencia” que en el ámbito estrictamente militar, pero trata de sacarse el lazo de encima con el clásico recurso de tirarle la responsabilidad a los de abajo: “Yo no sé si está del todo claro por qué hay información que no llega al jefe y al subjefe, y eso no quiere decir que esos actos estén por fuera de la ley”.

A esa altura de la declaración, el juez ordena que le exhiban la carpeta identificada como “Legajo A” —caja número 4 — también llamada “Carpetas 3 y 4” —caja número 15— y le pregunta si el 14 de marzo de 2006 reclamó a las secciones de Inteligencia que mantuvieran actualizada a la conducción del arma “sobre eventos de todo tipo referidos al aniversario del 24 de marzo de 1976”. Dijo: “Yo quiero ser muy enfático en esto, yo no he dado ninguna orden, ni por escrito ni de cualquier otra forma, para saber de la conmemoración del 24 de marzo de 1976”.

Igual de enfático se mostró a la hora de negar que hubiera ordenado un seguimiento del proceso por la masacre de Trelew. Más matizado, en cambio, cuando Su Señoría le preguntó si “como jefe de la Armada no tenía interés en tener información acerca de la evolución de los procesos judiciales que involucraban a miembros de la Marina”. Dijo:

No es que no tenga interés. Tengo compañeros que están sometidos a proceso judicial, por ejemplo, Juan Carlos Rolón, Carlos Daviu. Nos conocemos desde el año 65, que fue cuando empezamos la carrera naval. Es una tragedia lo que vivimos en la Argentina en la década del 70. Más allá de las cuestiones de la naturaleza afectiva, esto es lo que nos pasó a los argentinos. Ninguno de nosotros en su momento pensó que iba a pasar lo que pasó. Nosotros ingresamos a la Armada para defender a nuestro país desde el mar. Niego rotundamente haber utilizado el aparato de inteligencia para tomar conocimiento de lo que estaba ocurriendo en la justicia.

Muy bonito y emotivo, sólo que Rolón y Daviu son dos caracterizados represores. La mención tiene un costado oportunista porque, pocos días antes, Rolón había resultado inexplicablemente absuelto en la causa ESMA. Mucho antes de escribir *Recuerdo de la muerte* me harté de repartir en el extranjero las biografías represivas del Trueno Antonio Pernías y el Niño Rolón, dos genocidas del Grupo de Tareas 3-3/2. Rolón, casualmente, estuvo encargado de infiltrarse entre la prensa que cubrió el Mundial 78 para detectar posibles enviados de Montoneros. Pero su responsabilidad mayor fue la actividad en la Pecera, el quiebre y la captación de cuadros desaparecidos para sumarlos al proyecto de Massera.

En extrema síntesis, la declaración indagatoria del almirante Godoy es un canto al cinismo que podría traducirse de esta manera: “Sí, lo hicimos, es cierto, pero lo hicieron todos”. Y, seguramente, lo siguen haciendo.

En julio de este año, el juez Rafecas puso fin a la instrucción con un extenso escrito donde ratifica que Godoy y Rótolo no hicieron nada para impedir lo que se trató de “una práctica generalizada en toda la fuerza”, “de carácter ilegal”. Y aún más, “habían requerido inteligencia ilegal y la habían recibido”.

Citando a la Sala II de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional, el escrito resolutorio revela que “la Dirección de Inteligencia de la Armada tributaba información a requerimiento de la Dirección Nacional de Inteligencia Estratégica Militar del Ministerio de Defensa”. Dato grave.

“A fojas 537, el doctor Federico Delgado, titular de la Fiscalía Nacional en lo Criminal y Correccional N° 6, formuló el correspondiente requerimiento de instrucción en este remanente de la causa que fuera elevada a juicio oral”.

Para decirlo en lenguaje llano: el fiscal Delgado quiere saber si la información ilegal de inteligencia, que recolectaba la Armada, la compartía con el Ministerio de Defensa, lo cual —en caso de comprobarse— desataría un escándalo político de proporciones.

De todos modos, la resolución de Rafecas informa que en Defensa no encontraron información ilegal producida por la Armada, entre otras cosas porque la quemaron. Sí, leyó bien: el reglamento ordena que los documentos se guarden durante un año y después se quemen. Como los documentos de la Armada eran de 2006, fueron quemados. Así funcionan las cosas en este país, igual que en tiempos de la Corona española, en una época en la que miles y miles de hojas de papel pueden ser almacenadas de manera electrónica. Y qué buena resulta esa reglamentación para proteger el espionaje del Criptoestado.

Más allá de reglamentos y formalismos, más allá de la finalidad de esta causa, conviene recalcar una pregunta ignorada por la gran prensa y solamente levantada por las víctimas del terrorismo naval, como Enrique “Cachito” Fukman, sobreviviente de la ESMA, compañero y amigo del Sueco Lordkipanidse: ¿es ajeno al cautiverio y tormento de Cecilia Viñas el autocrítico almirante Godoy?

El ex jefe de la Armada estuvo destinado en la Base de Mar del Plata adonde fue llevada Cecilia después de parir en la ESMA el hijo que tuvo con Hugo Penino y del que se apropió el capitán Vildoza. Allí funcionaba un Centro Clandestino que llamaban El Pozo. Según lo que confesaban los propios marinos a los prisioneros de la ESMA, todos los miembros de la Armada debían participar de torturas y vuelos de la muerte, para asegurar la “omertá” naval de la que ya dimos terribles ejemplos.

Sobrevivientes de la ESMA le llevaron esta inquietud a Néstor Kirchner en 2004. El Presidente los escuchó con suma atención y no hizo absolutamente nada para investigar el paso del marplatense Godoy por su ciudad natal. Él y Cristina se conformaron con la obsecuencia del marino, como ahora la Presidenta observa encantada al represor Milani en sus andanzas con Bonafini por las villas miseria.

XXXIII

HISTORIA DEL SUECO (TERCERA PARTE)

LA DISNEYLANDIA DEL TERROR

En septiembre de 1983, el Sueco y Liliana decidieron poner fin a la vigilancia del Hermano Mayor y lograron salir del país con sus hijos María Victoria y Rodolfo, bajo la protección del ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados). Al principio, Lordkipanidse pensó que los dejarían en Brasil, pero era solamente una primera etapa y terminaron en Suecia. En el 87, Carlos hizo un corto viaje exploratorio a la Argentina. En el 89 se divorció de Liliana y tardó unos cuantos años en formar otra pareja, esta vez en Buenos Aires, adonde regresó definitivamente en 1994. En su periplo europeo conoció centros de la memoria levantados en lo que fueran temibles campos de concentración como Auschwitz y Auschwitz-Birkenau, y esas visitas le servirían mucho a la hora de argumentar contra la “resignificación de la ESMA”.

En diciembre de 1998 se dio un gusto merecido: entró con Cachito Fukman en el bar Start de Congreso y se topó cara a cara con el Pingüino Scheller, que despedía el año con otros siniestros. El marino, vestido con una camisa a cuadros, se encontraba justo frente a la puerta. El Sueco sintió un ramalazo helado en la columna, que se convirtió en fuego.

—¿Mariano? —preguntó suavemente al hombre que se proclamaba dueño de su vida y su muerte.

—Sí —contestó desprevenido el genocida, admitiendo de hecho que lo llamaran por su nombre de guerra.

Carlos se disparó a los gritos, secundado por Cachito:

—Vos sos Mariano, Pingüino, el capitán Scheller, ¡el maldito hijo de puta que me torturó!

Aunque estaban en clara ventaja, el marino y sus contertulios callaron. De algunas mesas empezaron a llegar gritos de apoyo a los dos hombres que interpelaban al verdugo.

—¡Asesino! ¡Salí de acá, hijo de puta!

Scheller sólo atinó a decirles:

—Bueno, ya está, ya se dieron el gusto, ahora les pido que se vayan porque ponen en riesgo mi laburo.

Hubo otro diluvio de puteadas. Cuando Carlos me comentó el incidente, formuló una de esas curiosas reflexiones que lo singularizan.

—En el momento estaba muy contento. Nos abrazamos con Cachito, por haberlo humillado en público. Pero después analicé bien su mirada vacía y me dije: “Éste ni sabe quién soy yo”. Sentí que para ellos éramos y habíamos sido como esas fotos que giran en la pileta de revelado. Rostros en blanco y negro, anónimos.

En marzo de 2004, cuando Kirchner le traspasó al alcalde Aníbal Ibarra lo que ahora Macri le ha devuelto a Cristina: el predio de la ESMA, para convertirlo en espacio de la memoria, Carlos se entusiasmó y no dudó en visitar al Presidente con otros militantes de los derechos humanos. “Estaba Pérez Esquivel, estaba Graciela Daleo, Adriana Calvo...”.

Tuvo en aquel momento inaugural, cargado de genuinas esperanzas, una de esas ingenuidades que le habían valido terribles palizas en la ESMA. Sin anestesia, para romper el hielo, le soltó esta frase:

—Presidente: tenemos que ir a tomar la Escuela de Mecánica. Tenemos que ocuparla.

Para su sorpresa, Kirchner no lo contradujo.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Y... los sobrevivientes, respondió el Sueco sin hesitar.

Cuando salieron, Adriana Calvo, que “no se había comido todo el chupetín”, se mostró escéptica.

—Bah, te dijo que sí, pero quién sabe...

La realidad —como sucede tan a menudo— le daría la razón a los desconfiados. Pero en aquel momento, después de tantos años de luchar en soledad, mientras los genocidas envejecían cuidando su jardín, la actitud del Presidente los entusiasmó. “Por fin alguien viene y hace algo por nosotros. Algo muy shockeante, en lo que yo participé”, rememora Lordkipanidse, aunque acota: “Hasta que, bueno, me duró poco el engaño”.

El desengaño, en cambio, dura hasta ahora y cuesta remontarlo. Uno se queda “solo, en bolas, dando una batalla contra Dios y María Santísima”.

—Los organismos que seguimos siendo independientes hemos sufrido muchas idas de compañeros, y algunos que todavía siguen tienen dentro de sí mismos quiebres importantes de opinión. ¿No?

En 2007, las diecisiete hectáreas y los treinta y cuatro edificios que componían el complejo Escuela de Mecánica dejaron de pertenecer a la Armada, con una singular excepción que sigue hasta nuestros días y levanta justificadas sospechas: el campo de deportes “Cabo Primero Ernesto del Monte” sigue en poder de los marinos.

La ESMA quedó en manos de una comisión bipartita del gobierno nacional y el municipal, con participación activa de los organismos nucleados en el IEM (Instituto Espacio de la Memoria). Frente a la salvajada de Carlos Saúl Menem, que pretendía trasladar la Escuela a Puerto Belgrano y demoler los treinta y cuatro edificios existentes, para crear un inmenso espacio verde coronado por un Monumento a la Reconciliación, era un paso de siete leguas. Pero — como lo sintieron el Sueco y sus compañeros— no era una graciosa merced presidencial, sino el fruto de un reclamo permanente y una larga lucha de los organismos de derechos humanos y algunas individualidades extraordinarias, que suplantaron a los partidos políticos en el momento de hacerle frente a la prepotencia militar que pretendía el olvido. Las puertas del siniestro Casino de Oficiales, que llevaban al corazón de las tinieblas, fueron abiertas progresivamente al público, en visitas que contaron con quince guías que describían el Sótano, Capucha, Capuchita y demás rincones del terror, con base en un guión elaborado sobre el testimonio de sobrevivientes de la ESMA, como el Sueco o Víctor Bastera. En la crónica de Marta Dillon, publicada por *Página/12* el 1º de octubre de 2007, se deslizan algunas premoniciones que hoy, en pleno debate por la liquidación del IEM, cobran gran interés: “Pero además, desde ayer, y progresivamente desde el 3 de octubre, este sitio de memoria desnudo —*sin recreaciones que podrían asestar golpes bajos, sin más que sus paredes húmedas* y los carteles que a través de testimonios de sobrevivientes recrean lo que allí sucedió— estará abierto al público para ofrecer la oportunidad de ver, de sentir, de reflexionar sobre lo que nunca más se puede permitir”. Y otro apunte de rigurosa actualidad, demostrativo de la brutal marcha atrás que ha dado el gobierno de los Kirchner: “Ese guión (para las visitas) se elaboró fundamentalmente con testimonios de los sobrevivientes y a partir del avance de las causas judiciales que ponen un coto para posibles modificaciones en el predio de la ESMA. Por su valor de prueba en las causas contra los represores, reabiertas luego de la anulación definitiva de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, sobre la ESMA rige una orden de no innovar que *obliga a mantener ciertas instalaciones tal como están*. Y así es como se las ve”.

Pero las cosas no marcharían por la vía idílica de la recreación de la memoria: las luchas políticas, que dividirían falsamente a la sociedad en partidarios y antagonistas de los K, se sumarían en la ESMA a las históricas diferencias ideológicas (y de poder) entre los organismos y se daría una pelea por los espacios políticos y físicos que se agrava día a día en vez de atenuarse. Porque ahora se percibe con total claridad lo que ha hecho el gobierno y la oscura maniobra que intenta desplegar: la estatización de los derechos humanos en beneficio de una facción y la “reconciliación” con las fuerzas armadas y de seguridad, imprescindibles para frenar y reprimir —como siempre— a la base del movimiento obrero.

Eso es lo que se esconde detrás del concepto “resignificación de la ESMA”, levantado por Hebe, por HIJOS (menos los de La Plata), por La Cámpora, la Kolina, los Unidos y Organizados y todos los pícaros que vienen mamando con fervor de la teta presupuestaria.

En la lucha contra los que pretenden resignificar la Escuela, para convertirla en lo que Víctor Bastera llama “la Disneylandia del terror” estuvo y está el Sueco Lordkipanidse, el mismo que propuso con su habitual candor la toma de la Bastilla.

Selva, Gonzalito, Maco, el Puma, el Tigre y todas las fieras cultivaban la misma expresión, que Lordkipanidse conserva intacta en la llaga de su memoria: “Hoy vamos a hacer un asadito”.

Cuando un desaparecido moría estando “chupado”, llegaba muerto a la ESMA o se moría al llegar, como ocurrió — por ejemplo— con Rodolfo Walsh y con el Monra (Marcelo Daniel Kurlat), no esperaban los vuelos de los miércoles: los cremaban (presumiblemente, en el campo de juegos).

Lordkipanidse precisa:

Colocaban los cuerpos sobre una parrilla a la que debajo le metían ramas y gomas de autos para mayor combustión. Cuentan los vecinos que el olor a carne y goma quemada se sentía a varias cuadras de distancia. A esta atrocidad la llamaban estos hijos de mala madre, en la jerga interna, los asados.

Y se reían con la tétrica metáfora que emparentaba la desaparición física de los prisioneros asesinados con la expresión más característica de la gastronomía criolla. A su manera “resignificaban” su propio crimen, recubriéndolo de macabro cinismo.

Cuando Astiz subía al reino de Rolón, esa Pecera donde los prisioneros clasificaban recortes o revisaban el archivo de *Noticias* (secuestrado por la patota en la casa de Walsh), el Cuervo charlaba socialmente con los condenados a muerte de sus experiencias en París, de los móviles de Calder, de las discotecas donde bailaba con adolescentes. Resignificaba las tardes de los que iban a morir.

Cuando el Tigre Acosta llamaba “agentes” o “colaboradores” de la Marina a los prisioneros que Massera ordenó liberar, resignificaba.

La resignificación no es un hallazgo del nieto recuperado Horacio Pietragalla, que se enorgullece —inexplicablemente— de comerse un choripán allí donde su padre fue torturado.

La resignificación es un concepto que la feligresía de la Rosada le tomó prestado a la Marina de Guerra. Justamente la ESMA es eso: el prefecto Febres diciéndole a Liliana que se ponga linda porque la va invitar a cenar, o el jefe del SIN, D’Imperio, invitándolos a ella y a Carlos a la fiesta de su cumpleaños en el Dorado, el salón de los encuentros protocolares, pero al mismo tiempo de las reuniones de la patota para planear a quien o a quienes había que “chupar” cada día.

Como dice Lordkipanidse: nadie va a la Chacarita a resignificar nada ni a convertirla en “un lugar de vida” porque no es un espacio de vida sino de muerte. Se me ocurren muchos lugares donde celebrar la vida de Paquito Urondo, que me decía sonriente con su cabezota de vasco: “Ven, bestia, vamos a comernos un pulpito en El Pulpito”. Lo único que no se me ocurre es ir a celebrar a ese prodigio de vida, que fue el compañero poeta, en la calle de Mendoza, donde lo hirieron, se tomó la pastilla de cianuro y uno de los sicarios que lo perseguía le aplastó la cabeza de un culatazo. Ahí no tengo nada que “resignificar”.

El Sueco y los sobrevivientes pegaron un salto: ¿un asado en la ESMA? ¿Cómo era posible? ¿Quiénes lo habían organizado?

Pronto lo supieron y sacaron un comunicado condenando esa bestialidad:

Repudiamos llenos de indignación e indescriptible dolor, el asado/brindis para despedir el año que el ministro de Justicia Julio Alak realizara el 27 de diciembre de 2012 a las 12 horas en el Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio ex ESMA.

Los comunicados comenzaron a caer en cascada sobre el ministro Alak y el secretario de Derechos Humanos, Martín Fresneda, un abogado hijo de desaparecidos que venía de militar en HIJOS-Córdoba. A los Detenidos Desaparecidos se sumaron pronto Hermanos de Desaparecidos, HIJOS-La Plata, algunas madres de la Línea Fundadora, la CTA disidente que conduce Pablo Micheli, varios partidos de izquierda como el MST, el PTS y el Partido Obrero y personalidades con un rico pasado de lucha, como Patricia Walsh, la hija de Rodolfo.

Además del repudio al asado en sí, el comunicado de ATE-Justicia reveló que los empleados del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos fueron coaccionados para asistir. “Primero hubo una invitación del doctor Alak al brindis pero después nos reenviaron un apartado, desde el sistema de información judicial, que informaba que la presencia era de carácter obligatorio”, declaró a los medios Isabela Vieyra de Abreu, delegada general de ATE-Justicia y mostró un e-mail enviado a todos los empleados en el que se decía textualmente: “De acuerdo a lo informado por la Dirección, la concurrencia a esta actividad es de carácter obligatorio”. “Los jefes —recordó— recorrían los pasillos (del Ministerio) diciendo que había que ir sí o sí.” Y después, lo de siempre en los actos del PJ: pusieron los micros, donde viajaron dos mil empleados acarreados, tiraron los chorizos y los Paty a la parrilla y realizaron el brindis de fin de año. ¿Dónde? En el edificio rebautizado Casa de la Militancia-HIJOS.

Alak presentó el Plan Estratégico del Ministerio (la excusa del acto), acompañado por Fresneda, el secretario de Justicia, Julián Álvarez, un neocamporista del círculo íntimo de la Presidenta, y otros funcionarios, como Carlos Pisoni de HIJOS que le agradeció obsecuentemente al ministro su decisión de presentar el plan en el predio de la ESMA:

Acciones como ésta permiten *resignificar* este espacio que durante el terrorismo de Estado funcionó como centro clandestino de detención, tortura y exterminio. Un lugar que después de años de horror, tortura y muerte, Néstor Kirchner entregó al pueblo argentino *para llenarlo de vida*.

Los detenidos-desaparecidos, con Lordkipanidse a la cabeza, tuvieron la excelente idea de realizar un acto de protesta en la propia puerta del Ministerio de Justicia, que reunió a todas las organizaciones y personalidades agraviadas por el asado en la ESMA. Allí, Patricia Walsh recordó, entre otras cosas, que Alak había defendido los indultos de Menem y criticó duramente la idea de hacer un asado en semejante lugar. Su propio padre podía haber sido cremado en el campo de deportes.

Las organizaciones pidieron la renuncia de Alak.

Como contrapartida, el Ministerio de Justicia movió sus alfiles. No me llamó la atención que Hebe de Bonafini (ya definitivamente devaluada tras el escándalo de “Sueños Compartidos”) recordara que ella daba clases de cocina o plantaba repollos en su huerta de la ESMA, pero sí me pareció lamentable la defensa cerrada que hizo Estela de Carlotto: “Pedir la renuncia de Alak por un brindis es absurdo”.

La propia Presidenta salió en defensa de su ministro en su poblada cuenta Twitter: “En la ex ESMA se han hecho y se seguirán haciendo asados”. Y agregó: “Es la vida que por fin alcanza un lugar donde reinaron la muerte, el dolor y también las miserias humanas”. ¿A qué miserias se refería la Presidenta? ¿A quién o quiénes estaba dirigido ese mensaje oblicuo sin aclaración?

Alak sacó un comunicado oficial y, en declaraciones periodísticas, nos acusó a Victoria Donda y a mí de actuar así por desesperación electoral y para hacerle el juego a los “medios hegemónicos”. Donda no tenía problemas electorales, y yo ya había anunciado mi retiro de la política partidaria un año antes. Le contesté sin eufemismos, como lo merece por haber profanado con choripanes, acarreados y politiquería el lugar que en todo el mundo simboliza el terrorismo de Estado en la Argentina. Nuestro Dachau, nuestro Belsen, nuestro Auschwitz. Pero qué puede esperarse de un sujeto que, en 1976, cuando se producía el golpe más sangriento de la historia argentina, debutaba como periodista en el diario *El Día*, que era “hegemónico” en La Plata y muy parecido a los medios “gorilas” que hoy critica.

Típico representante del PJ bonaerense, el ex intendente es un tipo sin columna vertebral que actúa según la caricatura de Groucho Marx: “Estos son mis principios... si no le gustan puedo cambiarlos”. Como la gran mayoría de los funcionarios kirchneristas de cierta edad, estuvo con todos: Menem, Duhalde, Ruckauf, Néstor, Cristina. En sus primeros tiempos anduvo cerca del inefable Herminio Iglesias (el del cajón).

El jueves 21 de junio de 2001 criticó duramente la figura de asociación ilícita que el juez federal Jorge Urso le impuso a Carlos Menem en la causa por la venta de armas. “Hay que rebelarse contra una detención injusta”, dijo el entonces intendente de La Plata al diario *El Día*, aludiendo a la prisión domiciliar que sufría el ex presidente en una quinta de Don Torcuato. Aunque —precavido— se apresuró a comentar que esa defensa del antiguo jefe no iba en desmedro de su lealtad al nuevo jefe Duhalde.

El ministro de Justicia no desentona con otros funcionarios en este gobierno: tiene varias causas abiertas por corrupción.

Pero hay algo mucho más grave, que lo descalifica para pisar siquiera la tierra de la ESMA: en abril de 1998, el intendente Alak designó al ex mayor del Ejército, Gustavo Vitón —represor en la comisaría de Cipolletti—, al frente de un organismo municipal de curiosa denominación “Control Urbano”. De allí tuvo que salir por el oportuno escrache de HIJOS-La Plata. El ministro podría argüir que Vitón fue acusado sin pruebas, pero no es lo que determinó la justicia de Río Negro que lo condenó a ocho años de prisión (pena leve, en verdad) por crímenes de lesa humanidad perpetrados cuando era comisario en Cipolletti.

También podría decir que fue un error y lo enmendó. Tampoco: en el año 2000, Horacio Verbitsky denunció en *Página/12* la adjudicación irregular del servicio de seguridad y vigilancia del Banco Municipal de La Plata a la unión transitoria de empresas que controlaba, mediante testaferros, el represor de Cipolletti.

Y lo peor, si se llegara a demostrar: en un debate del Concejo Deliberante de La Plata, tras el cual se declaró “ciudadano ilustre” a Jorge Julio López (el desaparecido no buscado de la era kirchnerista), hubo algunos concejales que aconsejaron investigar al genocida Vitón en relación con su desaparición. Un despropósito si se piensa que Vitón ya no revista en el Ejército, sino en el Partido Justicialista.

¿Por qué aquellos que deberían ser custodios de la memoria se inclinan cortesamente ante el Turco Alak, un clásico exponente del pejetismo más corrompido? ¿Ingenuidad? ¿Cooptación?

Lordkipanidse no descarta una tercera opción: gaita. Habla de proyectos multimillonarios. “Para la construcción del Museo de Malvinas dentro de la ESMA se tiraron abajo cuatro edificios que se usaban en los años de la dictadura. “Solamente esos contratos de demolición y construcción costaron 70 millones de pesos.”

El empresario de la construcción Nicolás “Nicky” Caputo, el mejor amigo de Mauricio Macri, ganó la licitación para construir en el terreno de la Escuela, el Museo y Memorial Malvinas, obra que costó más de 90 millones de pesos y fue inaugurada seis meses más tarde por una entusiasta Cristina. Un ejemplo entre muchos más de lo que el Premio

Nobel Adolfo Pérez Esquivel llamó “negociados inmobiliarios vendiendo espacio público”, compartidos por cristinistas y macristas, rivales en la superficie y socios a la hora de votar en la Legislatura.

Su pacto secreto para destruir el IEM y construir la Disneylandia del Terror es la muestra más acabada de lo que algunos idiotas útiles llaman “hacerle el juego a la derecha”.

Creo que lo del segundo asado —dice el Sueco— fue una abierta provocación, porque ocurrió justamente el día en que la Asociación (de Ex Detenidos y Desaparecidos) había pedido para una visita con madres, familiares, sobrevivientes, gente que veía la ESMA por primera vez. Y bueno, ya en el trayecto nos meten una murga. La gente venía llorando, consternada y estalla: chichipum, chichipum, chichinchín. Fui corriendo hacia ellos y pensé, pobres pibes, porque ellos nada que ver, ¿no? Les habrán dicho que aquí podían practicar. Les dije: “Muchachos nos pasa esto, ¿no pueden cortar un cacho mientras pasamos con estos compañeros?”. Cortan y preguntan: “¿Cuánto piensan tardar?”. Les digo: “Dame quince minutos para pasar por acá y después seguí haciendo la tuya”. Seguimos el recorrido... Y de golpe llegamos al edificio de HIJOS, donde entre otras cosas hicieron el congreso nacional de La Cámpora y el congreso nacional de Kolina, en ese edificio que le llaman “la Casa de la Militancia”... Bueno, llegamos ahí, vemos actividades, gente, como que están laburando... Algunos en cueros, digamos en ropa informal y una parrilla con carbón ¿viste? Así de esos... tipo bidones de doscientos litros, ese tipo de parrillas. Pero puesta adelante, en nuestro camino, por donde inevitablemente teníamos que pasar. Me acordé del día que entramos con Kirchner en la ESMA y los marinos pusieron en medio del trayecto oficial una cama de tortura, en la salida de la escalera que llegaba a Capucha. La pusieron para joder, claro. Cuando veo este segundo asado, les digo: “¿Están haciendo otro asado, con el quilombo que armó el primero?” Y se me vienen encima (yo no voy a decir quiénes, vos los nombraste, no yo) y me contestan con muy mal talante: “Ahora andá a Canal 13 a denunciarnos”.

“Patoteándonos”, dirá Cachito Fukman más directamente.

María Laura Bretal, sobreviviente del centro clandestino de reclusión La Cacha, en La Plata, recordó el episodio con amarga furia: “Una murga me impidió compenetrarme en el reencuentro con los desaparecidos que allí fueron denigrados, torturados, asesinados”.

Y prosiguió: “Lo peor, y que merece mi mayor repudio, fue la actitud patoteril y la falta de respeto a nuestros compañeros desaparecidos, cuando pasamos frente al edificio de HIJOS que estaban haciendo un asado y fueron interpelados por algunos sobrevivientes.

Uno de los patotereros era Carlos Pisoni de HIJOS, con un conchabo en la Secretaría de Derechos Humanos. Altanero con sobrevivientes sin chapa como Lordkipanidse, sumiso con un tráfuga portador de charreteras ministeriales como Alak.

María Laura Bretal consignó sin piedad un nivel de bestialidad, que trasciende a tal o cual organización y expresa tangencialmente a qué subsuelo ha descendido la conciencia política en la Argentina: “Le escuché decir a hijos de desaparecidos frases como ésta: ‘¿Y qué... ahora no se puede comer acá?’ O, dirigiéndose al Sueco o a Cachito Fukman: ‘¿Vos qué te creés, que por ser sobreviviente de la ESMA sos su dueño?’. ‘¿Qué querés, que dejemos todos los edificios cerrados?’”

Y lo inverosímil:

“¡Esto no era Auschwitz, acá no había cámaras de gas, acá no murió nadie!”

Así “forma cuadros” el kirchnerismo.

El segundo asado volvió a levantar polvareda. Nora Cortiñas denunció la “banalización del terrorismo de Estado”, mientras Juan Cabandié, el niño nacido en la Escuela, devenido protagonista de varios acuerdos con el macrismo en la Legislatura, sobreactuaba su entusiasmo: “Me da una alegría tremenda que haya asados y murgas en la ex ESMA”.

Vilma Ripoll, del MST, lo cruzó sin piedad: “Defiende los asaditos y las murgas en la ex ESMA como un yuppie a sueldo”.

Detrás de la fanfarria, el alto mando kirchnerista cocinaba un acuerdo secreto con el señor Macri.

El epicentro del terror era el Casino de Oficiales, el edificio ubicado en el extremo del predio, colindante con las Escuelas Raggio, con frente a la Avenida del Libertador y comprendido en la fracción del polígono formado por las calles Pico, La Cachila, Muratore y San Martín. Allí latía el corazón de las tinieblas. Por eso el edificio fue declarado Monumento Histórico Nacional, mediante el decreto 1.333/2008. Por eso la justicia federal coincide con los

Detenidos Desaparecidos en que no debe tocárselo.

No obstante, con gran sigilo, el *agitprop* del Gobierno, el que gerencia el relato y su estética, elaboró un plan para “resignificarlo” al estilo Tecnópolis: juegos de luz y de color, performance, vidrios y acrílicos, en vez de la austera contundencia de techos, vigas y paredes reales, donde todavía quedan marcas de los que transitaban pasillos y escaleras hacia los vuelos de la muerte.

El Pelado miró y al comienzo le costó distinguirlas. Alguien había trazado dos cruces con la uña, rascando la pintura. Una era grande, la otra mucho más chica. El Nariz se las enseñaba y el rostro enjuto volvía a iluminarse con una sonrisa extraña, a la vez triunfal y melancólica.

—Las hicieron ellas...

—¿Ellas...?

—Bueno, una de ellas. Una de las monjitas francesas — la voz del Nariz había bajado, y su vista relampagueó hacia la entrada.

Un grupo interdisciplinario, coordinado por el rector de la Universidad de San Martín, Carlos Ruta (de estrecha relación personal y profesional con el jefe de la televisión pública, Tristán Bauer) elaboró un documento de unas trescientas carillas que fue rotulado como secreto presidencial y costó un millón y medio de pesos en concepto de “consultoría”.

Una Comisión supervisada por el secretario general de la Presidencia, Oscar Parrilli, e integrada por un representante de la Secretaría de Derechos Humanos y por el propio Ruta, se hizo cargo del proyecto. Invitaron también a la Comisión Nacional de Monumentos Históricos a enviar un representante, pero los detenidos desaparecidos que ya habían logrado perforar el secreto convencieron a la gente de Monumentos de no meterse en un tema tan conflictivo, que seguramente iba a ser paralizado por la orden lógica de la justicia de no innovar.

Alejandra Naftal, museóloga y sobreviviente ella misma del centro clandestino de reclusión El Vesubio, citó a Lordkipanidse y a todos los integrantes de la Asociación para darles a conocer el plan en la sala Fermín Mignone de la Secretaría de Derechos Humanos. Cuando los sobrevivientes plantearon que no estaban de acuerdo con la propuesta, Alejandra Naftal los paró: “Es una decisión presidencial, ustedes están acá porque les estamos mostrando lo que va a ser, no les estamos consultando si les gusta o no les gusta”.

Ante lo cual, evoca el Sueco, “nos levantamos todos y nos fuimos a la mierda”.

La AEDD fijó posición contraria al proyecto “faraónico” del gobierno en un documento contundente donde se opuso “a la construcción de salas de exhibición, instalaciones artísticas, performances, juegos de luces, ni ningún tipo de puesta museográfica que implique la resignificación del espacio, la alteración de la circulación, recorridos y la identificación actual que tiene el monumento histórico Casino de Oficiales [...]. Ese sitio sigue siendo el lugar donde desparecieron a nuestros compañeros y repudiamos cualquier intento de cambiar el sentido y significados de ese espacio”.

El 8 de abril de este año, la Sala II de la Cámara Criminal y Correccional Federal dictaminó a favor del recurso, que habían presentado Carlos Lordkipanidse por la AEDD y la abogada Liliana Alaniz de la Asociación de Profesionales en Lucha, para frenar el proyecto museográfico del Ejecutivo que ya estaba por ponerse en marcha, merced a la autorización que les había concedido el juez de la causa ESMA, Sergio Torres.

El Sueco festejó el fallo, que permitía también ir instalando el debate en la sociedad, pero absolutamente consciente de que “la situación en la ESMA es un combate que no termina en esta victoria judicial”. Su cautela tenía fundamento: en septiembre, la Sala II de la Cámara de Casación revirtió la decisión del tribunal de alzada, ordenando que se volviera al criterio fijado inicialmente por el juez Torres, de piedra libre para Disneylandia. Con un añadido perverso, típico de la burocracia: la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, que maneja este tema para Detenidos Desaparecidos, nunca recibió la cédula de notificación. Según Casación habían enviado dos, cuando la gente de la Liga fue a pedir información, le mostraron dos cédulas que ostentaban el clásico sello informando que “el destinatario se niega a recibirlo”.

Poco después, macristas y kirchneristas convertían en decisión legislativa el acuerdo que habían firmado en secreto, dos meses antes, el jefe de Gabinete de la Nación, Jorge Capitanich, y la vicejefa de Gobierno de la Ciudad, María Eugenia Vidal.

El jueves 8 de mayo de este año, el Pacto PRO-K logró que la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

votara el traspaso a la Nación de la ESMA y los centros clandestinos de reclusión Virrey Ceballos, Atlético, Olimpo y Automotores Orletti. Juntamente con esta cesión “por treinta años”, los legisladores “del proyecto nacional y popular” y la derecha franca votaron la disolución del IEM (Instituto Espacio para la Memoria), un organismo autónomo y autárquico, integrado por diversas agrupaciones defensoras de los derechos humanos, que había sido creado en 2004 para promover la memoria de lo ocurrido durante el terrorismo de Estado y conservar los sitios, como la ESMA, donde el genocidio se había perpetrado. El IEM funcionaba con el aporte del Gobierno de la Ciudad. Con esta jugada, el Gobierno Nacional redondea su estatización facciosa de los derechos humanos. Macri, que es ingeniero y de derecha, se frota las manos porque ochenta millones de pesos anuales de una causa que no le interesa para nada se quedan a partir de ahora en sus arcas.

De poco sirvieron las duras críticas de algunas personalidades, como el Premio Nobel Adolfo Pérez Esquivel, que se hizo presente en la sesión y fustigó a la jefa del bloque kirchnerista Gabriela Alegre “que no es más una militante en derechos humanos, sino una partidaria que quiere apropiarse de los derechos humanos”.

A Nora Cortiñas de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora le negaron la palabra antes de la sesión.

Carlos Gregorio Lordkipanidse, el Sueco, viejo y terco militante al fin, entendió perfectamente el sentido estratégico de esta maniobra: “Detrás de la resignificación vienen la reconciliación y la represión, que ya tiene dos adelantados, César Milani y Sergio Berni. Porque esta gente está a las órdenes del Comando Sur”.

Todavía no le comenté la frase al Topo, pero estoy seguro de que estaría completamente de acuerdo.

EPÍLOGO

(POR AHORA)

Borges decía que publicar es dejar de corregir, en mi caso es dejar de investigar, de argumentar; pongo a un lado una verdadera montaña de carpetas y concluyo esta suerte de Historia de Saint-Michele 2.

No cabe ya apuntalar con datos ninguna afirmación, la realidad asume la tarea por sí misma, el rey, es decir el poder, está desnudo, aunque los cortesanos se esfuerzen en asegurarle que tiene puesta la capa de armiño.

La devaluación, la inflación, la disparada del dólar y los productos importados, la brutal subida de las tarifas de energía, que logra superar al Rodrigazo de Isabel Perón, son apenas algunas facetas de un ajuste que no se atreve a decir su nombre.

Lo que un periodismo superficial llama “giro a la derecha” del gobierno de Cristina Elisabet Fernández de Kirchner es la lógica derivación de un modelo sin proyecto, de un crecimiento sin desarrollo, de un poder que se agota en la voluntad de conservarlo contra viento y marea y de una simulación de la militancia, que ha desnaturalizado y envilecido a hijos, nietos y entenados.

Triste final de etapa, mucho más grave que el final del menemismo, porque la entrega definitiva y absoluta de los recursos naturales, la concentración de la riqueza en pocas manos, la participación del Ejército en la lucha contra el narcotráfico (como lo ordena el Southern Command de USA), el espionaje de los actores sociales en lucha, la represión del conflicto social y el robo descarado y hasta torpe de tantos funcionarios de alto rango, empezando por la exitosa abogada que ejerce la Presidencia y siguiendo por el número 2 en la línea de sucesión, se han hecho en nombre de los 30 mil desaparecidos y la defensa de los derechos humanos.

Triste final que agudiza el desprestigio de esta causa central y profundiza la fractura de quienes alguna vez estuvimos, con diferencias, en el mismo campo.

Heredera en cualquier latitud de las infamias que perpetran quienes se dicen socialistas o progresistas pero gobiernan contra los intereses populares, la derecha de “a de veras”, la rígida y salvaje, vendrá a cosechar cuando las murgas se vayan a sus casas y los “vatayones” se recluyan en sus cuarteles de invierno. Cuando acabe este gobierno que los vigilantes de siempre acusan maliciosamente de “montonero”.

Mientras tanto, demostrando una vitalidad que no tienen las “veinte verdades del justicialismo”, el viejo concepto de la lucha de clases, perimido para los académicos posmodernos, sigue desnudando el relato oficial.

No es exactamente igual al año 74, porque afortunadamente no existe la Triple A, pero los actores del drama social son muy parecidos. La creciente recesión, con su secuela de suspensiones y despidos, coloca a los representantes genuinos de los obreros frente a la alianza de la patronal con la burocracia sindical y a la Gendarmería, conducida por el carapintado que llegó del frío (en helicóptero).

Gendarmes nacidos en la Argentina le pegan a obreros argentinos, para proteger a empresas extranjeras como Lear, Donnelley, Gestamp, Honda o Shell, donde la Federación de Gas y Petróleo Privado, conducida por el diputado del Frente Renovador, Alberto Roberti, denunció “la infiltración de la izquierda en los gremios”.

El viejo lenguaje del lopezreguismo enarbolado ahora por un seguidor del sonriente Sergio Massa, lo suficientemente estólido y falso como para llegar a la Presidencia en un país donde se valora mucho la sonrisa.

Mientras tanto, en Emfer-Tatsa, los trabajadores, que pertenecen a la UOM (Unión Obrera Metalúrgica) pero no están alineados con la conducción de Antonio Caló, vienen enfrentando el vaciamiento de lo que fue el grupo gangsteril Cirigliano y la gestión de Florencio Randazzo. Cuando protestan, son reprimidos por la Federal.

El 16 de junio pasado, una fecha trágica para el pueblo argentino, la empresa Paty decidió trasladar su planta de Vicente López a Santa Fe. Los más de doscientos trabajadores y la Comisión Interna, enfrentada a la burocracia del Sindicato de la Carne, tomaron la empresa. Los desalojaron los muchachos de la Bonaerense, los mismos que acribillaron a tiros al Lauchón Viale de la SI.

En Cerámica Neuquén ocurrió un episodio que nos retrotrae al fenómeno de las empresas recuperadas que se dio a partir de la gran crisis de 2001: el grupo empresario decretó un *lock out* para vaciar la empresa. Los trabajadores decidieron ingresar en la fábrica y ponerla a trabajar bajo gestión obrera, como otras de las cerámicas de Neuquén, entre las que sobresale la emblemática Zanon.

Para qué hablar de la represión que sufren los defensores de la causa ambientalista en La Rioja, Catamarca o Chubut. Y la que van a sufrir para que se imponga el *fracking* en Vaca Muerta y la tecnocracia entreguista que conduce YPF pueda cumplir los acuerdos con don David Rockefeller. La Argentina, para su desgracia, ha sido declarada zona de sacrificio ambiental por las mineras como Barrick y las petroleras como Chevron. Así como los Qom han sido declarados carne de sacrificio por el fascista de Gildo Insfran y los terratenientes sojeros.

El peronismo, que John William Cooke imaginaba como el “hecho maldito del país burgués”, se ha trocado en “el hecho burgués del país maldito”.

El kirchnerismo, que Emilio García Méndez llamaba “la enfermedad infantil del duhaldismo”, se va con más muertos y presos por la represión que el menemismo. Pero eso es lo más grosero y evidente. Su falsificación de las estadísticas a través del INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) disimula la muerte lenta de pobres e indigentes. Un 36,5 por ciento de pobres y un 12,1 por ciento de indigentes, según un estudio del Instituto IPYPP (Pensamiento y Políticas Públicas) que coordinaron el diputado Claudio Lozano y Tomás Raffo en abril de 2014. Indigente, para que se entienda cabalmente, es aquel que no come lo que necesita en un país que puede alimentar sin problema a 380 millones de seres humanos. Bien: hay cinco millones de argentinos que están pasando hambre. El mismo estudio señala un fenómeno muy cruel: la infantilización de la pobreza. “La mitad de los pobres son chicos y la mitad de los chicos son pobres.”

Estos datos, que contradicen los que anuncia con cara de fibrocemento el jefe de Gabinete, Jorge Capitanich, no proceden de un fenómeno telúrico o climático, sino de una decisión política: pobres y desnutridos están mejor amarrados al carro del vencedor. Que seguirá siendo —por ahora, hasta que estalle el neumático— alguien del PJ, el Partido-Estado.

Lo que no podía prever en 1984, cuando publiqué *Recuerdo de la muerte*, era qué ocurriría con la democracia que entonces se estrenaba. Hoy debo decir, para ser absolutamente honesto, que disfruto de una de sus virtudes más apreciables que es vivir sin temor a la llegada de los Falcon y escribir lo que se me da la gana. Si se compara el proceso de la Argentina, en lo que hace a la recuperación de la memoria histórica, con los de Brasil, Chile, Uruguay y Paraguay, es indudable que la lucha de tres décadas permitió cosechar algunos frutos espectaculares como los juicios a los genocidas, aunque sean lentos, fragmentarios e incompletos. Pero no es menos cierta la crítica que el pensador italiano Vilfredo Pareto (1848-1923) le hizo a la “democracia realmente existente”:

Mientras el feudalismo guerrero usaba principalmente la fuerza de sus vasallos, la clase en el poder en la democracia usa la corrupción y esta forma es irreversible. La protesta ética contra “el arte de gobierno” se vuelve un elemento de la lucha entre partidos, pero nada nos dice acerca de la realidad de los hechos. En la mayoría de los gobiernos las relaciones entre gobernantes y empresarios, y más en general entre corruptos y corruptores, se hallan siempre ocultas y cuando surgen a la luz se debe a la lucha desencadenada en su interior. Algunas raras veces los fraudes son descubiertos y dañan a quienes los han cometido; pero las víctimas son una pequeñísima parte de quienes realizan dichos engaños, mientras la mayor parte escapa a toda pena o escarnio y entre ellos un número también pequeño pero aún importante obtiene grandes riquezas, altos cargos y gobierna el Estado. Pero todo este ordenamiento aparece para los políticos recién llegados como si fuera una gran lotería, en la que lamentablemente existe el riesgo profesional de quedar entre las víctimas.

Aunque eran “políticos recién llegados” al escenario nacional, ya que no al provincial, los Kirchner produjeron algunos hechos resonantes en contra de la impunidad imperante hasta ese momento, que no se limitan a la bajada de los cuadros en el Colegio Militar pero, triste paradoja, sería el mismo proyecto, en su etapa final, el que causaría el mayor daño a la causa de los derechos humanos, al estatizarlos de manera facciosa y al designar como jefe del Ejército a un represor de la inteligencia militar, de esa máquina asesina que fue (y sigue siendo bajo otras formas) el Batallón 601 del Ejército; el mismo que extendió sus operaciones criminales a Centroamérica.

Un retroceso que, sumado a la criminalización de la protesta social, ya legalizada con la infame norma antiterrorista, inicia un camino sin retorno que tendrá funestas consecuencias.

Para instalarlo, su aparato de propaganda ha recurrido a la incondicional Hebe de Bonafini. La que fuera otrora la más dura e intransigente de las Madres.

Hebe, ya definitivamente degradada por la experiencia delictiva de “Sueños Compartidos” —donde ella, los hermanos Shocklender o todos a la vez defraudaron al Estado, a los pobres que esperaban una vivienda digna y a los trabajadores del ambicioso emprendimiento—, fue la encargada por Cristina de entrevistar al general represor César Santos del Sagrado Corazón de Jesús Milani en un amoroso reportaje que salió en la revista de las Madres y en la Televisión Pública, y allí le tiró —como al pasar— la idea de que el Ejército, junto con militantes oficialistas, urbanizara las villas miseria.

Esas villas miseria que no deberían existir en una década realmente ganada, donde el país tuvo ingresos alucinantes nunca vistos en su historia.

Después de pisar el barro de una de esas villas adonde le encantaría vivir al funcionario periodístico oriental Víctor

Hugo Morales, se produjo la comida de siempre y los discursos de sobremesa. Habló el Cuervo Larroque de La Cámpora, a quien le encantó estar codo a codo “con este Ejército tan distinto y maravilloso”. Aburri  a su turno el ministro de Defensa, Agustín Rossi. Y Hebe puso el broche de oro con esta significativa confesión: “Yo ya lo dije muchas veces. Lo vuelvo a repetir: antes que poner preso a un militar, como tantos años luchamos para que vayan presos los genocidas, yo elijo niños felices”.

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

